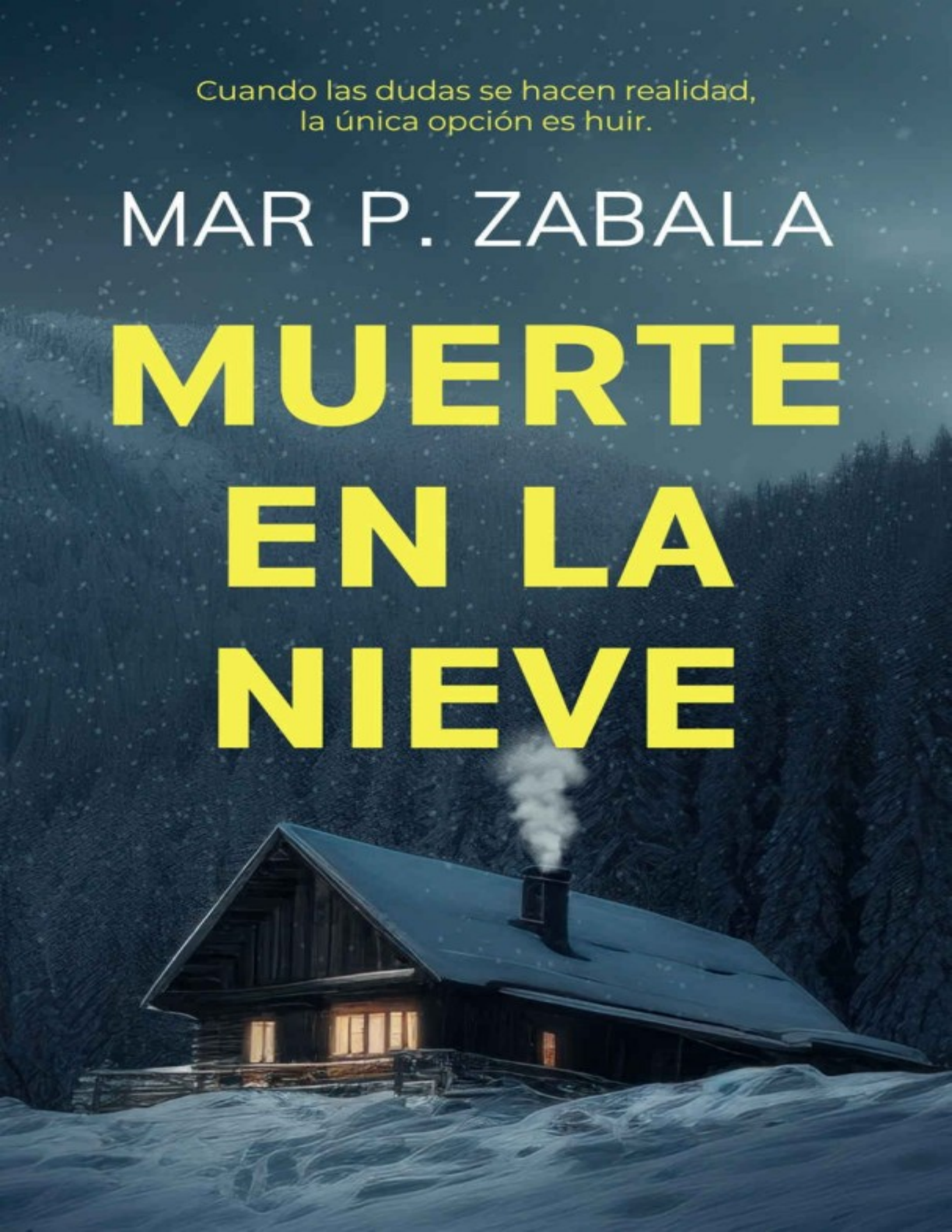
Cuando las dudas se hacen realidad,
la única opción es huir.

MAR P. ZABALA

MUERTE EN LA NIEVE



MUERTE EN LA NIEVE

MAR P. ZABALA

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el permiso de la autora. Todos los derechos reservados. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escáner algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720445.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Muerte en la nieve.
©Mar P. Zabala, mayo 2025
Diseño de portada: Adyma Design
Maquetación: Mar P. Zabala
Corrección: Tamara López
Sello: Independently published

«El misterio es la cosa más bonita que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos».

Albert Einstein

Índice

PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Nota de autora
Biografía

PRÓLOGO

He vuelto a tropezar. Está tan oscuro que no soy capaz de vislumbrar lo que hay a dos centímetros de mis ojos. Los pequeños copos se han ido engrosando hasta convertirse en bolas de aspecto algodonoso de considerable tamaño. Una noche ideal para disfrutar de una taza de chocolate caliente frente al fuego. No tan maravillosa si estás huyendo de alguien que intenta matarte.

Avanzar a trompicones a través de un bosque en mitad de la montaña, una gélida velada invernal en zapatillas de paño, no era mi propósito para este fin de semana.

En algún momento, todo se torció.

Mi intención de compaginar obligación y relax después de un año agotador de curro, se frustró por culpa de la persona que ocupa la vivienda cercana a mi casa.

El sexo desenfrenado y sin ataduras del que disfrutamos durante horas en diversas ocasiones, se transformó en un mar de dudas y sospechas, confirmadas por un cuchillo atravesando mi cuerpo poco antes de las doce.

Mi sangre ha teñido la superficie blanca de un rojo bermellón. Sería un color bonito, si no se me fuera la vida por cada partícula que pinta la tierra que piso.

Tengo sueño. De pronto, la nieve no se me antoja tan fría. Debe ser mullida y acogedora. Podría descansar unos segundos y apoyar mi cabeza en una piedra. Solo lo necesario para recuperar fuerzas.

—Te veo —grita una voz que reconozco al instante.

Está cerca, demasiado cerca. Debo continuar caminando y llegar al pueblo. No tengo otra opción. La muerte me sigue.

Capítulo 1

Martina

Miércoles 19:00

Es la quinta vez que miro el reloj en dos minutos. ¿No se habrá estropeado? Me da la impresión de que las agujas están fijas y no se mueven ni un milímetro. Consulto la barra de tareas de la pantalla del mi portátil, y me muestra la misma hora que el armatoste de madera que mis jefes colgaron en la pared de mi oficina hace mil años. Creo que debe estar ahí desde la fundación del despacho de abogados. En su momento sería lo más, pero, en la actualidad, está igual de desfasado que los dueños del bufete. En un año, sus primogénitos tomarán las riendas del negocio y, en ese instante, mi nombre figurará también en la lista de socios. Estoy harta de fingir sonrisas y permitir que otros se lleven los méritos por mi trabajo. Mis superiores se limitan a estampar su rúbrica en la última página, pero somos los asociados los que redactamos la mayoría de los escritos.

Lo primero que voy a hacer en cuanto sea socia es encargar a un decorador de interiores la reforma de las oficinas. Da vergüenza ajena. La tapicería de las sillas en las que los clientes se sientan da grima. El terciopelo está descolorido, y los estampados lucen tan apagados como el papel pintado de las paredes. Recuerdo la arruga en el entrecejo de uno de los mandamases cuando hace un lustro cambié la lámpara de pantalla acartonada por una moderna de luz led, y el incómodo sillón por uno ergonómico. Tuve que pagarlos de mi bolsillo, pero, o lo aceptaban o me negaba a pisar el bufete más allá de los estrictamente necesario.

La pandemia de la covid-19 tuvo algo bueno: el teletrabajo. El miedo a contagiarnos nos mantuvo aislados en nuestras casas durante casi dos felices años. En la actualidad, nos han reducido las horas presenciales, pero estoy obligada a ir media jornada para reunirme con mis colegas o los clientes. Por desgracia, siempre surge algo que me hace permanecer en el bufete más tiempo del debido. Aunque a veces prefiero quedarme, para no tener que acarrear con pesados expedientes hasta mi piso.

Además de los fundadores y sus vástagos, otros cuatro letrados estamos empleados en calidad de asociados. ¡Diez años como asociada! Según ellos, el volumen de casos no daba para más titulares, pero bien que ampliaron el listado cuando sus retoños se incorporaron.

Les di un ultimátum: o me nombraban socia o me iba con Natalia, otra de las abogadas, y nos poníamos por nuestra cuenta. El temor a una fuga en cascada de clientes les terminó de convencer de lo adecuado de nuestros nombramientos. Solo nos pidieron esperar a su jubilación, y aceptamos sin dudarlo. Hay que saber cuándo es mejor dar una batalla por perdida para así poder ganar la guerra. Los padres están demasiado mayores para lidiar con las nuevas tecnologías, y sus hijitos son unos vagos que endosan sus tareas sin rubor a los asociados. Nos necesitan. Ellos lo saben y nosotras también.

—Cinco minutos y nos vamos —me dice Natalia asomando la cabeza por la puerta de mi despacho. Va cargada de carpetas y, por la dirección desde la que viene, debe haber dejado la impresora echando humo—. ¿Tienes tiempo para una caña antes de irte al pueblo?

Miro por la ventana antes de responderle. Ya es de noche, no en vano, estamos a principios de diciembre y los días se siguen acortando. Odio esta época del año en que me siento como un vampiro por la escasa luz del sol que roza mi piel. Por eso he decidido irme a pasar el puente a la casa de mis padres en la sierra de Guadarrama. Hace mucho que ellos no van en invierno. Son mayores, y el hecho de abandonar una casa calentita en la ciudad por una gélida en mitad del monte les seduce muy poco. Sin embargo, yo necesito tranquilidad, huir del bullicio de la capital y perderme paseando por los senderos que rodean la propiedad bajo decenas de capas de ropa.

—La mía que sea sin alcohol, que tengo que conducir —respondo pensando que, si me demoro un rato, no pillaré tanto atasco de madrileños dispuestos a disfrutar de unas merecidas minivacaciones.

Media hora después, estamos sentadas en los confortables sillones de un bar cercano al despacho. Está inusualmente vacío debido al éxodo de ciudadanos de la capital, algo que cambiará a medida que los turistas procedentes de otras provincias vayan llegando. Cada Navidad, miles de visitantes recorren las calles madrileñas para admirar la festiva decoración, pasear por los mercadillos y comprar regalos. No sé de dónde sale tanta gente. Vayas donde vayas durante el puente de diciembre, Salamanca, Granada, Sevilla, Vigo y un sinfín de lugares más, cuelgan el cartel de completo en la inmensa mayoría de sus establecimientos hoteleros. Semejante diáspora no va conmigo. Estoy harta del tráfico, las aglomeraciones y de vivir en un continuo caos. Por eso, la casa de la sierra se me antoja tan apetecible como la mejor playa en verano. Silencio, paz y tranquilidad. Justo lo que necesito.

—¿No te aburrirás rodeada de árboles y sin una tienda cerca? —pregunta Natalia dándole un buen sorbo a su cerveza y atacando sin piedad la ración de patatas bravas que hemos pedido a fin de acallar los rugidos de nuestros estómagos. Prefiero picotear algo a modo de cena y así no tener que preocuparme de calentarme comida más tarde. El chalet estará frío y la cama sin hacer. Mi prioridad será hacerlo confortable para los días que me voy a quedar allí.

—Nava del Conde está a menos de cinco kilómetros de mi refugio. Mañana, después de desayunar, puedo acercarme en coche o incluso ir caminando a por provisiones. No voy a encontrar un Zara, pero hay tiendas donde adquirir lo esencial. No es como esas aldeas de Castilla, abandonadas por sus habitantes en invierno, en las que al caer la noche no ves ni a un gato cruzar la calle.

—Ya sé que hay mucha gente que los fines de semana se va a la sierra —afirma mi amiga—. Siempre te he dicho que disfrutas poco la casa en primavera y en otoño. Pero qué quieres que te diga, en esta época a mí me gusta la animación navideña que inunda el ambiente, no estar aislada en medio de la nada.

—Tengo Netflix, dos cajas de bombones, una buena reserva de vino y una torre de novelas que quiero leer.

—Y una colección de expedientes para entretenerte pasado mañana porque te obligan a teletrabajar. ¡Ni que se fuera a hundir el despacho por un día que nos tomáramos libre!

—¿Tú vas a ir a la oficina el viernes?

—Sí. Al fin y al cabo, no me voy a mover de Madrid. Además, prefiero pedir teletrabajo en Navidad, que tendré más cosas que hacer. Son unos tiranos. Solo nos dan una semana de vacaciones. ¿Qué se piensan? ¿Que va a haber una cola de clientes ansiosos por tramitar sus pleitos en Año Nuevo? Estarán todos con sus familias, hartándose de comer y realizando mil y una actividades con sus nietos e hijos.

—Aguanta. Ya queda poco. En breve seremos socias y podremos decidir sobre nuestro horario.

—No me fio. Hasta que no se jubilen y vea mi nombre en el rótulo del portal, no me lo creeré.

—Hemos firmado un acuerdo que les ata a su promesa. Si sus hijos salen por peteneras, tendremos la sartén por el mango.

—Estuviste avispada al exigirles el contrato por escrito e incluir la cláusula de que, si no nos hacen socias, podremos irnos con una lista de clientes bajo el brazo —dice mi amiga recordando las duras semanas en las que tuvimos que mantener un duelo de voluntades con los socios para conseguir salirnos con la nuestra—. Las palabras se las lleva el viento.

—El bufete funciona gracias a nosotras, y los gerifaltes lo saben. O cedían, o su nivel de vida caerá en picado al descender de forma drástica sus ingresos. Era cuestión de mostrarnos firmes y no dejarnos seducir por vacuas promesas. Los clientes no son tontos. Cuando hay que ir a juicio, en la sala del juzgado somos tú y yo quienes estamos a su lado calmando sus miedos, no los titulares del despacho.

—Estoy harta de defender a cónyuges infieles a los que les dejaría con lo puesto en la calle sin miramientos. Por sinvergüenzas y malas personas.

—No es nuestra culpa que los cornudos contraten abogados nefastos en la creencia de que, por ser las víctimas, saldrán beneficiados en el acuerdo de divorcio. En la justicia, no todo es blanco o negro. Hay una amplia gama de grises en medio.

—Si mi marido se lía con otra, te contrataré para que le arranques la piel en mi nombre —afirma Natalia.

Ambas reímos con ganas. Su Jaime es un santo. Besa el suelo que ella pisa y la idolatra. Mi ex marido, Alberto, resultó ser todo lo opuesto. Un gallito que una noche pasado de copas me propinó una bofetada que yo le devolví con una patada en su entrepierna. Sus huevos todavía se encogen como aceitunas cada vez que se cruza en mi camino. No le interesaba que yo extendiera el rumor de que era un maltratador, por lo que me dio cuanto quise al separarnos. No está bien visto que un abogado sea un delincuente. Fue un divorcio de común acuerdo: para mí todo, para él nada. Gracias a las redes sociales, sé que se ha vuelto a casar y tiene dos niños que son su viva imagen. Algo debo reconocer, era guapo a rabiar. Me sirvió de lección para aprender que una cara bonita no tiene por qué reflejar un alma limpia.

—¿Hoy Jaime tiene guardia? —le pregunto a Natalia.

Su marido es médico en el Hospital de la Paz. Trabaja largas jornadas por un sueldo mísero, pero ama su profesión. Su vocación es auténtica. Ayudar a los enfermos y confortar a sus familiares es un don innato en él. Más de un verano ha arrastrado a mi amiga a una aldea remota de África o de Sudamérica para ir como voluntarios de alguna ONG. A mí no me importa aportar mi granito en forma de donación monetaria, sé que le van a dar un buen uso. Sin embargo, prefiero disfrutar del descanso estival dorándome al sol en una playa del Mediterráneo o con mi familia en Nava del Conde.

—No, pero mañana sí. Por eso no hemos hecho planes este puente, y a mí no me importa tener que acudir al despacho el viernes. Él se pasará la mañana durmiendo.

—Mi invitación sigue en pie —le reitero a Natalia—. Vente conmigo a la sierra. Al menos, un par de días.

—Gracias, pero yo no soy un *grinch*[1] que huye a refugiarse en el bosque como hacen otras.

—¡Oye! Te recuerdo que del 24 de diciembre al 1 de enero me voy a Bruselas a visitar a mis padres. Hay decenas de mercadillos que recorro encantada con mi sobrino. Es una tradición familiar. Te garantizo que allí es imposible huir del espíritu navideño.

—Porque te gusta estar con Carlitos, no mientas. Además, te arrastran tu hermana y tu cuñado. Vas a la fuerza. No te perdonarían que no fueses con ellos.

—Eso es verdad —concedo al rememorar la inocencia de la que siempre hizo gala Elvira en estas fechas, y que no ha perdido al casarse con Juan. Estoy segura que una parte de ella sigue creyendo en los Reyes Magos—. Mi madre solía decir que mi hermana derrochaba ilusión por las dos.

—Y tiene razón. Tú nunca pones adornos en tu piso, por no hablar de que eres la única persona que conozco que no se engancha a la lista de pelis navideñas de Netflix. Nosotros empezamos el 1 de diciembre y no paramos hasta el 6 de enero. Es un vicio.

—Son un coñazo. Prefiero otros géneros. Ya te contaré el lunes lo que he visto este finde. Ahora te tengo que dejar —anuncio levantándome del asiento y poniéndome el abrigo—. O me voy ya, o no arranco hasta mañana.

Son las ocho, la hora que suelo tardar en llegar a la sierra, se van a convertir en dos por la anormal afluencia de vehículos. Se ve que no he sido la única en posponer la hora de salida. Para distraerme, elijo una emisora de temas conocidos que canto a voz en grito ajena a las miradas asombradas de los ocupantes de los coches que me flanquean por la autovía.

Al tomar la salida que conduce al pueblo donde se halla el lugar donde tantos veranos pasé de niña, descubro aliviada que somos pocos los que seguimos por ella. Valencia y el calor de sus costas continúa siendo el destino estrella de estas cortas vacaciones invernales.

Doce kilómetros, una rotonda, otros cinco kilómetros en línea recta y una pendiente descendente, al fondo de la cual vislumbro las titilantes luces naranjas de las farolas de la villa. A medida que me aproximo, descubro otros colores que me hacen negar divertida con la cabeza. Se ve que la Navidad también ha llegado antes a este rincón perdido en la montaña, puesto que el alcalde ya ha dado orden de encender la decoración navideña. Al fin y al cabo, es otra forma de atraer a los turistas. Ofrecer actividades que animen las calles y repueblen los edificios vacíos, convertidos en buena parte en casa rurales y hostales con encanto.

En los bares y restaurantes se apresuran a servir la cena a lugareños y visitantes. Estoy tentada de pararme en uno de ellos, pero recuerdo que, cuanto antes encienda la calefacción, antes se calentará la casa. La aplicación que supuestamente controla su encendido ha dejado de funcionar, algo habitual cada vez que se va la luz en la Nava. No sé para que se gastaron dinero mis padres en domotizar la caldera. Contratar a una persona del pueblo que suba a dar el botón cuando vamos a venir, es menos costoso y es más efectivo. Así lo hicimos muchos años, y nunca hubo ningún problema. Cosas de mi madre. Como ellos solo vienen en verano, les da igual que sus hijas nos congelemos cuando se nos ocurre acercarnos en otras estaciones. Mi cuñado se entiende mejor con la tecnología que yo. Elvira y él casi nunca tienen dificultades cuando quieren programar la calefacción. A mí me tienen manía los dispositivos electrónicos. Debe ser por la mala vida les doy.

—¡Eh! ¿Estás tonto? —grito cuando se me cruza un hombre montado en bicicleta que extiende la mano a modo de disculpa.

Aunque me he distraído pensando en mis cosas y no lo he visto aproximarse, él debería estar atento y fijarse por dónde pedalea. Si le hubiera atropellado, su cuerpo y la carrocería de mi coche hubieran llevado las de perder. Un rallón, por muy suave que sea, implica pintar toda la chapa, y barato no es. Por no hablar del descontento de mi compañía de seguros, que me subiría la póliza sin dudar.

No le conozco. Debe ser uno de los turistas que han venido a pasar unos días a la sierra. Estará hospedado con su familia en alguno de los hoteles de la zona. Va bien protegido del frío con un cuello y un gorro de lana en tonos grises. Sus ojos son lo único que puedo ver con claridad. Destacan en su rostro como dos faros de un azul tan claro que casi parecen transparentes. A pesar de las capas de ropa que lleva puestas, puedo percibir su buena forma física. No es un musculitos, pero tampoco parece sobrarle grasa. Mueve sus tonificadas piernas con garbo, alejándose de mi ruta a buena velocidad.

Salgo del pueblo y, en menos de diez minutos, estoy en la puerta del que será mi refugio provisional. Hay una cochera que hace las veces de taller y almacén de herramientas, donde aparco mi vehículo con la esperanza de que no hiele demasiado esta noche. Por un acceso lateral, entro en la casa. Una bofetada de aire frío, cargado de humedad y enrarecido por la falta de ventilación, es mi particular recibimiento.

Voy a encender la chimenea. Creo que dormiré en el sofá enfrente de ella. Ni de coña me meto en unas sábanas gélidas. Pondré la calefacción a tope y, con suerte, en unas horas hará mejor temperatura dentro de la casa que fuera, porque ahora no sé dónde hay menos grados. En cualquier caso, estoy tan cansada que me voy a quedar dormida en cuanto mi cuerpo adopte una posición horizontal y mi cuello descanse en un mullido cojín.

Mañana será otro día.

Capítulo 2

Guillén

Miércoles 22:00

A algunas personas parece que les han dado el carnet de conducir en una tómbola. No deben de haber leído un código de circulación de vehículos en su vida, porque ignoran el significado de las señales y las normas de tráfico. Es pura lógica. ¿Cómo se puede ir a esa velocidad por mitad de un pueblo? De acuerdo que yo no esperaba encontrarme a nadie e iba un poco distraído, pero, si hubiera sido un niño corriendo o un abuelete con bastón, la tipa lo habría arrollado sin remedio.

La condenada era guapa. Sus ojos miel, perfectamente maquillados, destacaban enmarcados por la montura de pasta verde de sus gafas, cuando me observaron enfadados desde detrás del parabrisas. Si pudiesen lanzar rayos láser, habría muerto fulminado en aquel instante. Su melena castaña ondulada, que le llegaba hasta los hombros, me indica que no es de por aquí. Un cabello tan cuidado es propio de mujeres profesionales de la capital, cuyo aspecto debe ser siempre impecable. En la Nava, las chicas no van tan peripuestas.

Debe ser más joven que yo, aunque, modestia aparte, no aparento los cincuenta recién cumplidos que tengo. Residir en la sierra me permite dar largos paseos por terreno agreste, tanto a pie como en bicicleta, que me mantienen en forma. Desde que me mudé, he perdido cinco kilos. Si bien mi trabajo es sedentario, puedo compaginarlo con horas de deporte al aire libre, que oxigena mis pulmones y vitaliza mi organismo. Como no todo va a ser comida y vida sana, de vez en cuando me doy un capricho. Ir a cenar a mi bar favorito del pueblo y regresar pedaleando es un lujo del que antes no podía disfrutar. Por desgracia, a medida que aumenten las nevadas, será peligroso atravesar el monte una vez que se ponga el sol. Si casi me atropellan bajo la luz de las farolas, no quiero ni imaginar lo que me puede ocurrir una noche sin luna. Tendré que cambiar la cena por el almuerzo y moderarme en la ingesta de

alcohol. Reducir las dos copas de vino a una será lo más adecuado mientras haya bellas kamikazes conduciendo por la Nava.

No echo de menos ni un segundo el ajetreo de la capital. Mudarme aquí y trabajar desde casa fue una gran decisión que tomé tras largas jordanas de reflexión. Siendo sincero, cuando me comunicaron el ERE[2] de la empresa para la que trabajé durante dos décadas, se me vino el mundo encima. Fueron mis amigos, Pedro y José, los que me sugirieron que iniciara mi propio negocio. Hasta entonces solo era un sueño que había acariciado desde que cumplí los cuarenta, pero que jamás me había animado a realizar. Me daba miedo abandonar un puesto que me proporcionaba un sueldo seguro a final de mes, por una quimera que podía ser una nefasta idea. Sin sospechar lo que iba a ocurrir, de pronto, me vi en la calle, a una edad en la que el acceso a las entrevistas de trabajo suele estar reservado a veinteañeros. ¿Quién quiere contratar a un cincuentón cuando puedes pagar cuatro euros a un recién licenciado con ganas de comerse el mundo? Por desgracia, ninguno de mis compañeros imaginamos que la empresa se pudiera ir a pique. El volumen de trabajo había descendido, pero daba la impresión de estar remontando. Se ve que era la calma antes de la tormenta.

Durante los tres primeros meses de paro, no permanecí quieto. Realicé con diligencia y aplicación la lista de tareas que siempre posponía por falta de tiempo: llevar el coche al taller, pequeños arreglos domésticos, visitar exposiciones... Me sobraban tantas horas al día que pronto el aburrimiento se convirtió en mi rutina. Seguía enviando solicitudes de empleo, sin terminar de atreverme a ser mi propio jefe. No obstante, hubo algo que me dio el empujón final: el gran número de clientes acostumbrados a tratar conmigo a la hora de arreglar sus ordenadores y mantener actualizados sus sistemas informáticos, que seguían consultándome sus cuitas. Me mandaban mensajes, desesperados porque el nuevo personal de soporte no sabía resolver sus dudas o no les inspiraban confianza. Me querían a mí y a nadie más.

La indemnización me permitió comenzar la búsqueda de un local donde ubicar mi oficina. Descarté el centro, porque en las zonas comerciales no se suelen asentar las empresas que recurren a mis servicios. Las grandes franquicias, por lo general, tienen sus propios informáticos. Fue la mujer de Pedro, que trabaja en una inmobiliaria, la que me comentó que muchos autónomos se establecían en la periferia para ahorrar costes, y ellos sí que podían requerir una ayuda puntual y cualificada.

Fue un excelente consejo, pero con un gran inconveniente: al convertirme en mi propio jefe, no tenía sentido pasarme el día en la otra punta de la ciudad para regresar a mi casa a solo a dormir. Me di cuenta de que el asesoramiento informático que generalmente prestaba era, en su mayor parte, *online*. Muy rara vez me exigía trasladarme hasta la sede de las empresas, por lo que la idea de reducir gastos fusionando hogar y lugar de trabajo empezó a formarse en mi mente.

Estoy soltero y no tengo hijos, por lo que nadie me iba a interrumpir en medio de una videollamada cruzándose de improviso delante de la cámara. Sin embargo, sí que hubiera resultado muy molesto el ruido que hacían mis vecinos, ya que en mi antigua vivienda residían muchas parejas jóvenes con niños pequeños. Salvo que se hallaran en el colegio, el silencio brillaba por su ausencia. Los gritos, las carreras y los lloros estaban al orden del día. Mi edificio no era una opción viable para asentar un negocio.

En el transcurso de una excursión veraniega a unas piscinas naturales con mi grupo de amigos, recorrimos la sierra madrileña topándonos con este pueblo de ensueño. Nava del Conde posee esa mezcla justa de tranquilidad y modernidad que lo hace encantador. Durante el verano, el número de habitantes aumenta con la llegada de familiares de los lugareños, dispuestos a descansar de las prisas de la capital, y los consabidos turistas que abarrotan las calles; pero, en invierno, la población desciende hasta una tercera parte. La semana del 15 de agosto, con sus fiestas patronales, me han dicho que es un horror. Ya lo descubriré el año que viene. Quizá sea el

momento adecuado de tomarse las vacaciones estivales en alguna playa.

El pueblo está bien comunicado con Madrid por la autovía. De un lugar a otro hay más o menos una hora de distancia. Cuenta con un buen centro sanitario, un par de supermercados y alguna tienda en la que adquirir lo esencial sin tener que coger el coche. De todas formas, hoy en día, el auge de las compras por internet en plataformas como Amazon ha dado lugar a una mayor brevedad en los plazos de entrega de los productos. No merece la pena ir en persona a por ellos a la capital. El gasto en gasolina y peaje es superior a los costes de envío. En general, aquí todo es mucho más barato que en la gran ciudad, desde el café que desayuno, hasta la rica cena elaborada con verduras y frutas de cultivos locales que suelo prepararme.

De tanto en tanto, me agrada darme un homenaje y saborear un buen chuletón con patatas asadas en un bar acogedor dotado de un pequeño restaurante. Se llama *El rincón de Susana* y no tiene nada que envidiar a ninguno de los de afamados de Madrid, donde pagas precios exorbitados por minúsculas porciones de comida. Llevo solo cuatro meses aquí, y ya conozco el nombre de los asiduos parroquianos que comparten mis gustos. ¡Y no son pocos!

Tras mirar varias ofertas en diversas inmobiliarias, decidí comprar una cabaña de buen tamaño que en su tiempo fue un refugio de montaña muy frecuentado por los amantes de la naturaleza. Sus dueños la reformaron dotándola de lujos y comodidades que nunca había soñado poseer, con el fin de agradar a sus inquilinos. El fallecimiento de uno de los cónyuges, obligó al otro a vender la propiedad. Le interesaba deshacerse de la vivienda pronto, así que el precio no era desorbitado. Mi antiguo piso se lo alquilo a un treintañero que en septiembre inició su andadura profesional en una multinacional. Si me veo en la necesidad, lo venderé, pero por ahora no me hace falta. Es un colchón de ladrillos por si vienen mal dadas.

Aunque no me libro del deporte nacional del cotilleo, típico de las aldeas donde hay una vieja del visillo en cada calle, gozo de

bastante privacidad. No es necesario bajar a diario al pueblo, ni siquiera a por pan. Aquí las hogazas duran casi una semana sin problemas. Con ir tres o cuatro veces a comprar víveres y lo que me haga falta, tengo suficiente.

El bello rostro de la mujer que ha estado a punto de atropellarme no me resulta familiar. Estoy segurísimo de que no la he visto antes. No obstante, he de reconocer que conducía con soltura. No ha titubeado ni un segundo al circular por las laberínticas callejuelas adoquinadas que rodean la iglesia. Por muy bueno que sea su GPS, en lugares tan angostos y con fallos en la señal que llega a los dispositivos electrónicos, es fácil perderse. ¿Será la hija de algún vecino que ha venido a pasar el puente? Apostaría por ello.

Al acercarme al puente que debo cruzar para tomar el sendero hasta mi vivienda, diviso unos faros traseros. Hay algo de niebla, pero diría que es el mismo coche con el que me he topado hace unos minutos. Pedaleo con rapidez. Quiero alcanzarlo y averiguar a dónde se dirige. O se va de Nava del Conde, o tampoco vive en el núcleo urbano. Ahora veré si continúa por la carretera o gira hacia el sendero que asciende a la sierra.

¡Sigue mi camino!

En mis habituales caminatas matutinas he pasado por las cancelas de tres o cuatro chalets. No obstante, soy el único que vive en la montaña de forma permanente. El resto solo se ocupan en el periodo estival. Uno de ellos destaca del resto por su cuidada fachada. Igual que mi cabaña, está reformado y presenta un aspecto más moderno que los otros. Creo recordar que me comentaron en el bar que pertenece a un matrimonio jubilado que reside en Bruselas. Al parecer, son españoles, pero la profesión del marido los llevó fuera del país hace décadas. Por lo visto, decidieron no regresar a la madre patria, salvo para disfrutar del cálido verano. Juraría que me dijeron que tenían dos hijas que permanecían en España. Quizá la mujer de antes sea una de ellas. O puede que por fin conozca a alguno de los dueños de las otras casas.

Me puede la curiosidad, de modo que, cuando el vehículo pasa de largo el desvío que yo debería tomar, continúo pedaleando, manteniendo la distancia para que no me pille. Noto la cena en mi estómago dando vueltas y me falta fuelle. O se detiene pronto, o tendré que desistir. Me va a dar algo.

Dejamos atrás dos edificaciones y, tal y como suponía, estaciona el coche junto a la mayor de todas las casas. Parapetado tras un árbol, la observo apearse de su coche. Viste muy elegante. Un look propio de alguien que trabaja de cara al público en un banco o en un despacho de alto nivel.

¡Uy! Casi se cae. Los tacones de sus botas no son aptos para caminar por un terreno húmedo y resbaladizo. No sé cómo ha logrado conducir con ese calzado. Estará acostumbrada, porque no debe ser fácil. Le ha costado abrir la cerradura. Unas gotas de lubricante harían que el pistón se deslizase con más facilidad. La falta de uso y las inclemencias del tiempo suelen provocar esos fallos. Vuelve al coche. Entra en él y la veo otra vez cuando sale a cerrar la verja. Hace bien. Esta zona es tranquila, pero nunca se sabe. No te puedes fiar de nadie. En las noticias, después de las detenciones de los psicópatas, siempre se escucha a los vecinos diciendo que era una persona normal, de la que nunca habían sospechado que pudiera ser un asesino en potencia. Además, por aquí pasan senderistas con frecuencia de los que desconocemos todo, incluso su nombre.

No me muevo hasta que no veo luz en el interior de la casa a través de las ventanas. Amparado en la oscuridad, me siento un acosador, pero me digo que estoy asegurándome de que ha encontrado en orden su hogar. ¿Y si unos okupas hubieran acampado a sus anchas en el salón? Seguro que habría agradecido tenerme cerca.

«Guillén, no digas tonterías», me reprendo a mí mismo al recrear en mi mente una imagen de mi humilde persona saltando sobre la espalda de un agresor. Patético.

De haber estado residiendo alguien en la vivienda, legalmente o no, su presencia no nos habría pasado desapercibida ni a mí ni a los vecinos del pueblo que pasan por aquí con frecuencia. En el silencio de la noche, las voces se captan a varios metros, o incluso kilómetros, a la redonda. Eso sin mencionar que el viento hubiera traído el olor a comida hasta mi jardín. No obstante, que la verja de la calle siguiera cerrada no demostraba la ausencia de vida en el interior de la edificación. El muro que bordea la propiedad no es difícil de saltar si se es un poco ágil. De hecho, en mi cabaña tengo el mismo problema.

Por la parte trasera hay un tupido seto en forma de muralla vegetal que, en algunos puntos, brilla por su ausencia. Cuando me mudé, coloqué un sensor de movimiento que activaba una cámara de vigilancia si percibía algo extraño. Tuve que desconectarlo al segundo día porque los animales no entienden de límites. Ellos entran y salen de los jardines con el derecho que les da ser los primitivos moradores del monte. Somos nosotros quienes hemos invadido su espacio sin contemplaciones.

Mis pies están helados y el frío ha comenzado a filtrarse a través de las capas de ropa. Pasan varios minutos de la medianoche. No hago nada aquí. Mejor me voy a mi cabaña. El cansancio acumulado a lo largo del día hace mella en mi ánimo y en mis fuerzas. La somnolencia a la que da lugar una buena digestión, me adormece. No me subo al sillín por miedo a caerme.

Según camino, diviso entre las ramas de los árboles la luz que he dejado encendida en el porche. Es un faro que me guía y me serena en esta noche sin luna. El cielo presenta una tonalidad rosácea que indica que la niebla se hará en breves horas más espesa, cubriendo las hojas y la tierra con un manto húmedo. A mi derecha oigo a algún animalillo deslizándose en busca de alimento o de refugio.

Entumecido, llego a mi destino. Cruzo el jardín, apoyo la bicicleta contra una pared y me descalzo antes de entrar en mi hogar. Es otra de las cosas que aprendí al poco de mi mudanza: el calzado se queda fuera de casa. Por mucho que creas que lo has limpiado bien,

siempre permanecen incrustados restos de barro que ensucian y manchan la tarima. El suelo radiante que instalaron los antiguos propietarios es una delicia. Las plantas de mis pies captan el agradable calorcillo que emana de las láminas que voy pisando. En verano será igual de reconfortante sentir el frescor en plena canícula.

Por poco me quedo dormido en la ducha. Ojalá sueñe con mi bella vecina.

Capítulo 3

Martina

Miércoles 23:00

Mis padres me dijeron que hiciera una lista con los desperfectos que encontrara en la casa para enviar a alguien a arreglarlos antes del verano. Imagino que ese «alguien» será Juan, el manitas de mi cuñado. Es de esas personas que nació con el don de saber reparar cualquier cosa solo con verlo hacer una vez. Para él, los vídeos de YouTube son auténticos tutoriales. En mi opinión, solo sirven de algo si estás medianamente puesto en el tema. Es igual que cuando aseguran enseñarte a preparar una receta sencilla en cinco minutos. ¡Tardo más en sacar los ingredientes que en el visionado de la grabación! Por no mencionar que nunca tengo en mi cocina todo lo que se necesita y me debo apañar con lo que hay. Así sale luego. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Vale, ya he apuntado en una nota en el móvil que revisen la cerradura de la verja, de esa forma no pierdo el papel. El domingo hago copia y pega y se lo envío a mi madre. De mi inutilidad a la hora de manejar la aplicación de la calefacción no diré nada. Si a ellos les va bien, es que la que no sabe usarla soy yo. Con tal de que haya luz, me vale. La conecto al llegar y punto. No quiero risitas condescendientes de mi familia, pero estoy segura de que es algo del software de mi móvil lo que la impide funcionar de forma correcta.

¡Genial! Hay una pila de troncos al lado de la chimenea. Al menos, no me toca salir a recoger leña en plena noche. Soy capaz de encender un fuego en menos de un minuto, incluso sin cerillas. Es una técnica que aprendí en los campamentos de verano a los que mis progenitores eran tan aficionados a apuntarnos a Elvira y a mí. Yo creo que era una manera como cualquier otra de librarse de dos niñas pequeñas durante un mes. Mi hermana quedó tan harta que nunca se le ha ocurrido inscribir a mi sobrino Carlos a uno. Él es más de irse a dar patadas a un balón con sus amigos o a la piscina. Es urbanita cien por cien. Se parece a su tía favorita, que soy yo. El

campo está bien para cortos periodos de tiempo espaciados unos de otros; todo lo que exceda de una semana, es demasiado.

Si he venido a pasar el puente a la sierra, ha sido por la urgencia de huir de las aglomeraciones de la capital. Se pone imposible. Es un agobio. Hasta el 7 o el 8 de enero estarán las luces navideñas prendidas. Desde el encendido, es un mes largo. ¿Por qué no se reparten los turistas? ¿Tienen que venir todos en las mismas fechas? Aunque hay otras capitales de provincia en España famosas por su iluminación, la Puerta del Sol atrae a la gente como la miel a las moscas. No entiendo qué atractivo ven en pasear por calles repletas de personas y amantes de lo ajeno. La tasa de hurtos durante el puente de diciembre en el centro de Madrid suele aumentar exponencialmente cada año.

Mi plan es descansar y avanzar en algún expediente que llevo algo retrasado. El pronóstico es que la nieve se quede en las cumbres altas, lo que no implica que aquí no se sienta el descenso de temperaturas. Por si acaso, no demoraré demasiado la excursión a Nava del Conde en busca de provisiones. Iré de día y estaré atenta para no cruzarme con deportistas despistados. Igual que pasa en Madrid con los monopatines eléctricos, en el pueblo, los ciclistas se suben o se bajan de la acera a su conveniencia. Si un semáforo se pone en rojo, abandonan el pavimento y zigzaguean entre los peatones; si está en verde, se cuelan por los huecos que se abren entre los vehículos en la calzada.

Opto por ponerme uno de los pijamas de borreguito que mi hermana se empeña en regalarme cada dos o tres años. El de esta ocasión es marrón con unos elefantes rosas en la pechera y en las piernas. Feo es poco. No los cambio por otro artículo porque sé que aquí y en Bruselas me vienen bien, pero en mi piso los escondo bajo siete llaves. Son antimorbo total. Lo opuesto a sexy debería venir en el diccionario ilustrado por una foto al lado una mujer vestida con estas pintas. O de un hombre. Tanto me da. Son igual de espantosos. Prefiero dormir con camisón. Los pantalones del pijama

se me enredan en las piernas y me dificultan moverme con comodidad en la cama. Veremos qué tal paso la noche en el sofá.

Enciendo la televisión y olisqueo el contenido de mi taza. Me he preparado una infusión de frambuesa que he encontrado olvidada en un armario de la cocina. Debe ser de mi madre, porque ni a mi padre ni a Elvira le gustan. Yo preferiría un chocolate caliente, pero, a falta de otra cosa, me tendré que conformar. Necesito calentarme por dentro. La temperatura ambiental ha subido un par de grados gracias al fuego. El olorcillo que se desprende por la combustión de la madera me resulta relajante. Aunque mañana tendré que darme una buena ducha porque me apestará hasta el pelo, en estos momentos no lo cambio por nada.

Haciendo *zapping* he terminado en un canal de noticias veinticuatro horas. Lo veré un rato y así me pongo al día con lo que ha ocurrido en el mundo y en España. No soy una persona que se pase las horas enganchada al móvil. De hecho, he bloqueado las notificaciones de la mayoría de aplicaciones para que no me estén dando el tostón. Cuando hay una noticia grave, me termino enterando por mi secretaria o por el comentario de algún colega y, si es algo relacionado con mi familia, me llaman por teléfono. No andan enviando mensajitos.

> *«El banco de España recomienda guardar en casa el dinero en efectivo suficiente para cubrir los gastos de un año por si el sistema de RedSys que gestiona los pagos virtuales entre particulares y empresas mediante tarjetas de crédito o débito, vuelve a colapsar como ya hizo en noviembre…».*

¿Qué están diciendo? ¿Quieren originar el caos con millones de españoles apelotonados en la puerta de los bancos? Los ladrones estarían felices si la población cumpliera a rajatabla el consejo. En la mayoría de viviendas habría que tener entre seis y doce mil euros.

Los que puedan, claro. ¿Qué pretenden que hagan los currito que no pueden ahorrar porque la hipoteca, el gasóleo y la lista de supermercado les pulveriza el sueldo?

> *«Las colas para comprar lotería en la conocida administración Doña Manolita de Madrid son kilométricas…».*

Otra. Un puñado de tontos e inconscientes como los que financian las compras navideñas con un préstamo. Luego vienen los impagos y las denuncias. Más trabajo para el bufete. Deberíamos repartir publicidad en la puerta de las grandes superficies. Muchos las van a necesitar en enero.

> *«Volvemos a la calle Buenaventura, donde está el foco de la noticia del día. El cuerpo de un hombre fue hallado sin vida a primera hora de la mañana por una pareja de corredores. Mientras realizaban su rutina deportiva habitual, se tropezaron con un bulto que al principio confundieron con un árbol caído. Al aproximarse, descubrieron que era una persona. No se atrevieron a tocarlo y llamaron a emergencias. Los técnicos sanitarios confirmaron que había fallecido. Los cuerpos policiales han iniciado una investigación. Se desconoce cómo llegó allí y la causa de su defunción…».*

A las siete de la mañana, ni siquiera ha amanecido. Admiro a la gente a la que no le importa madrugar para ir al gimnasio o a dar tumbos por la ciudad antes de acudir al trabajo. No soy dormilona, pero levantarme a las siete y media para estar en la oficina a las nueve ya me supone un gran esfuerzo. Voy en mi propio coche

porque tuve la brillante idea de alquilar una plaza de garaje en la zona, aburrida de no encontrar nunca sitio en el aparcamiento que hay en una calle próxima al bufete. Paso de ir en un vagón de metro tan lleno y maloliente como una lata de sardinas. Natalia usa este medio de transporte público, y rara es la semana que no aparece en el despacho una hora tarde porque el convoy de una línea ha descarrilado en alguna vía, causando demoras en el resto de trayectos. Además, prefiero desayunar tranquila y arreglarme con esmero, antes de ir con prisas.

Esa pareja no olvidará nunca lo de ayer. Se les han debido de quitar las ganas de ir a correr para siempre. Al menos, por la orilla del río. En cuanto a los periodistas, ya tienen con qué llenar los informativos. En un fin de semana en que la noticia principal son los millones de desplazamientos, una muerte pasará desapercibida para el gran público. Somos así. Si estamos entretenidos con algo, lo que ocurre a nuestro alrededor, por aciago que sea, da la impresión de no afectarnos. No en vano, los gobiernos aprovechan los grandes acontecimientos deportivos para lanzar las leyes y decretos que más pueden desagradar a sus ciudadanos. Al estar distraídos, no hay oposición ni alboroto. Cuando nos queremos dar cuenta, estamos pagando el doble por la luz o similar, sin que hayamos podido ponerle remedio.

Vuelvo a realizar una búsqueda en la televisión y no hay nada que me atraiga. Tampoco es que aquí tenga demasiados canales para elegir. Consulto la hora y ya pasa de la medianoche. Para ponerme una serie o una película en el móvil es tarde. Estoy reventada. Mejor leo un rato y me tomo una copa de vino, o dos si se tercia, que mañana no tengo que madrugar. Es festivo, el día de la Constitución, y no pienso agobiarme por los expedientes que me aguardan en el maletín. Les dedicaré un rato, y el resto de la jornada vaguearé y descansaré.

Con pereza, voy hasta la cocina a por el abridor. Estoy helada. Lejos del calor del fuego de la chimenea, no hay quien pare en esta cabaña. Espero que la calefacción obre el milagro durante la noche

y, cuando me despierte, estén más templadas las habitaciones. Solo de pensar en ir al baño, que debe estar congelado, y bajarme el pantalón del pijama para hacer mis necesidades, me pongo a temblar. No tengo termómetro, pero no me extrañaría que en el jardín hiciera mejor tiempo que aquí dentro. El caso es que tengo ganas de hacer pis, así que me dirijo al baño, no sin antes dejar la botella de vino y la copa en la mesa del salón. Al atravesar el vestíbulo camino del aseo, escucho un ruido extraño procedente del exterior.

¿Qué ha sido eso?

Después de apagar la televisión, todo ha quedado sumido en un silencio solo roto por el rugir del viento colándose por las ventanas y la puerta de entrada.

¿Habrá un animal merodeando entre los arbustos? ¿Será peligroso? Quizá ha bajado desde la montaña en busca de comida. ¿Por qué se ha colado en mi propiedad? No he sacado ninguna bolsa de basura ni nada que pueda emanar un olor atrayente para un depredador hambriento. ¡Como sea un lobo o un zorro me muero de miedo! Aunque, si es una persona, mucho peor. ¡A saber cuáles son sus intenciones! Habrá visto luz y se ha acercado.

Desde luego, soy urbanita al cien por cien. Si estuvieran mis padres aquí se reirían, diciéndome que es un gato montés, una liebre o un tejón. Un ladrón no vendría a robar justo el día que hay gente en la casa. Lleva meses vacía. Ha podido allanarla en cualquier otra ocasión sin habitantes en la vivienda ni testigos cerca.

«Martina, céntrate. No hay nadie. Es tu imaginación», me regaño a mí misma, avergonzada por mi actitud.

De todas formas, me apresuro a encender los faroles y las luces del jardín. Abro las cortinas del ventanal del salón y oteo el exterior. Por supuesto, no veo nada sospechoso. Ni animal ni humano. La oscuridad reina por doquier. El causante del ruido de ramas y hojas secas crujiendo ha huido con el rabo entre las piernas o las patas. O, al menos, eso prefiero pensar.

Se me ha quitado el sueño. Estoy completamente desvelada. Ahora sí que voy a sacar el móvil y ponerme una película de Netflix. De las románticas edulcoradas propias de Navidad que he negado antes a mi amiga que vea alguna vez. Lo seguiré negando. Mi fachada de seria abogada carente de emociones no se puede resquebrajar. No quiero reconocer que las disfruto como la que más. Me encantan esas casas americanas con exuberantes decoraciones navideñas que sobreexcitan los sentidos. Todo es rojo, verde y blanco, incluido el vestuario de sus guapos protagonistas. Ellas lucen abrigos de paño de corte impecable y ellos camisas de cuadros con gruesas pellizas. Las familias se reúnen en perfecta armonía alrededor de mesas repletas de comida. Sé que son argumentos tontos, sin fundamento y pura ñoñería, pero me relajan y me hacen soñar con príncipes azules de cristal, que se rompen ante la menor dificultad.

Capítulo 4

Guillén

Jueves 10:00

No he pegado ojo. Hacía tiempo que una mujer no me quitaba el sueño. Desde que era joven y andaba con las hormonas alborotadas todo el día al borde de la ebullición, incapaz de controlarme en cuanto veía los pechos turgentes de mis compañeras apretados dentro de una camiseta. Vamos, lo que se dice un salidillo. Pedro, José y yo éramos un trío de calaveras que, durante nuestros años universitarios, íbamos detrás de todas las chicas que se ponían a nuestro alcance. Sin obligaciones, ni dependencias, pero, por supuesto, teniendo sexo consentido. Si algo me inculcaron mis padres de pequeño, fue respetar a las mujeres y que un «no» es un «no» en cualquier circunstancia. Sin excusas. Es más, un par de veces me he llevado un puñetazo en una discoteca por defender a alguna amiga de un baboso moscón.

He vivido en pareja en dos ocasiones. Ninguna de las cuales perduró demasiado en el tiempo. Un año con la primera y tres con la segunda. No hubo malos rollos ni terceras personas. Aunque suena cursi, la realidad es que se rompió el amor. Desde entonces, no he vuelto a presentar a «mis amigas especiales» a mi madre. Luego se hace ilusiones de nietos correteando por el salón y es muy difícil quitarle la idea. No parece conformarse con los descendientes que mis dos hermanas y mi hermano le han dado. Al parecer, que sean míos, que soy el primogénito, tiene más importancia. Mi padre ya no me dice nada. Sabe que, a mis cincuenta años y con mis pocas ganas tener hijos, las probabilidades de darle un nieto son ínfimas.

Mis sobrinos me gustan en pequeñas dosis y controlados con sus padres. Están un poco asalvajados. Demasiados caprichos y escasa disciplina. Odio el desorden, de modo que, verles saltar en el sofá y arrasar lo que se encuentran a su paso como si fueran un huracán, hace que me entren ganas de gritar. Me contengo por no enfadarme con mis familiares, pero saben que en mi hogar no son bienvenidos. No lo fueron en mi antiguo piso, ni tampoco lo son aquí en la sierra,

por muchas indirectas que me lancen mis hermanas de que aquí hay mucho jardín donde jugar y pocos vecinos a los que molestar. Si me necesitan como canguro, soy yo el que se traslada a sus viviendas. Todavía no conocen la cabaña en persona, solo por fotos. Si puedo demorar el aciago momento hasta el verano, mejor para mi paz mental. Fijo que el fin de semana que acordemos para que vengan, se pone a llover a cántaros y los tengo que aguantar dando chillidos por la casa hasta dejarme sordo.

Son las ocho. Estoy cansado de dar vueltas en la cama. Es inútil pensar que voy a lograr dormir más, así que decido levantarme. Me preparo un buen plato de huevos con bacón y una jarra de café que me durará toda la mañana. ¿Se habrá despertado ya mi guapa vecina? Aunque contengo mis ganas de averiguarlo, y me obligo a trabajar un rato, a las diez, el hormigueo de curiosidad que me recorre de pies a cabeza me impide concentrarme. Me rindo a la evidencia y me cambio para ir a dar una vuelta por la montaña, a ver si logro despejarme un poco.

La niebla se ha disipado hace un rato, dejando que el sol brille tenuemente. Siempre que miro por la ventana del salón, el paisaje me relaja. Un bosque infinito se extiende delante de mí hasta donde se pierde la vista. Sin embargo, por la cocina puedo atisbar entre las ramas las escasas viviendas que me rodean, impidiéndome sentirme como un solitario asceta en su cueva. Incluso si inclino mi cabeza hacia la izquierda, puedo ver la senda habitual que recorren los excursionistas. Hoy merodearán unos cuantos por aquí. Al ser 6 de diciembre, muchos madrileños y gente de otros lugares se habrán acercado a Nava del Conde para compaginar deporte al aire libre y un buen asado casero.

No cojo la bicicleta porque me limitaría a la hora de perderme entre los árboles. Mi propósito es entablar conversación con mi vecina favorita de un modo causal y desenfadado. Eso suponiendo que ella también se haya decidido a salir y no opte por pasarse enclaustrada en su chalet todo el puente. ¿Por qué estoy tan nervioso? Ni que fuera la primera vez que tonteo con una mujer.

Mejor me calmo. Al fin y al cabo, no tengo ningún propósito oculto. Solo charlar un rato y averiguar quién es.

—Buenos días —me saluda una pareja con dos niños y un perro que pasan por el acceso al camino que conduce a mi cabaña justo cuando yo emerjo de él.

—Hola. Buenos días —respondo afable.

No quiero seguirles los pasos, de modo que vuelvo por donde he venido y atajo por detrás de mi propiedad. Al atravesar el bosque, logro ponerme varios metros por delante de ellos y, con un par de rápidas zancadas, llego sin tropiezos a la casa de la osada conductora. ¡Tiene la puerta abierta! ¡Por poco me pilla! Me escondo detrás de un grueso tronco y la observo salir un minuto después con ropa deportiva. Calza unas recias botas y lleva unos bastones en la mano. Es evidente que no es su primera vez en la montaña. A mí, particularmente, los palos de caminar me incomodan. Acabo cansado de ellos y me resultan un estorbo. Los últimos que tuve estarán aún en el fondo de la sierra de Francia, donde los lancé por un barranco, desesperado, un verano con mis amigos. No está bien tirar basura que no se vaya a descomponer de forma natural, pero eran ellos o yo, y no estaba dispuesto a perder esa batalla. Lo único de lo que me arrepiento es de no haberlos vendido en alguna aplicación de artículos de segunda mano. Hubiera recuperado lo que invertí en su compra.

Veo que mi vecina se dirige hacia la senda que ha seguido la familia de antes. Me doy prisa para ponerme a su altura. Casi estoy. Me separan un par de metros de mi objetivo. Necesito hacer unas inspiraciones para calmarme y no parecer un perro jadeando.

«Vamos, Guillén. Tú puedes», me digo para infundirme valor.

—Hola. Creo que nos conocimos ayer en el pueblo —afirmo con el mayor desenfado y encanto con el que puedo dotar a mi voz.

Ella se vuelve recelosa, me observa dubitativa unos segundos y, al final, responde a mi saludo.

—El de la bicicleta. Tú eres el que cruzaba el pueblo como un loco por la noche.

Mira qué maja. Directa a la yugular.

—Y tú eres la que no redujo la velocidad en una vía pública —contesto sin perder la sonrisa, mientras pienso que la tipa es un tanto soberbia.

Será guapa, pero vaya humos que se gasta.

—Quizá fuera un poco rápido. Lo siento —admite en voz alta, pero algo en la postura de su cuerpo, como si estuviera a la defensiva, me indica que no lo lamenta en absoluto.

En lugar de enfadarme, su arrogancia me atrae. Soy así de tonto. Aunque no puedo ver sus ojos, porque los cubre con unas gafas de sol oscuras, apostaría a que hay cierta burla en ellos.

—Puede que yo me confiara un poco también —reconozco, intentando suavizar la tensión—. No suele haber muchos coches cruzando la Nava a esas horas de la noche. Por cierto, soy Guillén.

—Yo me llamo Martina. ¿Eres de por aquí? No te recuerdo de otras veces que he venido —añade observándome con curiosidad.

—Me mudé el septiembre pasado. A esa casa que ves allí —respondo señalando mi cabaña.

—La mía es el chalet grande de la desviación.

—Creía que estaba vacío.

—Es de mis padres. Viven fuera de España y solo pasan un par de meses al año aquí. Julio y agosto, normalmente.

—Entonces, los conoceré el verano que viene. ¿Tú los acompañas?

—Habitúo a unirme a ellos durante las fiestas, y suelo prolongar mi estancia una semana más después.

Sin darnos cuenta, nos hemos puesto a caminar y continuamos conversando. Para mi sorpresa, está en forma. Debe ir al gimnasio con frecuencia. A mí me falta fuelle. Hay tramos en los que me es difícil seguir su ritmo. En las cuestas arriba ella respira tan tranquila, pero yo resoplo de un modo vergonzoso. Estoy acostumbrado a moverme en bicicleta, de manera que, según la inclinación del terreno, cambio la marcha, facilitándome el pedaleo. Puede que los

bastones no sean tan inútiles como creo. A Martina le dan estabilidad y le ayudan a impulsarse en las zonas más agrestes.

—Hoy hay muchos senderistas —comento después de adelantar al quinto grupo desde que iniciamos el ascenso.

—¿Tú crees? En verano es mucho peor. Mi padre suele decir que medio mundo está aquí en agosto y el otro medio en la playa.

—Pues en otoño ocurre lo contrario. Te garantizo que entre semana solo me cruzo con algún vecino del pueblo paseando a su perro. Aunque los domingos se ve más movimiento, lo de hoy es increíble. ¿A qué temperatura estamos? ¿Tres grados? Cuando esta gente haya salido de Madrid a primera hora de la mañana, estaría helando. Hay que tener muchas ganas de venir a la sierra.

—Lo mismo pensarán de nosotros. Abandonar el amoroso calor del fuego de la chimenea por el aire frío de la montaña, tampoco es muy normal.

—¿Puedo confesarte algo? Me da vergüenza hacerlo. No he sido capaz de decírselo a nadie del pueblo por no aguantar las burlas.

—¿Un secreto que te hará enrojecer? ¡Por favor, ahora no puedes dejarme así! —exclama divertida con una risa que a mis oídos les parece música celestial.

El más bello de los trinos no podría competir con ella. Suena almibarado, pero no encuentro otro adjetivo para describirla. Solo el canto del ruiseñor rivalizaría con su voz cuando abandona esa pose de mujer de gran ciudad y se relaja. A medida que hemos ido recorriendo kilómetros hacia la cima, ha ido rejuveneciendo. Mutar la ropa seria y formal con que la vi vestida ayer, por el atuendo casual que luce hoy, ha sido como si cambiara la piel. Una fría oruga convertida de pronto en una alegre mariposa que revolotea libre de ataduras.

—No sé encender el fuego de la chimenea. Lo he intentado de todas las formas posibles que ofrecen los tutoriales de internet, sin ningún resultado aceptable. He comprado multitud de pastillas de ignición rápida. Ahí las tengo, ocupando espacio en la estantería.

—¡Venga ya! Con esos productos es coser y cantar. Hasta un niño podría hacerlo. Es sencillísimo.

—No para algunos inútiles, entre los que me encuentro yo. Bueno, para ser exactos, prender, prende, lo que no logro es que siga ardiendo después de estar encendido durante mucho rato. Salvo que lance a las llamas papel de forma continua, se me apaga. Ya no tengo nada más para quemar en casa —aseguro al recordar la ingente cantidad de pertenencias de los antiguos dueños que hice desaparecer en el hogar la primera semana que hizo frío. Hasta que no llegó el camión del gasóleo y llené el depósito, lo pasé fatal. Me confié demasiado. No me di cuenta de que, en la montaña, el calendario meteorológico no es igual que en el centro de la ciudad.

—¿No fuiste de pequeño a campamentos de verano?

—No. Prefería la piscina de la urbanización.

—¿Tampoco jugaste nunca a frotar dos palitos y sacar chispas? Eso lo hemos hecho todos. O con dos piedras.

—No. Nada de nada. Yo solo me dedicaba a dar patadas al balón o hacer aguadillas a mis amigos. O, lo que era más importante, evitar que me las hicieran a mí.

—Instinto de supervivencia. Algo es algo —comenta mi acompañante.

Me incomoda su tono de burla. De acuerdo que mi intención era resultar gracioso, pero parece que he acabado siendo patético ante sus ojos. ¡Qué vergüenza! Debo resarcirme.

—¡Eh! No te rías tanto. Ni yo soy Indiana Jones ni tú Lara Croft. ¿Estás llorando de risa? —pregunto con incredulidad.

—Perdona, es que eres muy divertido —asegura sin la menor vergüenza—. Lo sé, soy mala. No te preocupes. Si quieres, te enseño a encender la chimenea, pero te advierto que yo no voy a tocar un leño, lo harás tú siguiendo mis indicaciones. Es la única forma de aprender las cosas: hacerlas una y otra vez hasta que salgan.

—Te lo agradezco. Eso sí, prométeme que no dirás nada en el pueblo. No puedo perder en el bar mi imagen de hombre aventurero

y misterioso que habita en la montaña, o se estarán mofando de mí hasta que me muera.

—¿Cómo has terminando residiendo aquí? —inquiere Martina.

Durante unos minutos, le hago un resumen de mi vida personal y laboral. Es fácil confiarse a ella. Sabe escuchar y hace los comentarios adecuados para incitarte a continuar hablando. Sin embargo, me he percatado de que es muy celosa de su intimidad. Salvo que es abogada y está divorciada de un tal Alberto, no me ha contado ningún otro detalle íntimo. Debe ser buena en su trabajo, porque siento que me ha hecho un tercer grado y yo he tardado en darme cuenta.

—Así que, en parte por ahorrar dinero, y en parte por la belleza del paisaje, te viniste a Nava del Conde.

—Es un buen resumen. Me darás la razón cuando digo que el tráfico en Madrid es para pegarse un tiro. Tardas una hora mínimo para ir a cualquier sitio, y otra para volver. ¡Y eso estando en el centro! El martes tuve que ir a ver a dos clientes, salí del pueblo a las once de la mañana y no regresé hasta las ocho de la tarde.

—Tendrás que juntar visitas para que te traiga cuenta desplazarte. En caso contrario, es perder un día completo de trabajo. Por no mencionar los peajes y el carburante.

—¡Exacto! Dinero y tiempo desperdiciado.

—Hemos llegado al final del sendero —anuncia Martina—. A partir de aquí hay que ir pertrechado con ropa de montaña. Se vuelve agreste y es más peligroso.

—Al menos tú llevas bastones.

—Te confieso que cuando comencé a usarlos me parecía ridículo. Mis padres en Bruselas practican marcha nórdica y hace dos veranos nos enseñaron al resto de la familia a caminar de esta manera. Nos costó acostumbrarnos. Era desesperante. Tardaba más en localizar un punto de apoyo para la base que en dar un paso. Aunque al final le pillé el punto, y ahora siempre salgo con ellos.

—Se supone que es un deporte muy completo que combina fuerza, resistencia, flexibilidad…

—Es bueno para el corazón, por eso se apuntaron mis padres. A él le dio un amago de infarto y tuvo que hacer cambios en su vida. Ya sabes, ejercicio, dieta sana…

Sin darme cuenta, hemos regresado al punto de partida y estamos en el desvío que conduce a su vivienda. Me ha gustado hablar con ella. Detrás de su atractivo rostro y su esbelta figura hay una mujer interesante. Es inteligente y divertida a partes iguales. Posee un humor cínico y socarrón que demuestra su fuerte personalidad. Solo sé que es abogada en un bufete importante, pero es evidente que no es una más del equipo. Alguien como ella debe destacar a la fuerza entre el montón.

Por lo habitual, este tipo de personas, independientemente de si son hombres o mujeres, me hacen sentir mediocre. Es un problema de mi psique. Me resulta imposible no verme inferior a ellos aun cuando su intención no sea esa. En el fondo, muy, muy en el fondo, es una de las razones por las que sigo soltero. Mi fachada de conquistador arrogante, o al menos la que tenía en mis tiempos mozos, no se sostiene en la realidad. Me aterra el compromiso y admiro a mis amigos por sus felices matrimonios. Ambos han formado unas familias ideales. De esas de los anuncios que parecen de cuento. José luce en la luna trasera de su vehículo la típica pegatina con cinco monigotes: padre, madre, hijo, hija y perro. La época de salir los tres de juerga hasta el amanecer quedó atrás, pero una vez al mes nos juntamos para comer y ponernos al día. Aunque no es fácil compaginar agendas, terminamos lográndolo. Además, muchos domingos vamos a hacer alguna ruta de senderismo con un grupo que Pedro encontró en Facebook. Sin embargo, hoy he descubierto que caminar con una panda de amigos no es igual que hacerlo en compañía de Martina.

—Ha sido un placer, pero tengo que irme —me dice con una deslumbrante sonrisa—. Los autónomos no sabemos lo que son vacaciones sin llevarnos el portátil en la maleta.

—A mí también me toca currar. Hay personas y empresas a las que no se les puede dejar tirados por muy fiesta que sea, porque

trabajan tanto días laborares como fines de semana.

—Pues que te sea leve. Tenemos pendientes las clases de encendido de chimenea. ¡Que tengas buen día!

Veo cómo se aleja de mí y suspiro pensando en cuándo volveré a coincidir con ella. Martina me ha dejado impresionado. Anoche, solo con vislumbrarla unos segundos bajo la luz de una farola, supe que era especial. No me equivoqué. Este puente festivo se presenta muy interesante.

Capítulo 5

Martina

Jueves 13:00

¡**D**os horas de trabajo intenso! Lo que me ha cundido sin interferencias. Ni llamadas indeseadas ni clientes aguardando a ser atendidos. Tres expedientes revisados y trazada la argumentación para un juicio de la semana que viene. No sé si las endorfinas que me ha generado la vigorizante caminata de esta mañana me han dado un chute de energía, o si ha sido la compañía inesperada.

Anoche Guillén me pareció un idiota. Pedaleando por el medio del pueblo tan tranquilo, sin ropa reflectante y con visibilidad reducida debido a la niebla que comenzaba a formarse. Un natural de Nava del Conde no haría esa tontería. ¿Quieres ir a cenar? Pues te bajas en coche y no por un sendero en bicicleta en el que te puedes romper la crisma en cualquier momento. Estos urbanitas que cambian la ciudad por el mundo rural para estar en comunión con la naturaleza, ahorrarse unos euros o tener zonas verdes por las que pasear han aumentado después de la pandemia. Vernos enclaustrados entre las cuatro paredes de un piso fue demoledor.

Mi matrimonio con Alberto fue puesto a prueba durante el confinamiento y no resistió la vida en común. Demasiadas horas juntos para una pareja que apenas coincidía a la hora de cenar y los fines de semana. A veces me planteo si seré una asocial o es que con la edad he ido acumulando manías. Desde luego, la convivencia con otras personas no es para mí. Con las semanas de verano o la de Navidad de vacaciones en familia, tengo suficiente para todo el año. Cierto es que ellos me conocen y respetan mis límites. Solo a mi sobrino le tolero un mayor acercamiento, pero ahora, en plena adolescencia, me lo estoy replanteado. Lo prefería cuando era un niño cariñoso y obediente que se entretenía dibujando tranquilo a mi lado. La ebullición de sus hormonas le tienen alterado y a veces es insoportable.

«Es igual que tú», suele decir su madre para fastidiarme si le voy con mis quejas sobre el comportamiento de Carlitos.

Aunque prefiero no responderle, una punzadita de orgullo surge en mi corazón cada vez que escucho el mordaz comentario en boca de Elvira. Carlos es listo y demuestra ya ramalazos de su fuerte carácter y sus ganas de independencia. Yo le apoyo. Mi hermana puede ser una mamá gallina, protectora en exceso. De acuerdo que tiene catorce años, pero hay que permitirle desplegar sus alas. Un hombre dependiente de su progenitora de pequeño, lo sigue siendo de mayor. Son pésimas parejas que buscan una mujercita que cocine, lleve la casa, planche y friegue como su mami. O tienes mucha paciencia y estás loca de amor, o eso no hay quien lo soporte. No digo que le deje salir de fiesta hasta las tantas, pero tampoco veo preciso entrar en su habitación cada dos por tres, sin avisar, para pillarle desprevenido y descubrir qué hace en el ordenador. El día que le encuentre haciéndose una paja, se van a oír los gritos en todo Madrid.

Guillén no tiene pinta de necesitar quien le cuide. Si se ha mudado a Nava del Conde y vive solo, es que es capaz de desenvolverse con las tareas domésticas sin ayuda. Ya me enteraré de si alguna mujer del pueblo le hace las veces de asistenta. A pesar de no saber encender una chimenea, no debe ser ningún inepto en otras materias. Lo que ocurre es que estos chicos que se han pasado la vida dando patadas a un balón solo conocen los campos de juego.

He de reconocer que es alto, guapetón y está más o menos en forma. Fue divertidísimo cuando casi echa el bofe según subíamos a la cima. Hice como si no me diera cuenta por consideración a sus esfuerzos por disimularlo. Sin duda, emplea demasiadas horas sentado delante de un ordenador. Sin embargo, no me pasó desapercibido que la ropa deportiva que llevaba le quedaba holgada. Dudo que fuese por un error de talla en el momento de comprarla. Debe haber adelgazado y las prendas le van grandes. Por lo poco que vislumbré, las mallas ciclistas de anoche le sentaban mejor.

A mí me gusta acudir al gimnasio al salir de trabajar. Me permite poner la mente en blanco y olvidarme de los clientes, las vistas, mis jefes y cualquier otra preocupación que se haya depositado como

una losa sobre mis hombros. En alguna ocasión me acompaña Natalia, pero no siempre. Hay varios tíos atractivos en el centro deportivo que me observan en silencio. No me importaría tener un desahogo con ellos en el baño o en el coche amparados por la oscuridad del aparcamiento. No obstante, nunca lo he hecho. Me gusta mi gimnasio y no quiero verme en la obligación de buscar otro porque un amante ocasional confunda las ganas de sexo con el deseo de algo más. Sería insoportable tener a un baboso que no deje de insistir en salir a cenar o ir al cine, dándome la murga mientras pedaleo en la bicicleta estática. Nunca es buena idea tener una cita con un hombre que se preocupe más de su cuerpo que del tuyo.

Guillén tiene unos ojos azules que, bajo la luz del sol, brillan cuando sonríe, algo que hace con frecuencia. A pesar de que es algunos años mayor que yo, me atrae. Esas canas que pintan su oscuro pelo le confieren un aspecto muy atractivo. Estoy segura de que él es consciente de ello. Fijo que de joven se lo pasó muy bien. Aunque la edad le ha asentado, está claro que no en demasía. Esta mañana, él ha tonteado conmigo varias veces, y he de reconocer que quizá yo le haya dado pie a hacerlo. No lo he hecho a propósito, ha sido algo natural. Es buen conversador, de tal forma que bajas la guardia y te descubres hablándole de aspectos de tu vida que no le explicarías a un extraño. No obstante, es recíproco. Cuando ha confesado en tono compungido que no era capaz de encender la chimenea, me ha resultado entrañable. Pobrecillo. Antes de regresar a Madrid, tengo que enseñarle. El invierno está a punto de comenzar y, sin un buen fuego, se puede morir de frío solo en la montaña. Un corte de luz, y adiós calefacción. Incluso, si las mínimas descienden mucho, ni los radiadores resultan suficientes.

¿Qué hora es? Las dos y cuarto. Hora de almorzar.

Voy a la cocina a prepararme algo para comer. Tengo un hambre canina. El aire puro y el paseo matutino me han abierto el apetito. ¿Una ensalada? ¡Puff! Va a ser que no. Mi cuerpo me pide saltarme la dieta. Demanda una buena ración de hidratos de carbono y

grasas. Ya daré otra vuelta antes de que se ponga el sol, pero ahora me voy a zampar un buen filete con una pila de patatas fritas y una copita de ese vino tan rico que mi padre guarda en su bodega particular. Al fin y al cabo, lo hago por su bien; si se hiela y estalla la botella, sería una gran pérdida.

Almacena sus tesoros vinícolas en un armario especial tipo nevera, que mantiene los caldos a la temperatura adecuada con el nivel de humedad preciso. Hizo instalar un generador solo para protegerlos en caso de un fallo en la corriente eléctrica. Nos lo «vendió» como una forma de asegurase de que siempre habría energía para hacer funcionar la caldera. No contaba con que la aplicación a distancia sufre una especie de reseteo cada vez que hay un corte en el suministro eléctrico. Mi cuñado me ha explicado en varias ocasiones cómo volver a configurarla. Yo he fingido entenderle asintiendo cada pocos segundos. No obstante, teniendo en cuenta lo bien que me ha ido este puente programando la calefacción desde Madrid, es evidente que no he conseguido aprender a hacerlo. Quizá le pida a Guillén que, a cambio de enseñarle a prender un fuego, me deje escritas unas instrucciones sencillas y simples que yo pueda seguir sin complicaciones en mi próxima estancia en el chalet.

Mientras pelo las patatas, pongo la radio para escuchar música, pero la emisora que está sintonizada es una generalista que está dando las noticias.

> *«Continúa la investigación sobre el cuerpo hallado ayer por la mañana en la orilla del río. Fuentes policiales han informado que la muerte se debió a un fuerte traumatismo en la base del cráneo producido por un objeto contundente de origen desconocido. Queda, por tanto, descartada una causa de muerte natural por un infarto o similar.*

Al ser una zona verde sin edificios ni locales comerciales, no hay grabaciones de cámaras de vigilancia donde pudiera haber quedado constancia de los hechos. Se buscan testigos que pasaran por allí las horas previas al hallazgo del cadáver. Es un recorrido en el que es habitual ver a deportistas o a personas paseando a sus perros a cualquier hora del día, por lo que se ha abierto una línea de teléfono a la que usted puede llamar en caso de tener algún dato que aportar a la investigación.

En particular, las mismas fuentes policiales han pedido la colaboración ciudadana para encontrar a un posible testigo que fue visto por un operario del servicio de recogida de basura a última hora de la tarde del martes, cerca del lugar del macabro hallazgo. Sería un hombre de complexión media, de una altura cercana al metro noventa, con el pelo corto canoso, de unos cincuenta años. Los investigadores que llevan el caso quieren hablar con él, puesto que la horquilla temporal de la muerte establecida por los forenses hace factible que viese cómo se perpetraba el delito y después huyera por miedo al agresor.

Una hipótesis en la que se está trabajando es la posibilidad de que fuera un crimen fortuito, consecuencia de una discusión acalorada o un intento de robo frustrado…».

¡Guau! ¡Ni que estuvieran describiendo a Guillén! ¿Mi nuevo vecino un psicópata asesino? Ni de coña. No le veo capaz ni de matar una mosca. De todas formas, me lo pensaré un poco más

antes de entrar en su casa y ayudarle a encender el fuego de la chimenea. Se oyen demasiadas cosas en las noticias que te hacen recelar cuando se te acerca un desconocido en la calle a preguntarte qué hora es. Incluso en la aparente seguridad de mi despacho en el bufete, nunca puedo fiarme del todo de los nuevos clientes que llaman a mi puerta. Por muy acaudalados que sean y puedan permitirse pagar mis altos honorarios, el dinero y la educación no les exime de cometer delitos. De hecho, lo normal es que acudan a mi oficina por haberse saltado la ley.

He comido y he recogido la cocina en menos de sesenta minutos. Ahora debería apoltronarme en el sofá y ver una película hasta que me entre sueño y me eche una buena siesta reparadora. Sin embargo, lo que he oído en la radio sigue resonando en mi cabeza. La única solución que se me ocurre para calmar mi intranquilidad es llamar a mis padres.

—¡Hija! ¡Qué agradable sorpresa! —exclama mi madre al escuchar mi voz—. ¿Qué tal en la sierra? ¿Hay nieve?

—Ni un copo. Son unos alarmistas. De momento, mucho frío y niebla. Vamos, lo habitual a finales de otoño. Aunque mejor si no hace acto de presencia hasta que haya regresado a los *madriles*.

—Hija, mira que eres aburrida. Quedarte aislada en la Nava tampoco sería tan malo. Tienes casa, el pueblo está a una distancia que se puede recorrer andando, y me apuesto lo que quieras a que te has llevado el ordenador y unos cuantos expedientes. Así te tomarías un descanso a la fuerza. Trabajar tanto no es sano.

—Si ocurre algo así, habrá una capa de nieve tan alta que no seré capaz de salir de aquí ni con coche ni andando. Los víveres, el agua y el gasóleo de la caldera se agotarán. Durante un tiempo solo tendré el vino de papá para subsistir, por lo que terminaré muriendo de frío o de intoxicación etílica. Cuando se produzca el deshielo y encuentren mi cadáver, estaré momificada en alcohol.

Las carcajadas de mi madre han captado la atracción de mi progenitor, y la llamada a dos se convierte en una a tres.

—Martinita, puedes tomarte una botella de vino, pero solo una —me advierte mi padre muy serio. Sus preciados caldos son su tesoro. Le gusta ver las botellas, leer las etiquetas e imaginar cómo sabrán. Aunque cada verano se permite el lujo de abrir un par de ellas, le da una pena horrible. Por mucho que le recordemos que el vino está para disfrutarlo, él hace caso omiso. Se cree que no sé que ha pagado por alguna de sus preciadas posesiones un precio tan alto, que beberlo mientras comemos una barbacoa parece una ofensa. No seré una entendida catadora, pero hasta yo sé reconocer un vino bueno de uno del montón—. Y ya sabes, las de…

—Las de la balda de arriba ni mirarlas ni tocarlas o me desheredarás y harás de mí vida un infierno —concluyo divertida recordando lo que nos repite a mi cuñado y a mi cada agosto. Elvira es más de cervecita fría o sangría—. Tranquilo, he escogido un Ribera del Duero muy rico que adquiriste hace dos veranos en Segovia.

—¿Un tempranillo[3]? —inquiere él más tranquilo, pero observando atento la pantalla por si puede hallar pruebas de que estoy mintiendo.

—Sí. No te apures, que no he tocado tus «niños». Por cierto, cambiando de tema. ¿Sabíais que tenemos nuevo vecino en la cabaña de abajo? Se llama Guillén. ¿Lo conocéis?

—¿La que ha estado vacía dos años? —pregunta mi madre.

—Esa misma. Desde que murió el dueño, no he vuelto a ver a nadie. Al menos, yo. No sé vosotros, que venís más.

—No, cariño. Los últimos veranos ha estado desocupada. La viuda se desentendió de la cabaña. Me daba pena verla vacía, pero últimamente la alquilaban a modo de casa rural y había fines de semana que se llenaba de gente ruidosa y molesta. Una vez pusimos una queja en comisaría, pero de poco nos valió. Cuando quisieron tomar medidas, los inquilinos ya se habían ido.

—¿Y quién la habita ahora? —inquiere mi padre.

—Un hombre que vive solo. Me cruce con él esta mañana al salir a caminar. Da la impresión de ser un tipo educado y correcto. Me

dijo que se dedica a dar soporte informático a empresas. Trabaja *online* desde aquí.

—¿Es atractivo? ¿Está soltero?

—¡Mamá! —exclamo al escuchar sus preguntas.

—Martina, ya vas teniendo una edad. No es fácil encontrar un hombre sin compromiso a partir de los cuarenta.

—Solo te falta decir que se me va a pasar el arroz.

—Pues ahora que lo dices…

—Deja a la niña en paz —interviene mi progenitor sabiendo que, si no nos corta, terminaremos discutiendo.

—Si tanto te interesa, creo que no tiene pareja, pero no hemos hablado tanto como para saber esos detalles de su vida —explico resoplando.

—Mejor. Nunca se sabe qué oculta una sonrisa —afirma mi progenitor, al que no le importa que siga soltera. Con Carlos ya se siente lo suficientemente realizado como abuelo.

Después de despedirme de mis padres, me doy cuenta de que estoy más nerviosa que cuando decidí llamarlos. Está claro que ha sido una pésima idea.

Ya no tengo ganas de echar una cabezadita.

Voy a leer un par de expedientes, que se me va ir el tiempo sin hacer nada de provecho.

Capítulo 6

Guillén

Jueves 16:00

¡**M**enuda siesta me he pegado! Mi propósito era cerrar los ojos unos minutos, pero me he quedado dormido durante una hora. La caminata de esta mañana me ha dejado para el arrastre. La culpa la tengo yo por fingir que mi forma física es mejor de lo que es. Subir el sendero ha sido una dura prueba para mis piernas. En bicicleta, con la marcha adecuada, me resulta menos complicado. En algunos tramos casi me echo a llorar. Yo creo que Martina se daba cuenta porque, en lugar de aminorar, aceleraba. ¡Que era cuesta arriba!

Suena mi móvil. Consulto la pantalla y veo que es una videollamada de Pedro desde el grupo que compartimos con José. Seguro que a él también le está contactando. Me quito las legañas y le doy a responder. Mis dedos todavía no se han despertado y les cuesta colocar el móvil sobre su soporte. Creo que solo me funciona medio cerebro, el otro sigue con Morfeo.

—¡Hola! ¿No se supone que estás de vacaciones en Granada? —le pregunto a un sonriente Pedro.

—Y lo estoy. Pero hoy nos ha tocado madrugar para estar a las diez en la puerta de La Alhambra. Los niños estaban agotados, así que hemos venido al apartamento que tenemos alquilado a comer y descansar. Levantarte a las ocho en vacaciones debería estar prohibido.

—Con críos, lo mejor es alquilar un piso —corrobora José—. Son unos pequeños tiranos en cuanto a sus horarios y sus comidas. Si son bebés, hay que calentar biberones y potitos todo el rato. Lloran y lloran hasta que obtienen lo que quieren. Son inmisericordes.

—Ya te digo —responde Pedro—. En algunos restaurantes te ponen mala cara cuando les pides el favor de que templen los envases en el microondas.

—Tu mujer y tus hijos estarán echándose la siesta —le digo a mi amigo—. Como te aburres, has decidido llamarnos para darnos la turra.

—Necesitaba una conversación de adultos.

Los tres nos echamos a reír. Sin embargo, por mucho que protestemos, no podríamos vivir sin estas videollamadas a tres bandas. Son la única forma que tenemos de mantenernos en contacto cuando nuestras agendas nos impiden vernos en persona. Entre el trabajo y las obligaciones familiares, la agenda puede complicarse mucho.

Primero dejamos que Pedro nos cuente su fantástico recorrido por los jardines del Generalife[4], lugar maravilloso y evocador, para a continuación escuchar a José explicarnos que su viaje a Salamanca se ha visto frustrado por la enfermedad de sus niños. Lo llevaban planeando desde octubre. Un destino turístico cerca de la capital, repleto de grandiosos monumentos y pequeños rincones dotados de encanto.

—Tíos, es que es la ley de Murphy. Tú planea una escapada con detalle, que la víspera se pondrán malos fijo. Si los padres no los llevaran a clases cuando están enfermos, esto no pasaría. Como no tienen con quien dejarlos, pues venga, a dispersar virus a destajo. Ellos ahora estarán disfrutando de las vacaciones, y nosotros amargados en casita.

—¿Vosotros estáis bien? —le pregunta Pedro preocupado por el rostro de cansancio de José, en el que destacan unas pronunciadas ojeras violáceas.

—Tenemos mucha tos, así que me da que lo hemos pillado los cuatro. Por una parte, mejor, así lo pasamos de golpe y no por etapas.

—Guillén, cuéntanos algo —me pide Pedro desviando su mirada hacia mí—. ¿Qué tal te va en tu retiro espiritual?

Desde que me mudé a Nava del Conde, los chicos se meten conmigo diciendo que soy un ermitaño. No comprenden que haya cambiado la ciudad por la montaña tan feliz de la vida. Yo también me creía un urbanita de pro hasta que mis circunstancias laborales cambiaron y me vi obligado a cambiar de residencia. No negaré que el comienzo fue duro, pero me he terminado adaptando.

—He conocido a una chica —les respondo como si tal cosa.

¡A ver si se creen que esto es el culo del mundo y nunca pasa nada interesante!

—¿Del pueblo o una turista? —quiere saber Pedro.

—¿Cómo se llama? ¿Es guapa? —inquiere José, al que parece que se le acaba de esfumar el malestar.

—Ni es del pueblo ni es una turista. Sus padres son dueños de un chalet cercano a mi cabaña. Ese grande, que está muy cuidado. ¿Os acordáis? Hace décadas que veranean aquí.

Al mes de instalarme, aprovechando los últimos coletazos estivales, mis amigos y sus familias me visitaron un domingo. Reservamos un buen asado en el pueblo e hicimos una ruta por la zona. Tienen que recordar la edificación de la que les hablo porque estuvimos comentando lo bonita que era. Posee un toque alpino que no desentona con el entorno, al estar rodeada de árboles y con los picos de la sierra asomando sobre el tejado.

—El del jardín —responde Pedro mientras José asiente—. A ver si este año adecentas el tuyo. En septiembre estaba asilvestrado.

—En primavera plantaré árboles y rosales —afirmo con convencimiento—. O, mejor dicho, buscaré a alguien que me ayude. Me han hablado de unos viveros a unos kilómetros de aquí.

—Serás vago —replica Pedro.

Él y su familia viven en una adosado en las afueras de Madrid. Tienen una pequeña zona verde en la parte trasera de la casa donde sus niños se lo pasan en grande, correteando sin descanso.

—Regar los arbustos con una manguera por las mañanas es una cosa, pero deslomarme haciendo agujeros es otra. A mí que me lo pongan chulo, que luego de cuidarlo ya me encargaré yo. Incluso, si me instalan riego automático, habrá menos riesgo de cargarme las plantas. Además, yo no tengo ni idea de qué es lo más adecuado para esta zona y este clima. Mejor que me asesoren, que si no se me van a chafar los árboles antes de que enraícen. A ser posible, variedades que estén con hojas tanto en verano como en invierno.

—Hay plantas artificiales que dan el pego genial —apunta Pedro —. Nosotros tenemos una orquídea en una maceta de la entrada, que mi suegra sigue pensando que es de verdad. La he visto echándole agua alguna vez. Mi mujer me ha prohibido decirle nada. Según ella, es mejor no disgustarla.

—Porque está medio ciega, la pobre —alego riendo—. En el piso también tenía flores de tela y de plástico para no verme obligado a ocuparme de ellas. Pero chicos, esto es la sierra. Hay verde por todas partes.

—Bueno, bueno, que os desviáis del tema —nos reprende José—. No me has contestado. ¿Es guapa la zagala?

—Bastante —contesto poniéndome recto en la silla. Hacía mucho que no les hablaba de ninguna mujer. Los ligues esporádicos no cuentan. Voy a fardar un poco, que ya era hora.

Procedo a relatarles mi conato de atropello de anoche y «la forma casual» en que Martina y yo hemos paseado juntos esta mañana. Si se enteran de que la estuve espiando hasta las doce, van a creer que me he vuelto un psicópata por estar tanto tiempo solo. De esa parte, mejor ni una palabra.

—¿Y la vas a volver a ver? —me interroga Pedro, que es el más romántico de mis dos amigos.

—Eso espero. Dijo que se quedaría todo el puente y nuestras viviendas están cerquísima. Lo raro sería que no volviéramos a coincidir. Esto no es tan grande. Tendrá que ir a por pan y otros víveres a Nava del Conde. Seguro que nos vemos.

—Te ha gustado. ¿Cuánto hace que no echas un polvo? —inquiere José que, por mucho que se haya casado y, teóricamente sentado la cabeza, mantiene su alma de aprendiz de Casanova oculta tras su fachada de fiel esposo—. ¿Tienes alguna amiguita en el pueblo con la que tener sexo? Te recuerdo que es peligroso que las cañerías se atasquen. Por mucho que te masturbes, no es lo mismo que si follas.

—Tío, sigues igual de bruto que cuando estabas soltero —cuchicheo mientras niego con la cabeza.

—Es una necesidad básica masculina. No tiene nada de malo —insiste José.

—¿De verdad que sigues clasificando a las mujeres que te cruzas en tu día a día entre *follables* o no? —inquiere Pedro asqueado—. Ya no eres un veinteañero.

—Y piensa que tienes una hija —señalo yo—. Dentro de unos años, cuando vista como cualquier adolescente y los chicos se giren al verla pasar, imagina que por sus mentes cruza lo mismo que por la tuya.

—Eso no va a pasar, porque mi niña se va quedar con sus papis para siempre. No saldrá de fiesta hasta que tenga cuarenta años, o yo me haya muerto y no pueda verlo.

Pedro y yo rompimos a reír con ganas. Descubrir que el tarambana de nuestro amigo se ha convertido en un padrazo no es algo que esperáramos que fuese ocurrir mientras lo daba todo en las salas de fiesta en nuestra época universitaria.

—Martina me ha prometido enseñarme a encender la chimenea —les explico cuando conseguimos detener el coro de carcajadas al que se ha acabado uniendo José—. Aunque no es una cita, es una prueba de que no le fui indiferente.

—A lo mejor solamente fue educada y te lo dijo por pura cortesía —alega José con sorna.

—¿Todavía no has conseguido hacer fuego? —inquiere Pedro—. ¿Ni con tutoriales? No es tan complicado.

—Y no digo que lo sea, solo que yo no le he pillado el truco.

Hablamos un poco más y nos despedimos. La familia de Pedro quiere seguir pateando Granada, y la de José necesita mimos y medicamentos a partes iguales. Yo debería ponerme a trabajar, sin embargo, la pereza me puede. Remoloneo en el sofá haciendo *zapping* con el mando de la televisión hasta que las imágenes del canal de noticias captan mi atención.

Están hablando del cadáver del tío que encontraron en la orilla del río. Al parecer, lo han identificado.

«La identidad de la víctima encontrada a primera hora del miércoles en la ribera del río ha sido desvelada por la policía: Enrique Ramos Jiménez. Un físico de la universidad Complutense de Madrid apreciado por sus compañeros y amigos. Según ha sabido esta cadena, formaba parte de su rutina habitual salir a correr durante una hora después de concluir su jornada laboral. El fallecido tenía cincuenta y tres años. Actualmente, estaba separado, y vivía solo en un apartamento próximo a la zona donde fue hallado su cadáver.

El fuerte golpe que presenta en la nuca indica que su muerte no se debió a causas naturales. Aún se desconoce si los hechos fueron el resultado de una caída, o estamos ante una acción premeditada…».

Si algo así ocurre en una ciudad de millones de habitantes como Madrid, no quiero ni pensar en lo que puede pasar en un pueblo como Nava del Conde de unos pocos centenares de personas. Allí las calles están llenas de gente a cualquier hora del día y de la noche.

Cuando vivía en la capital, me daba miedo hasta confundirme de contenedor al reciclar porque siempre había alguien que aparecía a tirar la basura a la vez que lo hacía yo, que, por supuesto, depositaba sus bolsas de un modo tan perfecto y profesional que me dejaba atónito. Reconozco que, aunque le pongo buena intención, soy un desastre.

¿Dónde tiene espacio la gente para tanto cubo en casa? Son desechos, no posesiones preciadas.

Mis vecinos se presentaban bien arreglados, nada de bajar en zapatillas y con el pantalón del pijama asomando por debajo del abrigo como solía ir yo después de cenar, con sus bolsas de la mano. Cada una del mismo color del contenedor donde iban a ir a parar.

Después de mirarme con cierto resquemor por si era un vagabundo y les pedía dinero, depositaban sus desperdicios y se daban la vuelta sin dejar de observarme por el rabillo del ojo.

Yo llevaba una bolsa de plástico del supermercado repleta de cartones, latas, plásticos y alguna botella. Lo repartía con mayor o menor acierto según el sueño que tuviera y regresaba a mi casa.

Aquí tengo un contenedor para desechos orgánicos que saco los martes junto con el del plástico, y los viernes con los destinados a papel y vidrio. Los dueños anteriores tenían cuatro cubos, uno para cada uso, guardados en el garaje, así que no tuve que preocuparme de comprarlos. De cualquier forma, cuando huele demasiado y no quiero atraer a los animalillos del bosque, bajo la bolsa al pueblo dando un paseo. De paso, me aprovisiono de víveres o tomo un vino en el bar.

No me muevo en pijama, pero sí que lo hago en ropa deportiva o casual, igual que el resto de vecinos. En más de una ocasión, callejeando por la Nava, me he topado con abuelitas en bata de franela limpiado la puerta de su casa mientras echan un parlado con su vecina, sin inmutarse por las miradas sorprendidas de los forasteros. Las más curiosas ya saben mi nombre, dónde vivo, a qué me dedico, y estoy seguro que hasta mi talla de calzoncillos. Son tremendas.

El anonimato de la gran ciudad no existe en este pintoresco pueblo de la sierra. Sin embargo, no dudo que fuese posible que un cadáver permaneciera olvidado durante el invierno bajo una capa de hojarasca y nieve sin que nadie, salvo las alimañas, lo descubriera hasta la primavera. Si un asesino escondiera el cuerpo de su víctima en una zona apartada de las rutas de senderismo, o lo lanzara por algún precipicio, podría continuar con su vida sin despertar sospechas.

La montaña es el escenario perfecto para cometer un crimen.

Capítulo 7

Martina

Jueves 17:00

Creo que he comido demasiado. Estoy acostumbrada a almorzar una ensalada o un sándwich en la sala de descanso con Natalia o, si hace buena temperatura, en un banco en la plazoleta que hay detrás del edificio del bufete. Nos dan a elegir entre hacer jornada continua o partida, y mi amiga y yo preferimos la primera. Si me fuera a comer a casa, me constaría un mundo regresar por la tarde al despacho. Los treinta minutos que tenemos son suficientes para estirar la espalda y descansar el cuello.

Hoy me he pasado. No iba a freír solo media patata y tirar la otra media, así que acabé preparándome una entera. Con el filete estaban riquísimas. Nada que ver con las congeladas o las recalentadas de las hamburgueserías. No obstante, la digestión no está siendo tan sencilla. Mi cerebro no funciona igual embotado por la sobredosis de colesterol e hidratos de carbono, y por la somnolencia provocada por las dos copitas de vino que han acompañado el festín. Creo que voy a levantar el culo de la silla y salir a dar un paseo antes de se ponga oscuro y no vea por dónde camino.

¡Puff! ¡Qué frío! Cuando me metí en el chalet esta mañana, el sol brillaba en el cielo y, aunque sin mucha fuerza, algo elevó la temperatura. En estos instantes, el astro rey se está poniendo, y puedo percibir una mayor sensación de humedad que atraviesa inmisericorde la ropa y llega hasta mis huesos. La noche va a ser gélida. Menos mal que mi madre siempre deja en los armarios plumas viejos que ya no se pone. Es muy agradable no tener que cargar hasta Nava del Conde con gruesos abrigos que abarroten las maletas, pero tenerlos al alcance de la mano en el invierno. Los bastones no los he cogido. No me siento segura con ellos cuando la visibilidad es escasa. Ya me he dado algún traspiés usándolos sin luz. Están mejor en el paragüero, porque en breve va a anochecer.

¿Dónde está la gente que recorría el sendero a primera hora? Supongo que tomando un café de sobremesa en el pueblo o de regreso a sus hogares los que mañana deben acudir a sus puestos laborares. No todo el mundo hace puente. Que se lo digan a los dependientes de los grandes almacenes o a los que estamos empleados por jefes despóticos que se van a Nueva York con su familia, mientras su personal continúa trabajando por ellos. Al menos, yo he podido optar por teletrabajar.

¡Puff! Tengo agujetas de esta mañana. Creo que no voy a subir tan arriba como antes. Me quedaré a media altura, justo en el Mirador del Pastor, y de esa manera podré contemplar la maravillosa vista que hay desde allí. No me extraña que haya sido el lugar elegido por los pastores para descansar y vigilar a sus rebaños durante siglos. Es un sitio privilegiado. La sierra se despliega delante de tus ojos con las casitas de Nava del Conde pintadas en el fondo del valle. A lo lejos se vislumbran los tejados de otras aldeas y de chalets aislados que salpican las laderas de la cordillera montañosa. En primavera, los verdes pastos lo inundan todo, por lo que el ganado puede comer a sus anchas mientras sus cuidadores lo controlan. Ahora vienen menos, pero aún lo hacen. Supongo que el aumento de turistas y excursionistas espanta a las ovejas.

¿Qué ha sido eso? He oído un ruido extraño a mi espalda. ¿Algún animalillo? Me vuelvo y agudizo la vista buscando senderistas regresando de la cima, pero no logro ver a nadie.

¡Otra vez! Es el sonido inconfundible de ramas y hojas secas al ser aplastadas contra el suelo por un pie. No estoy sola. Apenas hay luz, porque es justo ese misterioso instante en el que el día cede su lugar a la noche y una fina membrana separa lo real de la fantasía. Si emergiera un duende o un trasgo delante de mí ahora, no me sorprendería. Un escalofrío, que no se debe a la baja temperatura, recorre mi cuerpo desde las puntas de los dedos de mis pies hasta mi nuca.

Cierro los ojos, me quedo muy quieta y escucho en silencio durante unos segundos. Mis oídos captan un sonido que bien

pudiera ser el de alguien respirando. Camino unos metros hacia el sendero, alejándome del borde del mirador. De pronto, no me parece tan buena idea haber subido hasta aquí tan tarde. En verano suelo hacerlo con mi familia para contemplar la puesta de sol, pero claro, entonces no somos los únicos. Siempre hay algún vecino de la Nava o algún turista que también se une a nosotros atraído por las fotos que se ven en las redes del bucólico paisaje.

Me observan. Estoy segura. Una persona, oculta entre los árboles, me está viendo mirar a todos los lados como una loca. O se está burlando de mi cordura, o pretende pillarme desprevenida y asaltarme para robarme o agredirme. El miedo que me inmovilizaba hace unos segundos, se empieza a ver desplazado por una ira creciente.

—¿Quién está ahí? Te oigo respirar —añado instando al extraño a que muestre su rostro.

Nada. Ni un movimiento. No muy lejos se escucha el ulular de una lechuza y los ladridos de un perro que debe hallarse en la Nava. Aunque el viento me ha traído sonidos cuyas fuentes se encuentran a kilómetros de distancia, estoy más interesada en lo que tengo más cerca. ¿Quién será el cretino que se lo está pasando en grande fastidiándome?

—Sal. No me como a nadie. Si has venido a ver la puesta de sol, ya ha terminado. Llegas tarde.

Ni una pisada ni una palabra rompe el opresor silencio que me rodea.

—¡Me estoy cabreando! Déjate de jueguecitos y sal de tu escondite, tío. ¿Qué pasa? ¿Te pone verme enfadada? ¡Hazte una paja y déjame tranquila!

Una extraña sensación, como de una mano apoderándose de mi estómago y estrujándolo sin contemplaciones, se instala en mi interior. Cualquier incomodidad que pudiera sentir hace rato por la pesada digestión se ha esfumado. El pánico vuelve a ganar terreno a la valentía y mi arrojo comienza a desinflarse. Los chulitos que se ponen gallitos en un juicio o plastas en una discoteca no me dan

miedo. A esos se les va la fuerza al hablar, pero del desconocido que me vigila lo ignoro todo.

Si esto fuera una novela y no la realidad, me pondría a correr como alma que lleva el diablo hasta llegar al chalet. Después de un rato, confiando en hallarme en refugio seguro, me serviría una copa de vino y me reiría de mis miedos, mientras un hombre irrumpe en mi cocina dispuesto a violarme, matarme y hacerme cachitos. Así que me voy a quedar donde estoy, sin permitir que mi imaginación vuele a sus anchas.

Decido exhortar de nuevo a mi acosador con una voz que desearía que fuese menos temblorosa. Me arrepiento de no haber cogido los bastones. Tendría dos armas defensivas. Algo endebles, pero serían mejores que mis manos vacías.

—¡Eh, ¡tú! Te aburres mucho, ¿no? Pues voy a llamar a la Guardia Civil y, cuando vengan, les explicas lo divertido que te resulta acechar a las mujeres escondido entre los árboles.

—¿Martina?

—¡Ah! ¡Maldita sea!

El malnacido me ha respondido y del susto he soltado el móvil. Tengo que agacharme y recogerlo, porque tirado en el suelo me vale de poco. Juraría que reconozco esa voz. ¿Dónde está el maldito teléfono? Se ha caído sobre mi pie y ha rebotado. Solo preciso de unos segundos para recuperarlo. De pronto, un haz de luz impacta contra mi rostro, dejándome ciega.

—¡Que no veo!

«Muy bien, Martina, tú sigue dándole datos sobre tu indefensión al acosador. Además, le estás dejando claro que eres tonta», me reprendo a mí misma.

—Lo siento, espera un momento, que apago el faro.

¡Es Guillén! Mi nuevo vecino. El suspiro de alivio que se cuela entre mis labios es audible para los dos. Me observa con recelo y suspicacia. Lo entiendo. La cordura y la razón me han abandonado al ponerse el sol. Debo parecer una loca histérica.

—¿Has salido a caminar sin una linterna? —inquiere perplejo desde lo alto del sillín de la bicicleta al que está encaramado.

—¿Y tú? ¿Tu pasatiempo favorito es salir a montar bajo la luz de la luna en invierno?

—Pues sí —contesta encogiéndose de hombros algo avergonzado —. Es que los festivos es el único momento en que sé que no me voy a encontrar riadas de senderistas con niños y perros trotando por doquier. A ver, que no soy Herodes, pero se te cruzan sin mirar y luego los padres o sus dueños no les dicen nada.

—Ayer fue al revés —rio al escuchar su explicación. Tampoco soy muy fan de tener críos pequeños dando la murga a mi alrededor. Me sobrepasan con sus demandas y sus gritos ansiosos. Adoro a mi sobrino, pero lo prefiero en su estado actual de adolescente rebelde que de terremoto incansable como cuando era niño. Su madre se queja de que no se puede hablar con él. Se ve que Elvira no recuerda su época púber. Era inaguantable, dicho desde el cariño fraternal.

—Cierto. La culpa la tuvo la magnífica cena que me metí entre pecho y espalda, y mis ganas de llegar a casa. Aunque, siendo sinceros, la conductora que iba al volante tampoco debía ir tan rápido.

—¡*Touché*! ¿Qué haces aquí? —le pregunto, puesto que aún desconfío de que no fuera él quien me observaba hace unos minutos —. Estamos lejos del pueblo y este sendero no es adecuado para recorrerlo de noche.

—Ya. Por eso mi propósito era ir hacia la Nava y regresar. Estaba saliendo de mi casa cuando me pareció escuchar la voz de una mujer gritando. Pensé que podía ser una excursionista en apuros y me he acercado. No esperaba encontrarme contigo. ¿Qué te ha pasado?

—Vine al Mirador del Pastor a ver anochecer y me ha asustado algún animal —admito sin perder detalle de las reacciones de Guillén a mis palabras. Me escucha atento. Da la impresión de estar seriamente preocupado por mi bienestar. Tendré que darle el

beneficio de la duda. Al menos, de momento. Pero el hecho es que estoy segura de que un animal de dos patas me ha acechado antes —. Le oía husmear y pasearse entre la vegetación.

—Tranquila. Creo que les damos más miedo nosotros. Nunca he oído que hayan atacado a las personas. Sí que a veces algún ciervo o algún jabalí atraviesa una carretera, provocando accidentes. Eso es peligroso. Se te cruzan de improviso y te llevas un buen susto.

—En cualquier caso, no he debido subir de noche hasta aquí. Ha sido una imprudencia por mi parte. Gracias por preocuparte.

—Venga, te acompaño al chalet. Estás tiritando. ¿Tienes frío o es el susto?

No me he dado cuenta de que mis dientes castañetean y un ligero temblor sacude mi cuerpo. El subidón de adrenalina se me está bajando. Comienzo a sentirme cansada y vulnerable.

—Tal vez las dos cosas —respondo iniciando el camino de descenso al lado de Guillén, que se ha apeado de su vehículo de dos ruedas.

—Hago un estupendo chocolate caliente con nubecitas. ¿Te apetece una taza? ¿Quizá algo más fuerte? Tengo whisky por algún lado.

¿Por qué no? Si me vuelvo a casa, voy a estar dándole vueltas a lo sucedido toda la noche. Una charla con un tipo que me resulta simpático me distraerá, pero mejor dejar el alcohol fuera de la ecuación. Aún hay una voz en mi cabeza que susurra que el tipo de antes ha podido ser Guillén.

—Me apunto a una taza de chocolate. Estoy segura de que, si miro con calma por las alacenas de la cocina de mi casa, encontraría también algún paquete de cacao en polvo. A mi sobrino y a mi padre les encanta. Tanto en verano como en invierno.

—Los entiendo. Yo lo bebería todo el tiempo si no fuera porque es una bomba de calorías. Paso mucho tiempo sentado delante del ordenador. El sedentarismo no se lleva bien con la báscula. A ti te pasará igual. ¡Soy idiota! —exclama de pronto Guillén, deteniéndose

y mirándome con cara de arrepentimiento—. Tú estás perfecta. No te sobra ni te falta un kilo. ¿Se puede ser más torpe?

No puedo evitar estallar en carcajadas. Se me saltan hasta las lágrimas. Su torpeza es adorable. Me ha llamado gorda y guapa en un momento sin respirar. Encima, se acaba de tropezar y «mi oportuno salvador» casi se rompe la crisma. Pobrecillo. Su intención es buena.

—Ten cuidado. A ver si al final te voy a tener que llevar a cuestas a tu cabaña porque te has hecho un esguince.

Me sonríe con timidez y continuamos nuestro camino comentando la falta de farolas.

—No estaría de más que pusieran alguna que funcionase con luz solar. Los ocasionales paseantes lo agradeceríamos.

—Es una idea genial. La inversión sería mínima y ganaríamos en seguridad —afirma Guillén—. Hay un buzón digital de sugerencias en la web del Ayuntamiento. Les enviaré un correo electrónico proponiéndoselo.

Hemos llegado a su propiedad. El jardín está muy descuidado. Me explica que planea adecentarlo en primavera. La falta de atención por parte de la antigua dueña tras la muerte de su marido ha provocado que luzca asilvestrado.

La vivienda es justo lo opuesto. Es de menor tamaño que el chalet de mis padres, pero, sin duda, está más modernizada. El porche acristalado debe contar con climatización. Percibo una agradable temperatura que contrasta con la del exterior.

—El suelo es radiante. Enseguida entrarás en calor y te sobrará el anorak —afirma mi anfitrión quitándose su abrigo y confirmando mi hipótesis.

—¡Es una gozada!

—Creo que los antiguos propietarios lo instalaron para que las personas que en esta época alquilaban la cabaña como casa rural no pasaran demasiado frío.

A continuación, nos despojamos del calzado y traspasamos la puerta que conduce al salón.

—¿Te ayudo con el chocolate?

—No te preocupes. Son cápsulas como las del café. Las introduzco en la cafetera y enseguida lo tenemos —añade sacando de un armario un bote de cristal repleto de decenas de mini nubecitas que me recuerdan a mi infancia. La de ellas que nos zampábamos mi hermana y yo cuando nuestros padres no estaban cerca recordándonos que nos laváramos los dientes.

—¡Me encantan! —exclamo sin ser capaz de resistirme a probar una—. Hace siglos que no las tomo.

—Ya verás lo ricas que están con el chocolate. Se funden con el calor, y se forma una especie de pasta exquisita.

Nos sentamos en las confortables butacas del porche y, durante unos minutos, permanecemos en silencio aspirando el dulce olor de la bebida. El primer sorbo me trae recuerdos gratos de mi niñez. He de reconocer que es muy relajante notar el calor de la taza en las palmas de mis manos, a la vez que mi cuerpo se reconforta con el espeso y dulce brebaje.

—¿Y qué te gusta hacer cuando no estás trabajando? —me animo a preguntarle para iniciar una conversación.

Empezamos a compartir impresiones sobre series que ambos vemos en nuestros escasos ratos libres y descubro que Guillén es un tipo divertido y mucho más inteligente de lo que pensé al principio. Su mente es ágil y despierta, lo que le capacita para absorber conocimientos como una esponja. Una facultad que la mayoría perdemos al crecer, pero que en él se ha continuado desarrollando. Después de todo, no va a ser tan mal vecino.

Capítulo 8

Guillén

Jueves 20:00

Podría quedarme sentado en el porche de mi cabaña para siempre si Martina no tuviera que irse a la suya dentro de un rato. Deseo que la taza de chocolate dure hasta la eternidad para seguir contando con su bella presencia. Su rostro está tan limpio y natural como esta mañana. Ningún rastro de maquillaje que acentúe sus atractivas facciones, perfectas por obra y gracia de la naturaleza y la genética. Pocas mujeres estarían tan bonitas en mitad de la montaña con un frío invernal rodeándolas. Su piel no presenta ninguna rojez ni sequedad. No sé qué productos de cosmética usará, pero ya me gustaría a mí lucir la mitad de bien. Aunque no soy una persona que dedique muchas horas al cuidado personal, reconozco que los tiempos de: «el hombre y el oso, cuanto más pelo, más hermosos», quedaron atrás. Me depilo por higiene y porque el ciclismo se practica mejor sin pelos tirando de las piernas al pedalear. Una buena hidratación es esencial y, desde que vivo en Nava, la crema nutritiva para luchar contra los rigores del clima forma parte de mi rutina.

Martina, debajo del anorak, lleva una sudadera gris perla y unos pantalones ajustados negros de una famosa marca de prendas deportivas. Un gorro y un cuello rosa palo completan su look invernal. Su atuendo es una mezcla de clase e inocencia rota por el abrigo, que le queda un poco grande.

—No es mío —niega siguiendo el curso de mi mirada—. Yo vine con uno mucho más fino que es ideal para moverte en coche por Madrid, pero no para caminar con tres grados como esta mañana. Me da que se quedará en el perchero hasta que el domingo regrese a la ciudad.

—Mejor el grueso. Ahora debe hacer bajo cero en el jardín. Con el fino te congelarías en cuanto asomaras la nariz fuera.

—Este es de mi madre. Es grande, feo y viejo. Desde luego, no lo verás en una pasarela.

—Ya, pero cumple su función, que es lo importante. Mantenerte caliente independientemente del viento que sople o el aguanieve que caiga. Además, es de los que se secan rápido. Eso también es fundamental.

—Tu ropa es especial para este clima, ¿verdad? —inquiere señalando la cazadora que reposa en mi respaldo. Una de mis prendas favoritas desde que me vine a vivir aquí. Muy ligera e impermeable al cien por cien.

—Has acertado. Parece fina, pero es de un tejido especial que aísla del frío y de la humedad. Si estoy subido en la bicicleta y voy deprisa, la sensación térmica disminuye. El aire se transforma en decenas de pequeños alfileres que se te clavan por doquier. Es incómodo y muy molesto, por eso necesito ir protegido.

—Solo me quedo el puente, pero voy a comprarme prendas como las tuyas. En Navidad iré unos días a Bruselas a ver a mi familia y me van a venir bien. Allí la gente se pone una cazadora acolchada fina debajo del abrigo de paño cuando quieren ir más formales. Con los anoraks largos me siento como el muñeco de las ruedas *Michelin*. Serán calientes, pero te hacen parecer un luchador de sumo.

Martina me explica que sus padres residen en la capital belga desde hace tiempo. Aunque que se mudaron por cuestiones laborales, al jubilarse, decidieron no regresar a España. Habían construido su vida allí y, siendo sus hijas mayores, optaron por no volver. Su tono de voz trasluce cierta pena que disimula con la práctica que da ignorar un sentimiento de desarraigo anclado en el corazón durante muchos años.

—Les echarás de menos.

—Claro, no te lo voy a negar. Sin embargo, el trabajo me absorbe por completo. Salvo los fines de semana, reunirme con mi hermana y mi sobrino es complicado.

—Eso es verdad. A mi familia tampoco la veo mucho. Ni ahora que vivo aquí, ni cuando residía en la ciudad. De cumpleaños en cumpleaños, en realidad.

—Mi mejor amiga es Natalia, una compañera del despacho de abogados. A ella la veo en la oficina y fuera de ella.

—Yo pertenezco a un grupo de senderismo de la Comunidad de Madrid que organiza rutas y excursiones los fines de semana. Pedro y José, mis mejores amigos, también forman parte de él. Aunque diciembre es un mes complicado por las fiestas y las reuniones familiares, el resto del año no paramos de hacer itinerarios que combinan la naturaleza con la cultura. Está guay para mantener el contacto con la gente y no quedarme enclaustrado en Nava del Conde.

—Puff, a mí me daría mucha pereza. Especialmente, con un clima como el de hoy. De todas formas, nuestra situación es diferente. Yo apenas piso mi casa, y tú pasas demasiados días en ella sin moverte. Es lógico que tengas ganas de «huir» el sábado, mientras que mi mayor deseo un domingo es quedarme en mi piso tranquilita.

—Eso es cierto —respondo confirmando sus acertadas suposiciones.

No sé por qué me da que el trajín que soporta de lunes a viernes no es lo único que la empereza los fines de semana. Dudo que Martina sea muy sociable y le agrade estar con desconocidos o con muchas personas a la vez. Tiene aspecto de ser solitaria y evitar los actos sociales más allá de los compromisos ineludibles. Si no, no estaría pasando el puente en un chalet en mitad de la sierra. Se habría ido de viaje a algún sitio más animado.

Su imagen de fría estatua de hielo, con un punto de soberbia, se ha ido diluyendo en mi mente a medida que hemos ido conversando. Sin embargo, me sigue pareciendo una mujer por encima de los convencionalismos y a la que le importa poco el qué dirán. Mantiene las distancias, pero tampoco me resulta raro. Somos dos personas que, por azares del destino, hemos terminado residiendo en Nava del Conde. Yo de forma permanente, y ella temporal. Se podría decir que las circunstancias nos han obligado a entendernos. Al fin y al cabo, hace mal tiempo y somos vecinos. Además de charlar, poco se puede hacer en una velada como hoy.

He descubierto que su carácter es más afable de lo que esperaba. El dulce punto amargo del chocolate ha relajado sus músculos y su lengua. Cuando me acerqué a ella en el Mirador del Pastor creía que me iba a saltar a la yugular. Estaba tensa y en alerta. Hubiera sido un justo castigo por espiarla.

Era cierto que me disponía a ir al pueblo, pero escuché pasos por el sendero y supuse que sería ella. Fue superior a mí no acercarme a mirar. Los gritos los escuché después.

En estás gélidas noches de finales de otoño, en las que el invierno alarga sus dedos y congela el cielo, no hay muchos habitantes de la Nava que abandonen la agradable comodidad de sus hogares por un paseo nocturno. He observado que los lugareños son madrugadores. Es más fácil toparte con ellos a las siete de la mañana que a las siete de la tarde. A medida que el amanecer se ha ido retrasando, menos los he visto por la montaña a primeras horas del día.

La persona que oí caminando hacia la cima no podía ser un excursionista tampoco. Ellos no se aventuran tan arriba una vez que el sol deja su lugar a la luna. Las leyendas de lobos solitarios y jabalís acechando agazapados entre los matorrales que cuentan en el pueblo, hacen estremecer a los foráneos para diversión de los vecinos. Según Susana, la dueña de mi restaurante favorito, ahora es más fácil verlos en las grandes ciudades rondando los contenedores de basura de las afueras, que en mitad del bosque, donde la caza ilegal y los senderistas les hacen huir.

He de reconocer que Martina subió ligera caminando, yo en la bicicleta tardé en llegar al mirador. Me daba miedo caerme porque el faro alumbra poco. Tengo que cambiarlo por uno de mayor potencia lumínica. Cuando estuve a unos metros de ella, me paré. No quería molestarla, solo admirar su atractivo perfil desde la distancia. Sin embargo, el eco de su voz gritando a la nada me hizo salir del mutismo con el que la observaba. De pronto estaba alterada, mirando a todas partes, muy nerviosa. Pensé que era mejor confesar

que estaba allí, a que me descubriera entre las sombras y tuviera que justificar mis actos de vulgar acosador.

Al ver su cara de alivio al reconocerme, me sentí culpable por el susto que le había dado. Seguramente, me escuchó acercarme y la sobresalté. Ofrecerle una bebida caliente y un rato de conversación para que se olvidara del mal trago y se fuera tranquila a su chalet, era lo mínimo que podía hacer.

—¿En Madrid también sales a caminar? —le pregunto interesado por su vida en la ciudad.

—No, allí suelo ir a correr o al gimnasio. Desgastar las suelas de los zapatos lo reservo para ir de tiendas por Fuencarral y la Gran Vía con Natalia y mi hermana. Ellas son incasables. La mayoría de los sábados termino con alguna de ellas o las dos en un centro comercial.

—Natalia es tu compañera de trabajo, ¿verdad?

—Y amiga. Ambas nos dedicamos al penal y solemos comentar los casos cuando necesitamos ayuda.

—Eso es algo que echo de menos. Tener colegas en el curro con los que irme a tomar un café o a comer al mediodía. Al trabajar *online,* hay momentos en que resulta un poco solitario. Hay clientes majos con los que parloteo un rato de otras cosas que no sean ordenadores, pero no es lo mismo.

—Pues yo echo en falta lo contrario —asegura Martina—. Que tus jefes o compañeros irrumpan en tu despacho con sus cuitas o preguntas, puede ser muy molesto cuando tratas de concentrarte.

—De todas formas, si tuviera familia, no sería tan productivo tener la oficina en casa. Pedro y José se quejan de que es imposible hacer nada cuando dos críos pequeños están dando gritos y corriendo por el pasillo todo el día. Casi les cuesta el divorcio durante el confinamiento.

—Dímelo a mí. Mi matrimonio se rompió en plena pandemia. Demasiadas horas al día juntos. Aunque la ilusión de reencontrarme con él por la noche después de una larga jornada era maravillosa,

ver a Alberto cada vez que levantaba la cabeza o iba al baño me superó. No soporté tanta compañía.

—Fue la prueba de fuego para muchas relaciones. O salieron fortalecidas, o se rompieron para siempre.

Durante un rato, exponemos nuestras teorías sobre la vida en común. Supongo que, el estar ambos solteros, provoca que coincidamos en varios puntos. La soledad es maravillosa cuando es deseada y no impuesta por las circunstancias. A los dos nos gusta ser los reyes de nuestros castillos y permitir el acceso a otras personas solo en momentos puntuales, como esta noche de invierno en que nuestros caminos se han cruzado.

—¿Has visto las noticias? —le pregunto a Martina al leer la notificación que ha saltado en mi reloj inteligente.

—¿Lo de la explosión de un patinete eléctrico en el metro? No me extraña que los hayan prohibido. Ya es lo que faltaba. Locos sobre una tabla circulado entre la gente que espera en el andén, y encima con una batería que puede explotar en cualquier momento. ¡Una locura!

—O entre los coches en la calzada. Se cambian de la acera al pavimento según les convenga sin preocuparse por el resto de personas —añado recordando cómo, durante la tarde del martes, me salieron varios patinetes por donde menos me lo esperaba mientras conducía por la circunvalación de Madrid—. Me refería al hombre que encontraron muerto a primera hora del miércoles.

—Algo oí en la radio. La policía cree que fue asesinado, ¿verdad?

—Eso parece. Ya han dicho su identidad. Era un profesor de física de la Complutense que solía salir a correr al anochecer. Un poco mayor que yo. Cuando escuchas que una muerte así ha acontecido, no puedes evitar plantearte que podrías haber sido tú.

—Mejor no pensarlo —se apresura a negar Martina—. No obstante, te diré que tengo esa misma sensación cuando me entero de que alguna mujer ha sido asesinada por su pareja. En el bufete hemos lidiado con unos cuantos divorcios conflictivos por malos tratos.

—Lo sé. Una de las supervisoras de mi antigua empresa, una mujer fuerte y empoderada, a la que nunca imaginarías aguantando menosprecios, sufría el maltrato psicológico de su marido. Calló tras la primera bofetada, a la que siguieron más. Hasta que una paliza la llevó al hospital, no denunció.

—Las humillan y las convencen de que nadie las va a creer si van a la policía. Hemos pasado de los tiempos en que las esposas sufrían en silencio porque era normal que sus cónyuges las pegaran, a una sociedad en la que las victimas sienten vergüenza de serlo.

—En el caso del tipo del río —me aventuro a decir—, puede que fuera un ajuste de cuentas. Eso de que fue un robo frustrado no se lo cree nadie. Si vas a hacer deporte, lo más valioso que portas es el móvil. No merece la pena enfrentarte a un ladrón exponiendo tu vida por un teléfono. En lo referente al dinero, yo lo más que llevo en los bolsillos es alguna moneda por si bajo a la Nava a por pan.

—Con el móvil y las llaves hoy en día es suficiente. El primero lo puedes usar para pagar en cualquier parte que admitan tarjeta. Incluso en un sitio tan pequeño como el pueblo.

—Justo por eso pienso que la muerte de ese tipo no fue un asalto que salió mal. Vete tú a saber si tenía un lio con una mujer casada y tuvo la mala suerte de toparse con un marido cornudo y cabreado.

—O con un adicto en busca de dinero para su dosis —apunta Martina.

—Otra buena hipótesis. Un yonqui acechando a su víctima en la oscuridad.

De pronto, me doy cuenta de que Martina se encoge al oír mis palabras. Soy un bocazas y un cafre. Si está asustada, es por mi culpa. Yo mismo la he acechado en el bosque tres veces. Anoche cuando llegó, esta mañana antes de salir a caminar y hace un rato cuando me disponía a pedalear.

—Ha sido agradable estar aquí sentados, pero ya es hora de que me vaya a casa a cenar y a dormir —anuncia Martina.

Aunque me ofrezco a acompañarla, ella rehúsa con un gesto de su mano y, en menos de un minuto, se ha puesto el abrigo y sale

por la puerta. Como buen anfitrión, voy con ella hasta la verja que cierra mi propiedad. Nos despedimos con un «hasta mañana» que rezo para que se cumpla, y así compartir otro rato de charla sin que tenga que pasarme el día agazapado como un conejo en su madriguera hasta verla salir de su chalet.

Capítulo 9

Martina

Jueves 23:00

Dejo que el agua caliente de la ducha caiga por mi espalda y deshaga los nudos que se han formado en mis músculos. La charla con Guillén ha sido relajante, pero, hacia el final, al recordar el mal rato que he pasado en el Mirador del Pastor, las contracturas han regresado. He de reconocer que no estoy acostumbrada a caminar tanto como lo he hecho hoy. Mis piernas se quejan por el esfuerzo de esta mañana. Subir un sendero pedregoso y empinado, para después descender por él, frenando con los bastones para no rodar hacia el valle, ha sido peor que cuando hago una hora de *spinning* o *zumba* en el gimnasio. Para rematar, esta tarde he vuelto a recorrer la mitad con escasa visibilidad y un frío espantoso. Yo me creía en forma, pero va a ser que no. A partir del lunes, menos coche y más patear las calles de Madrid.

¡Estoy agotada! No tengo ganas de perder mucho tiempo en la cocina, así que improviso una cena rápida con un poco de pan y embutido. Antes de marcharme, tengo que bajar a Nava del Conde a por unas longanizas y un buen queso. Los que compro en el supermercado no saben igual que los de aquí, ni están tan ricos. Debe ser por los conservantes que les ponen. Esas «E» de la lista de ingredientes, que no se sabe muy bien que significan. Aunque el chorizo y el salchichón son una bomba de colesterol, hoy me lo he ganado. ¡Listo! Una copa de vino y al sofá a ver la televisión.

Estoy a punto de empezar a ver un capítulo de una serie que me gusta y no he tenido tiempo de seguir con la asiduidad que desearía, cuando una foto en un noticiero detiene el movimiento de mi dedo en el mando a distancia. Lo reconozco al instante. Es Eric. Mi móvil empieza a sonar. Compruebo que es Natalia haciéndome una videollamada. Intuyo que no es casualidad que la foto de nuestro antiguo monitor del gimnasio salga en la televisión a la vez que mi amiga se acuerda de mí.

—Hola, Natalia.

—Hola, Martina. ¿Interrumpo algo? —me pregunta echando un vistazo a lo que hay detrás de mí.

—Mi cena, aunque hace una hora me hubieras interrumpido confraternizando con mi nuevo vecino.

—¡Anda! Mírala, qué pilla. De ligoteo en la sierra. Yo que te hacía rodeada de nieve y redactando procedimientos sin descanso.

—Aquí sobran horas. Puedo compaginar ocio y trabajo a la perfección. No tienes que cambiarte para salir a la calle, ni preocuparte por el maquillaje. Te pones un abrigo, abres la puerta, y en un minuto estás recorriendo un sendero cuesta arriba hacia la montaña.

—¡Qué placer! —exclama Natalia—. Respirar aire puro, libre de contaminación.

—Eso sí, pero me duele cada músculo, tendón y ligamento de las piernas. Estoy mayor. Hace diez años me daba igual que el camino fuese llano o inclinado. Te garantizo que ahora hay una gran diferencia.

—¿Y no haces otro tipo de ejercicio más placentero en posición horizontal con el hombretón de la montaña?

—Natalia, Guillén no es ningún tiarrón. No te imagines cosas raras con esa mente calenturienta tuya. Él es un tipo normal. Ni gordo, ni musculado ni flaco. Se mantiene en forma con la bicicleta, pero me da que le gusta el buen comer y, con su trabajo, como se descuide, se puede poner fondón.

—Pues menudo adefesio.

—¡No! Nada de eso —me apresuro a responder entendiendo que he podido confundir a Natalia con mis palabras—. Mide más de metro ochenta, es moreno con alguna cana que no le resta ni un ápice de atractivo. Lo que destaca en su rostro son sus ojos azules. Esta mañana coincidimos dando un paseo y te garantizo que, al aire libre, rodeados de grises y verdes, llamaban la atención. Son cristalinos como el agua.

—¡Uhm! Suena bien.

—Aunque no es un hombre que se preocupe en exceso por guardar la línea, se cuida. Trabaja de informático desde aquí vía *online*. Ya sabes lo que implica, porque nosotras lo sufrimos también. Demasiadas horas sentado sin moverse en la misma posición. Hay que compaginarlo con cierta actividad física por salud y bienestar, o te quedas sin espalda y echando michelines.

—¡Puff! Si yo te contara. Mi culo tiene la forma de la silla del despacho. Te lo juro. Se me está poniendo cuadrado.

Mi amiga me hace reír a carcajadas. Es tremenda. Bien es cierto que a ella le cuesta más mantener la línea porque Jaime, su marido, cocina como los ángeles. Por si fuera poco, es un excelente repostero. Es imposible resistirse a sus bizcochos y a sus tartas. Cuando Natalia nos trae alguna muestra de las recetas de su chico al bufete, a todos se nos hace la boca agua solo con el rico olorcito que desprenden los envases.

—¿Y solo has paseado con Guillén? —insiste Natalia arqueando las cejas con complicidad.

—*Solo*. No te pongas a imaginar cosas raras con tu mente enfermiza. Hay más cosas que el sexo.

—Lo sé, pero no son tan divertidas.

—Esta tarde hemos tomado un chocolate caliente en su porche —continúo mi narración obviando sus comentarios—. Vive en una cabaña muy cerca de mi chalet. Desde el piso de arriba veo su tejado.

—¿Con nubecitas? Mi maridito me las pone siempre. Cuando se derriten con el calorcito están de vicio.

—Pues sí. Nunca lo había probado con malvaviscos y he de reconocer que está muy bueno. Con nata también está rico, pero engorda más. El que tomamos en esa cafetería del centro comercial es una pura ambrosia.

—¡Tonterías! Una vez o dos al año no es pecado. Ya quemamos suficientes calorías recorriendo las tiendas.

—Natalia, tú no me has llamado para hablar del tiempo. ¿Verdad? —inquiero cansada de tanta conversación intranscendente. Me

encanta parlotear con mi amiga, pero sé que no se ha acordado de mí a las once de la noche para intercambiar recetas de chocolate caliente.

—¿Has visto las noticias? —me pregunta. Percibo cierto temblor mezclado con tristeza en su voz. Recuerdo que ella se llevaba muy bien con nuestro antiguo monitor.

—Sí. Justo acababa de prepararme la cena cuando he visto la foto de Eric llenando la pantalla del canal de noticias.

—¡Es horrible! Lo han encontrado al dragar el río cerca de donde hallaron ayer el cuerpo de Enrique.

—Yo estaba convencida de que había regresado a Oslo. Eso fue lo que nos dijeron en el gimnasio. Que había presentado su renuncia y se había marchado a su país dejándolos colgados.

—Bueno, tuvo sus razones. O, al menos, eso fue lo que pensé entonces. Según me contó la monitora que lo sustituyó en la clase de *zumba*, una mañana, al abrir el gimnasio, encontraron una carta de Eric en la mesa del gerente. Presentaba su renuncia porque debía atender a su padre. Al parecer, le había dado un ictus y necesitaba una persona a su lado las veinticuatro horas del día. Era una urgencia. Se tenía que ir sí o sí de un día para otro.

Natalia no deja de asombrarme. Soy educada y correcta y siempre saludo al entrar o salir de una habitación. Intercambio comentarios con quien tenga a mi lado, bien sea en el trabajo, en clase de *spinning* o en la cola del supermercado. Sin embargo, en nivel de conocimiento sobre las personas con las que interactúa que puede adquirir mi compañera de despacho en cinco minutos es increíble. Por eso es tan buena en su trabajo. Es capaz de adivinar la argumentación que va a seguir el fiscal o la sentencia del juez solo con ver sus gestos, hacerles dos preguntas o escucharlos hablar tres minutos. Si estuviéramos en Estados Unidos, se podría dedicar a asesorar abogados en la selección de miembros de un jurado. Se haría millonaria escogiendo a los más favorables para declarar inocente al culpable de un delito.

Cuando voy al gimnasio, lo único que me interesa es hacer mi sesión, descargar adrenalina y despejar mi mente. Me da igual si la mujer que tengo al lado tiene un hijo a punto de entrar en la universidad, o si el hombre de mi izquierda se acaba de separar. Me limito a intercambiar unas frases acerca del tiempo, la típica conversación de ascensor, que no cuesta nada y hace que la gente sea más agradable contigo. Si te estás peleando por guardar la compra en las bolsas, una sonrisa a la cajera obra maravillas para que te eche una mano. O en un bar evita que el camarero te ponga la tapa que nadie ha querido durante todo el día y aguarda reseca en un rincón de la barra.

—¿Y tú como te has enterado de todos esos detalles? —inquiero perpleja.

¿Qué más sabrá Natalia que yo ignoro?

—La chica estaba preocupada por si su puesto de monitora era meramente eventual. Una tarde que no viniste al gimnasio, nos entretuvimos hablando a la salida de clase y me lo contó. A mí me daba pena, porque es muy maja. Aunque nos da caña, no nos tortura con ejercicios imposibles, ni nos ridiculiza si lo hacemos mal.

—En eso te doy la razón. Algunos entrenadores se creen que sus alumnos van a ir a las olimpiadas.

—En cuanto a Eric, ya sabes cómo son estas cosas. Hay hijos que meten a sus padres enfermos en una residencia o contratan personal que les atienda en casa para poder continuar con sus vidas. Eric podía estar haciendo algo así y regresar a España cuando menos lo esperaran en el gimnasio.

—No es tan sencillo, Natalia. Hay que tener mucho dinero para pagar un centro de mayores y máxime si el anciano no es válido y requiere asistencia de forma continua. En cuanto a encontrar gente apropiada para cuidarlos en su propio hogar, te aseguro que es peor aún.

—Lo dices por tu abuela.

—Exacto. Mis padres ya se habían ido a Bruselas cuando ella enfermó de Alzheimer. Mi madre se empeñó en que la atendieran en

casa y contrató una empresa que nos enviaba una chica por la mañana, otra por la tarde y una más por la noche. Además, había una interna con ella todo el día. En varias ocasiones, las que iban por horas me llamaban en el último momento para decirme que no podían ir por enfermedad o cualquier otro motivo. No podían avisarme con antelación, no. Tenía que ser cuando ya estaba de camino al despacho o arrancando el coche en el garaje.

—Lo recuerdo. Da gracias a que los jefes saben que tu nivel de trabajo es alto y que los clientes te adoran, pero faltó poco para que te pusieran de patitas en la calle.

—Lógico. En su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—Y Elvira…

—Mi hermana escurría el bulto alegando que no podía ir con la abuela porque tenía que cuidar de Carlitos, así que me tocaba apechugar. Menos mal que mi padre convenció a mi madre y llevamos a la abuela a una residencia. Allí estaba atendida las veinticuatro horas, tanto a nivel psicológico como físico. Se lo pasaba pipa en los talleres. Socializaba mucho más que metida en su casa sin salir.

Aunque adoro a mi hermana pequeña, la realidad es que Elvira siempre ha sido una caradura. Desde que era un bebé en la cuna ya sabía cómo manipular a nuestros progenitores para que se desvivieran por ella. Yo tenía solo dos años y pronto me quedó claro que mi rol de hermana mayor implicaba que ella se saldría siempre con la suya por ser la menor. Creció sin obligaciones ni pesares, siguiendo la senda que a mí me tocaba despejar para que nos dejaran salir hasta tarde o irnos de viaje con nuestras respectivas pandillas. Su matrimonio le proporcionó acceso a una vida de lujos y derroche en la que demostró la mariposa que era, aleteando sus alas para que el resto de los mortales suspiraran a su paso. Cuidar de una abuela que no la reconocía y en ocasiones la trataba con desprecio, no era para ella.

—Martina, la sociedad es así. Las mujeres que no tenemos hijos no podemos osar con solicitar vacaciones durante el periodo escolar

porque las madres de familia están por delante. ¿A nosotras qué más nos da irnos en febrero? Que a tu marido no le concedan descansos que coincidan contigo es lo de menos.

—Además, recuerda que es temporada baja. Los precios de los hoteles son menores y es mucho mejor.

—Eso te lo soltó el jefazo sin despeinarse al pedirle una semana para irte a Bruselas estas navidades —afirma mi amiga, que conoce de primera mano la discusión que tuve con el socio mayoritario en octubre, cuando sacaron la planilla de vacaciones para los meses que restaban del año—. Supiste mantenerte firme. ¡Bravo!

—Si llego a tener alguna vista señalada, se me anula el viaje. Suerte que los clientes y los jueces tampoco están por la labor de trabajar esos días. De todas formas, tantos años en la empresa y aún no se enteran que siempre me pido del 22 al 31 porque es cuando va mi hermana y nos juntamos todos. ¿A ti te han dado alguna semana de vacaciones?

—La de después de Reyes. Jaime la ha conseguido en el hospital, cambiando las guardias a sus compañeros. Trabaja el día de Navidad y el de Año Nuevo, pero nos podremos ir a Escocia sin problemas en enero.

—A ver llover. ¿No teníais otro destino más soleado?

—Lo dice la que está pasando el puente en la sierra. Entonces, ¿con Guillén nada de nada?

—¡Que no! —niego riendo ante su insistencia.

Nos despedimos porque son las doce de la noche y es hora de dormir un rato. Antes de colgar, Natalia me cuenta que el lunes por la tarde han organizado una vigilia en el gimnasio a modo de homenaje a Eric. Seguro que la mayoría de las personas que asistimos seremos mujeres.

El noruego era un tipo GUAPO con mayúsculas. Rubio, ojos verdes, lleno de músculos que se le marcaban sin descaro al mínimo movimiento. ¡Y cómo se movía! Una clase de *zumba* esperas que te la dé un monitor español o sudamericano con fuego en el cuerpo que empieza a arder al escuchar los primeros compases de una

bachata. Un hombre del norte de Europa, con el aspecto de un modelo que se acaba de bajar de una pasarela, no es la imagen habitual que te viene a la mente al pensar en un profesor de baile. No obstante, su aparente frialdad se esfumaba con la primera palmada que daba animando a sus alumnas a desperezarse. El gran número de solicitudes para asistir a sus clases obligó al gerente a hacer cambios a fin de reservar la sala más grande del recinto para él. Natalia y yo nos apuntamos también, no íbamos a ser menos. Era el único medio de entablar conversación con Eric y conocerle un poco más. Él se sabía guapo y se dejaba adorar por cualquiera que lo mirara con deseo. Era un pavo real contoneándose por el gimnasio que mantenía las distancias fuera de sus sesiones.

Capítulo 10

Guillén

Viernes 8:00

Llevo desde las siete despierto con dos tazas de café en el cuerpo y cero ganas de trabajar. Sin embargo, he de hacerlo porque varios clientes me han enviado mensajes solicitando mi asistencia. ¿No se supone que es puente y la gente está de vacaciones en la playa o pateando cascos antiguos de pequeñas capitales? Anoche ignoré dos llamadas durante mi agradable *tête à tête* con Martina. ¡Yo también tengo derecho a tomarme unas horas libres en un día festivo! Ayer eludí mis obligaciones, pero hoy he de volver a la rutina, pese a lo apetecible que se me antoja tirarme en el sofá y no hacer nada salvo rascarme la barriga.

«¡Venga! ¡Ánimo! Mañana es sábado y podrás escaquearte», me digo a mí mismo alentándome a desperezarme.

Me siento en el escritorio, enciendo el ordenador y procedo a contestar los correos electrónicos pendientes. No obstante, a pesar de mi esfuerzo, cinco minutos me han bastado para quedarme adormilado delante del monitor. Es que siempre me pasa igual, me levanto aburrido de dar vueltas en la cama y luego me caigo de sueño por los rincones. Hoy no podré echarme una siesta reparadora después de comer porque tengo un par de reuniones *online* con clientes. O me espabilo, o el día va a ser muy largo. Sin embargo, estoy demasiado embotado como para poder concentrarme. Las letras y los números parecen bailar en la pantalla de mi monitor.

Voy a mi dormitorio y me cambio de ropa. He decidido dar una vuelta con la bicicleta. Media hora de intenso pedaleo me bastará para despejarme. Aunque, si por un casual me tropiezo con Martina, no me importaría alargar el rato de ejercicio un poco más. Hasta las once no tengo que conectarme con un cliente, así que, en realidad, no hay prisa. Lo purgaría comiendo delante del ordenador, pero sería por una buena causa.

El aire frío es como una bofetada en el rostro. Han bajado las temperaturas. Me da igual lo que diga el hombre del tiempo:

estamos en invierno. Si no se lo cree, que venga a Nava del Conde y que se dé una vueltecita con una cazadora. Tieso se va a quedar. Sé que en cuanto haya recorrido un par de kilómetros empezaré a sudar, pero de momento me he subido el cuello hasta taparme la nariz, de forma que, entre la tela y las gafas protectoras, apenas me queda un centímetro de piel de la cara sin cubrir. En las manos me he enfundado unos guantes. Aunque normalmente me estorban porque me da la impresión de que pierdo sensibilidad, hoy estoy en la gloria con ellos puestos. Flexiono los dedos para asegurarme de que mis falanges se pueden mover sin tirantez, no quiero pegarme un castañazo porque he sido incapaz de accionar el freno. Por último, introduzco los auriculares en las orejas y los sujeto con el gorro de lana. Seré un antiguo, pero prefiero mil veces los cascos con cable. Las pequeñas piezas de plástico diseñadas para permanecer fijas en mis pabellones auditivos siempre se me caen al suelo, obligándome a estar pendiente de ellas. Por eso en mi casa no los uso. Sin embargo, para ir con la bicicleta, el cordón puede ser un estorbo que se enrede en torno a mis brazos en el peor momento. Los conecto por *bluetooth* al móvil y selecciono mi lista favorita de reproducción. ¡Listo!

Cierro la verja y oteo a mi alrededor. La vana esperanza de toparme con Martina aletea en mi estómago. Pero no, no hay rastro de ella. Me subo en la bici y pedaleo hasta el desvío que conduce a su chalet. No tiene las persianas subidas ni se percibe ningún signo de vida. Seguramente, estará tan a gusto en su cama. Por lo que me dijo, se iba a dedicar a redactar varios escritos, de modo que no tiene obligación de cumplir un horario estricto.

Mis labios se curvan en una sonrisa pícara al recordarla ayer sentada en mi porche con la taza de chocolate entre las manos. La tensión que unos minutos antes había cincelado una expresión rígida en su bella cara, desapareció con el segundo sorbo del delicioso líquido marrón. El calor de la dulce ambrosia produce una relajación a la que pocos pueden resistirse. Tuve que cambiar de postura porque, al asomar su lengua lamiendo los restos de chocolate de su

boca, casi sufro una combustión espontánea. Imaginarme el sabor de sus labios tuvo un efecto directo en la parte baja de mi anatomía que preferí que ella no viese. Además de haberla asustado en el Mirador del Pastor, comportarme como un salido hubiera sido de nota. Mi comportamiento no tiene justificación. Lo sé.

¿Qué ha sido eso?

Algo se mueve entre los matorrales que hay a mi izquierda. Justo un par de metros antes del lugar donde anoche descubrí a Martina observando Nava del Conde en la distancia. Un ruido la asustó entonces, y ahora me ha provocado a mí un sobresalto. Será un animal. Fijo. No puede ser otra cosa. ¿Quién va a estar escondido en mitad de la sierra a tres grados? Acelero el ritmo hasta el límite que me permiten mis gemelos, quiero seguir unos cinco kilómetros más y luego regresar a mi cabaña. ¿O debería haberme dado la vuelta a modo de precaución?

—Buenos días.

El saludo proviene de un octogenario que, llueva, nieve o haga un calor de justicia, sube desde su casa, situada en las afueras del pueblo, a ver un terreno donde tiene árboles plantados. Algunos de sus manzanos de tronco rugoso deben ser tan ancianos como él, porque me da que apenas producen fruta ya. Desde que me asenté en la Nava, me cruzo a diario con el anciano e intercambiamos saludos corteses. Me pregunto a qué hora se levanta. Apenas ha amanecido y él ya desciende la colina con un saco de manzanas al hombro, mientras que yo la subo aún medio adormilado.

—Buenos días —le respondo y continúo pedaleando.

Pienso que es un milagro que me reconozca. Parezco una estrella famosa de fútbol haciendo deporte de incógnito. Él se cubre la cabeza con una gorra y una gruesa bufanda de punto rodea su cuello. Supongo que los habitantes del pueblo nos tienen fichados a todos los forasteros que venimos a ocupar alguna de las casas vacías. Por mucho que refunfuñen por la llegada de extraños, son conscientes de que, si no fuese por nosotros, Nava del Conde sería uno más de tantos pueblos y aldeas despoblados, que en breve

desparecerán del mapa. Es triste, pero es así. Cuando circulas por las autovías castellanas, ves las agrupaciones de viviendas al fondo, junto al trazado de las antiguas carreteras por las que pocos viajan. Las ansias de desplazarnos cuanto más rápido mejor, han acabado con la vida rural. Los jóvenes se van a las grandes ciudades a cursar sus estudios universitarios o en busca de un trabajo que no suponga deslomarse arando la tierra o cuidando el ganado.

Me pregunto qué comeremos dentro de unos años cuando no quede quien cultive los campos y explote las granjas. Desde luego, conmigo que no cuenten para probar la carne que se obtiene con una impresora. Aunque el proyecto está muy desarrollado y pronto abrirá una fábrica de carne de laboratorio en San Sebastián, donde esté un buen chuletón con su carne rosadita que se quiten los productos químicos y los sucedáneos veganos.

Estoy sin fuelle, voy a darme la vuelta. Quizá ahora sí que me cruce con Martina. La pendiente es muy inclinada, lo cual me obliga a ir frenando y muy atento a las irregularidades del terreno, pero por el rabillo del ojo dedico miradas fugaces a lo que me rodea. No puedo quitarme de encima el desasosiego que siento al pedalear por la zona del Mirador del Pastor. La sensación de que estoy siendo observado es muy fuerte. Tanto, que un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza, y no es por la escasa temperatura del ambiente.

¿Habrá algún lobo ibérico? ¿O puede que un zorro se haya quedado sin alimento y al olerme le resulte un apetecible tentempié? ¿Y si anoche Martina tenía razón y la estaban vigilando? Solo que no era un bípedo, sino un animal salvaje de cuatro patas, muerto de hambre.

«¡FRENA!», grita mi cerebro a mis miembros para que disminuyan el ritmo.

Voy cuesta abajo como un potro desbocado. Si continúo igual, la rueda delantera tropezará con una piedra y saldré rodando. Lo que me falta es lesionarme y tener que contratar a una persona de Nava para que me ayude a ducharme. Ni hablar. Despacio, disminuyo la velocidad de la bicicleta y giro a la izquierda rumbo hacia mi cabaña.

He ido tan deprisa que ni me he fijado en la vivienda de mi guapa vecina. Espero que no estuviera en el jardín o le parecería que huyo de un monstruo o de una avalancha.

Una vez que estoy en mi propiedad, me relajo y recapacito sobre mis locos pensamientos. Seguro que sería una ardilla o una liebre. En cualquier caso, un animalito que me tiene más miedo a mí que yo a él.

De vergüenza total.

A mis amigos ni mu, o mi fachada de amante de la naturaleza se va a derrumbar. De todas formas, cuando vuelva a toparme con el dueño del huerto de manzanos le voy a preguntar qué bichejos rondan por el monte en esta época. Él seguro que lo sabe con más precisión que internet. Además, si él iba tan tranquilo, no hay nada de qué preocuparse.

En el grupo de senderismo tampoco quiero indagar. Llevo años saliendo a hacer caminatas con ellos. Los guías nos van explicando la flora y la fauna autóctona de los lugares que recorremos según realizamos las rutas, pero a mí se me olvida en cuanto vuelvo a casa y me doy una ducha. A Pedro le ocurre algo similar. Vamos a lo nuestro, hablando, pendientes de los críos y de asentar bien los pies y los bastones en el pedregoso terreno, sin prestar toda la atención que deberíamos a la información que nos van transmitiendo. Son momentos para socializar y estar en contacto con la naturaleza. A José se le da de lujo reconocer los árboles por la forma de la hoja o la rugosidad del tronco. Pedro es igual que yo. Un negado a la hora de identificar especies de cualquier tipo.

¡Puff! ¡Qué frío! Voy a subir el termostato. No noto la casa tan caliente como otras veces. Si bien, es cierto que hasta ahora no habíamos sufrido los rigores del clima de montaña. Me imagino que, a partir de esta semana, habrá que poner más fuerte la calefacción y sacar mantas para la cama y el sofá.

La ducha caliente me ha venido genial, pero, además, me voy a hacer un termo de té rojo y así le puedo ir dando sorbos mientras trabajo. Supongo que la teína es igual de excitante que la cafeína,

sin embargo, tiene pinta de ser más saludable. Al menos, eso es lo que asegura la mujer de Pedro, que es muy dada a las infusiones y a los remedios naturales para cualquier enfermedad o desajuste de salud. La última vez que fui a cenar a su casa me dio un paquete con varias infusiones de las que ella suele tomar para que las probase e hiciera mi propia selección. Sin duda, el té rojo y el negro son mis favoritos por su fuerte sabor.

Mientras se calienta el agua en el hervidor, escucho las noticias. Una vez que me siento delante del teclado, no pongo ni música de fondo. Me distrae demasiado y termino prestando más atención a la canción que a la tarea que tengo entre manos.

> *«Eric Nilsen, natural de Noruega, trabajaba en un conocido gimnasio de la capital. Era muy popular por sus clases de* zumba, *que contaban con un gran número de asistentes. Igual que Enrique Ramos, presentaba un fuerte golpe en la cabeza que le causó la muerte.*
>
> *Su cuerpo fue hallado por miembros de la Unidad de Actividades Subacuáticas en el trascurso de una inspección del lecho del río en la zona próxima al hallazgo de la primera víctima en busca del arma homicida o algún rastro del agresor…».*

Me quedo unos segundos analizando lo que he oído. Conozco el centro deportivo, porque fui yo el que les instaló el software que gestiona su sistema informático. Sería hace cinco años. Me envió mi antiguo jefe. Estuve varios días pululando por las instalaciones, asegurándome del correcto funcionamiento de los programas y explicando su uso al gerente. Recuerdo a un hombre rubio poseedor de unos músculos cincelados a conciencia gracias a muchas horas de entrenamiento. No crucé ninguna palabra con él porque me pareció distante. El personal era agradable, pero él me resultó antipático.

Aunque, si era extranjero, lo mismo la causa de su seriedad era su desconocimiento del idioma y no la soberbia.

¿Dos muertos hallados en el mismo lugar? ¿Qué posibilidades hay? Muy pocas. Ínfimas, diría yo.

Prefiero no pensarlo y me dirijo a mi escritorio. Debo centrarme y recuperar las dos horas que he perdido saliendo a pedalear.

Capítulo 11

Martina

Viernes 12:00

¡**L**a espalda me está matando! Las sillas ergonómicas parecen una tontería de los fabricantes de muebles para vender más, pero ya me gustaría tener aquí la de mi despacho del bufete o la de mi piso. Menos mal que no es habitual que venga a Nava del Conde, porque me tocaría comprarme una o el que va a forrarse es el fisioterapeuta colocando en su sitio los huesos de mi columna y descontracturando mis músculos. Voy a necesitar un cuello nuevo el lunes.

Me quedo embelesada unos segundos contemplando el paisaje que se extiende delante de mis ojos. Por la ventana del dormitorio de mis padres se pueden ver montañas que ya presentan nieve en sus picos. Es una vista que invita a relajarse y a soñar. Es increíble que, en plena naturaleza, donde en teoría hay menos distracciones, a mí se me vaya la mente a las nubes, literalmente, y me descubra mirando a la nada con las yemas de mis dedos inmóviles sobre el teclado. Me he venido a esta habitación por contar con una mesa de escritorio y la mejor luz natural de la vivienda.

¡Se acabó! Si no voy a lograr centrarme en el trabajo, mejor me pongo a hacer algo productivo. Decido cambiar mi ropa deportiva por unos vaqueros, un jersey de cuello alto color salmón, unas recias botas y el anorak de mi madre, que se ha convertido en mi posesión más preciada desde que llegué a la Siberia madrileña. Menos mal que el gorro de lana y la bufanda los eché en la maleta antes de venir, pensando en que por fin iba a estrenar el regalo que me hizo mi hermana hace meses. Ni loca salgo yo a la calle en Madrid con un pompón en la cabeza. Sin embargo, en la Nava no hay riesgo de encontrarme a algún colega de oficio que juzgue mi aspecto. He de reconocer que en mi gremio somos un pelín snob y hay muchos a los que les gusta aparentar lo que no son. Debemos ir bien vestidos al despacho y al juzgado, pero, como en todo, hay quien lleva la elegancia en los genes y a otros parece que le ha pasado una apisonadora por encima o les sobra tela en el traje.

Quiero hacer algunas compras en el pueblo. Tengo víveres de sobra para los tres días que me quedan de estar aquí, pero hay productos típicos de la zona muy ricos que no encuentro en la capital. Además, deseo adquirir una hogaza de pan reciente, verduras y fruta fresca, una pieza de queso y un poco de embutido. Pillaré también para Elvira y Natalia. Quizá las invite a cenar en mi piso la semana que viene y así nos ponemos al día de las novedades antes de meternos de lleno en la vorágine navideña. Aunque a mi padre tampoco le disgustaría un chorizo, no estoy segura de que me permitieran volar con una longaniza en la maleta. Mejor no me arriesgo.

Es de locos. El exceso de expedientes no me ha permitido tomarme el puente de asueto. No es la primera vez. La saturación de diligencias se ha convertido en costumbre en estas fechas. Da la impresión de que, al llegar diciembre, se acaba el mundo y toda la gente quiere dejar resuelto el problema que durante el resto del año ha ido postergando, antes de que suenen las campanas de la Puerta del Sol. ¡Que solo son unos días! En cuanto pase el 6 de enero, volveremos a la normalidad: juzgados atascados y clientes descontentos. ¡Es la guerra!

¡Me congelo! Menos mal que la cochera está a más temperatura que el exterior del chalet. A pesar de no contar con calefacción propia, le llega el calor del resto de la vivienda. En caso contrario, dudo que hubiera podido arrancar el coche. ¡Menuda helada ha caído esta noche! Según el calendario, estamos en otoño, pero los anaranjados y los amarillos que cubren el paisaje han desaparecido. Los árboles están sin hojas y el blanco comienza a ser el color predominante.

Me debato en si cerrar con llave la cancela exterior. La cerradura me dio guerra el miércoles por la noche. ¿Y si no logro abrirla luego? No voy a tardar demasiado en ir y volver del pueblo, pero el recuerdo de sentirme observada la noche anterior me insta a asegurarme dos veces de que la cerradura queda echada. En caso de no poder desbloquearla, le pediré ayuda a Guillén.

Un par de metros me bastan para darme cuenta de que el terreno está algo resbaladizo. Ojalá no me toque poner las cadenas a las ruedas. Es un rollo quitarlas después repletas de barro y nieve. No he oído nada en las noticias de que la DGT[5] haya dicho que sea obligatorio llevarlas. Estaré atenta y, antes de irme el domingo, entraré en la web del Ministerio para consultar las directrices al respecto.

Hoy no se atreve ni a salir el sol. Un manto gris de nubes cubre el cielo de forma amenazante. ¿Será niebla? Si es así, en unas horas levantará y veremos el Astro Rey brillando en el cielo. El sol es vida. No obstante, algo me dice que mis deseos no se van a cumplir. El termómetro marca tres grados y son las doce del mediodía. Ni a cinco llegamos esta tarde.

De pronto, compartir una taza de chocolate con Guillén igual que hicimos ayer se me hace muy apetecible. En su compañía, siento una agradable calidez que no solo es fruto de la bebida y de la calefacción. Es él. Hay personas tan frías como témpanos de hielo y otras que parecen suaves mantas. Guillén entra en la última categoría. Una imagen de mi cuerpo cobijado entre sus brazos se apodera de mi mente. La visión no es nada insípida. Muy al contrario, resulta la mar de tentadora y seductora. Aunque he estado con hombres más guapos y en forma, su atractivo es innegable. Quizá el hecho de que viva solo y aislado, en mitad de la montaña, le aporte un puntito de misterio que contrasta con su sempiterna sonrisa. Casi lamento no encontrármelo por la carretera que conduce al pueblo, pedaleando en su bicicleta. No la controla tanto como él se piensa y cualquier día tiene un percance.

Se nota cierto bullicio por las calles de Nava de Conde. No es igual que en verano, cuando a veces no puedes dar un paso por la cantidad de madrileños que se han acercado desde la capital, pero, sin duda, hay muchos foráneos. He aparcado en la zona de la piscina. Ahora está cerrada, por lo que el aparcamiento está prácticamente vacío. Solo los habituales sabemos que es un buen sitio para dejar el coche. Hasta el centro es menos de un kilómetro

caminando. Aquí no hay distancias. En cualquier momento te puedes acercar al supermercado para comprar ese indispensable ingrediente que te hace falta para elaborar una rica receta.

Me cruzo con una señora en bata que lleva en brazos dos barras de pan y una docena de huevos. Observo cómo entra en el que debe ser su hogar, tan solo empujando la puerta. ¡Para qué cerrar con llave y vestirse! Es mayor. Fijo que los ochenta los cumplió hace tiempo. Es su pueblo, su casa y sus vecinos. Los conoce a todos y estoy segura de que, aunque sus hijos la habrán reprendido en varias ocasiones por ser tan confiada, ella se limita a encogerse de hombros y hacer lo que se le antoja. Al fin y al cabo, en los edificios aledaños se ven macetas en los balcones, así que no están deshabitados. La buena mujer puede dar un grito, y al momento habrá numerosas cabezas asomadas por las ventanas.

El supermercado al que me dirijo está bien surtido. Es en el que suelen comprar mis padres durante sus vacaciones estivales. Además de encontrar el surtido típico de cualquier establecimiento similar de la capital, hay una estantería repleta de artículos de la zona. Vino, queso, conservas y miel comparten espacio con diversos objetos tallados en madera. Estos últimos son un buen recuerdo. Hay desde artículos decorativos hasta pequeños llaveros.

Una mezcla de aromas a especias y embutido inunda mis fosas nasales en cuanto entro. Resulta evocador. La tienda es como uno de esos pequeños ultramarinos que se ubicaban en las calles de las ciudades, y que abastecían a los vecinos del barrio hace tiempo. Las franquicias y los grandes almacenes acabaron con ellos. Mi madre me contaba que mi abuela era donde solía comprar, y no dejó de hacerlo hasta que se fue a la residencia. Decía que a ella le gustaba ver las verduras y la fruta sin plástico ni cartones que las recubrieran y taparan sus golpes. Desde luego, esos comercios antiguos poseían un encanto que los modernos nunca tendrán.

Hay cuatro personas vagabundeado entre las estanterías y otra en la caja. Cojo una cesta de plástico de la entrada y me dirijo hacia

el pasillo de los quesos. No necesito ninguna indicación. El olor es tan intenso que me sirve de orientación.

—Si te gustan curados y fuertes, llévate el de la derecha —dice una masculina voz a mi lado—. El otro es más suave. Ideal para bocadillos o para cocinar. Y el de la izquierda es añejo. Muy rico también.

Me vuelvo y me topo con un Guillén sonriente. Igual que yo, ha cambiado la ropa deportiva por un look casual y desenfadado que aumenta su atractivo. Ha escogido unos vaqueros claros que ha combinado con un jersey de cuello alto azul cobalto que resalta la atractiva tonalidad de sus iris. Un abrigo acolchado, ligeramente más oscuro que el suéter, le mantiene abrigado. No lleva gorro, por lo que puedo apreciar lo bien distribuidas que están las escasas canas que tiene por su negra cabellera. Es un cincuentón muy interesante.

—Hola. ¿Has venido a por suministros? —le pregunto temerosa de que mi escrutinio haya sido demasiado largo.

Por la mueca burlona con la que me observa, creo que no he sido muy discreta. Sin embargo, sospecho que él ha estado haciendo lo mismo conmigo. Es agradable sentirse admirada y el objeto del deseo de la persona que tienes enfrente.

—Mejor pecar de precavido. Me ha llegado una alerta al móvil del servicio meteorológico anunciando una alta posibilidad de nevadas en la sierra. He venido a por un par de cosas por si acaso.

—Siempre hacen lo mismo. Nos asustan y luego no es para tanto —contesto restando importancia a su afirmación.

—Yo que tú, niña, compraría provisiones —asegura una señora mayor que, empujando un andador repleto de comida, se ha parado junto a nosotros—. Tengo muchos años. He vivido en la Nava desde que nací. Cuando veas la cima de las montañas blanqueando y sientas el aire en los huesos, prepárate para una gran nevada. No hace falta que me lo diga el hombre del tiempo. Ayer, la escarcha cubría mi jardín, pero hoy ha templado. Antes de se vaya el sol, empezarán a caer copos. Fíate de mí, joven, o mañana lo lamentarás.

—Vamos, mamá —le insta una mujer de mi edad a la anciana. La recién llegada nos mira con gesto de disculpa. Guillén le sonríe con ternura. Pobrecilla. La buena señora solo quiere ser amable—. Deja que hagan lo que quieran. Tus predicciones no siempre son ciertas.

—¡Uy, que no! —exclama su madre enfadada—. Te dije que no te casaras con el Josito. Que era tan bala perdida como su padre. ¿Y qué pasó? No me hiciste caso y ahora estás separada viviendo en mi casa con dos críos que comen como limas. Si me hubieras hecho caso…

Guillén y yo nos miramos ahogando las carcajadas que pugnan por brotar de nuestros labios. La señora me ha recordado a mi abuela y a sus discusiones con mi madre. He de reconocer que la experiencia es un grado y los mayores suelen tener razón en sus aseveraciones, pero muchas veces los viejos hábitos y las antiguas creencias pesan más que la razón en sus «intuiciones».

Cuando ya se han ido, me giro hacia la estantería y opto por hacer caso a mi vecino. Me voy a llevar dos piezas del queso más suave que me ha indicado, con intención de regalarle una a mi hermana. A continuación, selecciono dos botellas de vino y, en esta ocasión, es Guillén el que se fía de mis indicaciones.

—Este no lo he probado —afirma mirando con atención el logotipo de la etiqueta que le muestro.

—Es de la Denominación de Origen Sierra Norte de Madrid. Está muy rico. El tinto es robusto y sustancioso, ideal para tomar con un buen chuletón. Sin embargo, el blanco es fresco y ligero. Es el que le llevo a mi amiga Natalia, que prefiere los sabores afrutados. A mí me gustan con más cuerpo.

Añado a mi cesta una longaniza de chorizo y otra de lomo que me solucionarán muchas cenas. Una buena hogaza de pan y unos tomates completan mi compra. Mi compañero se lleva, además, un paquete de arroz, otro de lentejas, y un par de envases de fiambre. Creo que ya lo tenemos todo.

La cola ha aumentado y debemos esperar a que nos toque.

—¡Qué de gente! —exclamo observando al numeroso grupo de clientes que abarrota el establecimiento—. Se nota el puente.

—Y la nevada, Martina —recalca Guillén—. Aunque a ti te parezca que exageran, que no te digo que no sea así para que la gente adelante la vuelta a casa y no haya aglomeraciones de tráfico el domingo, los habitantes de la sierra se toman muy en serio los avisos.

—Desde tu casa, tal vez en bicicleta no, pero caminando despacio, por mucho espesor que alcance la nieve, dudo que no seas capaz de llegar hasta aquí.

—Aunque te rías, no es para tomárselo a broma. Los dueños de la cabaña dejaron un trineo en el garaje. La de la inmobiliaria me aseguró que no era solo para que los niños de los huéspedes de la casa rural se entretuvieran lanzándose por las laderas cercanas, sino que, cuando el clima era extremo, era la única forma de bajar al pueblo.

—¡Venga ya! —exclamo con incredulidad.

—Además, tengo mis esquíes —añade Guillén dejándome atónita —. Todavía no he vivido una fuerte nevada aquí. No obstante, en octubre sufrimos un frente lluvioso que convirtió los senderos en lechos de barro. Incluso la zona del riachuelo que está cerca de la desviación se inundó por la riada. El agua vuelve a su cauce siempre, por mucho que se empeñe el hombre en desviar los ríos y construir en su curso. Tarde o temprano, se terminan lamentando desgracias.

—¿Murió alguien? —inquiero alarmada por sus palabras.

—Por suerte, no hubo que lamentar desgracias personales. No obstante, un matrimonio que dirige una granja avícola al este del núcleo urbano, vio mermado el número de sus gallinas. El agua anegó los corrales y perdieron varias aves. Además, resultaron dañados decenas de huertos y sótanos, donde los enseres flotaban por la riada tras las lluvias torrenciales.

—¡Puff! Fue la ruina total para los pobres dueños —comenta la cajera cuando me llega el turno de abonar la compra. Nos ha estado

escuchando y ha asentido con la cabeza a cada afirmación que ha hecho Guillén—. Los seguros tardan en pagar, y las ayudas del estado o europeas no terminan de tramitarse nunca. ¡Un desastre!

—Las tendrán el año que viene, con suerte. Mientras tanto, las cosechas echadas a perder, los animales muertos y los vecinos viviendo en las casas de sus familiares hasta que puedan reconstruir las suyas —apunta el hombre que iba delante de mí a la vez que guarda sus artículos en una bolsa.

—En la capital os quedáis sin trenes un día y ya os morís del susto —continúa la cajera—. En barca tuvo que entrar el Jacinto en sus tierras para salvar a sus ovejas.

Miro de reojo a Guillén, que asiente con la cabeza. No tenía ni idea. Si mis padres sabían algo, no nos lo han contado ni a Elvira ni a mí.

—Aquí nuestro nuevo vecino ayudó a apilar sacos para formar un dique —añade la tendera señalando al informático—. Ese día te ganaste ser uno de los nuestros. Arrimaste el hombro como un jabato.

—Lo que haría cualquiera —niega el atractivo moreno que me acompaña con cierto rubor en las mejillas. Parece avergonzado de que reconozcan su ayuda en público. Si al final va a resultar que tengo un héroe por vecino.

—No todos, majete —recalca la mujer—. Unos cuantos se quedaron en casa tan campantes. Te lo digo yo. Mucho presumir de que su única preocupación es el bienestar de los habitantes de Nava del Conde y, salvo llenarse los bolsillos, poco más se les ve a hacer.

Un coro de risitas de los clientes del supermercado corea la afirmación de la dueña. No hay que ser muy avispada para intuir que hablan del alcalde. No lo conozco, pero muy apreciado por sus conciudadanos no parece que sea.

Espero a que Guillén pague su compra y, diez minutos más tarde, salimos de la tienda. Nos dirigimos hacia nuestros respectivos coches con el mismo cielo encapotado sobre nuestras cabezas que cuando entramos. Un incómodo silencio se instala entre ambos.

Guillén cambia de mano las bolsas y se rasca la coronilla en un gesto que denota cierto nerviosismo. Me muerdo el labio inferior conteniéndome para no sugerirle tomar un aperitivo antes de volver a casa. Hay un bar a escasos metros de donde él tiene aparcado su automóvil. A mí me toca caminar un poco hasta llegar al mío. Aún es pronto para comer. Vale, me voy a lanzar y se lo pregunto.

—Gui…

—Bueno, ha sido un placer volver a encontrarme contigo. Debo darme prisa o no estaré en casa a la una. He quedado con un cliente.

—Claro, no te entretengo. Yo también tengo una mañana liada. Nos vemos —me despido conteniendo la frustración.

Camino ligera, huyendo de su lado como una cobarde. Ni que fuera una adolescente que aguarda a que el guaperas del instituto la invite a salir. Ya me dijo que hoy debía trabajar. Igual que yo. Es que soy tonta. Menos mal que no me ha dado tiempo a hacerle ninguna propuesta.

Furiosa conmigo misma, me meto en el coche y arranco. Noto cómo los neumáticos resbalan por la humedad. En la entrada del pueblo observo que hay varios conductores que han puesto las cadenas en las ruedas. Tendrán intención de subir más arriba y allí seguro que hay nieve. Yo aguardaré más. Hasta que no sea absolutamente indispensable, no lo haré. Buena gana de herniarse en balde.

No hay ni rastro de Guillén por el sendero. Se ve que en lo que yo he rodeado el pueblo, él ha llegado a su cabaña. Abro la verja de mi propiedad y, aliviada, compruebo que la llave gira mejor. Sigo hasta el garaje, pero, antes de sacar las bolsas, vuelvo a la entrada para cerrar la puerta metálica. No quiero que se cuele ningún animal. Me percato de que, en el exterior, en una zona cerca de la valla donde el seto clarea, se marca la huella de una pisada en el barro. Da la impresión de que hayan intentado borrarla. Desde luego, es bastante reciente.

¿Habrá saltado alguien el muro aprovechando que por ese sitio el acceso es más sencillo? Insegura, me giro y doy una vuelta por el jardín, con una pala de mi padre en la mano que he encontrado apoyada en la pared de la cochera.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Nada. Sin respuesta. Aunque mejor, porque, como una voz me responda, el grito que voy a dar se va oír desde el pueblo.

—Si has entrado a robar, te vas a llevar un chasco —aseguro al recordar los años que tiene la televisión y lo antiguo que es mi portátil. Ni trescientos euros le dan al hipotético ladrón por las dos cosas en eBay.

Escucho atenta cualquier ruido que surja a mi alrededor, pero, salvo el trinar de los pájaros, no se oye ningún sonido. Regreso junto a la huella y niego con la cabeza. Puedo haber sido yo al entrar o al salir. Iba deprisa y no me he percatado de dónde pisaba.

La alfombrilla del coche estaba llena de barro cuando me he bajado en la zona de la piscina. Además, también hay ser idiota para allanar un chalet que lleva vacío semanas justo cuando está ocupado.

Decido olvidarme del asunto y regreso al coche. Debo colocar la compra y prepararme la comida. No tengo tiempo para pensar en tonterías.

Capítulo 12

Guillén

Viernes 15:00

Soy IDIOTA, con mayúsculas y letras de neón. Si fuera un dibujo animado, llevaría sobre mi cabeza un globo blanco con ese apelativo escrito en grande y en negrita. Martina titubeó al despedirse, pero yo estaba abochornado por los calificativos inmerecidos de héroe que había recibido en el supermercado y no fui capaz de preguntarle si quería tomarse una cerveza conmigo. Cuando la dueña de la tienda recordó los angustiosos momentos que vivimos durante las inundaciones, la cara de incredulidad de mi bella vecina me pareció de burla. Sé que mi ayuda, junto con la de otras personas, fue vital para desviar el cauce del agua y salvar varias viviendas. Aunque, como es habitual, mi yo interno, ese que es incapaz de ver la botella medio llena y suele boicotearme, me incitó a pensar que una mujer tan guapa e inteligente nunca sería capaz de creer que yo podía hacer algo desinteresado por un extraño. Sin embargo, no era burla, era admiración. Aquella aciaga noche de otoño me convertí en un habitante más de la Nava. Las palmaditas en la espalda no dejan de sucederse cuando entro en el bar de Susana. Y, de tanto en tanto, aparecen bolsas repletas de verduras colgadas en la verja de entrada a mi cabaña, que imagino que son obsequios de los dueños de las huertas y viviendas que el improvisado dique salvó de la ruina. En serio, hice lo que me salió del corazón sin pararme a pensar.

«Guillén, macho, que no era tan difícil preguntarle si quería tomar un aperitivo», me reprendo a mí mismo por mi cortedad. He perdido una oportunidad de oro de pasar un rato más con ella.

No solo me he quedado callado, sino que la he dejado cargada con tres bolsas pesadas, sabiendo que tiene que atravesar el pueblo para llegar a la zona de la piscina. Ni siquiera he sido capaz de ofrecerme a acercarla hasta su coche en el mío. Hubieran sido dos minutos y hubiera quedado como un hombre educado en lugar de

como un cenutrio. No. De repente, me he vuelto mudo y tonto. Idiota, más que idiota.

Me impone. Esa es la maldita realidad. Por mucho que hayamos caminado juntos y compartido una taza de chocolate en mi cabaña, la imagen que acude a mi mente cuando pienso en Martina es el encuentro fugaz de hace dos noches. Puede que el par de copas de vino con las que había regado mi cena del miércoles en el restaurante de Susana, influyesen a la hora de percibir su rostro a través del cristal delantero de su coche. En aquel instante, me pareció etérea y sublime. Lejos de mi alcance. Luego, por lo que he acertado a vislumbrar durante nuestras conversaciones, he comprobado que es más terrenal de lo que pensé en un primer momento. Aun así, mis posibilidades con una mujer como ella son prácticamente cero. De ahí que haya huido de su lado, alegando una reunión ficticia con un cliente. Si en un diccionario quieren ilustrar el término cobarde, pueden poner uno foto mía.

Después de colocar la compra, me doy una ducha en un vano intento de calmar mis nervios. Dudo si tomarme una cerveza. Aunque es lo que me pide el cuerpo, mi mente racional protesta. Una ingesta excesiva de alcohol no es la solución más sensata en ninguna circunstancia. No va a calmar mis nervios. El aviso de un mensaje de José con un *gif* de un bebé llorón, me da pie a entrar en el grupo de WhatsApp que tenemos con Pedro e iniciar una videollamada.

«Ves. Al final no has mentido. Tenías una reunión *online*», me grita la parte canalla de mi mente queriendo silenciar al Pepito Grillo de mi conciencia.

—José, menudo careto. ¿Te has peleado con la almohada? —le pregunto a mi amigo, que es el primero en unirse a la improvisada reunión.

—¡Ojalá! Eso implicaría que he dormido algo, pero nada más lejos de la realidad. Anoche los niños ardían de fiebre y no cesaban de llorar inquietos. Por si fuera poco, mi mujer también ha pillado el virus. Me he pasado la noche del cuarto de los críos al baño para

sujetar la frente de mi chica mientras vomitaba. Tantas ganas de que llegase el puente, y mira. ¡Bendito colegio! Es donde mejor están los peques. Con sus compañeritos y nosotros trabajando. ¡Bendita rutina!

—¿Qué tripa se os ha roto? —inquiere Pedro a modo de saludo—. Estoy a punto de entrar en la Catedral de Granada con mi familia para una visita privada. Somos solo diez personas. Estamos esperando a una pareja y empezamos. Tengo cinco minutos. Daos prisa, que os cuelgo.

—¡Suertudo! —exclama José pesaroso. Ya es mala pata. Con lo bien que se lo estaría pasando en Salamanca—. Guillén, ¿y a ti qué te ocurre? Tienes la misma cara que mis hijos cuando han hecho una trastada.

—Mi vecina —respondo suspirando. Aunque me da recelo confesar mis dudas y mi metedura de pata a nadie, ellos son mis colegas. Si les he llamado, carece de sentido ocultarles mis cuitas. Me conocen mejor que nadie, de modo que podrán aconsejarme o echarme la broca si es menester.

—¿Ya te las ha tirado? —quiere saber José, que de repente se ha espabilado y ha cambiado su gesto de hastío.

—No —niego poniendo los ojos en blanco ante su descaro—. Me la he encontrado en el supermercado.

—¿Y por eso nos llamas? —pregunta Pedro incrédulo echando furtivas miradas a su reloj.

Tras dudar unos segundos, decido contarles la verdad: Martina me gusta, pero me acojono tanto en su presencia que soy incapaz de invitarla a tomar un vino. Si ella lo propone, perfecto. Al contrario, imposible. Nula iniciativa por mi parte.

—Creo que no le soy indiferente. Anoche, mientras estuvimos en mi porche, el ambiente fue relajado. Tomarnos un chocolate surgió de forma espontánea. No pensé en lo que hacía al proponérselo.

—¿Intentaste besarla? —insiste José—. No tenemos quince años. Tú lánzate. No sería la primera vez que te rechazara una mujer. Además, allí arriba, en la montaña, hace mucho frío. Así entráis en

calor. A lo mejor cae rendida en tus brazos. No tiene muchas más alternativas si quiere sexo.

—Gracias, tío, por recordarme mis míseras experiencias con las féminas —contesto mosqueado.

No soy Henry Cavill, pero me defiendo ligando en un bar. Las chicas no salen espantadas cuando me acerco. Aunque algunas no se han prestado ni a darme un beso, con otras he terminado buscando un lugar discreto, a salvo de testigos indeseados y miradas indiscretas.

—Pues yo creo que esta mañana, si la hubieras invitado a tomar el aperitivo o comer en un bareto del pueblo, habría aceptado —opina Pedro—. Es un terreno neutral. Si la relación fluye, podéis tomaros el postre en casa. Que no, cada uno a su hogar y punto. Eso sí, lo de dejarla en medio del pueblo, cargada de bolsas a casi un kilómetro de su coche, fue de nota, chaval.

—Anoche la tuviste a punto, mira que eres tonto —niega José como si yo estuviera obviando una clara evidencia—. Unas gotas de whisky aderezando el chocolate habrían obrado milagros.

—Hubiese sido vil por mi parte aprovecharme de la situación. Estaba asustada porque creyó que había un animal o una persona merodeando cerca de ella en el Mirador del Pastor. No hubiera sido caballeroso. Necesitaba consuelo y distracción, no que me echara sobre ella en busca de sexo.

—Fijo que era un jabalí o una liebre. Estaría buscando su cena entre la vegetación. Ya te digo yo que estaba más asustado el pobre bichejo que vosotros. Guillén, no creo que en Nava del Conde haya un psicópata acechando entre los árboles —concluye José—. Con esa línea de pensamiento, nadie saldría a la calle en Madrid después de los muertos hallados en el río.

—Tíos, no os lo vais a creer —comienza a decir Pedro exaltado—. Mi mujer conocía a la segunda víctima. Fue su monitor de *zumba* en el gimnasio durante unos meses. Lo dejó al quedarse embarazada, pero ahora entiendo porque no quería perderse ni una clase.

—El tal Eric estaba mazado —afirmo recordando las imágenes que he visto en los noticieros y mis visitas al centro deportivo para instalar el software—. ¿Cómo se pudo acercar alguien a él sin que se diera cuenta y cargárselo?

—Lo conocería —especula Pedro.

—Seguro. No tenía pinta de ser de los que dejan que un desconocido les atice un puñetazo sin más —añade José.

—Chicos, os dejo, que estos se impacientan y perdemos la visita a la catedral —comenta Pedro a la vez que hace un gesto con la cabeza a alguien, supongo que a su mujer—. Hablamos cuando estemos ya en Madrid.

—De acuerdo —dice José—. Cuidado al regresar. Los atascos se van a complicar por las nevadas. Llevad agua y comida por si acaso.

—Yo creo que exageran, pero, desde luego, el tiempo va a empeorar en las próximas horas —respondo sin creerme mucho las alarmistas predicciones.

De pequeño, cuando hacía frío o nevaba, los meteorólogos no anunciaban *Danas* o *Ciclogénesis explosivas.* Eran borrascas y punto. Y, por supuesto, nada de ponerles nombres de personas que aterrorizaran a los ciudadanos y los confinaran temerosos en sus hogares.

Por si acaso, reviso mi despensa y me quedo tranquilo al ver que está bien surtida. Siempre tengo acopio de productos en conserva. Son socorridos y, si falla la luz, sé que no se echarán a perder. Vale que lo natural siempre está más rico, pero, viviendo aislado, hay que ser previsor.

Aunque Martina ha comprado comida para un regimiento, me dijo que no era todo para ella. Se va ir de la Nava con el maletero bien surtido de artículos de la sierra. Espero que tenga cadenas, porque no me extrañaría que el domingo las necesitara para regresar a Madrid. Al menos, hasta que atraviese el puerto de Navacerrada.

¿Qué pasará cuando se marche? ¿La volveré a ver?

En los cuatro meses que llevo viviendo aquí, el puente de diciembre ha sido su primera visita al pueblo desde el verano. Nadie

de su familia ha venido en este tiempo. Quizá hasta agosto no retorne a su chalet en compañía de sus padres y de su hermana. Dudo que lo haga antes.

Para colmo, no nos hemos intercambiado los números de teléfono, por lo que la posibilidad de vernos en la ciudad es nula.

«Venga, tío. Que tú eres más lanzado», me reprendo por ser tan timorato.

¿Qué puede pasar si se lo pido? ¿Que me diga que no? El «no» ya lo tengo. Ahora debo ir a por el « sí». Puedo ofrecerle mis servicios como informático, suena patético, pero me parece más natural que pedírselo para quedar para tomar un café o salir a cenar que es realmente lo que me gustaría. Entonces, seguro que me respondería que está muy ocupada con el trabajo, que ya me llamará ella o cualquier otra contestación que la haga quedar bien sin comprometerse.

Aquí los encuentros son causales, bueno, tal vez me haga un poco el encontradizo, pero, al fin y al cabo, somos vecinos y es normal coincidir en los senderos o en el pueblo. En Madrid nos movemos por órbitas distintas. Sería un milagro toparme con Martina de forma espontánea.

Vale. Entonces, haré eso. Le daré una tarjeta por si ella o su bufete requieren los servicios de un informático. El problema es lograr mi propósito. Sentarme en mitad de la carretera, con la bicicleta a mi lado, a esperar que se le ocurra salir a dar un paseo ya lo he hecho una vez. Dos no va a colar. Si me descubre algún lugareño, avisarán a las autoridades acusándome de ser un acosador. Tengo que pensar otra cosa. Algo se me ocurrirá.

Capítulo 13

Martina

Viernes 18:00

Guillén es un buen tío. Si nuestras circunstancias fueran diferentes y ambos residiéramos en la capital, puede que saliera con él alguna noche. No quiero exagerar. Sé que una hora y media escasa de distancia no es óbice para mantener una relación, comparada con las dificultades que afrontan parejas que viven en diferentes ciudades y logran mantener la chispa del amor. Sin embargo, cuando llegan las siete o las ocho y termino una larga jornada laboral, no tengo ganas de coger el coche y cruzarme medio Madrid para reunirme con un hombre por mucho que me atraiga. A esas horas, una cena o una copa en algún lugar cercano a mi hogar es lo máximo que estoy dispuesta a hacer. Por ese motivo, estoy convencida de que, para que una relación funcione, es esencial que los lugares de trabajo y las viviendas estén próximas. Los cincuenta kilómetros que separan Madrid de Nava del Conde pueden ser un abismo en determinadas circunstancias.

Elvira y Natalia comenzaron a salir con sus respectivos maridos solo los fines de semanas, puesto que los días laborables sus horarios eran incompatibles. En el caso de mi amiga, al ser Jaime médico, podían quedar alguna que otra vez entre semana, pero entonces ella era la que estaba demasiado cansada para disfrutar de una cena romántica a la luz de las velas. Sé de una noche que se quedó dormida en el cine y sus ronquidos se escuchaban en toda la sala. Ella lo niega, pero Jaime asegura que es cierto, y yo le creo. Igual que me consta la visita furtiva de Natalia a determinada sala de urgencias durante una noche de guardia de Jaime especialmente tranquila.

Los amores a distancia funcionan bien al principio. Son relaciones idílicas. Solo te ves para divertirte y salir de marcha. No hay malas caras ni discusiones porque tratas de dar lo mejor de ti ante la otra persona. Si algo no te gusta, es fácil ignorarlo. En siete días lo

olvidarás y volverás a sentir las mariposas en el estómago. Es como estar de visita. Evitas los malos rollos.

Más tarde, cuando decides dar un paso más, y te vas a vivir con el supuesto amor de tu vida, o te casas celebrando una gran fiesta en la que no falta ni el primo con el que no te hablas desde que hiciste la comunión, surgen los tira y afloja de la convivencia. Las pequeñeces que las hormonas de la felicidad te han hecho ver como tonterías, acaban siendo gotas que colman el vaso de la paciencia. Y, de pronto, en una discusión intrascendente sobre el destino de unas vacaciones estivales, sale todo a la luz a borbotones. El problema es que una vez abierta la espita, ya no hay quien la cierre. No se puede borrar lo que has soltado por la boca o has escuchado de labios de la otra persona. Lo que se dice en caliente, es lo que realmente se piensa y has estado callando durante meses o años. Eso fue lo que me ocurrió con Alberto. La convivencia terminó con el amor.

Siempre hay excepciones. Elvira y Juan llevan quince años casados en perfecta armonía. Su noviazgo fue fugaz porque ella se quedó embarazada y mis padres son muy tradicionales. Yo le dije que no les hiciera caso. Si quería formalizar su relación debido a su amor por Juan, adelante; si era por el bebé, no necesitaba a un hombre a su lado. Ser madre soltera actualmente no es ningún estigma. Aunque supone vivir en un circo de tres pistas, el mundo sigue rodando y miles de mujeres afrontan la maternidad en solitario con o sin ayuda de sus familiares. Elvira hubiera podido contar conmigo para lo bueno y para lo malo. No obstante, ellos optaron por casarse en una preciosa ceremonia antes de que el embarazo se notara mucho, y desde entonces viven en perfecta armonía.

Natalia y Jaime también son felices hasta el hartazgo. Un rato a su lado y terminas con sobredosis de azúcar. Son empalagosos. Si te fijas bien, podrás ver nubes de algodón y unicornios flotando a su alrededor. Yo creo que se ven tan poco que, cuando están juntos, se cogen con ganas.

Me dan envidia.

Sí. Mucha.

Con Alberto, pasado el primer año todo eran broncas y discusiones. El divorcio fue la solución perfecta para recuperar la paz y la armonía en nuestras vidas. Vendimos la casa en las afueras que él se había empeñado en comprar y yo odiaba, y cada cual siguió su camino. En la actualidad, apenas hablamos más allá de felicitarnos los cumpleaños y por Navidad. Sin rencores. Fue un error subsanado a tiempo.

He salido de forma esporádica con otros hombres sin que ninguno me haya logrado interesar. Si quiero sexo, entro en alguna aplicación del móvil en la que encuentro personas que solo buscan una satisfacción momentánea sin complicaciones. Perfecto para mí. Cuando salgo con mis amigas, no me gusta liarme con un tipo y tener que escuchar sus consejos sobre seguridad y responsabilidad. No son mi madre. A mis cuarenta y dos años, he visto y vivido demasiado para aguantar tonterías por muy bienintencionadas que sean. Soy mayorcita para resolver mis meteduras de pata, si las hay, y asumir las consecuencias. De modo que suelo quedar con los tíos con los que contacto en un hotel que pagamos por horas a medias. Nada de pasar toda la noche juntos, ni de ir a su piso. Hay mucho pirado suelto. A veces he repetido con alguno, pero no demasiado. Se encariñan, y se olvidan de que solo quiero follar sin sentimientos de por medio.

Sin embargo, el último tipo con el que me estuve viendo era diferente. En su faceta laboral, se mostraba serio, trabajador y muy profesional. En lo personal, era un tipo divertido y un excelente amante en la cama. Sus manos eran mágicas, y lo que lograba hacer con la lengua entre mis piernas me hacía arder como si estuviera guarecida en cámara magmática de un volcán. Estoy segura de que en alguna religión nuestras actividades bajo las sábanas están prohibidas. Menudo derroche de imaginación.

La cama era el colofón. Llegábamos allí después de probar la resistencia del sofá o de la encimera de la cocina. En una ocasión, lo hicimos en el baño de un restaurante oriental muy coqueto, al que

no me atrevo a volver porque nos debieron escuchar desde la cocina. Al menos, a mí.

Yo no sé estar callada durante el sexo. Grito, gimo y, si es necesario, le indico al amante de turno lo que debe hacer para satisfacerme. Eso, si no tomo yo las riendas. No soporto titubeos ni melindrices. Palabras como *cariño*, *cielo*, *bebé* o *gatita* no van conmigo. Me repelen ese tipo de calificativos. Si un hombre me los dice, es la forma más rápida de que el deseo me abandone y le mande a paseo. No soy una niña ni una muñeca frágil. Pido y exijo placer en la misma medida en que lo doy yo. No necesito un hombre que me cuide. Quiero un digno contrincante en las luchas amatorias que sepa darme espacio, pero también sea capaz de mantenerse en el suyo. Y él lo era. ¡Puff! Me acaloro recordándolo. Voy a beber un vaso de agua fría porque mi libido se está exaltando.

Además, el condenado era guapo. Sus gafas le daban un punto intelectual que me volvía loca. Sé que en mi caso ocurre algo similar. Tengo lentillas, pero las gafas me aportan un aire profesional que, a la hora de tratar con determinados clientes en el despacho, es una ventaja. En las ópticas acostumbro a buscar monturas que resalten mis ojos marrones color miel y, por supuesto, acentúo el maquillaje en esa zona de mi rostro lo máximo posible. Hay que ser cuidadosa en el momento de utilizar la máscara de pestañas y las sombras. La línea entre un estilismo discreto e ir pidiendo guerra es muy fina.

En el mundo de hoy, a las mujeres se nos exige estar perfectas desde que salimos por la puerta de nuestros hogares antes de que amanezca hasta que regresamos al terminar la jornada laboral. Hemos de llevar un neceser con lo imprescindible en el bolso para darnos los oportunos retoques cuando tenemos una reunión o después de almorzar o tomar un café.

Mi ex, Alberto, estaba cortado por el mismo patrón que su padre. Su madre consideraba que las tareas domésticas eran responsabilidad de las esposas. Los pobres maridos ya tenían bastante con pasarse el día en la oficina ganando el sustento de la familia. Alberto comprendía que las costumbres habían evolucionado

porque ambos trabajamos fuera de casa. Al menos, en teoría, porque, en la práctica, era otro cantar. Todavía recuerdo las noches que, nada más traspasar el umbral, soltaba la preguntita de marras: ¿qué hay de cena? Al principio, trataba de que pillase las indirectas poniéndole en la mano un ramillete de menús de servicio a domicilio. No lo logré. Decidí ser más contundente y soltarle un rabioso: «lo que tú prepares».

A las diez de la noche, yo llegaba igual de cansada que él, ¿por qué tenía que ser mi responsabilidad llenar la nevera y su estómago? Alberto se limitaba a «ayudar», puesto que no consideraba que tuviese obligación de hacer nada. La compra en el supermercado. Eso era lo único que hacía sin protestar. Bien sabía que, si quería caprichos gastronómicos o tener una ingente cantidad de latas de cerveza en la despensa, debía ir a por ellas él mismo. Menos mal que para las labores domésticas cuento, desde que me independicé, con la misma chica que va al piso de mi hermana y antes iba al de nuestros padres. Regina, una uruguaya encantadora, de fidelidad y confianza absolutamente garantizadas. Hace quince años que acude a mi apartamento dos tardes a la semana. Cuando se va, se pueden comer sopitas en cualquier superficie de lo limpias y cristalinas que las deja. Vale un potosí.

El punto y final de mi matrimonio lo supuso una noche que salí de cena navideña con los compañeros jóvenes del despacho y volví al amanecer. Se desmelenaron trago tras trago de alcohol, según íbamos de bar en bar después de abandonar el restaurante al que nuestros jefes nos habían invitado. Las corbatas terminaron guardadas en los bolsillos de las americanas, y algunas chicas con los tacones colgados de las manos.

Natalia grabó un par de vídeos que le he pedido que guarde en una caja fuerte por si nos intentan despedir. Constituyen un valioso as en la manga. Ver al hijo del jefe subido a una mesa moviendo el pandero al ritmo de la última canción de Rosalía, mientras los dos tarugos de fiscal dan palmas, no tiene precio. Cualquier mínima

intención de ponernos de patitas en la calle, implicaría la difusión masiva de la grabación en un infinitésimo pestañeo.

Rematamos la juerga tomando un chocolate con churros en San Ginés[6] que nos supo a gloria. De esa forma, con mucha pena, pusimos el broche de oro a la festiva velada, a las ocho de la mañana. Me costa que algunos no se fueron a sus hogares, sino a los de sus compis. No seré yo quien los juzgue. Cada cual es libre de hacer lo que le plazca.

En mi piso me aguardaba Alberto con cara de malas pulgas y pésimo humor. Según él, no había podido dormir nada preocupado por mí.

«—Te esperaba a las dos. Tiempo de sobra para una cena y una copa. Y mucho me parece si ibas con los aburridos de tus colegas. Aunque se ve que no son tan muermos como me asegurabas. Espero que no se repita».

Otra mujer quizá hubiera creído su desvelo y agachado la cabeza, pero bien sabía yo que a la media hora de apoyar la cabeza en el sofá se quedaba sopa sin remedio. Podían darle las tres o las cuatro en el salón hasta que el dolor de cuello le despertaba. Era un hecho comprobado, ya que, en varias ocasiones, le había dejado sobando sobre el cojín, frustrada porque la sesión de sexo que deseosamente auguraba una hora antes, se había esfumado por sus imperiosas ganas de dormir.

Entonces, lo comprendí. La visión de futuras discusiones por nimiedades me asaltó de golpe. No estaba dispuesta a tener que aguantar malas caras y peores modos. Gota a gota, mi vaso se había ido llenando y comenzaba a verterse.

«—Tranquilo —le respondí con una voz tan serena que hasta yo me sorprendí—, no vas a tener que preocuparte por mí nunca más. Mañana no, porque es sábado, pero el lunes sin falta le pediré a uno de mis colegas, esos que te son tan molestos esta noche, que inicie los trámites del divorcio.

—Martina, no es lo que yo quiero. Tal vez me he pasado un poco —se apresuró a añadir.

—Tarde. Tres años y dos meses tarde. Nunca debimos casarnos. Fue un gran error que quedará subsanado en un periquete. Me voy a dormir a casa de Elvira. El lunes, cuando salga de trabajar y regrese, no quiero ver ni tu ropa, ni tus libros, ni el resto de tus pertenencias aquí».

Fue una separación rápida e indolora, al menos, para mí. Alberto continuó enviándome mensajes durante un tiempo, rogándome que volviéramos. Yo nunca los respondí. Cualquier comunicación entre nosotros quedaba en manos de nuestros abogados.

Desde entonces, estoy cerrada al amor. Solo produce dolores de cabeza y comeduras de tarro. Reconozco que el tira y afloja del comienzo de una relación es bonito. Te sientes valorada y ves el mundo de otro color. Por desgracia, al final, en la mayoría de las ocasiones, acabas estampada contra el muro de arcoíris.

Eso fue justo lo que me ocurrió hace unos meses. Una noche salí a cenar con Elvira, Natalia y Almudena. Unos hombres hacían lo mismo en la mesa de al lado. Uno destacaba entre el resto por su sonrisa perenne y su aire travieso. Las dos casadas se mantuvieron fieles a sus maridos, pero Almudena y yo acabamos la noche en un hotel cercano en habitaciones contiguas.

Fui feliz con mi nuevo «novio» durante tres meses. Debí de suponer que había algo raro cuando afirmó que no quería hacer público «nuestro amor» para evitar chascarrillos en su trabajo y en mi despacho. Me pareció tierna su preocupación y no vi ningún problema por acceder a su petición. La realidad era bien distinta. El muy ladino no solo salía conmigo, sino que también tonteaba con Almudena. A las dos nos pidió discreción. De modo que, aunque hablábamos de nuestras respectivas parejas, nunca se nos ocurrió pensar que era el mismo tipo. ¡Menudo cerdo! Es que no hay un hombre que se salve. Todos son iguales.

Miro por la ventana y, entre los árboles, detecto un punto de luz que diría que es de la cabaña de Guillén. ¿Qué estará haciendo? ¿Será él la excepción que confirma la regla? Tendré que averiguarlo.

Capítulo 14

Guillén

Viernes 20:00

He logrado concentrarme y he terminado el programa de gestión para la constructora. Voy con un mes de retraso por causas ajenas a mi voluntad. Es una cuenta importante que me hará ganar un buen dinero, pero ahora empiezo a comprender por qué no se han ido a una empresa de soporte informático de las de renombre: no les hubieran aguantado tantas tonterías. Los clientes piden y piden sin darse cuenta de lo que supone cada *pequeño detalle sin importancia* que hay que añadir. Son horas de curro que encarecen el presupuesto y después están poco dispuestos a abonar. Por no hablar del tiempo que empleo enseñando el manejo del software a los diferentes departamentos implicados una vez que lo he instalado en sus ordenadores.

Cuantas más personas vayan a utilizar el programa, hay más riesgo de error y de que surjan dificultades. Me paso buena parte de la jornada solucionando meteduras de pata de algún listillo que se cree un as de la informática. Casi es preferible que me llamen antes de intentar arreglar un problema por su cuenta, que cuando ya se han cargado los equipos de media plantilla o han borrado archivos imprescindibles del disco duro o de los servidores. Los tutoriales de YouTube hacen mucho daño. Ves al técnico de turno haciendo algo con suma facilidad y piensas que tú, sin la mínima experiencia, lo harás igual. Los años de formación hincando los codos en una mesa de estudio, para algunas personas son ganas de pasar el rato. Me ponen malo. La próxima vez que les tengan que operar, que se pongan en manos de un aficionado y me cuenten qué tal les va.

Estoy valorando salir a dar una vuelta, pero la oscuridad exterior y la ligera neblina me disuaden. Son las ocho de la tarde y parece noche cerrada. Me acerco a una ventana y no percibo la luna. El cielo está encapotado. Debe hacer mucho frío. Casi que me quedo tranquilo en la cabaña.

Regreso al salón y hago unos estiramientos que alivian la tirantez de mi espalda. Giro el cuello hacia ambos lados con lentitud mientras escucho música suave en el móvil. Aunque sé que unos minutos de meditación son muy beneficiosos para alcanzar la tranquilidad mental, nunca consiguen que me relaje del todo. Mi mente se dispersa y no logro concentrarme en la voz que me guía. Soy un desastre para estas cosas. José y su mujer practican yoga y, según ellos, es excelente tanto para la salud física como la mental. No lo dudo, pero yo soy más de quemar adrenalina haciendo ejercicio al aire libre. Tal vez debería comprarme un saco de semillas, de esos que calientas en el microondas y luego metes en una funda de tela. Mis contracturadas cervicales lo agradecerían.

Estoy vago. Más me vale pensar que voy a cenar que ya se acerca la hora. Sin embargo, no tengo ganas de ponerme a cocinar algo muy elaborado. Al final sí que me he debido relajar o, al menos, la laxitud se ha apoderado de mi cuerpo. ¿Me hago un bocadillo? Vale, pan y embutido no es lo más saludable, pero es rápido y sencillo. Una cervecita fría y listo.

De pronto, suena el timbre de la puerta de entrada. ¡Otra vez se me ha olvidado cerrar con llave la verja! Como pensaba salir esta tarde y me he liado, no me he percatado de que cualquiera podía colarse en el jardín. Soy un desastre para las cuestiones de seguridad. Algún día voy a tener un disgusto. Aunque, si están llamando educadamente, supongo que no vienen a robar. O, al menos, eso espero. Tomo nota mental de instalar una cámara en el porche y otra en el acceso a mi propiedad para evitarme sustos innecesarios en un futuro.

¿Quién será? No suelo recibir más visitas que las de los repartidores. En plena noche, un viernes, dudo que me traigan un pedido. La verdad, es que tampoco recuerdo estar esperando nada. Desde luego, quien sea, es sigiloso. No he escuchado sus pisadas en los escalones ni el roce de sus suelas en la hierba. Debía de estar sumido en mis cavilaciones, escuchando los gruñidos de mis tripas.

—¡Martina! —exclamo sorprendido al abrir la puerta y toparme con mi encantadora vecina sonriendo a pesar del viento gélido que sopla en el exterior, con una botella de vino tinto en la mano. Creo que es una de las que me recomendó esta mañana—. Buenas noches. ¡Qué agradable sorpresa!

—Hola —responde escaneándome con sus ojos miel enmarcados en su bonita montura verde—. He pensado que, como antes casi no tuvimos tiempo de hablar, y la noche está fría para pasear, podríamos compartir algo más fuerte que un chocolate caliente.

Asiento con la cabeza. Debo parecer uno de esos perros de plástico cabezones que se ponían antes en los coches y tanta gracia nos hacía a los críos. Hago un repaso mental a mi atuendo y el rubor cubre mis mejillas. ¿Oleré a sudor por el ligero ejercicio de estiramientos que he hecho antes? Estoy seguro de que tengo la cara abotargada por mi fútil intento de meditación.

—Pasa y ponte cómoda —le digo cuando logro articular palabra —. ¿Me das un minuto para adecentarme? He estado trabajando toda la tarde y necesito una ducha rápida para desentumecer mi espalda y mi cabeza. Si quieres, pon la televisión o sal al porche. Lo que prefieras.

—Tranquilo. Iré abriendo el vino para que respire. Ya sé dónde está la cocina. Tú haz lo que necesites.

Salgo disparado hacia mi dormitorio. Abro y cierro cajones extrayendo una muda limpia que lanzo sobre mi cama por encima de mi hombro sin mirar donde cae. Del armario cojo al vuelo unos vaqueros y un jersey liviano de cuello alto en color granate. Por último, agarro unas deportivas con las que sustituir mis calcetines afelpados antideslizantes. Son calentitos y muy confortables, pero mejor ocultarlos en un rincón o, ya puestos, meterlos en la lavadora. Cuando se vaya Martina, me pondré otros.

Creo que nunca me había aseado y cambiado tan rápido. En diez minutos estoy listo. Las prendas sucias las he dejado desperdigadas por el baño. Hay otro aseo a la entrada, por lo que, si Martina quiere lavarse las manos, no se dará cuenta de lo desastre que soy. No me

he querido entretener secándome el pelo y noto las gotas resbalando por mi cuello. Tendrá que secarse al aire.

—Ya estoy aquí —anuncio dirigiendo mi mirada a las dos velas amarillentas que lucen esplendorosas en la mesa de la cocina junto con dos copas de cristal y la botella que ha traído Martina—. ¿De dónde han salido esas velas? ¿Las has traído tú? No recuerdo haberlas visto antes.

—Estaban en ese cajón —responde ella señalando divertida un arcón que hay en la entrada que todavía no he revisado a fondo—. ¿No sabes lo que tienes en casa? ¡Venga ya!

—Pues la verdad es que no —reconozco encogiéndome de hombros—. Soy un desastre. En septiembre me limité a introducir mis pertenencias en cajas para que una empresa de mudanzas me las trajera desde Madrid a Nava del Conde. Me he limitado a ir colocando poco a poco los artículos que iba necesitando. Por eso, la mayor parte de la ropa de verano, junto con libros y adornos, continúan aguardando su turno, arrinconados en el garaje.

—¿No has revisado lo que había en los armarios? —inquiere Martina perpleja—. No solo por higiene y hacer una limpieza a fondo, sino por pura curiosidad. ¿Y si tienes ratas muertas en algún rincón?

—Creo que me hubiera dado cuenta por el olor —replico sin acabar de ver la importancia del tema. La cabaña está repleta de aparadores y cajones. No me iba a poner a abrirlos todos el primer día. No hubiera acabado nunca de instalarme.

—No sé yo.

—En realidad, mi método ha sido en plan: tengo que colocar las bombillas de repuesto, decido la ubicación adecuada, limpio y vacío el contenido del armario o cajón que vaya a destinar a tal efecto, y las guardo.

Vale. La forma en que arruga la nariz me dice que no he sido demasiado convencional. Ahora que lo pienso, tal vez una limpieza a fondo, antes de trasladarme, habría sido lo indicado. Algo similar dijo mi madre. Bueno, en cualquier caso, ya es tarde para eso.

—Los antiguos dueños lo dejaron todo limpio —aseguro a modo de defensa—. Me lo dijo la de la inmobiliaria. De hecho, olía a lejía cuando visité la cabaña con ella en agosto.

—Te voy a dar un consejo. Contrata a alguna chica del pueblo. Pregunta en el bar o en la tienda de alimentación. Fijo que saben un par de nombres para decirte. Le pides que venga un par de días a la semana y no te tienes que preocupar de más.

—No tengo suciedad acumulándose en los rincones —argumento, pero me callo al ver cómo la dorada mirada de Martina se dirige hacia una esquina donde hay una pelota de pelusas de buen tamaño.

—Con su ayuda, revisa todos los muebles que aún no hayas vaciado, y decide qué te quieres quedar o qué vas a tirar. Las velas guárdalas. Aunque no son frecuentes, si hay un corte del suministro eléctrico por una tormenta te vendrán bien.

—Te prometo que he movido cada mueble y limpiado detrás de los armarios. En cuanto al contenido de las alacenas, vale, sí, he pecado de vaguería y holgazanería.

—¿Tú crees? A lo mejor hay un tesoro escondido en alguna parte.

—Si mi cabaña se había convertido en casa rural, dudo que haya nada de valor oculto en un cajón secreto. Además, las personas que gestionaban su alquiler tendrían la obligación de dejarlo todo aseado entre grupo y grupo de huéspedes. Tampoco es para tanto.

—¿Y no te despierta curiosidad ignorar lo que hay en ese aparador, por ejemplo? —pregunta, señalando el mueble donde se hallaban las velas.

—Martina, te aseguro que no hay muertos empalados en las paredes. Eso solo pasa en las novelas de misterio. Voy a cortar un poco de embutido y queso para acompañar el vino —añado dirigiéndome a la nevera.

Mi vecina no es tonta. Ha notado mi incomodidad y no vuelve a tocar el tema. Nos acomodamos en la mesa de la cocina con nuestra improvisada cena para continuar hablando de asuntos más ligeros.

Intercambiamos anécdotas de la infancia y del pueblo, aderezadas con tragos de vino. Cuando me percato de que nos hemos terminado la botella, abro otra de mi particular bodega.

—No sé si será tan rico como el que tú has traído, pero a mí me gusta. ¿Te parece que nos traslademos al salón? Estaremos más cómodos.

El alcohol y el calor del fuego que me ha enseñado a encender Martina elevan la temperatura de la habitación y de nuestros cuerpos. La proximidad obligada durante los minutos en los que ha durado la instrucción de *scout*[7] a la que me he sometido voluntariamente, ha hecho que mis sentidos se alteren.

El olor a naranja y jengibre de su gel de baño inunda mis fosas nasales. Es tan delicioso como sofisticado. Constituye un asalto sin cuartel a mis pobres defensas masculinas. El roce de su piel al entrar en contacto nuestras manos, provoca pequeñas descargas eléctricas que recorren mis terminaciones nerviosas. He tenido que fingir una disculpa para regresar a la cocina y alejarme de la fuente de mi tortura. No quiero que Martina piense que soy un salvaje de la montaña que no sé comportarme ante la presencia de una mujer.

Una caja de bombones que compré en Madrid el martes me sirve de excusa. No obstante, antes de retornar al lado de mi inesperada visitante, me mojo el cuello en el grifo del fregadero para serenarme.

—He traído algo de dulce como postre. No tengo gran cosa, pero…

—Guillén, calla —me ordena Martina poniéndose de pie y quitándose el jersey. La camiseta que lleva puesta debajo sigue el mismo camino bajo mi atenta mirada. Me temo que se me ha olvidado respirar.

Da unos pasos hacia mí, quitándome la caja de la mano y depositándola en la mesa. Agarra mi ropa y me atrae contra su pecho. Los quince centímetros de diferencia entre nuestras estaturas, la obligan a ponerse de puntillas. Se ha quitado las gafas y puedo observar unas motitas marrones en sus ojos miel. Su

maquillaje es sutil, pero elegante. Resalta cada uno de sus bellos rasgos y disimula sus imperfecciones, aunque dudo que las tenga.

—¿El dormitorio? —inquiere insinuante.

A modo de respuesta, la alzo en brazos permitiendo que sus piernas se enrosquen en mi cintura. Mi boca asalta la suya y cumplo con fidelidad su petición. Ni una palabra sale de mis labios, los cuales están ocupados en devorar los suyos. Nuestras lenguas salen al encuentro y no sé cómo logro llegar hasta la cama sin tropezarme ni tirar nada en mi torpe avance.

—Aún llevo demasiada ropa —afirma con voz sensual, a la vez que sus brazos se giran hacia su espalda para alcanzar el broche del sujetador negro con encaje que tiene puesto.

Las copas se adaptan a la perfección a sus gloriosos pechos que, al liberarse de su contención, se mantienen erguidos y desafiantes. Sin remedio, me lanzo a apoderarme de unos de ellos con la boca mientras una de mis manos amasa el otro. Los gemidos de placer que escucho me confirman que voy por buen camino.

—Espera un segundo —le pido al acordarme de que la persiana está subida y con la luz del techo desde el sendero nos podría ver cualquiera. No me apetece dar un espectáculo.

Al ir a correr las cortinas, observo que los copos de nieve han aumentado de tamaño, cubriéndolo todo con un manto blanco. Debemos de estar bajo cero.

—¡Qué precavido! No creo que a nadie se le ocurra salir a dar un paseo con una nochecita así.

—Nunca se sabe —respondo riendo.

Antes de regresar junto el cuerpo desnudo de Martina, atisbo un punto oscuro del jardín. Hay una figura negra, o eso pienso en un primer momento, y luego recuerdo que es el contenedor de basura que debería haber guardado en el garaje esta tarde. Mi sensual vecina tiene razón. ¿Quién va a estar tan loco como para salir a caminar con una tormenta de nieve sobre su cabeza?

Capítulo 15

Martina

Viernes 22:30

Hace más frío que antes. Estoy regresando a mi chalet después de haber tenido una agradable, y sorprendentemente satisfactoria, sesión de sexo con Guillén. Al final, el informático ha resultado ser un nada desdeñable amante. No solo conoce trucos para los ordenadores. Sabe tocar los resortes adecuados del cuerpo femenino para arrancarte de la boca gemidos de placer que hacía tiempo que no experimentaba. Menos mal que estamos aislados, porque en un edificio mal insonorizado nos habrían escuchado en todos los pisos. No me gusta contenerme. Si estoy disfrutando, quiero que mi pareja lo sepa y no tener cortapisas a la hora de gritar y pedir lo que deseo. Mi vecino se merece una nota muy alta.

Sin embargo, he decidido volver a mi casa e ignorar su cara de pena y sus ruegos al marcharme. Claro que me hubiera agradado seguir enroscando mi cuerpo con el suyo hasta el amanecer, pero no quiero malos entendidos. A ambos nos apetecía tener sexo. Ya está. Sin más complicaciones. Se han juntado el momento y el lugar adecuados. Aunque no fui a verle pensando en acostarnos, surgió de forma natural. No quiero que piense que, en cada ocasión que venga a Nava del Conde, le voy a buscar para tener un revolcón, o que continuaré dejándome caer por el pueblo durante el invierno solo para verle. Como decía mi abuela: lo bueno y breve, dos veces bueno. Aunque dudo que se refiriese al sexo, es aplicable el refrán.

Me ha costado levantarme del colchón. La modorra postcoital comenzaba a apoderarse de mi mente, y mis escasas neuronas activas consideraban que una cabezadita era lo adecuado. Guillén colocó su brazo derecho alrededor de mi cintura mientras situaba una de sus piernas entre las mías. Era evidente su anhelo de continuar disfrutando de la noche tras un breve descanso. Reconozco que era muy tentador.

¡Puff! ¡Menudo resbalón! La capa blanca en algunas zonas se ha congelado y no es tan blanda como yo me había imaginado.

Además, es mucho más profunda de lo que creía al salir de la cabaña de mi vecino. Al dar un paso, no sé si me voy a hundir en ella, o voy a patinar sobre el hielo. Al menos, tuve la precaución de ponerme botas adecuadas para caminar en terrenos húmedos, si no, ya tendría los calcetines calados. Si lo sé, me traigo los esquíes.

Me agarro al seto que delimita el sendero para no caerme. Si me rompo una pierna, estoy perdida. Por una parte, la atención médica en Nava brilla por su ausencia y, por otra, un percance de esa categoría me obligaría a una reclusión forzosa en casa. Me volvería loca. Con el encierro de la pandemia tuve suficiente. Además, tendría que depender de la ayuda de mi hermana o Natalia, algo que odio. No me gusta mostrar debilidad. Soy autosuficiente en todos los sentidos. Deber favores a las personas, por muy cercanas que sean, va en contra de mi orgullo.

Dejo atrás la subida al Mirador del Pastor y giro hacia el camino que conduce a mi vivienda. Al aproximarme a la verja de mi propiedad, percibo que la nieve está aplastada formando un barro húmedo y pegajoso, en el que la suela de mi calzado se adhiere como si llevara ventosas. ¡Es asqueroso! Da la impresión de que una persona haya vagabundeado por la zona, deshaciendo la capa blanca de agua y hielo a su paso. Enciendo la luz del móvil y descubro que ocurre lo mismo por todo el suelo hasta llegar al bordillo que separa la gravilla de la tierra donde crecen arbustos delimitando el jardín. ¿Alguien ha estado vigilando la casa en plena nevada? ¿Han intentado allanar mi hogar aprovechando mi ausencia? Imposible. Nadie podía saber que iba a ausentarme. Ni yo lo sabía hasta media hora antes de salir por la puerta.

Me planteo regresar a la cabaña de Guillén y pedirle que venga conmigo, no se haya colado alguien dentro, pero desecho la idea. Las puertas metálicas y el seto pasan de los dos metros, hay que estar muy en forma para saltarlos. De todos modos, tomo precauciones. Pongo uno de mis dedos en el botón de llamada de emergencia por si tengo que pedir ayuda. A pesar de mi supuesta

valentía, noto el temblor de mi mano al introducir la llave en la cerradura.

«¡Ánimo, Martina! Dos vueltas y estás dentro», digo en voz alta alentándome a continuar avanzando.

Asomo la cabeza con recelo y oteo el jardín. Me alegro de haber dejado las luces del exterior del chalet encendidas. Aunque no logro distinguir cada detalle, mis ojos no captan nada extraño. De todas formas, no me voy a quedar parada para averiguar si un psicópata me está acechando. Casi a la carrera, subo al porche y entro en la casa. Una vez dentro, apoyo mi espalda en la puerta de madera después de cerrarla bien, y un suspiro de alivio se escapa de mis labios. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Mis pulmones se expanden y mi nariz inhala aire con fruición.

En la seguridad de mi hogar, pienso que la imaginación me ha jugado una mala pasada. Cualquier animal puede haber estado merodeando por la zona en busca de comida. Quizá el mismo que oí anoche en el Mirador del Pastor. La nieve mantendrá en sus guaridas a los pequeños habitantes del bosque y los grandes se habrán acercado hasta las casas atraídos por las emanaciones que surgen de los contenedores de basura. Lo que está claro es que la sugestión es una mala aliada de la cordura. En cualquier caso, antes de encender la lámpara del techo, me asomo por la ventana y observo en silencio el jardín. Al cabo de unos minutos en los que no detecto ningún movimiento, corro las cortinas y me quito el abrigo.

Mucho más tranquila, me encamino hacia mi dormitorio. Decido que antes de ponerme el pijama me voy a dar una ducha rápida para quitar los restos de sudor y demás fluidos corporales que he intercambiado con Guillén. Sonrío al recordar lo bien que lo hemos pasado. Seguro que ahora está roncando como un bendito. Tiene pinta de ser un dormilón.

En mi caso, es demasiado pronto para acostarme. Además, los nervios que he pasado al regresar al chalet me han desvelado. Con el propósito de distraerme un poco, mando un mensaje a mi grupo

de amigas. Quiero saber si están despiertas y les apetece hacer una videollamada. Espero unos minutos y no tardan en darme sendas respuestas afirmativas, así que me siento en el sofá con una copa de vino y conecto el ordenador para verlas en grande. Odio hacer reuniones *online* desde el móvil. Al dividirse la pantalla en tantas partes como integrantes del grupo, los rostros salen tan diminutos que nunca sé si están riéndose de mí o llorando por sus problemas. Si quiero averiguar, tengo que acercarme el teléfono hasta la punta de nariz, con lo que le regalo a mi interlocutor una visión completa de cada poro de mi piel.

—Tienes un hombre que sabe qué hacer con la lengua y las manos sin tener que explicárselo, ¿y prefieres huir de allí? —me pregunta Natalia al saber que he abandonado a Guillén en su dormitorio sin remordimientos después de varios magníficos orgasmos.

—¿Tan feo era? —inquiere Elvira arqueando las cejas de forma inquisitiva. Sé que se muere de ganas de conocer a nuestro nuevo vecino.

—No es un adonis, pero no está mal —le respondo a mi hermana —. No quiero complicaciones, Natalia.

—Porque tu último novio te haya engañado con otra mujer, no implica que tu vecino lo vaya a hacer, hermanita.

Mira que le gusta meter el dedo en la llaga a Elvira. La próxima vez que discuta por algo con su marido, le voy a hacer un tercer grado digno de la CIA, para que aprenda qué se siente cuando hurgan en una herida no cicatrizada.

—Bueno, es que fue muy fuerte —interviene Natalia—. «La otra» era Almudena. Nuestra compañera de trabajo. ¡Que las conoció a la vez!

—Elvira, la has bloqueado en el móvil, ¿verdad? —le pregunto arrugando el ceño a mi hermana.

Por desgracia, ni Natalia ni yo podemos hacerlo porque, al currar en el mismo despacho que esa mala pécora, estamos obligadas a mantener el contacto activo en los diversos dispositivos electrónicos.

Nuestros jefes nos mandan notificaciones comunes a todos los empleados, avisándonos de reuniones o temas que nos afectan a varios abogados que no es posible obviar. Por desgracia, de esos grupos no puedo expulsarla como hice del grupo de amigas del WhatsApp.

—Es que me da penilla —termina confesando Elvira, cuyo sospechoso silencio, a modo de respuesta a mi cuestión, me ha confirmado que no lo ha hecho. La maternidad la ha ablando. De niña era más cínica.

—¡Se lio con mi «novio»! Me engañó.

—Martina, cariño, a mi modo de ver, él fue el que os engañó a las dos. Almudena es tan víctima como tú. Aunque ella debe sentir el mismo dolor e idéntica ira que tú, no tiene a sus amigas apoyándola porque le hemos dado la espalda.

—¿Te pones de su parte? —quiero saber enfadada.

Natalia no dice nada. Hace bien. En las trifulcas entre las hermanas Castillo, es mejor no meterse si no quieres salir trasquilada. No es la primera ocasión en que presencia una de nuestras discusiones. Nos lanzamos dardos sin control la una a la otra sin meditar antes ni razonar lo que afirmamos. Ha sido así desde pequeñas. Los dos años que nos separan nunca han impedido que nos apoyemos en lo bueno y en lo mano, pero tampoco nos detienen a la hora de decirnos las verdades. Mis padres trataron de hacernos razonar mientras íbamos al colegio, pero fue en vano. Cuando pasé al instituto y Elvira siguió en el centro escolar en el que estudiamos desde crías, respiraron aliviados. Fue un espejismo. Al comenzar la universidad, pronto tuve claro que mi queridísima hermanita y sus amigas se acoplarían a mi pandilla de compañeros de clase sin que pudiera hacer nada para remediarlo. ¿Qué podía hacer? Ella siempre ha sido la simpática y sociable de las dos, mientras que yo soy más arisca, pero más guapa. Es un hecho irrefutable. Aunque lo siento por Elvira, el embarazo de Carlos hizo estragos en su piel, su pelo y su figura. No hay crema milagrosa que pueda con una miríada de hormonas alteradas.

—Martina, recapacita. Es tu compañera de despacho, vas a verla a diario sí o sí. Tendréis casos juntas. Por no mencionar que a Natalia la vas a poner en una situación muy comprometida. Tú no eres así. ¿Dónde está esa mujer cariñosa, comprensiva y adorable que se esconde tras la armadura de una guerrera? Un tipo despreciable se rio de vosotras. Él fue el único culpable.

Una diminuta chispa de arrepentimiento aletea en mi corazón. Me giro para observar a Natalia. Su cara me confirma lo que ella no se ha atrevido a expresar. Su aspecto es el de una niña pequeña pillada en plena travesura.

—¿Es eso cierto? ¿Te lo estoy poniendo difícil?

—No solo a mí, cielo. El resto de miembros del bufete no saben a qué atenerse contigo estos últimos días. Tan pronto eres todo sonrisas, como no hay quien se acerque a ti por miedo a un exabrupto. En cuanto a Almudena —añade Natalia haciendo una pausa para valorar el impacto de sus palabras—, creo que la ira te ha estado impidiendo ver sus ojeras y su cara de pena cada vez que te ve pasar. Se muere por hablar contigo, pero tú no le permites acercarse.

—¿Por qué no me has dicho antes lo que pensabas? —inquiero perpleja.

¿Cómo he estado tan ciega para ignorar lo estaba ocurriendo a mi alrededor?

Estoy dispuesta a rebajar mi mal humor en la oficina. Si no lo hago, puedo quedarme sin empleo. A los dueños del bufete no les agradan las disputas internas. Cada vez que ha habido alguna, un compañero o varios han sido despedidos. Sin embargo, perdonar a Almudena no va a ser fácil. La traición ha causado profundas heridas en mi interior que aún tardarán en sanar.

—Iba a esperar a que pasara el puente, confiando en que unos días en la sierra te despejaran la mente y te relajaran —alega Natalia.

—Pues relajarse, ya se ha relajado —interviene Elvira—. Te quedan dos días en Nava del Conde. Aprovéchalos bien, hermanita.

Date otro homenaje.

—Te recuerdo que tengo varios vibradores. La mayoría obtenidos en los *tuppersex* a los que nos arrastras.

—Hace mucho que no vamos a uno. Miraré si hay programado alguno el próximo fin de semana —añade tecleando en el móvil sin quitar ojo de la conversación que mantiene en la tableta con nosotras—. Tengo que renovar las existencias. Seguro que han salido nuevos modelos con funcionalidades excitantes.

—Conmigo no cuentes —le digo muy seria. No voy a perder el tiempo con esas tonterías.

—Tontita. ¡Con lo bien que te lo pasas! —exclama Natalia riendo —. De todas formas, sigue el consejo de Elvira. Disfruta del vecino, que lo natural siempre es mejor que lo artificial.

—¿Y qué propones? En verano, cuando vengamos con papá y mamá, ¿se lo presento como su yerno ocasional?

—No me seas carca, hermanita. No estamos organizándote la boda. Si él está libre y tú también, ¿dónde está el problema por acostaros? Sois adultos, responsables y con la cabeza bien amueblada. Digo yo que Guillén no será tan torpe como para no saber distinguir entre sexo sin compromiso y una relación. Además, si en agosto te apetece follar con él, no te preocupes, que yo me encargo de dejarte el campo libre.

De sobra conozco su facilidad para crear excusas a prueba de suspicacias paternas. En más de una ocasión, de jovencitas, cuando pensaba que me iba a meter en problemas por su culpa, Elvira fabricaba en un instante el subterfugio perfecto para librarnos de un castigo.

—Es tarde, chicas —comenta Natalia—. Me lo estoy pasando muy bien, pero me caigo de sueño.

—Mañana nos cuentas qué tal el segundo *round* bajo las sábanas con el vecino. Estaremos esperando impacientes a que nos llames.

—Ja, ja —respondo riendo a la afirmación de mi hermana—. Al final tendré que sucumbir al deseo por no oíros.

¡Maldita sea! Se me ha olvidado contarles lo de las pisadas en la nieve. Aunque, pensándolo bien, quizá haya sido mejor. Seguro que por el jardín merodean uno o dos gatos de los que abundan en Nava del Conde, que han subido a visitarme. En la tranquilidad de la noche se les oye maullar como bebés de cuna. Dan mucha grima. Si mis amigas se enteran del susto que me han dado unos vulgares felinos, perdería su respeto, y eso es algo que no pienso permitir.

Capítulo 16

Guillén

Viernes 23:00

¡**S**eré idiota! ¿Qué me creía? ¿Que Martina había caído rendida a mis pies e íbamos a pasar la noche juntos haciendo la cucharita? Soy gilipollas. De esto ni una palabra a los chicos o se van a estar burlando de mi hasta el juicio final. Estúpido, tonto, creído, idiota, pánfilo. Es que la lista de insultos que se me ocurre arrojar sobre mí mismo es infinita. Y encima le he rogado que se quede. No se puede caer más bajo.

Ya sé que solo ha sido sexo. Ni yo estoy enamorado de ella ni ella de mí, pero que me he pillado un poco no lo puedo negar. Me gusta. Además de guapa, es inteligente, y eso me pone mucho. Cuando me mira, siento que analiza cada célula de mi ser. Estoy seguro de que incluso puede leerme el pensamiento. Ante ella soy tan transparente como el agua de un manantial cristalino. El problema es que eso es un arma de doble filo. Pierdo el filtro y la contención al hablar con ella. Sería capaz de confesarle los pecados más vergonzosos.

Martina emana fortaleza y seguridad. Ni busca ni necesita la aprobación de nadie. Toma lo que quiere sin pedir permiso. Hemos tenido sexo porque ella así lo ha querido. Tampoco me voy a quejar, la verdad. Aunque hubiera ido yo a rogarle a su puerta, con mi atuendo más elegante y mi sonrisa más espléndida, si ella no lo hubiera deseado, no habría podido camelármela.

De acuerdo que no soy ese actor de telenovelas turcas por el que babean todas las féminas, pero tampoco soy un adefesio. A mis cincuenta recién cumplidos, tengo mi puntito. Mis ojos azules siempre me han servido de arma para destruir las defensas de las chicas que me gustaban desde la adolescencia. No obstante, si algo me inculcó mi madre, es que un «no» es «no». Lo tengo clarísimo. Mis padres me enseñaron que una cosa es intentar conquistar a una chica, y otra propasarse. Nunca he traspasado la línea. Por respeto a ellas y a mi propia conciencia. Si Martina no se hubiera insinuado tan

a las claras, a pesar de las ganas que tuviese de acostarme con mi atractiva vecina, me habría frenado.

Cuando he tenido pareja, he sido fiel. Pienso que, si un hombre engaña a su mujer o a su novia con otra, es que el amor entre ellos se ha terminado. Es preferible cortar por lo sano y que cada cual que rehaga su vida. Hay muchas mujeres hermosas libres de ataduras, no veo la necesidad de hacer daño a terceras personas metiéndote en medio de un matrimonio. Conozco tipos que han pergeñado excusas rocambolescas para irse con su amante de fin de semana. No tienen ni conciencia ni valores.

Hace unos años, las canas comenzaron a asomar en mi, hasta entonces, negro caballo. ¡Qué depresión me entró! La crisis de los cuarenta fue criminal. Veía a mis amigos asentados, y yo intenté hacer lo mismo con la chica con la que salía en aquella época. Sin embargo, estábamos abocados al fracaso. Nos fuimos a vivir juntos demasiado pronto, sin conocernos lo suficiente, y la convivencia convirtió nuestro piso en un campo de minas. Ella se largó a los ocho meses. Yo me di cuenta de que no la había querido nunca al percatarme de que su marcha, en lugar de pena, me produjo un gran alivio. Una rectificación a tiempo evita muchas discusiones posteriores.

Poco a poco descubrí que las canas me aportaban un grado de madurez que mi rostro, algo aniñado, no poseía. Pasados los cuarenta y cinco, lograba captar la atención de atractivas bellezas que solían ignorarme, desdeñándome por hombres más jóvenes y apuestos. Me descuidé durante el confinamiento por la pandemia, de modo que me apunté a un gimnasio y perdí los kilos que me sobraban. Por suerte, logré deshacerme de la barriga cervecera que había comenzado a formarse en mi abdomen. Al venirme a vivir a Nava del Conde, cambié la sala de musculación por la bicicleta. Aunque reconozco que debería controlarme con la dieta, me gusta demasiado comer y aquí todo sabe mejor.

Martina ha sido la primera mujer con la que me he acostado desde que me fui de Madrid. En la capital era menos complicado

congeniar con una chica en un bar de copas o encontrar a alguien en una aplicación de citas. Por cierto, tengo que cambiar mi perfil y actualizarlo con una foto reciente y mi nueva ubicación. ¡Qué pereza! Además, pienso que aquí nos vamos a conocer todos. Me saldrán contactos de gente que resida en el pueblo o alrededores. En la ciudad, las probabilidades de volver a coincidir con la persona que te has follado una noche de parrada son ínfimas. En la Nava, puedo tropezarme con la cita de la noche anterior en cuanto ponga un pie en el pueblo.

José me ha sugerido no cambiar nada y, cuando tenga ganas de sexo, ir a Madrid para pasar allí la noche. Más anonimato y discreción. Aunque es un buen consejo, no termino de animarme. Quizá deba preocuparme. ¿Al cumplir los cincuenta he perdido testosterona? Hasta ahora no he notado la crisis, pero no hay que descuidarse. No quiero tener que tomar pastillitas azules para que se me levante.

¡Tonterías! Martina se ha corrido dos veces. La primera con mi boca y la segunda conmigo en su interior. Ha sido apoteósico. No es por echarme flores, pero he estado de medalla de oro. A los veinte era incapaz de controlarme. La urgencia por dejarme ir en ocasiones era tan acuciante, que eyaculaba antes de colocarme el preservativo. Aunque la rapidez de recuperación en aquella época era mayor que en la actualidad, la experiencia es un grado. Sé valorar la belleza de los preliminares y el insuperable placer que se alcanza después. Merece la pena dedicarle atención al cuerpo femenino antes de introducirme en su interior. Bueno, tampoco voy a negar que, si estás en un bar de copas con el alcohol corriendo por tus venas y te puede el calentón, el «aquí te pillo, aquí te mato» en un aseo, no está mal tampoco.

¿Por qué se habrá ido a su chalet? No digo que se hubiera quedado a dormir, pero echar un segundo polvo no habría estado nada mal. Mañana es sábado. No creo que tenga una acuciante necesidad de levantarse temprano y no la esperaba nadie en casa. Me ha dejado un poco descolocado. De todas formas, mejor no me

pongo a elucubrar hipótesis extrañas. La mente femenina es un misterio.

Quizá quiera preservar su intimidad. Martina es muy hermética. Me ha hablado un poco de su familia y amigas. Apenas unas pinceladas. Los antiguos dueños de mi cabaña me comentaron que sus padres solo venían en verano y eran muy tranquilos. Buenos vecinos que no daban problemas. Estoy seguro de que los huéspedes de la casa rural les molestaban más a ellos que al contrario. Cuando estamos fuera de nuestro ambiente, parece que se nos olvidan las elementales reglas de convivencia. Como estamos de vacaciones y de fiesta, creemos que los demás también lo están.

Después de beberme un vaso de leche templada en la cocina, consulto la hora en mi reloj. Son las once y media. Estoy totalmente desvelado. No me apetece ver nada en la televisión ni leer. Mis pies me conducen hasta el ordenador. Enciendo el monitor y mis dedos corren por el teclado. Escribo «Martina Castillo» en un buscador y espero a ver qué resultados me ofrece.

La mayoría son referencias al lugar donde trabaja o algún *link* a webs legales en las que aparecen listados de abogados. Ninguna fotografía. ¡Qué raro! ¿No tiene perfil en redes sociales? Entro en las más comunes y solo me salen dos fotos en encuentros familiares en las que alguien debe haberla etiquetado. La primera diría que es de una boda. Está tan joven que casi no la reconozco. A su lado hay una chica con la que guarda un gran parecido. Sin duda, es su hermana. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Elvira. Justo. La instantánea fue tomada hace dieciséis años.

La segunda es de ámbito profesional. En una revista jurídica hicieron un reportaje del despacho de abogados en el que desempeña su labor profesional, al conmemorarse los cincuenta años de la fundación del bufete. Los vejestorios que se sientan en primera fila deben ser los socios fundadores. Aparecen escoltados por sus hijos y, junto a estos últimos, los asociados. La tercera de la segunda fila por la izquierda es Martina. una mujer sonríe a su lado. En el extenso pie de foto confirmo su nombre: Natalia. Fijo que es la

amiga del curro que me mencionó. La mirada de mi vecina es la de una persona capaz de comerse el mundo.

Pues sí que es hermética. Pocas personas escapan a la tentación de crearse una cuenta en alguna red social. Solo las que tienen algo que ocultar o desconocen el funcionamiento de las mismas. Martina, ¿de qué tipo eres tú? De las segundas no, porque para tu trabajo usas programas informáticos. Me resulta difícil de creer que hace quince años no sucumbieras a la tentación de abrirte un perfil en Tuenti o Facebook. Todos lo hicimos.

Me puede demasiado la curiosidad. Sé que no debería hacerlo. Como Martina se entere, me puede acusar de acoso. Y seguro que lo hace. Menuda debe ser ejerciendo de abogada. No obstante, yo también lo soy en lo mío. Muchos clientes me piden un sistema de seguridad a prueba de hackers. La única forma de tener la certeza de que una intranet soportará ofensivas es convirtiéndome en uno de los atacantes. No uso mis destrezas secretas con frecuencia, ni suelo vulnerar la ley. Solo para quitar una o dos multas de tráfico a mis amigos o conseguir entradas para algún espectáculo en el que los servidores se colapsan.

Mi *router* no es el habitual de un domicilio particular ni de un negocio. No puedo permitirme que me falle la señal y se caiga la conexión cuanto estoy trabajando *online* con un cliente o subiendo archivos a la nube. Además, al hallarnos rodeados de montañas, aumentan las dificultades de las compañías para traer la fibra hasta Nava del Conde. Solo una logró hacerlo, y todos los que deseamos internet estamos obligados a contratarla. La mayoría de los vecinos sé que lo hacen más por la televisión que por otra cosa. Hoy en día, mucha gente tira de los datos de su móvil para navegar por las webs e incluso conectar sus ordenadores a través de ellos a fin de ganar velocidad. Yo tuve que complementar la instalación de la empresa que me proporciona la fibra con un amplificador de señal bastante mejor que el que me facilitaban sus técnicos.

Estoy seguro de que Martina y su familia no tienen una red propia. No les sería rentable pagar casi cien euros al mes para usarla

solo en verano. Por lo que, si mi guapa y esquiva vecinita está trabajando, estará usando su terminal telefónico como módem. Con mi fantástico *router* y mis indiscretas habilidades, no me será difícil captar su señal sin que se dé cuenta.

¡Bingo! ¡Lo tengo!

Tampoco ha sido muy complicado. No hay muchos móviles alrededor que, en este instante, casi a las doce de la noche, estén transmitiendo. Titubeo un poco antes de lanzarle un pequeño gusano informático[8] que pasará desapercibido entre el tráfico de datos que está gestionando su dispositivo. Diría que está realizando una videollamada. Durante unos segundos, en lo que se instala mi amiguito, su señal disminuirá levemente. Nada que llame la atención a los que usan ese tipo de aplicaciones. De todos es sabido que la calidad de la imagen no se mantiene estable a lo largo de toda la llamada. Hay momentos en que se pixela, y no hay que hacer nada para que el problema se resuelva por sí solo.

«Venga. Hazlo. No se va a enterar. Solo cotilleas un poco y te sales», me digo a mí mismo para convencerme de que lo que voy a hacer no tiene nada de malo.

Al fin y al cabo, Martina, al navegar por la red y aceptar las famosas *cookies*, permite que extraños accedan a datos que deberían ser privados. Desde que empezó a salir el mensaje de que si quieres seguir leyendo un artículo en una web tienes que marcar esa opción, o pagar para poder rechazarlas, la mayoría de la gente continúa sin preocuparse de nada más.

¡Listo! No hay vuelta atrás.

Veo que hay dos dispositivos conectados a sus datos: su teléfono y su ordenador. Puesto que ahora está utilizando el segundo, voy a investigar el primero. Mucho menos riesgo de que me pille.

Nada. No hay ninguna aplicación tipo Instagram instalada en él. Al final va a ser cierto que no tiene perfiles en redes sociales. Había confiado en que usara un nombre falso y desde su propio móvil tener acceso. Mi gozo en un pozo. Lo único que hallo son aplicaciones de comida a domicilio. Ni siquiera hay de bancos o de la

compañía de trenes. Quizá haga ese tipo de gestiones de forma *online* desde el portátil. ¿Tendrá un segundo móvil? No detecto otra señal. Si lo tiene, no lo ha traído a Nava del Conde.

Aguardo un rato y veo que el tráfico de datos se ha detenido. Ha debido de dar por finalizada la videollamada. Si se pone a trabajar, tendré que dejar mi peculiar investigación para más tarde. Es preferible no hurgar en el portátil mientras lo esté utilizando.

Me distraigo recogiendo lo que he manchado en la cocina para hacernos la cena y vuelvo a mi despacho. Son las doce y media. Su red permanece tranquila. Debe de haberse acostado. Es mi oportunidad.

Como muchas personas, pese a lo que los informáticos les recomendamos, lo ha dejado en suspensión. Piensan que apagarlo y encenderlo es perjudicial para su equipo. En realidad, se equivocan, el desgaste de compontes, a larga, disminuye la vida de su PC. Si es un portátil, mucho peor.

En *documentos* descubro numerosas carpetas ordenadas por nombres propios, repletas de archivos con referencias a diversos procesos. Algunas son antiguas, pero no demasiado. Me imagino que cada cierto tiempo hará un volcado en una memoria externa. Bien por Martina. Nunca sabes cuándo se te va a estropear el equipo informático, con la consiguiente pérdida de información esencial.

Veamos qué hay en *imágenes.* ¡No me lo puedo creer! ¿Ni una foto? ¡Venga ya! Tiene familia. ¡Un sobrino! ¿Qué tía que se precie no almacena instantáneas de regordetes bebés? Por no hablar de las tropecientas instantáneas que todos hacemos de nuestros viajes con las que aburrimos a los amigos.

Estoy flipando.

Solo se me ocurre una explicación. En su piso de Madrid tendrá otro equipo de uso privado para realizar gestiones *online* y almacenar sus archivos personales. Se ha traído uno del despacho que llevará de un lado a otro a fin de poder continuar trabajando independientemente de dónde se encuentre. En un mundo interconectado como el nuestro, es imposible mantenerse aislado del

exterior. El confinamiento supuso un gran cambio en el ámbito de las relaciones humanas que afectó a los trámites con las administraciones públicas. En muchos organismos oficiales, la única forma de contacto es por vía telemática. El papel va despareciendo de la vida cotidiana.

La gente no suele ser tan precavida.

¿Qué ocultas, Martina?

Capítulo 17

Martina

Sábado 9:00

Me estiro cual larga soy debajo de las sábanas. Mis pies perciben la diferencia de temperatura al final del cobertor. Un estremeciendo recorre mi piel. Es agradable notar ese frescor cuando el resto de mi cuerpo está calentito debajo del edredón. Froto mi nariz contra la suave tela de la almohada. ¡Uhm! ¿Qué hora será? La luz se filtra por la cortina a través de las rendijas de la persiana. Calculo que ha amanecido hace rato, pero aún no deben ser las diez.

¡Qué bien he dormido! Descargar tensiones con una buena sesión de sexo es beneficioso para el organismo. Al menos, para el mío. Aunque una segunda ronda no hubiera estado mal, no me gusta dormir acompañada. Adoro tener la cama para mí sola. Girar de un lado a otro sin que un cuerpo te entorpezca el movimiento. Es otra ventaja de no traer hombres a casa de noche: no tienes que echarlos de madrugada.

Debo reconocer que mi exmarido era muy mullido. Su pecho se convertía en una almohada fantástica para mi cabeza, y los latidos de su corazón calmaban el runrún de mis pensamientos mejor que cualquier somnífero. No he vuelto a experimentar ese abandono con ninguno de mis posteriores compañeros de cama. Supongo que, en los buenos tiempos de nuestro matrimonio, confiaba en él ciegamente y me permitía bajar mis defensas naturales contra el mundo. Por desgracia, Alberto no era un gran amante. Desde luego, resulta un punto flaco a su favor que lo único bueno que recuerde de él sea lo bien que caía en los brazos de Morfeo acunada en los suyos.

Me sacudo la pereza y me levanto. Es hora de empezar el día. La bata de felpa mullida que me acordé de meter en la maleta en el último momento se amolda al contorno de mi figura, dándome calor. Es de un delicado tono azul claro y muy suave. Natalia fue la responsable de que la comprara en el último *Black Friday*. No soy de ir de rebajas, pero hasta yo me dejo tentar por las buenas ofertas.

Aunque en mi piso de Madrid solo me la pongo en contadas ocasiones, aquí en la sierra es imprescindible.

Subo la persiana y compruebo que el ligero manto blanco ha desaparecido en varias zonas del jardín. Creo que la nieve dio paso a la lluvia en algún momento de la madrugada y deshizo el hielo. Abro la ventana para ventilar la habitación antes de ir al baño, permitiendo que el aire frío se cuele en el dormitorio. No me parece tan gélido como ayer al volver del chalet de Guillén. Casi se me congelan las orejas de su casa a la mía.

Media hora después, estoy disfrutando de unas ricas tostadas de pan de pueblo regadas con un chorrito de aceite de oliva y coronadas con una loncha de jamón. El olor inunda la cocina. Es el aroma de la niñez y del hogar. Despierta mi añoranza de otra época y otra vida muy lejana. Aquellos desayunos que se alargaban casi hasta el mediodía, sentada con mi hermana en las sillas de la cocina de mi abuela, mientras ella revoleteaba a nuestro alrededor preparando la comida sin dejar de instarnos a probar el último bizcocho que había horneado, eran maravillosos.

En la actualidad, no desayuno nunca tanto, pero en la sierra se me ha abierto el apetito y no hago más que zampar. Debe ser la tranquilidad y la ausencia de prisas. El teléfono sonando de continuo puede conmigo y con mis nervios. Aunque entiendo que los clientes quieran consultarme algún tema, a veces son demasiado insistentes. Si todo el rato estoy contestando sus preguntas, no avanzo en la tramitación de expedientes y luego vienen las prisas.

Recojo lo poco que he ensuciado, me lavo los dientes y me cambio para salir a caminar antes de sentarme ante el ordenador. Tengo que moverme, o el desayuno se me va quedar en el trasero anquilosado. Voy a aprovechar ahora que no hay nieve. No obstante, me calzaré mis botas de montaña por precaución. Son impermeables y con suela antideslizante.

—¡Qué asco! —exclamo en alto al darme cuenta de que las dejé dentro de casa, en el vestíbulo.

Normalmente, se quedan en el porche y, al secarse, solo tengo que sacudir una contra otra por encima la barandilla para que se suelte el barro seco sobre la gravilla. A causa de mi descuido se han desprendido varios montones de tierra que cubren buena parte del suelo de la entrada. Una sensación de inquietud se agita en mi estómago al recordar las prisas con las que me metí en el chalet después de encontrarme esas pisadas tan extrañas junto a la verja. Sacudo la cabeza como si así pudiera librarme de funestos pensamientos, y me encamino a la cocina a por lo necesario para barrer la suciedad antes de que se extienda por el resto de la vivienda.

Listo. He tardado un minuto y evito males mayores.

Con las botas en la mano, salgo al jardín. Me acomodo en el banco de madera del porche y me cambio las zapatillas por el calzado de montaña. Inspiro con fuerza, permitiendo que el aire limpio y puro de las montañas llene mis pulmones. Es una gozada. En Madrid no huele tan bien. Aunque el nivel de contaminación es menor que antaño, el intenso tráfico no propicia un entorno saludable para los millones de habitantes de la capital de España. Nos vemos obligados a inspirar a diario lo que los tubos de escape y las chimeneas vierten al exterior.

Cierro la verja con llave antes de ponerme en movimiento. No me la juego. Puede que solo fuese mi imaginación desbocada, pero más vale prevenir. La lluvia ha borrado cualquier rastro de supuestas pisadas al arrastrar la nieve y el barro con ella. Casi lo prefiero. Si siguieran ahí, y la luz del día confirmase mis sospechas, me largaría de aquí sin dudarlo. No tengo ganas de protagonizar una película de terror siendo la tonta de turno que termina asesinada en la tranquilidad de su dormitorio.

¿Qué estará haciendo Guillén?

Si me hubiera quedado en su cama, calentita y disfrutando de buen sexo, en lugar de venirme a casa y toparme con pisadas de supuestos acosadores, no estaría comiéndome la cabeza. A lo mejor debí pensármelo dos veces y no salir en estampida de su cabaña.

¿Por qué hui?

La respuesta la conozco: miedo al compromiso. Yo misma me boicoteo. No me hace falta ir a un psicólogo para que me lo diga. Tampoco escuchar las reprimendas de mi hermana y mis amigas. Es muy fácil dar consejos a los demás cuando no estás en su piel y no experimentas sus desdichas ni te duelen sus heridas. Lo que funciona para unas personas, no tiene que valer para todas.

Si juzgo mis relaciones pasadas, observo un patrón que se repite. Al comienzo, todo es fantástico. Nada enturbia las citas. No existen las dudas. Los encuentros se suceden uno tras otro bajo un cielo despejado. Ignoro las miradas esquivas, las preguntas no contestadas y acallo las dudas a martillazos. Sin embargo, de pronto empiezan a formarse nubarrones en el horizonte. Antes o después, la tormenta estalla y la lluvia deshace el disfraz con que el mi amante ha ocultado sus verdaderos sentimientos.

Siempre es igual. Yo lo doy todo y no recibo nada a cambio.

Aunque Guillén no vive en la ciudad, la visita varias veces a la semana por trabajo. Me dijo que los domingos suele hacer rutas con sus amigos y su grupo de senderismo, de modo que los sábados los tiene libres. Tal vez no sea mala idea vernos de tanto en tanto. Sin ataduras. Como se decía antes: amigos con derecho a roce. Es un tío inteligente con el que es fácil conversar. Podríamos intentarlo.

«Para eso no tendrías que largarte de su cama a medianoche», me grita la voz de mi conciencia.

Aún estaré dos días en Nava del Conde. Hay tiempo para enmendar los errores si él también quiere seguir quedando conmigo. Diría que sí. Su mirada de decepción cuando me largué anoche de su cabaña, me indica que le atraigo para algo más que el sexo. Debo propiciar un nuevo encuentro con él. Viviendo tan cerca, no debería ser complicado.

Me detengo al alcanzar el Mirador del Pastor. En las cumbres y en muchos tejados de las casas quedan restos de nieve sin fundir. Es un bello paisaje digno de ser plasmado en una postal o en una lámina de las que decoran las salitas de espera. Sin embargo, sé que no me

acostumbraría a vivir aquí de forma permanente. Me terminaría aburriendo de las montañas y del aire puro. Soy urbanita cien por cien.

Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos estos dos días. Si hay avances en la forma de relacionarme con Guillén, y lo nuestro va más allá de un breve, pero intenso calentón, le sugeriré que la próxima vez que tenga que ir a Madrid a una reunión me llame para vernos. Debo considerar que, al fin y al cabo, aquí no hay otras distracciones, por tanto, ha sido sencillo el acercamiento. No en vano, ambos somos forasteros. Pese a los numerosos veranos que he pasado en el chalet con mi familia desde bien pequeña, continuamos siendo los de la casa grande de la montaña. Los nacidos en Nava del Conde nunca nos verán como lugareños.

Quiero averiguar si, rodeados de otros estímulos y con múltiples posibilidades de ocio a nuestro alcance, las sensaciones que despierta en mí el informático son las mismas.

¿Y si a Guillén no le atraigo lo suficiente y ni se plantea continuar viéndonos en un futuro?

Ya he tenido bastantes decepciones. Mi último ex parecía el hombre perfecto hasta que le pillé acostándose con una de mis mejores amigas. La ira se apodera de mí solo con recordarlo. Pensar que, mientras me juraba amor eterno, se follaba a Almudena, no me provoca celos, sino enfado.

Me obligo a inspirar y a expirar el frío aire de la mañana, permitiendo que el oxígeno inunde mi torrente sanguíneo y relaje mis músculos. Mi ex es pasado. No me voy a seguir torturando, maldiciendo mi mal ojo a la hora de elegir hombres. Guillén es presente, y puede que se convierta en futuro.

Tirito debajo del abrigo. He estado parada demasiado tiempo. Es hora de regresar. Voy a encender un buen fuego que caldee el salón. De acuerdo que hay calefacción, pero no es tan reconfortante como el calor de las llamas de una chimenea. ¿Tendrán malvaviscos en el pueblo? Elvira y yo disfrutábamos ensartándolos en finos palos para, a continuación, tostarlos en la lumbre. A mi sobrino también le

encantan. Seguro que en el supermercado hay alguna bolsa de estos ricos dulces. Tienen que ser de un buen tamaño, no como las pequeñas nubecitas que Guillén puso en el chocolate.

La tentación de ir a comprar a Nava del Conde aumenta a medida que desciendo por el sendero. Los buenos propósitos de sacar trabajo atrasado se desmoronan según avanza la manecilla del reloj. ¡Es sábado! Tengo derecho a descansar y disfrutar del puente como los demás. Total, mis jefes no me lo van a agradecer. Solo consideran facturables las horas que estamos físicamente en el despacho. El resto, según les pille. Si has conseguido un nuevo cliente o has ganado un caso lucrativo, obtienes una bonificación acorde al tiemplo empleado en el expediente. En caso contrario, se hacen los tontos. Al final, acabaré montando mi propio bufete con Natalia. Ella desconfía de que, cuando los hijos de los socios titulares tomen el control, la situación vaya a cambiar. Yo aún mantengo la esperanza. Menos mal que no le habíamos dicho nada a Almudena por si llegaba a oídos de nuestros superiores. Desde luego, hoy por hoy, queda descartada de cualquier sociedad futura. En cuanto al consejo de Elvira sobre darle otra oportunidad a mi traidora compañera, debo pensármelo. El engaño sigue doliéndome demasiado.

De repente, escucho un crujido a mi derecha. Entrecierro los ojos intentando vislumbrar al responsable del sonido entre los árboles. Es la segunda vez que me siento observada en el Mirador del Pastor. Si la primera ocasión me intranquilizó, ahora empieza a cabrearme. Es evidente que alguien merodea en torno a mi propiedad y mi persona. ¿Será un fisgón del pueblo aburrido de ver siempre a la misma gente por las calles de la Nava, que sube a la montaña a acechar a los turistas? Pues ya son ganas. Hoy no hace malo para salir a caminar, pero ayer no estaba la noche como para pasear por el monte.

—¿Quién está ahí? —pregunto enfadada—. Ya me estoy cansado de tanta tontería. ¿Quieres hablar? Venga, sal y da la cara. ¿Qué

ocurre? ¿Eres un pervertido al que solo se le pone dura espiando a las chicas?

Aguardo en silencio agudizado mi sentido del oído al máximo. Durante un par de segundos, me da la impresión de escuchar una respiración jadeante. No, si al final va ser un tío masturbándose. ¡Qué asco!

—Me voy. Te he dado una oportunidad. Te advierto que soy abogada. Y muy buena. Como descubra quién eres, me voy a cobrar un par de favores y vas a descubrir lo bien que se duerme en un calabozo. ¡Capullo!

Se me ha quitado el frío. Estoy que exploto. Las tonterías que son capaces de hacer algunas personas me sublevan. Si es que algunos no son más tontos porque no pueden.

Estoy llegando al desvío que conduce a mi chalet cuando diviso a Guillén con la bicicleta regresando a su casa a través del bosque. Me fijo mejor, y me doy cuenta de que su bici es de montaña. Esas ruedas no se pinchan con facilidad. Mi vecino es todo un deportista.

—Buenos días —me saluda sonriente.

Una sensación de alivio me inunda. No parece que me guarde rencor por mi desplante de anoche. No me hubiera extrañado descubrir que estaba enfadado conmigo y prefería ignorarme el resto del fin de semana.

—Hola —respondo alegre. Su sola presencia hace que se me olvide el disgusto por el idiota que me espía—. ¿Dando una vuelta?

—Sí. Hoy ha tocado un sendero que serpentea por el bosque, bordeando tu jardín, hasta llegar a una arboleda. Está a mayor altitud que el Mirador del Pastor y las vistas son muy chulas.

—No lo conozco —confieso recordando que mis padres me han hablado de ese lugar, pero nunca me ha apetecido ir hasta allí. Con la canícula estival se está mejor en la piscina que escalando colinas —. Algún día tienes que enseñármelo.

—¡Cuenta con ello! Por cierto, voy a ir al pueblo a por provisiones. Tú te vas mañana, pero dicen que del domingo al lunes se va a poner la cosa fea. Seguro que comenzamos la semana con

todo cubierto de nieve. Prefiero ser previsor y no poner en riesgo mi vida circulando por carreteras nevadas porque me falte algún alimento esencial. No sé si te apetecería acompañarme.

—Cuenta conmigo. De hecho, estaba pensado en acercarme yo también.

—¡Genial! ¿Vamos en mi todoterreno? Buena gana de que se te ponga el coche perdido de barro y lodo.

—De acuerdo. ¿En media hora aquí mismo?

—¡Hecho!

Subo la cuestecilla hasta mi verja dando saltitos. Parece que tuviese quince años y el chico guapo de la clase me hubiera pedido una cita. Soy así de tonta. Me ha hecho ilusión.

Capítulo 18

Guillén

Sábado 11:00

No me ha pillado por los pelos. Sin en lugar de encontrarme a Martina en el sendero principal, me topo con ella mientras estaba dando vueltas alrededor de su casa, cotilleando sin reparo, hubiera caído muerto en el suelo, fulminado por la ira de su mirada.

Cuando me desperté esta mañana, seguía molesto. Al principio, su marcha de mi cabaña me dejó frustrado, pero, a medida que transcurrían las horas, la semilla de la indignación germinaba en mi mente. Me sentí como un chapero del que su clienta hubiese disfrutado, para a continuación largarse de la habitación como si nada hubiera ocurrido. Ni que fuéramos dos extraños que se han conocido en un bar y se han refugiado el baño para un polvo rápido. No esperaba una declaración de amor eterno, pero tampoco aquello. ¡Ella era la que vino a mi cabaña y comenzó a besarme! No al revés.

De modo que, tras desayunar precipitadamente una taza de café y una magdalena, decidí coger la bici y cotillear un poco alrededor de su propiedad. Di una vuelta completa al jardín. El seto que lo rodea en algunos tramos ha sido sustituido por un muro alto y las ramas de los árboles se apoyan en él, impidiendo el acceso. Me imagino que están ahí desde antes de que la familia de Martina comprara la finca. El paso de los años ha hecho que la vegetación se tupa y forme una barrera natural. Los animales pueden colarse entre el ramaje, pero una persona lo tiene más complicado salvo que salte la valla o sepa escalar por el tronco de un árbol. No estoy por la labor de intentar ninguna de las dos opciones.

El único punto vulnerable del perímetro es la propia verja de entrada. El candado podría abrirlo hasta un crío pequeño. No es que yo sea un experto, pero sí que he forzado unos cuantos en mi vida. Aunque nunca robé nada, el flamante coche nuevo de mi padre era demasiado bonito como para no tomarlo prestado y fardar ante los amigos. El castigo posterior bien valía la pena. Era una fiera colocando el candado que cerraba la cochera en la misma posición

cuando devolvía el vehículo a su lugar. Solo con una lupa y buena vista, algo que de lo que carecía mi progenitor a sus más de cincuenta, se podían haber descubierto los diminutos arañazos en la cerradura. Todo fue bien hasta que un día él necesitó utilizar su vehículo antes de que yo hubiese regresado. Me cerró el grifo económico y me prohibió salir de casa sin su permiso. Sin proponérselo, resultó ser la forma más efectiva de hacerme hincar los codos para aprobar las asignaturas que me faltaban de la carrera y buscar un trabajo. Mi meta era clara: independizarme.

No he forzado la cerradura de la verja del chalet de Martina, porque hasta a mí me parecía que, después de colarme en su ordenador y su móvil, ya era pasarse. Una vocecita en mi cabeza me decía que no se iba a dar cuenta, pero decidí no hacerle caso y regresar a mi cabaña para evitar meterme en un lío. Menos mal. Unos minutos más y me hubiera pillado con las manos en la masa. Directo al cuartel de la Guardia Civil a dar explicaciones por mi bochornoso comportamiento.

Al final no ha ido tan mal. Tengo una cita inesperada con Martina para ir a Nava del Conde. No es el planazo del siglo, pero algo es algo.

Desecho la ropa que había dejado preparada para vestirme después de darme una ducha. Demasiado informal y ajada. Aunque no son unos harapos, tampoco quiero que me vea con aspecto de indigente. Es lo que tiene vivir en el campo. Buscas la comodidad y el abrigo, sin darle importancia al estado de las prendas. Mientras estén limpias y sin agujeros, es suficiente. Al fin y al cabo, las calles del pueblo no son una pasarela de moda de alta costura.

Opto por un vaquero, un jersey grueso y el chaquetón de plumas que reservo para cuando voy a Madrid. Unas gotas de colonia y me contemplo en el espejo. El reflejo que me devuelve es el de un hombre de cincuenta años bien conservado, pero algo nervioso. No lo puedo evitar. Una mujer como Martina no se habría fijado en mí si hubiéramos coincidido en un bar. Las miradas de chicas tan atractivas como ella suelen dirigirse a tipos como mi amigo José que,

a pesar de tener la misma edad que yo, mantiene el aspecto de un tío de poco más de cuarenta. Para qué nos vamos a engañar. Siempre ha sido así. En nuestra juventud, él ligaba con la chica guapa que luego traía a sus amigas a conocernos. Pedro y yo nos limitábamos a tratar de engatusarlas tirando de nuestra labia, con éxito desigual.

No obstante, recuerdo que fui yo el que anoche se acostó con la diosa de mi vecina y me echo un bailecito de la victoria delante del espejo. Si la conquisté una vez sin proponérmelo, bien puedo hacerlo otra vez. Una visita al pueblo para comprar no tiene que terminar a las dos de la tarde.

«Venga, Guillén. ¡Tú puedes!», me digo a mí mismo dándome valor según salgo de la cabaña.

Al menos, el todoterreno está limpio. Ayer, cuando volví del supermercado, le di un manguerazo en el jardín para quitarle el barro de los bajos y las ruedas. Lo dejé un rato fuera para que se secase y, a continuación, lo metí en la cochera. No me arriesgo a que duerma en la calle y no arranque el motor debido a la helada cuando lo necesite al día siguiente.

Con solo cinco minutos de retraso, estoy en el sitio donde he quedado con Martina. No transcurren ni treinta segundos cuando diviso su silueta acercándose hasta el vehículo. Aunque el abrigo que lleva es de su madre, según me confesó ayer, y de seguro se aleja bastante de su estilo de vestir habitual, lo luce cual modelo de pasarela. A quién quiero engañar, hasta en bata de felpa y pijama estaría bellísima. Su elegancia natural es innata. Se percibe en su porte, en su presencia, en la forma en que coge los cubiertos y hasta en su manera de gemir al introducirme en su interior.

—Hola. ¡Qué frío! —exclama al abrir la puerta del copiloto y acomodarse a mi lado—. Hace más que antes, o eso me parece a mí. Menos mal que vamos en coche. No está para ir caminando.

—Hola, otra vez. A mí también me ha dado esa impresión al salir de casa, pero he pensado que era por el contraste de temperatura entre la ducha caliente y el exterior de mi vivienda.

—No, no. Es la pura realidad. El móvil marca tres grados menos que cuando nos hemos visto hace un rato. Y de cinco grados a dos hay mucha diferencia. A este paso, en una hora está helando. Esto ya es invierno. El otoño ha sido efímero. Ha estado haciendo buenísimo hasta mitad de octubre, y mira, primeros de diciembre y ya vamos superabrigados.

—El aire es lo peor. Agua o viento por separado vale, pero los dos juntos es mala combinación para cualquier actividad al aire libre. Aunque bajar caminando hasta la Nava es un paseo con el sol brillando en el cielo, hoy podría ser una pesadilla.

—Espero que las predicciones meteorológicas acierten, y que lo peor del temporal me pille ya de vuelta en Madrid. Tampoco allí es sencillo hacer frente a una tormenta de nieve, pero sería menos complicado que aquí.

—¿Cuándo tienes planeado marcharte?

—Mañana, después de comer. No muy tarde, para no verme atrapada en un atasco. Además, no es como si estuviéramos en primavera, que es de día hasta las diez de la noche y la gente apura hasta la puesta de sol. Ahora anochece antes de las seis y todos queremos estar en nuestros hogares a la hora de la cena.

—¿Tienes pensado volver algún fin de semana? —pregunto, procurando dar una entonación neutra a mi voz y que Martina no se percate de las ansias que me embargan por recibir una respuesta afirmativa.

—En principio, no regresaré al pueblo hasta agosto. Sin embargo, las circunstancias pueden cambiar —añade con cierta picardía.

Una sonrisa culebrea en mis labios a pesar de mis intentos por reprimirla. No es nada seguro, pero tampoco ha sido un «no» rotundo. He de jugar bien mis cartas hoy.

—Por cierto, la distancia de Madrid a Nava del Conde es la misma que de aquí a la capital —dice a continuación. Y, ahora sí, sonrío sin disimulo, sintiéndome el hombre más afortunado de la tierra.

—Es rara la semana que no debo acudir a la ciudad a visitar a algún cliente —me apresuro a contestar.

—Avísame con tiempo y, si no tengo la agenda muy completa, podemos comer juntos o, por lo menos, tomarnos un café. Dime tu número, que lo guardo y te hago una perdida para que grabes el mío.

¡Quiere seguir viéndome!

No la voy a avasallar. Esperaré un poco y la llamaré la semana antes de navidades. La gente suele quedar con sus amigos y conocidos durante los días previos a las festividades. A Martina no le resultará extraño que le proponga que nos veamos. Es mi más ferviente deseo que la relación de amistad, o lo que sea que estamos empezado, fluya sin presiones externas. Intentaré calmar mis nervios. A partir del lunes, le enviaré mensajes de WhatsApp ocasionalmente para que no se olvide de mí, pero que tampoco me tome por un pesado.

—Voy a aparcar donde tú lo dejaste ayer —le digo cuando estamos entrando en Nava del Conde—. Hoy habrá más turistas por ser un sábado festivo. Desde luego, debo reconocer que aquella zona está menos concurrida que el centro y hay mucho más espacio.

—Sí. Merece la pena ir hasta la piscina municipal y dejar el coche allí. Además, después es sencillo coger la salida hacia la carretera que conduce a nuestras casas —afirma Martina.

Diez minutos después, caminamos tranquilos hacia el supermercado. Hay bullicio por las calles, sobre todo en la más cercana a la iglesia, donde han instalado el mercadillo semanal. Varios vecinos se agolpan en los puestos a la caza de oportunidades.

—¿Echamos un vistazo? —le pregunto a mi acompañante.

—No te tenía por un *buscagangas* —bromea Martina—. Te llevarías bien con mi hermana y mi padre. En agosto se van hasta a los de los pueblos cercanos. Vuelven cargados de artículos que no pensaban que necesitaban hasta que los vieron. Son adictos a los tenderetes.

—Oye, no te rías de ellos, que saben lo que hacen. En mi caso, no me merece la pena perder tiempo en Madrid cuando voy para

comprarme unos calcetines que puedo adquirir cualquier sábado en la plaza del pueblo.

—Eso es cierto.

—Por otra parte, hay veces que te topas con artículos interesantes. Por ejemplo, en aquel puesto de antigüedades de la esquina, encontré hace un mes un arcón que he restaurado y ahora queda perfecto en el dormitorio de invitados.

—¿En serio? —pregunta Martina, dedicando una mirada fugaz hacia el lugar que le indico.

—Me gusta trabajar con las manos. Paso tantas horas sentado delante del ordenador, que resulta muy agradable descansar un rato y dejar la mente en blanco mientras encolo una silla o pinto una mesa.

—Por eso la piel de las yemas de tus dedos presenta esa rugosidad —comenta ella descolocándome.

—Siento si te incomodó —contesto sin saber qué pensar de su afirmación.

—No, todo lo contrario. Anoche me pareció placentero cuando me acariciabas.

Tengo que girarme hacia el puesto de frutas que se ubica a mi derecha porque me he puesto tan rojo como los tomates que estoy contemplando. Menos mal que el abrigo es largo y cubre mi entrepierna. Sus palabras han sido como un afrodisíaco instantáneo que me la ha puesto dura en un segundo. De pronto, me sobra toda la ropa. ¡Qué calor! Martina no se anda con rodeos ni medias tintas. A veces, su forma de hablar tan directa me desconcierta. Estoy seguro de que eso es algo que la divierte. Es más, apostaría a que lo hace a propósito. Nada de andarse con indirectas ni subterfugios.

—Voy a mirar esos quesos. Son de oveja y están muy ricos —añado mientras me dirijo al *stand* a paso ligero.

Mi vecina sigue sin decir ni una palabra. Seguro que está sonriendo divertida por mi obvio azoramiento.

—Delicioso —afirma al probar un trocito de queso que la encargada del tenderete le ha ofrecido.

Considero pecaminosa la forma con la que saborea la minúscula porción de comida. La manera en que su lengua asoma entre sus voluptuosos labios me hace babear. Me obligo a centrarme en la pieza que quiero adquirir y añado un tarro de miel a mi compra. Siempre le da un toque diferente al café y a los postres.

Cuando abonamos nuestras adquisiciones, ya estoy más tranquilo. He logrado arrinconar el deseo en un cajón de mi mente, y vuelvo a ser un hombre racional. No sé qué me ha ocurrido. Durante la época en que trabajé en la empresa, tuve compañeras de curro muy guapas, pero nunca despertaron en mí la libido que altera Martina con un mísero pestañeo. Claro, que tampoco me había acostado con ellas y desconocía si bajo su ropa se escondía el cuerpo de diosa que mi vecina posee.

—Vamos al supermercado donde nos encontramos ayer —le digo después de recorrer el mercadillo—. Quiero comprar leche, pan y fruta. Por si el temporal arrecia en las próximas horas.

—No te digo que no —responde Martina—. Se está cubriendo el cielo con unas nubes bastante feas. Poco nos ha durado el sol.

—Aún tardará en estropearse. Eso sí, en cuanto caiga la noche, empezará a llover o a nevar, igual que pasó ayer.

—Mañana me voy a llevar en el coche una bolsa con un bocadillo, una botella de agua y unas galletas, por si acaso pillo un atasco o hay retenciones por la nieve. No me agobia el mal tiempo en la carretera. Si tengo que estar detenida una hora, aunque no me pondré a dar palmas, no se acaba el mundo. Sin embargo, mi hermana lo pasaba fatal cuando mi sobrino era pequeño.

—Es normal. Los críos se aburren, quieren ir al baño…

—Tienen hambre y sed a todas horas —termina Martina la frase por mí—. Vamos, que en el fondo es una bendición no tener hijos.

—¿No te planteas ser madre? —inquiero con curiosidad.

—A estas alturas de mi vida, dudo que fuera un embarazo sencillo. Por otra parte, no me veo peleándome con un adolescente dentro de quince años. ¡Qué horror! Ya me parece suficiente

aguantar la edad del pavo de mi sobrino, y eso que solo es en reducidas dosis.

Martina tiene algo de razón. Me agoto solo de pensar en tener que correr a mis cincuenta detrás de un pequeño correcaminos que se suba a los muebles y posea el triple de energía que yo. Por no hablar de que, cuando comenzase a salir de noche, yo estaría jubilado y con pocas ganas de ir a buscarlo de madrugada a la discoteca de turno.

—¿A ti sí te gustaría ser padre? —quiere saber mi vecina.

—Tal vez ya no, pero me habría agradado. Es lo que más envidio de mis amigos. No obstante, también veo la forma en que los niños les atan y les frustran muchos planes. Este fin de semana, sin ir más lejos, uno de ellos tenía todo listo para pasar el puente en Salamanca. No han podido marcharse porque sus hijos se pusieron malos y, lo que es peor, ahora lo están ellos.

—Ahí lo tienes. La paternidad y la maternidad no son tan fabulosas como nos las quieren vender.

Media hora después, ambos estamos cargados de bolsas y paquetes hasta los topes. ¡Yo que venía a por un par de cosas de nada! Nuestros pasos nos han llevado al bar de Susana. Mi estómago ruge, así que decido hacerle una proposición a Martina que espero que acepte de buen grado.

—¿Qué te parece si dejamos las compras en el coche y comemos en este restaurante? ¿Lo conoces? Es bastante bueno.

—De acuerdo —responde mi acompañante tras unos segundos de reflexión—. En agosto, cuando estamos toda la familia en el chalet, los domingos solemos comer aquí. A mi padre le encanta, y es un descanso para mi madre no tener que cocinar para el regimiento que nos juntamos. Así que sí, me parece bien.

—¡Genial! Voy a entrar un momento y le pido a Susana que nos reserve una mesa, si es posible. Hay muchos turistas. Ojalá tengamos suerte.

La dueña me confirma que a las dos y media quedará una libre de unos extranjeros que han empezado a almorzar a la una. Nos la

guarda sin problema. De algo tiene que valer ser cliente asiduo.

—Falta una hora —le digo a Martina—. Tiempo de sobra para ir hasta el aparcamiento.

—Y de tomarnos un vino en otro sitio que conozco. Si no sabes que es una bodega, te garantizo que no se te ocurriría entrar. Fijo que nunca has estado.

—No me suena —respondo cuando me dice dónde se encuentra el establecimiento—. Yo diría que no he pasado por esa callejuela nunca.

El sol ha vuelto a hacer acto de presencia. ¿Qué tendrá la luz del astro rey que despierta el optimismo y las ganas de estar fuera de casa? En este instante, me apetece hacer cualquier cosa menos trabajar. Aunque bueno, hay ciertas actividades para las que no me importaría regresar a la cabaña, y no son precisamente echarme una siesta.

Capítulo 19

Martina

Sábado 14:30

Me encanta descolocar a Guillén. Cualquier comentario dotado de una ligera connotación sensual, por el doble sentido de las palabras, provoca su azoramiento. Sin embargo, he comprobado que solo le ocurre conmigo. La vendedora de miel se le ha insinuado de una forma tan descarada que me ha dado vergüenza ajena. Estamos prácticamente bajo cero, y ella se ha desabrochado el abrigo, el cual, hasta que nos hemos aproximado al puesto, permanecía abotonado. Para más inri, se ha bajado el escote de la camiseta y por poco se sube el pecho a las amígdalas. ¡Un poco de respeto y orgullo de mujer! ¡Que estás vendiendo alimentos y no un hueco bajo tus sábanas! Una sonrisa de satisfacción ha curvado mis labios al percatarme de que Guillén no le ha hecho ni el más mínimo caso. Él solo quería comprar queso y miel. No sé si le han dado igual los descarados coqueteos de la tendera o es que no se ha dado cuenta de lo que pasaba. Voto por lo segundo. Creo que le he distraído con mi forma de gemir al probar el queso. No estaba tan bueno, pero, con tal de fastidiar a la tendera, he fingido encontrarlo delicioso.

Guillén es atractivo y, aunque vista de forma casual, su aspecto es el de un hombre que sabe lo que quiere. Su casi metro noventa hace que destaque entre el resto de personas que pululan a su alrededor. Por no hablar de sus magnéticos ojos azules. Si le hiciese una foto y se la enseñara a mis amigas, creerían que he retocado sus iris con algún programa informático, o que he diseñado la imagen con inteligencia artificial. Hay momentos en que parecen tan claros, que se asemejan al cristal. Hoy, un gorro de lana gris perla corona su cabeza, pero, aun así, se aprecia cómo su pelo oscuro está veteado por numerosas canas, las cuales le confirieren un gran sexapil.

Me cuenta que suele frecuentar el mercadillo por la calidad de los productos artesanos de la zona que se pueden adquirir en sus puestos. Estoy segura de que las vendedoras se pelean por

atenderle. Es cortés, educado, y la afabilidad de su rostro es difícil que desparezca. Todas quieren tenerle como cliente, y no me extraña. Entre ellas, apostaría que está incluida la dueña del restaurante al que nos dirigimos: *El rincón de Susana.*

Antes era *El mesón del sordo*. El nombre hacía honor a su dueño, Serafín, que perdió una oreja en un accidente de caza. Un hombre nacido y criado en Nava del Conde que nunca ambicionó nada más que ser feliz en su pueblo con su mujer e hijos. No como Susanita. A ella la conozco desde que era una adolescente con coletas y muchas ínfulas de grandeza.

De jovencitas, nos miraba por encima del hombro a mi hermana y a mí. Primero, por ser dos años mayor que yo y, después, por ser la única de la pandilla que se había acostado con un chico y llegado «hasta el final». Una hazaña para aquella época, y más en el pueblo. Recuerdo como si fuera ayer la noche que nos lo contó. Mientras las otras amigas le hacían las típicas preguntas de «¿te ha dolido?», «¿qué has sentido?», «¿y si te quedas embarazada?», yo pensaba que había que ser tonta para presumir de algo así. Seguro que la hazaña había sido cualquier cosa menos placentera.

Yo creo que se inventó las respuestas. Según ella, fue una experiencia maravillosa porque su amante era un experto. ¡Ja! El chaval no tendría ni dieciséis años, si atinó a ponerse el preservativo antes de correrse, ya pudo darse por satisfecha. A ver cómo les hubiese explicado a sus padres un bombo incipiente. Seguro que entonces no habría presumido tanto.

Recién cumplidos los veintitrés, Susana se fue a Madrid a probar fortuna. Pasaron más de diez años hasta que la volví a ver en la Nava. Mis padres tenían noticias de ella por su familia de verano en verano. Al parecer, quería ser actriz, por lo que se apuntó a una academia y, en lo que el éxito llamaba a su puerta, compaginaba sus estudios de arte dramático con los trabajillos que le salían de azafata o de modelo ocasional. Nunca logró un papel importante más allá de dos frases sin sustancia, de modo que, cuando se quedó embarazada de un supuesto cazatalentos y el padre de la criatura se

desentendió de ella y el bebé, sus progenitores la instaron a regresar al pueblo.

En aquella época, Serafín planeaba jubilarse y traspasaba el bar. Aunque ni de lejos era el trabajo con el que soñaba Susana, las posibilidades de obtener otro curro en una localidad tan pequeña eran ínfimas. He de reconocer que, ponerse tras la barra sin descuidar la crianza de su hijo, tuvo su mérito. Los abuelos le echaban un cable si la veían apurada, pero no era extraño ver al chiquillo en una mesa con sus juguetes sin que su madre le quitase el ojo de encima.

Ya había hecho la comunión el niño cuando Susana conoció a Álvaro. Un camionero de Sevilla que, en una de sus rutas, terminó comiendo en el bar de ella. Fue amor a primera vista. Tras unos meses de noviazgo, se casaron y él abandonó la carretera por los fogones. Además de un buen padre para el crío, resultó ser un gran cocinero. Es un tipo avispado que vio las posibilidades de expansión del establecimiento a la semana de estar tras la barra. Una cochera en desuso colindaba con la tasta. El flamante recién estrenado marido de Susana no lo dudó e hizo una oferta al vecino. De esa forma, el vulgar garito se convirtió en un aceptable restaurante bajo el nombre de *El rincón de Susana.*

—Te he reservado tu mesa de siempre —afirma la dueña del bar al saludarnos en cuanto entramos por la puerta.

Caray con Guillén, hasta sitio propio tiene. Cuatro meses residiendo en Nava del Conde y parece uno más del pueblo. Eso es integración y lo demás son tonterías. A nosotros, con eso de que mis padres viven en el extranjero, nos siguen viendo como turistas pese a los casi treinta años que llevamos veraneando aquí. ¡Ni que fuéramos alemanes de cara colorada y calcetines con sandalias!

—Muchas gracias, Susana —dice a modo de saludo mi vecino, que serpentea entre las mesas con paso seguro.

—No hay de qué. Ahora os traigo la carta. ¿Qué tal, Martina? —me pregunta ella después de acomodarnos en las sillas—. ¡Qué raro verte en invierno! ¿Huyendo de la gran ciudad?

—Disfrutando del puente —respondo con simpatía fingida. A falsa no me va a ganar. De sobra sé que le caigo tan mal como ella me cae a mí—. ¿Podrías traerme una copa de vino blanco? ¿Tenéis alguno bueno?

No le ha gustado mi pregunta. He ofendido a su restaurante desconfiando de su carta de vinos. Hasta Guillén me observa con cierto reproche. Pues nada, toca hacerme la simpática. Suavizaré la manera de dirigirme a *Susanita* en aras de ganarme a mi vecino y tener una comida tranquila.

—El verano pasado, cuando comí con mis padres y mi hermana un domingo, nos recomendaste uno excelente —afirmo inocentemente.

En realidad, fue su marido el que nos atendió y nos sugirió un Señorío de Zafra que no estaba nada mal. Sin embargo, el comentario ha disuelto la tensión opresiva que nos rodeaba hace unos segundos. No hay nada como alabar la vanidad para subir el ego ajeno.

—Ya sé cuál me dices. El que ganó el *Gran Premio Carlos Falcó* en 2023. Creo que nos queda una botella. No nos los solicitan mucho por aquí, y no hemos vuelto a pedir cajas a la bodega. Aunque la gente suele optar por el vino de la casa o cerveza, nos gusta tener algún caldo especial para paladares más selectos —añade orgullosa.

Decidimos compartir unos entrantes: setas con jamón y ajo, y una ensalada toscana. De segundo plato, cada uno nos decantamos por algo diferente. Guillén ha elegido un solomillo y yo unas cocochas en salsa verde. He de reconocer que el servicio es rápido, puesto que, en menos de veinte minutos, tenemos los entrantes en la mesa listos para ser degustados.

—¿Así que conoces a Susana? —inquiere mi curioso acompañante. Demasiado ha tardado en preguntarme. Yo le hubiera hecho el tercer grado antes.

—Desde hace décadas. Bueno, mi hermana y yo éramos unas niñas cuando la conocimos. Ella ya despuntaba. Era la más guapa, la

que más ligaba, vamos, como se suele decir: la reina del cotarro. Puedes imaginártelo, el resto la seguían como fieles corderitos.

—Y vosotras también si queríais tener algo de vida social y hacer amigos —replica Guillén guiñándome el ojo derecho—. No es diferente a lo que ocurre en muchos institutos. O posees una personalidad muy fuerte que te permita mantenerte al margen de los demás sin que te importe, o te dejas llevar por la corriente. De todas formas, estoy convencido de que de chavalita debías de ser monísima.

—La duda ofende —respondo riendo—. ¿Es lo que tú hacías? ¿Unirte al grupo sin replicar?

—Claro. No me quedaba otra. Me gustaba jugar al fútbol y un equipo de solo un jugador tenía poco futuro —bromea Guillén encogiéndose de hombros—. No fue tan malo. Hice buenos amigos en aquella época que todavía lo son. Dudo que Elvira y tú os quedaseis en el chalet todo el santo día.

—No —niego sacudiendo la cabeza. Desde luego, es evidente que, si mi vecino no trabajase de informático, podría ejercer de psicólogo. Su don de gentes y su forma innata de calar a las personas, le convertirían en un gran profesional—. Yo siempre he sido más arisca, pero mi hermana es muy sociable. Habla hasta con las paredes. Ella «me obligó» a juntarnos con la pandilla de niños del pueblo. De todas formas, negarme no hubiera sido posible. Mis padres me hacían cuidar de Elvira.

—Reconoce que os lo pasabais pipa. Aquí los críos tienen más libertad que en la ciudad.

—No te lo voy a negar. Salíamos después de cenar hasta las doce, cosa que en Madrid no nos permitían.

Durante un rato, intercambiamos anécdotas de la infancia y la juventud de ambos. Cuando llegan los segundos, la conversación fluye entre risas y bromas. Susana nos deja los platos sonriendo ante nuestro buen humor. No sé si será por lo que me ha dicho Guillén, pero ahora no la veo tan en tensión como me pareció al principio. Me imagino que, igual que yo no guardo buenos recuerdos

de ella, Susana tampoco los alberga de mí. Al fin y al cabo, nunca fuimos amigas. Coincidíamos porque no había otro remedio, pero sus ínfulas eran insoportables. Aunque puede que fuera envidia pura y dura, prefiero pensar que ya entonces yo poseía la suficiente personalidad como para ignorar a los que se pensaban que estaban por encima de mí.

Al entrar en el restaurante casi no podíamos oírnos por las voces que daban los parroquianos que llenaban el bar y el amplio número de comensales. Poco a poco se han ido marchando, y solo quedan un par de mesas más y nosotros. A pesar de estar ahíta, he accedido a compartir una tarta casera de nata y nueces con Guillén. Está deliciosa.

—¿La harán para llevar? —inquiere mi goloso acompañante.

—No tengo ni idea —contesto divertida observándole. Estoy segura de que no rebaña el plato con el dedo por vergüenza.

—¿Todo bien por aquí? —nos pregunta una voz masculina.

Al girarme, descubro que es Álvaro, el marido de Susana. Un hombre delgado de piel morena y cabello aún más oscuro. Es de esas personas que cuentan con un metabolismo privilegiado que les permite comer ingentes cantidades de comida sin engordar ni un gramo. No solo es cocinero porque le guste estar entre fogones, sino que su amor por la buena mesa le incita a preparar originales y sabrosas recetas.

Susana no está cerca, así que soy yo la que hace las presentaciones. No pasan ni cinco minutos y ya los dos están hablando como si se conocieran de toda la vida.

—Oye, pues tenemos que quedar un día para ir con las bicicletas por la montaña —afirma Álvaro, encantado de haber dado con un vecino de Nava del Conde con gustos similares.

—Hecho. En cuanto se deshaga la nieve y haya menos barro, hablamos. Hoy lo he intentado y es que, o te hundes en los senderos, o patinas. No hay manera de pedalear.

—Puff. Es peligroso. Se te atasca la rueda delantera en una zanja y sales despedido —añade el cocinero—. Eso sí, tendrá que ser a

estas horas. Entre la comida y la cena. Por la mañana empiezo muy pronto a recibir el género y no puedo moverme de aquí.

—Sin problema. Sabiéndolo con tiempo, me organizo —responde Guillén—. Cuenta conmigo.

—Menudo par os habéis juntado —ríe Susana—. Mira que llevo semanas diciéndote que deberías conocer al nuevo vecino, Álvaro. Sabía que congeniaríais.

—Tienes razón, cariño. Pero, como siempre estoy liado en la cocina, cuando él viene a cenar, me es imposible salir de allí ni un segundo. *Mea* culpa.

—No pasa nada —dice Guillén quitándole importancia a la disculpa del marido de Susana con un gesto de la mano—. Ya nos hemos conocido. Desde luego, será un placer compartir afición deportiva con alguien. Hay veces que, según subo por la montaña por senderos que desconozco, pienso que, si me caigo, puedo estarme horas hasta que llegue la ayuda. La cobertura es escasa en cuanto pasas del Mirador del Pastor.

—En eso llevas razón —asegura Álvaro—. Mira lo del tipo asesinado en Madrid. Anda que no irá gente a correr o montar en bicicleta donde hallaron su cuerpo. Pero fijo que, con el frío y la niebla de estos días, la ribera del río estaba menos frecuentada.

—El asesino es un tipo inteligente. Supo dejar el cuerpo en el momento oportuno —digo exponiendo mi opinión.

—Los cuerpos —me corrige Susana—. Hallaron otro en el río.

—¡Es verdad! —exclama mi vecino—. Un asesino en serie. Como en las películas. ¡Qué fuerte!

—No creo que sea tan habitual, pero claro, llama más la atención que un crimen aislado —conjetura Álvaro.

—Martina, ¿te acuerdas de aquel chico que desapareció hace veinte años en la sierra? —inquiere su mujer mirándome fijamente.

—¿Aquí? —pregunto extrañada—. ¿En verano? Se hubiera armado un gran revuelo y no lo habría olvidado. Sería en otro sitio cercano, ¿no?

—¡Qué va! —exclama Susana—. Yo me había marchado a Madrid por aquel entonces, pero mis padres me lo contaron. Era un alemán que estaba de Erasmus[9] en Madrid. Vino a Nava del Conde por esta misma época, a principios del invierno. Se supone que de excursión de fin de semana.

—¿Y qué pasó? —quiere saber Guillén que, al igual que Álvaro, la escucha muy atento.

—Hicieron batidas por el monte con voluntarios, agentes forestales, Guardia Civil, gente del pueblo… Sin embargo, fueron infructuosas. Parecía que se lo había tragado la tierra. Se pensó que había regresado a su país, pero lo extraño era que su familia no sabía nada de él.

—Como el monitor de gimnasio. El tal Eric —digo interrumpiéndola al comprender qué la ha hecho enlazar las dos historias.

—Solo que el alemán fue hallado en primavera, durante el deshielo, flotando el río a diez kilómetros del pueblo.

—¿Asesinado? —pregunta Álvaro.

—Nunca lo aclararon del todo —continúa explicando Susana—. La hipótesis es que tuvo un accidente. Un resbalón o algo así. Se golpearía en la cabeza y, o bien murió en ese instante, o de hipotermia por la noche. El caso es que, cuando hallaron su cuerpo, estaba muy magullado por las rocas y los troncos contra los que debió de impactar al ser arrastrado por el agua. Además, las alimañas se habían alimentado de él.

—¡Qué horror! —comenta Guillén espantado.

De pronto, unas náuseas horribles al imaginarme la escena amenazan con hacerme vomitar la rica comida que he ingerido. Ser pasto de los animales del bosque es una forma horrible de abandonar este mundo.

—Bueno, nos vamos a ir ya. Vosotros tendréis ganas de terminar de recoger y descansar un rato —anuncia mi vecino dedicándome una furtiva mirada. Se ha dado cuenta de mi indisposición y ha

cortado la conversación de una manera sutil. No puedo estarle más agradecida.

Abonamos la cuenta y, según estamos saliendo por la puerta, Susana reclama de nuevo nuestra atención.

–Hansen. El chico alemán se llamaba Hansen.

Capítulo 20

Guillén

Sábado 17:00

A Martina le ha cambiado la cara cuando Susana ha comenzado a describir la forma en la que fue hallado el cuerpo del alemán. Al principio no me percaté de su incomodidad porque la narración de los hechos por parte de la dueña del restaurante me tenía tan absorto como a su marido. Nava del Conde es un tranquilo pueblecito de la sierra en el que, aparte de peleas por las lindes o la sustracción de alguna oveja, no creo que la Guardia Civil deba intervenir muy a menudo. Una desaparición tan extraña de alguien ajeno al pueblo debió de alterar a los lugareños.

Sin embargo, es sabido que la sierra es traicionera si no la conoces. Lo que nos ha contado sobre el universitario me recuerda que debo ser menos inconsciente a la hora de salir a pedalear por la montaña. Con la lluvia caída estos días, la tierra puede que no sea todo lo firme que aparenta. Un descuido de un segundo por distraerme mirando el paisaje puede constarme caro. Debo ser precavido y asegurarme siempre de llevar el móvil bien cargado de batería. Hay zonas sin cobertura, pero las llamadas de emergencia al 112 tienen un sistema establecido mediante el cual, si una persona carece de señal, su dispositivo es capaz de conectarse a otras redes para garantizar la emisión de la llamada.

—¿Estás mejor? —le pregunto preocupado a Martina. Ha recuperado algo el color en el coche. Se puso tan pálida que, por un momento, tuve miedo de que se desmayara en el restaurante.

—Sí, sí —se apresura a responder con una tímida sonrisa—. Gracias. Es que me fui imaginando lo que Susana nos explicaba de un modo tan realista, que se me revolvió el estómago.

—Lo entiendo —aseguro comprensivo—. Supongo que se complicó la situación por ocurrir en invierno. En verano, con la vuelta de los residentes por vacaciones y los turistas campando a sus anchas por el bosque, no habría tenido un desenlace fatal. Salvo que el golpe en la cabeza fuese mortal, su cuerpo habría sido encontrado

en pocas horas. Por lo que me cuentas tú y lo que dicen en el supermercado, la población de Nava del Conde se duplica en julio y agosto.

—Y durante las fiestas se triplica. Eso sin contar la gente que se acerca desde pueblos cercanos durante las festividades. Los habitantes de las poblaciones limítrofes van de una a otra las noches de verbena y las tardes de corridas de toros.

Continuamos charlando sobre los festejos estivales típicos de la zona y, cuando queremos darnos cuenta, hemos llegado al camino que conduce al chalet de mi atractiva copiloto. Aunque sigue haciendo el mismo frío, al menos la nieve y la lluvia no han hecho acto de presencia.

—¿Te apetece tomar un café? ¿O prefieres descansar? —me atrevo a sugerirle a Martina.

Aunque mi idea era haber alargado nuestra estancia en la Nava yendo a otro bar a sentarnos tranquilos y hacer sobremesa con una taza de bebida caliente en las manos, el malestar de mi compañera me disuadió de hacer la proposición. Ahora tanteo el terreno de forma sutil. Ojalá opte por la primera de las opciones que le ofrezco.

—Si quieres, deja tus compras en casa y vienes luego a la mía. Así te la enseño —responde relajada—. La fruta se te puede estropear si continúa en maletero metida en las bolsas de plástico.

Asiento feliz por su respuesta y, después de ver cómo se pierde por su jardín, conduzco hasta mi cabaña. Creo que nunca he colocado los víveres tan rápido. Suelo eternizarme porque me distraigo consultando las redes. Sé que pierdo mucho tiempo viendo vídeos absurdos, pero no lo puedo evitar. Entrar en la cocina y conectar el altavoz inteligente es todo uno. Me gusta pedirle a Alexa que me lea los mensajes, me ponga las noticias o conecte mi emisora favorita. Estoy enganchando. Yo nunca me planteé comprar este dispositivo, me parecía una tontería. Sin embargo, un día, mi amigo Pedro me lo trajo de regalo por haber hecho de canguro dos noches de sus hijos, y desde entonces ya no puedo vivir sin él. O ella. No sé cómo referirme al dispositivo de voz femenina. Si lo

hubiera programado yo, le hubiera otorgado un punto de entonación más seductora, pero me da que las familias no lo habrían adquirido.

Me huelo la ropa y detecto un ligero tufillo a humo y grasa del restaurante. ¿Qué más capto? ¿Sudor? No puedo presentarme así ante Martina. No es que vaya a ir a su chalet buscando sexo, pero tampoco pienso oponerme si se presenta la ocasión. Mejor me doy una ducha rápida y me cambio el jersey.

Quince minutos después, calzado con unas recias botas de agua y un grueso abrigo con capucha para protegerme de la aguanieve que ha empezado a caer, subo por el camino. Empujo la verja y la traspaso sin dificultad. Siguiendo las instrucciones que me dio, atravieso el candado que ha dejado en una maceta en el jardín por los orificios practicados en la chapa metálica para dejarla bien cerrada. Dudo que nadie vaya a salir de paseo con la tarde que se está poniendo. No obstante, si de esa forma Martina se siente segura, no voy a ser quien la contradiga. Su casa, sus reglas.

—Hola, forastero —me saluda sonriente una vez que llego al porche desde el que me observa cubierta con una gruesa manta de cuadros escoceses.

—¿Dónde te dejo la llave? —inquiero con la pequeña pieza de metal en la mano—. Me ha dado no sé qué dejarla puesta en la cerradura.

—Aquí mismo —responde señalando la repisa de la ventana que hay junto la puerta de madera que da acceso a la vivienda—. Yo suelo ponerla ahí, por si se me ha olvidado cogerla antes de salir, no tener que volver a entrar en el chalet.

La sigo hasta el interior y me descalzo para no mojar el suelo. He sido precavido y me he puesto unos gruesos calcetines sin agujeros ni pelotillas con los que estar presentable en su compañía. Un aroma a azahar y canela perfuma el aire. El origen es un ambientador colocado en una estantería. Es una fragancia agradable que se mezcla de forma sutil con el olor a leña quemada. El entorno es acogedor. Invita a relajarse en el sofá.

—¡Menudo fuego! —exclamo admirando la lumbre que Martina debe haber encendido mientras me esperaba.

Ella también se ha cambiado de ropa. Ahora lleva puesto un vaquero que moldea sus esculturales piernas y un jersey ajustado en tonos marrones. Hoy no me mira a través de sus habituales gafas de pasta verde. Supongo que las ha sustituido por lentillas. Soy capaz de captar cada detalle de sus iris miel. Son atrayentes y seductores. Igual que ella. Es absolutamente preciosa.

—Guillén, ¿te vas a quedar ahí quieto contemplándome como si fuera una estatua de mármol, o te vas a acercar para que pueda besarte? —me pregunta descolocándome, algo a lo que parece haberse aficionado.

No hace falta que me lo diga dos veces. Sin dudarlo, me aproximo a ella y cumplo su petición con gusto. Sus labios saben a cereza. Noto sus manos colándose por debajo de mi suéter y su lengua atacando la mía. ¡Es el paraíso!

—¿Dónde está el dormitorio? —pregunto levantándola en brazos y permitiendo que sus piernas se enrosquen en mi cintura.

—Luego. Ahora quiero que me poseas aquí mismo. Delante del fuego, sobre la alfombra.

En menos de dos minutos, estamos en el suelo y con los pantalones en los tobillos. Martina tiene en la mano un preservativo que, segundos antes, estaba en mi bolsillo trasero. Antes de venir cogí una tira de cinco bolsitas. Tal vez peque de optimista, pero no quiero quedarme con las ganas por no tener suficientes condones. Con exasperante lentitud, enfunda mi verga. El roce de sus dedos va a terminar conmigo antes siquiera de empezar. A continuación, se sienta sobre mí y ella misma desliza mi miembro en su vagina. Yo me dejo llevar y permito que me cabalgue. Es una bella amazona a la que me rindo sin luchar. Puede hacer conmigo lo que desee. Soy su súbdito más acérrimo.

***

Ha anochecido. Desde la alfombra de piel sobre la que estamos tumbados, cubiertos por una mullida y cálida manta, puedo ver las dos amplias ventanas del salón. Hace rato que el sol desapareció para ser sustituido por la luna. No ha cesado de nevar. En este instante, los copos tienen el aspecto de bolas de algodón de tres o cuatro centímetros de diámetro.

Al final, no fuimos a su dormitorio. No había necesidad. La habitación en la que estamos ha sido suficiente para saciar el hambre de nuestros cuerpos. Martina se ha desatado. En mi cabaña fue bastante activa, pero lo de hace unas horas ha sido salvaje. Prueba de ello son los cojines desperdigados por el suelo, la fuente de barro rota y el cuadro descolgado de la pared de un manotazo cuando me pidió que la empotrara contra el muro de piedra. Luego la ayudaré a limpiar el desastre. Si quiere que sigamos destrozando la casa, por mí no hay problema.

Han sido cuatro polvos fantásticos que me han dejado exhausto con una sonrisa bobalicona en los labios que Martina no puede ver porque se ha quedado dormida. Al final, los cinco condones se nos van a quedar cortos. Estoy orgulloso de mi resistencia y capacidad de recuperación. Aunque claro, ver cómo mi miembro era engullido por su boca lo reactivó en apenas unos segundos. Ya quisieran muchos jovencitos mantener el tipo igual que yo ante una mujer como mi vecina. Cuando se lo cuente a mis amigos, no se lo van a creer. Tendré que esperar a reunirnos en persona. Nada de videollamadas con esposas cerca y pequeñuelos correteando detrás de la pantalla. Esto requiere intimidad y discreción.

Creo que Martina se va a despertar. Su respiración ha cambiado y noto que se agita bajo la manta. Al escurrírsele de los hombros, compruebo con horror que tiene varios rasguños en la espalda y unos moratones de varios colores salpicando su fina piel. ¿Se lo he hecho yo? Observo mis brazos y descubro unas delgadas líneas rojizas. Estoy seguro de que son marcas de sus uñas.

—No te preocupes —dice en mi oído con voz melosa—. Nos pusimos un poco intensos. En el fragor de la contienda, no te das

cuenta de que te has lastimado.

—Lo sé, pero esos hematomas te van a doler unos días.

—Tranquilo. No tengo intención de ponerme el bañador e ir a la piscina. En una semana no quedará ni el más mínimo rastro de ellos.

—Eso espero.

—Oye, que también es culpa mía. Fui yo quien te pedí que me embistieras contra la pared. Y lo que veo en tus brazos te lo he hecho yo. Tampoco te oí quejarte —añade entre risas, a las que termino uniéndome gustoso.

Hacemos de nuevo el amor. En esta ocasión, con suavidad y de forma muy lenta. Deleitándome en cada pliegue de su piel y en cada recoveco de su cuerpo. Somos dos amantes descubriendo al otro sin reservas ni pudor.

Capítulo 21

Martina

Sábado 22:00

Una inmensa modorra me invade. Estoy en la gloria al lado del fuego, abrazada a Guillén y cubiertos por una suave manta. Su anatomía se adapta a la mía en una perfecta simbiosis. Noto su tenue respiración en mi nuca mientras una agradable laxitud me impide siquiera pestañear. Menos mal que puse suficiente leña en la chimenea para que durase hasta la noche. Si tuviera que ir ahora hasta el garaje a por más, preferiría pasar frío.

Guillén me ha sorprendido gratamente. El revolcón en su casa me hizo albergar esperanzas de que fuese un buen amante y no me ha defraudado. Diría que hasta él está sorprendido. No se ha negado a ninguna de mis peticiones, bueno, más bien fueron órdenes en algunas ocasiones. Se ha dejado llevar e incluso ha reconocido que algunas posturas y juegos no los había practicado antes. Ha sido sexo salvaje y placentero. Desde luego, no hay nada que desestrese mejor que unos cuantos orgasmos compartidos sin tapujos.

De pronto, escucho cómo su estómago ruge. ¿Tiene hambre después de todo lo que hemos comido? Debo reconocer que, con el ejercicio de la sobremesa, hemos quemado una gran cantidad de calorías. Creo que mi estómago tampoco se opondría a una buena cena para reponer fuerzas.

—Lo siento —se disculpa azorado cuando los rugidos vuelven a sonar—. Estoy hambriento.

—¿De mí? —pregunto mimosa girándome para verle la cara a mi atractivo vecino y depositar un suave beso en sus labios.

—De ti siempre, pero en este instante no le haría ascos a un bocata de chorizo o de queso. Podemos probar el que has comprado esta mañana. No vaya a estar malo y te vayas a ir cargada a Madrid para tirarlo después —añade el muy tragón—. Es la hora de cenar.

—Supongo que también querrás ir al baño.

—Pues ahora mismo no me vendría mal —afirma sin dejar de acariciarme la espalda de un modo delicioso con las yemas de sus

dedos.

—Por ese pasillo, la segunda puerta a la izquierda. Tienes toallas limpias. Yo voy a subir arriba y, después de darme una ducha, me pondré algo de ropa. Prefiero cenar vestida y sin que se me claven migas por todas partes. Es muy incómodo. Seré rápida. Lo prometo.

Antes de darle tiempo a protestar, me envuelvo en la manta, sujetando el borde con una mano para que no se suelte. Con la otra, recojo las prendas que fui dejando diseminadas por el salón a medida que yo me las quitaba o Guillén me las arrancaba. Las braguitas están para tirar. Espero que al menos el sujetador se haya salvado. El conjunto era monísimo y me costó un dineral en *Victoria´s Secret*. Sin embargo, lo doy por buen empleado. La lencería de lujo no solo me hace sentir una mujer empoderada, sino el objeto del deseo de los hombres a los que les permito verme con ella. Es excitante y divertido observar cómo un minúsculo trozo de tela y encaje es capaz de desatar tales pasiones.

La ducha caliente se lleva los restos de sudor, saliva y semen que cubren mi piel, dotándola de un tacto pegajoso. Tendré que lavar las mantas sobre las que hemos retozado y ventilar el salón cuando Guillén se vaya. El olor a sexo impregnaba el ambiente antes de salir de la habitación. Quizá no sea mala idea abrir las ventanas mientras cenamos en la cocina. Lo que sé seguro es que no voy a sentarme en el sofá a ver la televisión tapándome con una manta apestosa.

He notado cómo por su masculino rostro cruzó una expresión de frustración al sugerirle que se vistiera para cenar. Ha sido una forma sutil de indicarle que, después de comer algo, se tiene que marchar a su cabaña. Ha sido sexo bueno y satisfactorio, pero más que suficiente por hoy. No voy a darle todo lo que desea tan pronto. Debe ganárselo. No soy una mujer fácil, ni conmigo se pueden dar las cosas por supuestas. Al final, Natalia va a tener razón y soy una bruja. Dejémoslo en brujilla, tampoco soy tan mala.

Me hago una coleta alta y salgo de mi dormitorio sin rastro de maquillaje. Aunque no me he aplicado ninguna crema en la cara, sé que el sexo aporta una frescura y una luminosidad al cutis que pocos

ungüentos logran. El aroma del gel de baño es suficiente colonia, de modo que, sin demorarme más, me encamino a la cocina. Guillén está delante de la nevera mirando con atención su contenido. Se ha vestido con la ropa que traía, pero, al igual que yo, de su cuerpo emana un sutil olor a vainilla.

—No hay mucho, ¿verdad? —le pregunto divertida al percatarme de su decepción—. Traje una bolsa con lo básico y poco más. El resto es lo que he ido comprando en el pueblo. No tenía sentido cargar con alimentos que no fuera a comerme.

—Tu frigorífico da pena. Una caja de leche, un par de huevos y un poco de fiambre. Si no hubiéramos ido al pueblo, no sé cómo habrías sobrevivido.

—¿Con pan y queso? Los dos filetes y las patatas que adquirí ante de venir a Nava del Conde ya me los zampé. De lo que queda, arrampla con lo que quieras. Mañana con un bocadillo me arreglo.

—¡Puff! ¿Freímos los huevos y los acompañamos con un plato de embutido? Estoy famélico. Después de comer en el restaurante de Susana me suelo quedar ahíto hasta el día siguiente, pero hoy has acabado con mis reservas de energía —añade picarón mi atractivo vecino.

—Deberías darme las gracias. Hemos quemado la grasa de una forma más placentera que pedaleando en bicicleta. Además, ¿has visto la capa de nieve que hay fuera? Olvídate de recorrer los senderos por unas cuantas horas e incluso días, diría yo. Hasta que se derrita toda, hay para rato.

—Sí. Tomé la precaución de venir con botas impermeables. Las zapatillas normales con las que suelo moverme por aquí, hoy no valen de nada. De todas formas, cuando vuelva a la cabaña, como sigan cayendo esos copos que estoy viendo por la ventana, me voy a hundir hasta las rodillas.

—Ni lo menciones —niego preocupada por mi próximo regreso a la ciudad. El lunes tengo un motón de citas agendadas que no admiten demora—. Espero que pare pronto o el coche no lo voy a

poder sacar del garaje mañana. Supongo que el transporte público sigue siendo igual de nefasto por esta zona…

—Un desastre. Tienes que ir al pueblo de al lado, que está a veinticuatro kilómetros, si quieres coger un cercanías. El problema es que la carretera es tan mala, que casi se tarda lo mismo yendo en tu propio vehículo hasta allí para luego tomar el tren, que conduciendo hacia la ciudad desde aquí.

—Pues vaya faena.

—Y ni te cuento lo espantosa que es la vuelta, cuando te bajas en la estación, cansado y agotado después de una larga jornada de trabajo, y tienes que conducir un trecho todavía para llegar a tu casa. Lo hice una vez en septiembre, y no lo repetiría ni aunque me regalaran los billetes.

—¿Autobuses? —inquiero esperanzada—. Recuerdo que de pequeña había uno a las siete de la mañana en dirección Madrid y otro que salía de vuelta de la capital a las seis de la tarde. El trayecto duraba dos horas, el doble que en coche. No obstante, para algunos de los habitantes de Nava del Conde, era el único medio de acudir a la consulta de un especialista o de hacer compras de artículos que en el pueblo no hubiese.

—Ya no pasa a diario. Solo lunes, miércoles y viernes. Pero, según oí la otra noche en el bar, con nieve en la carretera suspenden la ruta. En la autovía hay quitanieves, pero en las carreteras secundarias es un riesgo.

—¿Helicópteros? —pregunto no sabiendo si reír o llorar.

—Ja,ja. Que yo sepa, no. A lo mejor sería un buen negocio construir un helipuerto. Cuando me presente a alcalde, lo pondré en mi programa electoral. Seguro que hay algún vecino encantado de vender sus tierras para instalarlo.

Aunque sé que intenta hacerme sonreír, la inquietud ha anidado en mi cerebro. Sería una catástrofe no poder regresar mañana a la capital. El lunes tengo un par de vistas y tres reuniones ineludibles con clientes. Sí o sí, debo estar en el bufete o mis jefes no se pondrán muy contentos.

—Veremos cómo amanece el día. Si cuando me levante ocurre como hoy, que la lluvia ha derretido la nieve y el sol asoma entre las nubes, lo mismo me largo de aquí en cuanto desayune.

—Espero que no te vayas sin despedirte de los amigos —dice Guillén en tono inseguro mientras parte el pan en rebanadas. Pobre. Le da pena que me vaya. Ya se sabe, lo bueno y breve, dos veces bueno.

—Descuida. Si adelanto mi marcha, te aviso —aseguro posando mi mano en su brazo y dándole un suave apretón—. Y yo espero que tú me llames cuando debas acudir a Madrid por trabajo.

—Cuenta con ello —responde alegre.

A continuación, le doy un casto beso en su mejilla y continúo con la tarea de preparar la cena. Intentamos mantenernos animados, pero el cansancio del día hace mella en nosotros. Aunque la conversación es fluida, no es tan vibrante como en el restaurante.

A las once se me escapa un bostezo que Guillén imita, solidarizándose de forma involuntaria conmigo.

—Lo siento —me disculpo mientras me froto la cara en un intento por borrar el agotamiento de mi faz.

—Tranquila. Yo también tengo sueño. Te ayudo a recoger y me voy.

—No hace falta, Guillén. Solo son un par de cosas.

—Por eso mismo. Cinco minutos y dejamos todo en orden.

Accedo a su propuesta y, entre los dos, tenemos lavados y colocados los enseres que hemos utilizado en la cena en un santiamén. No queda nada más que hacer, así que le acompaño hasta la puerta. Sabe que debe marcharse, pero todavía remolonea un poco. Igual que un niño pequeño que no quiere irse a dormir cuando se lo ordenan sus padres.

—Mañana mándame un mensaje y me cuentas qué has decidido. Si al final no regresas a Madrid hasta después de comer, podríamos vernos antes de que te vayas. Aunque sea para ayudar a quitar la nieve de la entrada.

—No te preocupes, no me iré sin despedirme en persona de ti —le prometo besándole en los labios.

Lo que iba a ser un suave ósculo a modo de cariñoso adiós, se convierte en un beso apasionado y ardiente. Nuestras lenguas juegan enredadas y, sin pensarlo, mi pecho se aplasta contra el suyo. De pronto, noto cómo el duro bulto de su entrepierna se frota contra mis pantalones. Quiere sexo, y yo también. No obstante, no siempre se tiene todo lo que se uno desea.

—Hasta mañana, Guillén —me despido separándome de su masculina figura.

Para mí es igual de complicado no dejarme llevar por la tentación, pero, si quiero que lo nuestro sea algo más que una amistad con derecho a roce, los calentones y la pasión deben ser controlados. Estoy convencida de que mis anteriores relaciones fallaron porque actué con el corazón en lugar de con la mente. No volverá a pasar. Lo tengo bien claro.

—¿Y le dejaste irse a casa sin más? —inquiere mi hermana Elvira media hora más tarde mientras hacemos una videollamada a tres bandas con Natalia.

—¿Qué has hecho con Martina? —pregunta mi amiga con guasa —. Tú no eres ella. Te han cambiado. ¿Desde cuándo rechazas un buen polvo?

—No quiero que piense que esto es algo serio.

—Hermanita, te comes mucho la cabeza.

—Os conocéis desde el jueves, ¿en serio piensas que por pasar la noche juntos se va a hacer una idea de lo que no es? ¿No serás tú la confundida? —insiste mi compañera de trabajo. Su profesión frustrada debe ser la de periodista, porque parece una metralleta preguntando.

—A mí me da que la única que se ha hecho ilusiones eres tú —dice Elvira dedicándome una mirada de marisabidilla, algo que, desde que éramos niñas, sabe que me saca de mis casillas.

—Si no le gustara, no se habría pasado todo el día a mi lado. Hemos ido de compras, comido en el pueblo y follado como locos en

casa. Y te garantizo que, si es por Guillén, todavía seguiríamos desgastando la alfombra del salón.

—Prométeme que la llevarás al tinte y que lavarás con desinfectante las mantas —ruega mi hermana arrugando la nariz con cara de asco—. ¡Por Dios! ¡El sofá! ¿Se puede tapizar?

—Serás… —comienzo a decir poseída por tal indignación que apenas puedo articular palabra.

—Elvira, no seas bicho —interviene Natalia conciliadora—. Antes de nacer Carlos, eras tú la que se iba con Juan al chalet de Nava del Conde los fines de semana. Y no precisamente a esquiar. Que bien que luego nos contabas los detalles. Si las paredes de esa vivienda hablaran, se os caería la cara de vergüenza.

—¡Es verdad! —exclamo satisfecha por poder devolverle la pelota a la villana de mi hermanita—. Creo recordar que nos llegaste a asegurar que no salíais de casa porque os dedicabais a follar como conejos en todas las habitaciones. Además…

—¡Vale! Lo admito. No hace falta que cambias la tela del sofá, pero dale una pasada con agua con amoníaco antes de irte de la cabaña. Y, por cierto, ¿a qué hora planeas regresar? El pronóstico meteorológico no es bueno.

—Mi idea es comer e irme. Aunque los neumáticos de mi coche son de invierno, si nieva demasiado tendré que poner cadenas y no me apetece. Es casi peor quitarlas después.

—No hagas locuras —me advierte Elvira—. Si tienes que quedarte un día más en el chalet, el vecino te lo agradecerá.

Entre risas, nos despedimos y cambio la mesa de la cocina por el sofá. No nos hemos revolcado sobre el mullido mueble porque junto a la chimenea se estaba genial. Sin embargo, he disfrutado chinchando a mi hermana. Solo por ver su cara cuando vengamos en agosto toda la familia, valdrá la pena dejarla en la ignorancia. Lo que sí he cogido ha sido una manta limpia del armario para taparme con ella mientras veo un poco la televisión. Con el resto de prendas he llenado una lavadora, optando por un programa corto que terminará en menos de dos horas. Mi mente está demasiado

excitada tras el parloteo. Dudo que consiga dormir si me voy ahora a la cama. Mejor aguardo a que acabe y luego meto la ropa en la secadora.

No obstante, el murmullo de las voces de los actores de la serie que he elegido ver me adormece, apagando mi conciencia y provocando que me deslice en el mundo de Morfeo. Duermo feliz hasta que un pitido insistente, que se adentran en mi mente como un taladro, me obliga a abrir los ojos. ¡Son casi las dos! Me he quedado frita.

Si no saco la ropa de la lavadora, mañana apestará. Así que, arrastrando mis pies enfundados en unas confortables zapatillas, me desplazo hasta el garaje, donde se halla instalada la zona de limpieza. Menos mal que comunica con la cocina y no me toca salir al jardín. Con torpeza por tener los sentidos embotados por la somnolencia, extraigo las prendas mojadas de una máquina para introducirlas en otra. ¡Lo que pesa la dichosa manta! La secadora en quince minutos realizará su función y podré irme al dormitorio. Estoy que me caigo.

¿Habrá seguido nevando? Preocupada por el viaje del domingo, le doy al botón que eleva el cerramiento metálico y me asomo al jardín. Ahora cae una lluvia fina que, por momentos, da la impresión de ser aguanieve. Introduzco mis pies en las gigantescas botas de agua de mi padre y doy tres pasos, los suficientes para hundirme hasta media pierna en la espesa capa blanca. Tiene mala pinta.

De repente, un ruido me sobresalta. Es un chasquido que rápidamente asocio con el sistema ABS de las fijaciones laterales de unos esquíes. A veces cogen holgura al ser montadas en los raíles. Aunque es normal, llega a resultar molesto. Por eso me ha llamado la atención. Es algo que no soporto y por lo que he desechado incluso unos nuevos que me regalaron Elvira y Juan las navidades pasadas.

El crujido procedía de mi izquierda, donde el muro de cemento alcanza unos dos metros escasos. A pesar de que me estoy

empapando y muriendo de frío, me acerco hasta el origen del sonido.

¡Alguien está respirando a unos centímetros de mí!

No hay ninguna duda.

—Ya me estás cansando —grito muy cabreada—. ¿Es algún tipo de broma? ¿No tienes otra cosa que hacer a las dos de la mañana? ¿Eres Guillén? Seas quien seas, como te pille, te descuartizo y que te coman las alimañas del bosque.

A modo de respuesta, obtengo lo que me parece una risa burlona. No sé decir si femenina o masculina. A continuación, escucho cómo alguien sobre unos esquíes se desliza sobre la nieve. Me doy la vuelva y, desesperada, intento alcanzar el porche, donde está la llave del candado.

Cuando siete minutos después, fatigada por el esfuerzo, me asomo al exterior de mi propiedad, no diviso a nadie. Sin embargo, en la nieve se aprecian con claridad las huellas que han dejado las tablas al resbalar sobre la inmaculada superficie. Hay unas marcas de subida y otras de bajada en el sendero que conduce hacia la casa de Guillén y después al pueblo.

Estoy cansada. Las fuerzas no me dan para ir hasta allí y averiguar si terminan en casa de mi vecino o continúan. Le daré el beneficio de la duda por el bien de mi cordura, pero esto no se va quedar así. Averiguaré quién es el malnacido que me está vigilando de un modo tan poco discreto desde que he llegado a este maldito pueblo y le daré a probar de su propia medicina.

Capítulo 22

Guillén

Domingo 10:00

Hace una hora que me he levantado. He desayunado con calma un par de tostadas con aceite, tomate y jamón, respondido a los mensajes que tenía pendientes en las redes sociales, escuchado las noticias, y el panorama desde la ventana de mi cocina no ha variado: blanco por todas partes. En el suelo, en el cielo, cubriendo las ramas de los árboles, las macetas del jardín...

La ligera llovizna de anoche no ha logrado deshacer la gruesa capa de nieve como ocurrió del viernes al sábado. La temperatura exterior es de uno bajo cero. Por tanto, está helando. Así que, cualquier posibilidad de que se derrita el hielo es mínima. Al menos sigo teniendo luz, agua e internet. Mi mayor miedo es que se congelen las tuberías. En la memoria de calidades de la construcción que me entregaron al comprar la cabaña, se aseguraba que los materiales empleados en la fontanería eran aislantes. Confío en que sea cierto y no tener un disgusto que me haga maldecir la hora en que decidí mudarme a la sierra. Hice caso a Martina y he hecho acopio de velas. Además, el lunes llamaré al teléfono que me dio Susana y pediré leña. Con mi recién adquirida habilidad para encender fuego en la chimenea, podré disfrutar de una temperatura más agradable en la cabaña e incluso un lugar para cocinar si falla el suministro eléctrico.

En fin, no tiene sentido lamentarse. Yo decidí mudarme a la sierra y el invierno no va a ser fácil. Me acostumbraré. Millones de personas residen en pueblos a lo ancho del mundo y no les pasa nada.

Lo que es evidente es que esta mañana queda descartado salir en bicicleta, pero, si quiero llegar hasta el vallado, más me vale hacer un camino con la pala y el saco de sal gruesa que tengo en el garaje. Aunque en las películas parece muy sencillo, no las tengo todas conmigo. Por si acaso, he visionado un par de tutoriales en internet. Despejar un sendero hasta la verja no puede ser tan

complicado. Es cuestión de armarse de paciencia e ir poco a poco. Será mi ejercicio de hoy.

Quizá algo bueno salga de esta invernal jornada: mi vecina no podrá irse a Madrid hoy. Un día o dos más a mi favor para conquistarla. Es una mujer compleja. Un instante es dulce y encantadora, y al siguiente en una guerrera capaz de comandar dos legiones sin que se le emborrone el maquillaje. Hay veces que se queda mirando un punto de la habitación, sumida en sus pensamientos. ¿Dónde irá su mente? No estoy seguro de que sea consciente de ello. No le he comentado nada, porque su aparente abstracción solo dura unos segundos. Un breve parpadeo. Después de estos peculiares episodios, se centra a la velocidad de un rayo en la conversación que estemos manteniendo, como si nunca hubieran acontecido. Martina es un misterio que estoy deseando desentrañar. Solo necesito tiempo.

Me doy cuenta de que, en algunas zonas, la nieve se ha helado. No hay ni cinco metros entre la puerta de la cabaña y el garaje, pero me he resbalado en un par de ocasiones. A la suela de mis botas les cuesta encontrar agarre. Debo caminar despacio, con pasos cortos y firmes, el peso inclinado hacia delante y, lo más importante, fijándome bien en donde pongo el pie. Las prisas no valen de nada. Al fin y al cabo, es domingo y no tengo que trabajar.

Vale. Ya tengo la pala y la sal. Vamos a ello.

Justo cuando me dispongo a comenzar la tarea, una suave melodía surge de mi bolsillo trasero. Me quito el guante para poder contestar y veo que es un mensaje de Martina.

«Buenos días. Por el momento retraso la vuelta a Madrid hasta mañana. Luego nos vemos».

No me pongo a saltar de alegría por miedo a romperme una pierna. La semana será complicada debido al temporal. El martes tengo tres citas presenciales agendadas en la capital que tal vez deba posponer. Eso significa horas libres que, con Martina aquí,

serán muy agradables de ocupar. Aunque, para poder acariciar su delicada piel, primero tendré que lograr llegar hasta ella, y eso no será posible si no habilito un caminito por el que salir de mi propiedad.

Vuelvo a ponerme el guante y agarro la pala con firmeza. Al cabo de diez minutos, me he despojado del anorak y sudo como si estuviera en una sauna. ¿No quería hacer ejercicio? Pues toma dos tazas. Estoy abriendo un sendero de medio metro más o menos de ancho, suficiente para caminar por él en fila india. La capa blanca alcanza los treinta centímetros en algunas zonas, quizá más. Lo peor es cuando el hierro de la pala choca contra una piedra del bordillo que limita los parterres. La nieve no me deja verlo y el golpe causa una vibración que se extiende de forma dolorosa desde mi mano hasta el hombro.

¿Siempre ha estado tan lejos la valla? La han movido de noche, porque no me lo explico. Una hora he tardado en alcanzarla. Doy gracias a los antiguos propietarios por poner dos puertas en la verja: una ancha para los vehículos y otra estrecha para las personas, que es la que suelo usar para entrar y salir con la bicicleta. Tal y como está la carretera, lo más sensato será esperar a que despejen el camino que sube al Mirador del Pastor para circular con el coche. Mientras tanto, me apañaré con la entrada pequeña. Hoy el abuelete de los frutales no va a poder subir a ver su huerto.

A lo lejos veo la curva del sendero que lleva al chalet de Martina. Por un segundo, me planteo seguir quitando nieve hasta allí, pero mis brazos opinan lo contrario. Los calambres que recorren mis músculos se transformarán en agujetas que me torturarán durante las próximas horas. Me fijo con detenimiento en la blanca superficie y descubro unas marcas de esquíes. Ya sé cómo llegar a casa de mi vecina. Voy a llamarla.

—Buenos días —la saludo con la respiración entrecortada por el ejercicio y el aire gélido que se cuela en mis pulmones.

—Dejémoslo en «días» —me responde Martina con la voz igual de entrecortada que la mía.

—Mujer, hace una mañana preciosa.

—Te diría que sí, si viviéramos en Noruega o estuviéramos de vacaciones. Mira a tu alrededor. Ni en las series escandinavas hay tanta nieve.

—El paisaje es espectacular.

—Para verlo desde la ventana o por la televisión, no para vivirlo en directo. ¡Estamos aislados, Guillén!

—Olvídate del curro. Sé que es un fastidio no poder utilizar el coche, pero esto se ve pocas veces. Desde *Filomena*[10], yo creo que no había nevado tanto en tan escaso tiempo. El espesor es de casi treinta centímetros. En aquella ocasión, se alcanzó el medio metro en muchas calles de Madrid.

—Y duró varios días. No se podía transitar —recuerda frustrada mi abogada favorita—. Antes de que digas nada, estoy contigo en que las imágenes que salían en las redes y en los noticieros eran de película, pero de una de terror si vives en Madrid.

—Vale. De acuerdo. Pero seguiste trabajando desde casa, ¿verdad? Tendrías citas o reuniones que pospondrías y otras que celebrarías *online*. ¿Me equivoco? —inquiero tratando de tranquilizarla. Agobiada y estresada no va a ganar nada. La situación es la que es, y no queda otra que aceptarla —. Es lo que hicimos en mi empresa.

—Tienes razón —admite Martina a regañadientes conteniendo su frustración—. Además, no seré la única que no pueda regresar. Este puente, muchos compañeros se han marchado de vacaciones. En casos así nos solemos sustituir en las vistas, eso si no las cancelan.

—¿Has hablado con tu amiga?

—Anoche. Me vino a decir lo mismo que tú. Ya sé que carece de sentido amargarse por lo que no puedes cambiar. No está en mi mano deshacer la nieve de un plumazo y enviar las nubes lejos de aquí. Es algo ajeno a mi control y debo aceptarlo.

—Entonces, vamos a tomarnos las cosas con calma. El martes yo también tengo varias visitas pendientes que preveo que me tocará volver a agendar. Sin embargo, de momento es inútil especular por

lo que va a pasar. El tiempo es impredecible. Ni los meteorólogos saben al cien por cien cómo nos afectará la borrasca.

—Quizá llueva esta tarde y se deshaga la nieve —apunta Martina con esperanza en la voz.

—Puede —admito convencido de que es una posibilidad altamente probable—. Cuéntame, ¿qué estás haciendo ahora?

—Quitando nieve con una pala. ¿No tendrás una máquina quitanieves en el garaje? —inquiere mi vecina con el mismo tono de cansancio que yo.

—Ya me gustaría. La pala está acabando conmigo.

—Nos falta práctica.

—¿En el pueblo habrá quitanieves?

—Supongo, pero estarán centrándose en despejar las carreteras de acceso a Nava del Conde. En los senderos y caminos secundarios, los vecinos nos las tenemos que apañar como podamos.

—Estoy echando sal. Había un saco en el garaje. He leído que no es muy ecológico porque la lluvia la termina arrastrando a la vegetación, los bordes de las carreteras y los cauces de los ríos y lagos. Para las mascotas tampoco es bueno, ya que les produce problemas estomacales y náuseas.

—Oye, pues si nos libramos de algún que otro bichejo de los que se cuelan por los jardines, no lo veo tan mal. ¿Cómo tienes las manos? Aunque me he puesto guantes, noto que me arden del esfuerzo y del frío.

—Igual. Tengo un bote de esa crema noruega que anuncian. De normal me resulta demasiado untuosa y no la uso, pero hoy me voy a dar una capa generosa. ¿Quieres que te la acerque?

De acuerdo. No es una gran excusa. No obstante, es un pretexto como otro cualquiera para ir a su casa a verla. Me muero por besarla y acariciarla de nuevo. Sueño con perderme en su interior mientras escucho sus gritos de placer y noto sus uñas arañando mi espalda. No quiero que sus vacaciones terminen nunca. Ruego al cielo que escuche mis plegarias e impida que la borrasca se mueva de aquí. Por mí, el invierno puede prolongarse hasta el infinito, aunque tenga

que retirar nieve cada mañana. Seguro que termino por cogerle el truco.

—¿Y cómo piensas llegar hasta mi puerta? ¿Vas a abrirte camino a base de paladas? Ya puestos, sigue hasta la carretera de Madrid —bromea Martina—. Me harías un gran favor.

—¡Puff! Imposible. Iré en esquíes. Desde mi verja se ven huellas en la nieve. Me da que no seré el primero en usarlos hoy.

Como si quisieran corroborar mis palabras, ha aparecido una pareja deslizándose por el sendero con esquíes, siguiendo a un niño subido a un trineo. Los tres ríen a carcajadas a la vez que gritan de júbilo.

—¿Hay una fiesta? —pregunta mi vecina con curiosidad.

—Ja, ja. Eso parece. En unos minutos estoy contigo.

—De acuerdo.

Estoy sudoroso y apesto, de modo que decido darme una ducha y cambiarme de ropa antes de reunirme con mi adorada vecina. Después de asearme, me preparo como si fuese a ir a pasar el día a Sierra Nevada. No me falta nada, ni siquiera las gafas protectoras. Si al sol se le ocurre asomarse entre las nubes, convertirá las superficies heladas en espejos. Esa extrema luminosidad hace mucho daño a la vista y, lo que es peor, puede llegar a quemarte la piel.

Veinte minutos más tarde de nuestra charla, salgo hacia el chalet de Martina. Antes de ponerme los guantes, le envío un mensaje para anunciarle que estoy en camino. Por una parte, quiero avisarle de mi llegada inminente y, por otra, es una precaución por si me resbalo. Solo me faltaría quedarme tirado en el camino de subida al Mirador del Pastor a la espera de que alguien tenga la loca idea de ir a esquiar y me ayude.

Al cabo de unos segundos, estoy molido. Los bastones se hunden varios centímetros en la nieve en cuanto me descuido, por no hablar de cómo mis castigados brazos se resienten. ¡Las tonterías que hace uno por una mujer!

Hasta hoy, mi idea de deporte de montaña no era enterrarme en hielo hasta la rodilla. Para mi sorpresa, me he cruzado con un grupo de jóvenes haciendo snowboard y otra familia deslizándose en trineo. Reconozco a varios de ellos del pueblo. ¡Menuda panda de locos están hechos mis vecinos! Creo que debo incluirme. Una persona más sensata se hubiera quedado en su casa viendo una película en alguna plataforma de televisión, sentada en el sofá con una taza de chocolate entre las manos y tapada con una gruesa manta de borreguito.

¡Puff! He llegado al desvío que conduce al chalet de Martina. Avanzo unos metros y veo su cabeza asomando por la cancela, cubierta con un gorro grueso de lana. Me saluda con la mano y me insta a continuar.

—¡Ánimo! Ya te falta poco.

Sin fuelle, pero orgulloso de mí, me planto delante de ella y recibo un ardiente beso a modo de recompensa.

—¡Estoy muerto! Tenías que ver a los chavales con que brío suben y bajan por el sendero. A medida que ascendía, aumentaba el número de esquiadores. ¡Se lo están pasando en grande!

—Uy. No veas el fiestón que tengo yo también organizado —responde mi vecina invitándome a franquear la entrada.

Suena música procedente de un pequeño altavoz situado en la barandilla del porche. El diminuto dispositivo electrónico está emitiendo con excelente calidad las canciones de una emisora que Martina debe haber sintonizado en el móvil o en el ordenador.

Un tenue rubor fruto del ejercicio tiñe la habitual pálida tez de la dueña de la casa. En una esquina de la valla descansa una pala similar a la que he utilizado para despejar el camino en mi propiedad.

—¿Te gusta? —pregunta señalando con un gesto de cabeza la herramienta—. Tengo otra en el garaje.

—¿Me has invitado para ayudarte a quitar nieve? —inquiero fingiendo un enfado. No me importa ayudarla. Si eso la hace feliz,

me vale. Quizá al terminar obtenga una buena recompensa por mi trabajo.

—Hombre, digo yo que, como buen vecino, no tendrás inconveniente en echarme una mano. He despejado un caminito desde la vivienda hasta la puerta, pero necesito agrandarlo si quiero sacar el coche.

—Haremos lo que tú quieras —comienzo a decir—, aunque dudo que puedas irte en las próximas horas. Ni siquiera podrías llegar a Nava del Conde con el estado actual de la calzada.

—En el maletero hay cadenas para las ruedas.

—Hoy son de poca utilidad. Hay demasiada nieve. Por lo que tengo entendido, van a limpiar primero las vías principales, es decir, autopistas y autovías. El acceso al pueblo desde donde estamos nosotros es una carretera secundaria. No entra en sus prioridades.

—A lo mejor los operarios del Ayuntamiento se encargan de ella.

—Según un *post* que han colgado en las redes sociales oficiales del municipio, esta mañana los esfuerzos se centrarán en limpiar el tramo que va de la autovía a la salida que lleva a la Nava. Los barrenderos están ocupados en adecentar las calles centrales del pueblo. Confían en que en el resto de caminos se vaya derritiendo sola o con la ayuda de los vecinos.

—Si los animales no tienen pienso, pueden morir —reflexiona Martina—. Es el sustento de la mayoría de los habitantes de la Nava. Por lo tanto, es su prioridad ahora mismo. El ascenso al Mirador del Pastor no es importante.

—Exacto. No obstante, no te agobies. Entre los dos podemos ensanchar el camino que has abierto. En caso de que al final ocurra un milagro y seas capaz de regresar a la ciudad, la nieve de tu jardín no será un impedimento.

—Gracias. Muchas gracias.

—Luego tendrás que permitirme ducharme otra vez —le advierto —. Antes he sudado tanto que debo haber quemado al menos cincuenta calorías.

—Fijo —ríe Martina—. Incluso podemos ducharnos juntos, por ahorrar agua. Ya sabes.

—Mi ropa estará sucia. No me la podré volver a poner.

—Tranquilo. Pondremos una lavadora y, mientras tanto, seguro que se nos ocurre algo para entretenernos —añade picarona.

Definitivamente, abrir senderos en la nieve se ha convertido en mi deporte favorito.

Capítulo 23

Martina

Domingo 13:00

Guillén es un encanto. Ha venido todo lo arreglado que se puede en un día como hoy, luciendo una equipación deportiva propia de una estación de esquí, y oliendo de maravilla tras una ducha reciente. No obstante, sin perder la sonrisa ni por un segundo, se ha puesto manos a la obra y me ha ayudado a retirar la nieve. Me niego a creer que no voy a poder regresar a Madrid esta tarde pese a que tener la climatología y el estado de las carreteras en contra.

En la radio no se han cansado de repetir que, por precaución, es aconsejable que los ciudadanos que hayan salido de vacaciones durante el puente alarguen la vuelta a casa un par de días más. ¡Como si fuera tan sencillo! Los hosteleros van a hacer el agosto en pleno invierno. Las grandes cadenas hoteleras han ofrecido sustanciosos descuentos a las personas que deban prolongar la estancia en sus establecimientos. Supongo que, puesto que la alternativa son habitaciones vacías hasta Navidad, una disminución de sus ingresos es mejor que nada. Aunque tampoco habrá mucho que hacer si no se puede ir ni a tomar un café al bar de la esquina.

Los colegios y centros públicos han cancelado sus actividades durante los dos primeros días laborables de la semana. Creo que en más de un hogar hay padres preguntándose cómo van a compaginar el trabajo con el cuidado de sus pequeños el lunes y el martes. Por el contrario, en los domicilios de los profesores, estarán de fiesta. Dos jornadas más sin aguantar a sus alumnos son un descanso después de un largo trimestre escolar.

—¿Has sabido algo de tus jefes? —me pregunta Guillén entre palada y palada sin disminuir el ritmo.

Él está ensanchando el lateral izquierdo y yo el derecho. Vamos del garaje hacia la verja. Intento no pensar en lo inútil de nuestra tarea como se ponga a nevar otra vez. Prefiero centrarme en que la nieve se ha ido ablandando con el trascurso de las horas y el esfuerzo es menor.

—Oficialmente no, pero Natalia me ha enviado un audio diciéndome que mañana es muy posible que nos permitan trabajar de forma *online*. De todas formas, los juicios y vistas de los juzgados madrileños y la Audiencia Nacional se han suspendido.

—Normal. ¿Has visto las imágenes? Para mí la más impactante ha sido una de un montón de gente empujando un autobús que se quedó parado anoche. Hoy están suspendidos los vuelos que salen o llegan al aeropuerto de Madrid. Como pasa en otras ocasiones, es imposible acceder al metro en varias estaciones y, en las que se puede, los andenes están abarrotados.

—Lo sé —respondo suspirando—. Debo hacerme a la idea de que hasta el miércoles no recuperáremos la normalidad. Y eso siendo muy optimistas. Lo siento, seguramente estamos deslomándonos en vano, pero…

—Martina —me interrumpe Guillén—. Si tú te quedas más tranquila teniendo el jardín despejado, lo hacemos y listo. No pasa nada. Eso sí, huelo como una mofeta. ¿Nos damos esa ducha de la que hablamos?

Vamos dejando un reguero de prendas entre la entrada de casa hasta mi dormitorio que seguro mancharán el suelo de barro y agua. Me importa un comino. Ya lo recogeremos después. Al parecer, voy a tener tiempo de sobra para poner lavadoras y fregar el suelo.

La cabina de ducha tiene el tamaño justo para los dos. Tampoco nos hace falta demasiado. Estoy empotrada contra los azulejos con un pie sobre el taburete que uso para depilarme y la otra pierna enroscada en su masculina cintura. Es maravilloso. Solo por estos orgasmos quizá no sea tan malo estar aislada por el temporal y verme obligada a pasar más tiempo en tan agradable compañía.

—Grita mi nombre. ¡Ahora! —me exige un inclemente Guillén y yo me apresuro a cumplir su orden chillando sin reparo. No hay vecinos cerca, si no, estoy segura de que me oirían.

No es suficiente. Ninguno de los dos nos hemos saciado aún. Sin perder un segundo, nos secamos el uno al otro usando las toallas que cuelgan de la mampara. Aunque yo lo hago deprisa porque que

quiero continuar jugando en la cama, Guillén me tortura con su extrema delicadeza y precisión, recorriendo con su dedo cada pliegue de mi cuerpo. ¡Así no saldremos nunca del baño!

—Por favor, para —suplico a punto de caerme al suelo por la debilidad que provoca en mis piernas su suave martirio.

—Debo ser minucioso. Los restos de humedad son nocivos. Pueden dar lugar a escaras, hongos… No quiero que después tengas que estar rascándote a cada rato, cuando yo puedo ponerle remedio.

—¡Guillén! —exclamo cuando noto cómo su lengua sustituye a sus yemas sobre mi vulva.

Me apoyo en el lavabo mientras los dedos de mis pies se arquean por los ramalazos de placer que nacen en mi clítoris y se extienden por mis terminaciones nerviosas. Observo en el espejo que cubre una de las paredes del aseo nuestras figuras y la imagen me excita todavía más. Me abandono al placer. Ya iremos a la cama, al fin y al cabo, nos quedan varios días de encierro forzoso. Hay tiempo para comprobar la estabilidad de cada superficie del chalet.

***

Son las dos, según afirma la pantalla del móvil que tengo en la mano. Estamos en mi cama, con las sábanas y las mantas revueltas sobre nuestros cuerpos. Sudorosos, cansados y muy satisfechos. No tengo ningunas ganas de moverme. Sería capaz de quedarme aquí metidita hasta la noche.

De repente, mi estómago ruge de un modo violento. Por lo visto, mi cuerpo está dispuesto a llevarme la contraria. Le dedico una mirada fugaz al bello durmiente que tengo a mi lado. Guillén se ha quedado traspuesto después de nuestra maratoniana sesión de sexo. Aunque tal vez el esfuerzo de quitar la nieve a paladas también haya tenido que ver. A mí me duelen hasta las pestañas. Solo sostener el teléfono para comprobar la hora que es, ya me provoca calambres en los antebrazos.

Sigilosa como un ratón, me deslizo fuera de la cama y, cogiendo un par de prendas, voy al baño de invitados. Me doy una ducha rápida, procurando no dar mucha potencia al agua. No quiero hacer ruido. Si se despierta mi vecino, volveremos a comenzar a retozar, y en algún momento habrá que hacer una pausa y reponer fuerzas comiendo. Además, quiero hablar con Natalia y que me dé las últimas nuevas sobre las medidas adoptadas por el bufete por el temporal.

En menos de treinta minutos, estoy en la cocina mirando desolada el contenido de mi nevera. O me presta algo Guillén, o estos días me voy a morir de hambre. Dado el exiguo contenido de mi despensa, creo que, si quiero comer, será mejor que espere a que él se despierte. Me da que mi hermana y mi amiga no van a ver ni un pedacito de las viandas que les compré como regalo. Son los únicos alimentos de los que dispongo y sospecho que daré buena cuenta de ellos.

—¡Hola! ¿Cómo va esa ermitaña? —me saluda Natalia que, por lo que veo, está dando los últimos toques a la paella que ha preparado de comida. ¡Me muero de envidia! Ojalá pudieran materializarse un par de platos en mi encimera.

—Deslumbrada por tanta blancura. ¡Es tremendo! Hay nieve allá donde poses los ojos.

—En Madrid pasa igual. Otro hecho histórico para la posteridad. Esta década vamos servidos.

—¿Se sabe algo más del despacho? —inquiero nerviosa.

No es solo por mis superiores. Soy la primera en exigirme a mí misma responsabilidad en las cuestiones laborales. Los imprevistos y el desorden pueden con mi paciencia.

—Teletrabajo para la totalidad de la plantilla, incluidos los jefazos, el lunes y martes de momento. Es posible que amplíen el plazo. Reuniones presenciales pospuestas para la semana que viene. Van a enviar un email esta tarde informando a los empleados y a los clientes. Te digo yo que lo hacen a regañadientes. Si por ellos fuera, mañana estaría allí hasta el último mono a las nueve.

—¿Y el resto de semana? —pregunto al escuchar la afirmación de mi compañera y amiga—. A lo mejor el miércoles podemos volver a la normalidad. Con la agenda apretada por las citas y compromisos, pero ya en la oficina.

—Lo dudo. ¿No has visto las noticias? Filomena no fue nada comparado con esto. Hay gente deslizándose en trineos por el paseo de la Castellana.

—Ya, pero…

—¡Martina, olvídate del trabajo! —me riñe Natalia exasperada—. Los sanitarios no pueden acudir a las emergencias. Han dado orden de que el ejército ayude a trasladar a los enfermos urgentes a los hospitales y centros sanitarios. El resto de casos solo se atienden por teléfono. La mayoría de las tiendas de alimentación no pueden abrir, y a quien le haya pillado con la nevera y la despensa vacías lo va a pasar mal. En mi comunidad nos estamos organizando como hicimos en el COVID. Los señores mayores del cuarto no pueden salir a la calle por su invalidez, así que les echaremos una mano entre el resto de vecinos. El quiosco que tenemos enfrente de casa, el de los chinos, sí que ha abierto temprano, pero en menos de dos horas se ha quedado sin víveres ni agua.

—No creía que fuera tan grave —respondo comenzando a sentir cierta inquietud por mi hermana y su familia—. Llamaré a Elvira. Espero que estén bien.

—¿Y tú? Tu chalet está aislado, a varios kilómetros del pueblo. ¿Tienes todo lo necesario?

—Comida tengo, porque había comprado para llevaros de regalo y para mí. La próxima vez os llevaré el doble de embutido.

—Más te vale.

—De todas formas, aquí la gente también ha desempolvado los esquíes y los trineos. Seguro que entre Guillén y yo lograríamos llegar a Nava del Conde si fuese preciso.

—¿Guillén? ¿El vecino? Así me gusta, estrechando lazos con la comunidad. ¿Os habéis vuelto a liar? Es una buena forma de entrar en calor. Más barata y divertida que quemar gasóleo en la caldera.

—Solo te diré que no estoy sola en casa —contesto divertida.

Después de despedirme de Natalia, registro los armarios de la cocina a conciencia, y encuentro cuatro latas de champiñones, dos de sardinas y una de leche en polvo. Las fechas parecen estar bien. Me imagino que mi madre las dejo aquí el verano pasado. Tampoco era cuestión de volar hasta Bruselas con la maleta llena de comida.

Mientras sigo aguardando a que Guillén se despierte, entro en el chat del grupo familiar. Mis padres parecen no inmutarse por el temporal que asola España. En Bélgica suele llover más que aquí, pero la nieve no es algo tan común. Tienen un par de nevadas fuertes a lo largo del invierno, el cual sí que es mucho más frío que el nuestro. Me imagino que, desde la distancia, lo ven como algo pintoresco. Justo lo mismo que hago yo cuando en las noticias hablan de inundaciones que anegan ciudades de otros países. Aunque pensamientos tipo: «pobre gente, lo han perdido todo», cruzan por mi cabeza, se me olvidan al retomar mis quehaceres diarios.

Mi cuñado Juan, hombre previsor donde los haya, hizo acopio de alimentos en cuanto escuchó en la radio que un frente se aproximaba al continente. De modo que él, mi hermana y mi sobrino podrán capear el temporal durante semanas si es preciso.

—Ha llenado el armario del cuarto de invitados de botellas de agua, latas de comida y torres de paquetes de galletas —dice Elvira —. Si nos las comemos todas, acabaremos con diabetes y el colesterol por las nubes. ¡Es un exagerado!

—¿Y papel higiénico? —le pregunto riendo.

—Para todo un año —confiesa mi hermana.

Casi son las tres. Quince minutos más y despierto a Guillén. Me imagino que también querrá ducharse, y a este paso se nos va a juntar la comida con la cena. Me entretengo viendo las noticias sobre la nieve. No hablan de otro tema. Los partidos de fútbol se han suspendido al igual que el resto de competiciones deportivas. ¿Qué van a hacer hoy los futboleros? Se van a desesperar.

Después de repetir las mismas imágenes que llevan poniendo desde primera hora de la mañana, hacen una pausa publicitaria y comienzan a hablar de otros asuntos. ¡Por fin! Actualizaciones sobre los últimos conflictos bélicos, la subida de los precios, el Euribor y, a continuación, pasan a la crónica negra. De pronto, veo la imagen de Enrique en la pantalla.

Es de hace un par de años. Sale trajeado dando una conferencia en un foro sobre cómo el cerebro humano transforma las notas musicales en emociones, algo que intriga a psicólogos y musicólogos desde hace tiempo.

Ese aire de científico despistado fue lo que me atrajo de él aquella noche. Su aspecto formal, pero picarón, resultaba encantador. Acabamos la noche en un hotel, follando como locos. No estuvo mal. Desde luego, a años luz de Guillén, pero bueno, tuve un par de orgasmos bastante aceptables.

Comenzamos a salir y, al principio, el que no quisiera ir a lugares concurridos para no encontrarnos con compañeros de su trabajo o clientes míos que pudieran interrumpirnos me pareció bien. Soy de las que piensa que, hasta que una relación no está algo consolidada, es mejor pecar de discreción y no apresurarse a presentar a tu potencial pareja a amigos y familia. Es absurdo si al cabo de unos meses o semanas terminas cortando.

Sin embargo, tiempo después, cuando descubrí su engaño, me sentí estúpida y utilizada. Había pecado de exceso de confianza. Me había estado poniendo los cuernos con mi mejor amiga y yo sin sospechar nada. ¡Tonta, más que tonta!

El cretino del profesor no dudó en acudir a la cita que le propuse el martes a última hora, con la excusa de practicar deporte juntos y así vernos un rato. Me apostaría la cabeza a que pensó que mis intenciones eran tener sexo para terminar el día sin tensiones.

Yo le esperaba apoyada en un árbol en una zona discreta del paseo que nos había servido de refugio para nuestra pasión desenfrenada en más de una ocasión. La vegetación es especialmente espesa y, además, hay unos muros de una antigua

construcción de piedra. Él se acercó sonriendo con ese aire canallita que me encandiló en la discoteca la primera vez que le vi.

«—Hola, guapísima —me dijo a modo de saludo».

Quiso besarme. No me apetecía nada. Sus labios me sabían a hiel. Sin embargo, era consciente de que, si él se abandonaba al deseo y dejaba de pensar, sería menos probable que descubriera mis intenciones.

«—Ven —le pedí, atrayéndole con un guiño».

Como un corderito, me acompañó hasta que nos internamos entre unos matorrales.

«—Te noto muy ansiosa —tuvo la desfachatez de decirme».

Estoy segura de que ya no pensaba con la cabeza, sino con lo que le colgaba entre las piernas. Podía notar su miembro endureciéndose bajo las mallas negras de jogging que llevaba.

«—Me pones a cien —afirmó cuando le empujé contra un árbol, obligándole a arrodillarse—. ¿Quieres sexo oral? Luego espero que me correspondas con tu boca de pecado y tu lengua lujuriosa.

—¿Le dices lo mismo a Almudena? —le pregunté agarrando su cabeza con mi mano derecha para obligarle a que la inclinase hacia atrás, al mismo tiempo que con una rodilla le presionaba el pecho, provocando que su ritmo de respiración comenzara a disminuir.

—No te entiendo —respondió ente jadeos.

—¡Oh! Yo creo que sí. Te follabas a las dos. Por eso me pedías discreción. ¡Eres un cerdo!

—Era ella. No me dejaba en paz. A mí solo me interesas tú.

—¡Y sigues mintiendo! —exclamé irritada, aumentando la intensidad de mis sujeciones».

El enfado incrementó la tensión de mis miembros, dotándome de una fuerza hercúlea. Había apoyado la palma de mi mano izquierda contra el árbol, y la planta derecha la tenía asentada en el suelo. Mi cuerpo estaba en perfecto equilibro. Enrique manoteaba de manera fútil. Al cabo de unos segundos, posó sus manos en mi muslo, queriendo hacerme retroceder. ¡Iluso!

Aquel desperdicio humano no podía seguir respirando el mismo aire que yo. Aunque bloquease su número en el móvil, y Almudena cumpliese su promesa de no seguir saliendo con él, nos terminaríamos volviendo a encontrar con Enrique en cualquier parte. Tendríamos que soportar sus burlas y observarle intercambiar chanzas con sus amigotes. No. Aquella situación se iba acabar de una vez por todas.

Con un rápido movimiento de mi mano, hice chocar su nuca contra el tronco del árbol. Fue un golpe seco que le hizo abrir los ojos y observarme sorprendido. Al cabo de unos segundos, sus brazos cayeron inertes a ambos lados de su cuerpo y su respiración se detuvo. Inspiré complacida.

No había nada mejor que un trabajo bien hecho.

Me alejé de allí trotando al ritmo que marcaba la música que salía de mis cascos sin preocuparme por haber dejado huellas o pelo de mi cabello sobre su cuerpo o en la tierra. Mis manos estaban protegidas por unos finos guantes que me aislaban del frío, al igual que mi cabeza estaba guarecida con un gorro. En cuando al rastro de mis pisadas, nada que la lluvia del atardecer no fuera a borrar. Sin embargo, no conté con que un hombre me viese marcharme bajo la tenue iluminación de las farolas.

Es imposible que atisbase mi rostro con aquella escasa luz. Como mucho, podrá describir mi silueta. De todas formas, cuando regrese a Madrid tiraré en un contenedor, lejos de mi piso, la ropa que llevaba puesta aquella noche.

Lo importante es que Enrique tuvo lo que se merecía. ¿A cuántas mujeres habría engañado antes que a mí? Seguro que a unas cuantas.

—Púdrete en el infierno —digo en voz alta llena de ira, al ver de nuevo su foto en el noticiero.

—¿Martina? —escucho que pregunta detrás de mí Guillén.

Ensimismada en mis recuerdos, no me he percatado de que no estaba sola. ¿Cuánto llevará ahí?

Me giro y veo que está vestido, aunque con el pelo mojado. En algún momento se ha levantado y dado una ducha rápida. ¿Cómo no he oído correr el agua?

—¿Le conocías? —inquiere perplejo mi vecino que, por lo que intuyo, ha estado observándome durante más tiempo de lo que me imaginaba.

—Quedamos unas tres veces. Quizás cuatro —respondo sin dudar. Una mentira se esconde mejor entre verdades.

—¿Hace mucho de eso?

—No. Rompimos hace poco —contesto sin ganas, pero convencida de que antes o después iba a terminar enterándose—. Le conocí una noche que salí de fiesta con mis amigas. Él estaba con sus colegas en el bar de copas donde aterrizamos después de cenar. Almudena, una compañera de trabajo, se lio con un tío de su pandilla y bueno…

—Tú te acostaste con Enrique —concluye Guillén por mí.

—Sí. Me pareció un tipo majo, inteligente y simpático. ¡Y vaya si lo era! El muy sinvergüenza comenzó a salir también con Almudena. A las dos nos pidió discreción hasta estabilizar la relación, y ambas mantuvimos el secreto. Aunque sabía que ella quedaba con alguien, puesto que yo no deseaba entrar en detalles de mi escarceo con Enrique, tampoco se los pedía a ella.

—¿Cómo lo descubristeis?

—Una mañana, durante la pausa del café, Almudena no fue capaz de aguantarse más y nos mostró a Natalia y a mí una foto de ella y Enrique en una fiesta por la inauguración de una joyería. Allí salían los dos con las mejillas pegadas, posando como tortolitos. Él había cancelado una cena romántica conmigo aquella misma noche fingiendo estar malo en la cama con gripe. Yo, ingenua y tonta, me lo creí. Hasta me estuve planteando ir a su casa a llevarle sopa. ¡Menos mal que no lo hice!

—Hombres así desprestigian el género masculino. Luego pagamos todos por las faltas de unos pocos. De todas formas, creo

que tu compañera fue tan víctima como tú. Si sois amigas, dudo que saliera con él a sabiendas del daño que te estaba haciendo.

—Las chicas también podemos ser unas cabronas egoístas —replico con resquemor.

Al final van a tener razón mi hermana y Natalia. Me tocará hacer las paces con Almudena. Hablaré con ella esta semana en cuanto podamos retomar la actividad normal del despacho.

—Cuando salía de juerga con José y Pedro, siempre había una línea roja que nunca traspasábamos: si a uno de los tres le gustaba una tía, el resto se mantenía alejado. No tiene sentido estropear una amistad por un polvo rápido.

—¡No fue un casquete sin más! —espeto enfadada—. Enrique jugó con mis sentimientos.

—Lo sé. Pero ambas fuisteis engañadas. ¡Quizá os la estaba pegando con alguna otra mujer! Se ve que no tenía escrúpulos. Puede que incluso le mataran por no saber mantener la polla dentro del pantalón. Deberíais ir las dos a la policía y contarles lo que os hizo. Es una posible pista.

—Yo creo que no merece la pena molestar a los investigadores con tonterías. Además, ninguna hemos continuado viéndonos con él. Por otra parte, en las noticias siguen diciendo que fue un robo frustrado por la llegada de alguna persona.

—Si tú lo dices, que eres la abogada…

—Exacto. Ahora, vamos a comer. Podemos saltear unos champiñones —le comento, deseando cambiar de tema.

No me gusta pensar en Enrique. Mejor olvidarme de él o se me cortará la digestión.

Capítulo 24

Guillén

Domingo 17:00

Llevo media hora sentado en la silla de mi oficina pensando en lo que ha ocurrido en el chalet de Martina antes de comer. La expresión de desprecio absoluto de su cara me ha dejado descolocado. No había ni rastro de la cálida mujer que se cobija entre mis brazos después de tener un orgasmo. Esa ira contenida que albergan sus palabras, indica que se alegra de que Enrique esté muerto. Si es incapaz de perdonar a su amiga, cuando sabe que el fallecido las engañó y mintió a ambas, dudo que sienta una chispa de tristeza por el asesinato de su examante.

Mis dedos tamborilean sobre el teclado sin terminar de decidirme a hacer lo que mi mente me grita que haga. Es una funesta coincidencia que Enrique y ella salieran. Al fin y al cabo, la esposa de Pedro también conocía al entrenador cuyo cuerpo fue hallado en el río, y no va a ir a declarar a la policía que le veía en el gimnasio. Sin embargo, dar clases de zumba no es lo mismo que mantener relaciones paralelas con varias mujeres haciendo malabares con los horarios. Si cuando yo tenía novia se me hubiese ocurrido salir a tomar café con otra chica, fijo que me habrían pillado *infraganti*. Es un motivo más que justificado para que un psicópata celoso mate a una persona.

¡Venga! Ya me he colado una vez en su ordenador, por hacerlo una segunda vez no va a pasar nada. Así me quedaré tranquilo y podré seguir disfrutando de la compañía de Martina sin recelos. Solo quiero asegurarme de que está todo en orden. Convencerme de que la bella mujer que tengo por vecina es una abogada despechada, pero incapaz de asesinar a nadie.

Nada. Aunque su portátil rebosa de documentación legal, no alberga mucho más. He mirado en el historial del navegador y es muy similar al mío. Búsquedas de noticias del temporal, pronóstico del tiempo, estado de las carreteras…

Su móvil no está transmitiendo datos, así que no lo está usando. Debe estar leyendo o durmiendo un poco. Voy a aprovechar que tengo vía libre para echar un vistazo a su galería de fotos e incluso hacer *clic* en la papelera. Mucha gente elimina imágenes creyendo que desaparecen del todo de sus dispositivos, sin darse cuenta de que los teléfonos están programados para mantener cualquier tipo de archivo durante treinta días, almacenado en «la papelera». Transcurrido ese lapso de tiempo, se borrarán definitivamente, pero, hasta entonces, es factible rescatarlos y consultarlos.

Vale, veamos qué has querido hacer desaparecer, Martina. Varias fotos de paisajes nevados, de acuerdo, hiciste muchas y la mayoría son idénticas. Algunas de fiesta con sus amigas, ¡qué bien os lo pasáis! Cuatro con Enrique, con lo que le odias no es raro que las hayas eliminado. Su aspecto era el de un tipo majo, incluso diría que tenía cara de tonto. ¡Para fiarse de las apariencias!

¿Y este quién es? De pronto, reconozco el rostro que aparece en dos instantáneas. Se me hiela la sangre por lo que esto implica. Es Eric Nilsen, la segunda víctima encontrada en el fondo del río en la zona donde el físico fue asesinado. El monitor de zumba del gimnasio. No es una inocente foto de un grupo de alumnas con su tutor en un descanso entre clase y clase. Eso sería algo normal en el mundo de los *selfis* y las redes sociales.

Son Martina y él en la cama, desnudos, apenas cubiertos por una sábana con el logotipo de un hotel, posando felices y contentos. El brazo extendido de ella indica que son imágenes captadas con el beneplácito de ambos. Están sudorosos, con los ojos brillantes y esa expresión satisfecha que solo produce el buen sexo. Ella despeinada y con el maquillaje emborronado, pero atractiva a rabiar. Él sonríe confiado. ¿Cómo no lo va a estar si se ha ligado a una atractiva abogada que gana en un mes lo que él en un año dando clase?

¿Estoy celoso? Sí, mucho. Si consiguió conquistarla, fue porque era un adonis nórdico de mirada esmeralda. Fijo que un día, al terminar la sesión de gimnasia en el centro deportivo, tontearon un poco, luego quizá fueron a un bar a cenar algo y acabaron follando.

Lo que se dice un calentón. Las dos fotos son del mismo encuentro. No hubo otra cita o, si la hubo, no quedó constancia de ello. Seguro que no era la primera ocasión que se llevaba a una alumna a la cama.

No puedo culpar a Martina. Todos necesitamos darle un gusto al cuerpo de tanto en tanto y satisfacer nuestros apetitos carnales. Me imagino que aprovechó la ocasión y el momento y se acostó con Eric.

Son imágenes antiguas. No me hace falta consultar los detalles de los archivos para asegurarme. Ella tiene el pelo más largo que ahora y las arruguitas de sus ojos son menos pronunciadas. Tuvieron que ser tomadas antes de la desaparición del nórdico, y eso ocurrió hace unos cuatro años.

Sin embargo, hay algo que me escama. Martina borró las instantáneas de Eric a la vez que las otras en las que sale posando con Enrique. Puedo comprender que, al enterarse de la muerte de su antiguo novio, quisiera hacer desaparecer las fotos para no amargarse con recuerdos agridulces, pero, hasta el día siguiente, no fue hallado el cuerpo de monitor. ¿Por qué no se deshizo de ellas antes? Según los periodistas, el de Oslo, en teoría, regresó a su país para cuidar a su padre. Así lo afirmaba en la carta que dejó en la mesa del gerente del gimnasio. ¿Para qué guardarlas tanto tiempo? Si fue un encuentro casual, lo normal habría sido enviarlas a la papelera aquel mismo día. Cambiamos de móvil con frecuencia y siempre perdemos información al hacerlo o aprovechamos para hacer limpieza en la lista de contactos y en la carpeta de descargas. Sorprendentemente, Martina las conservó hasta ahora. ¿Significaban tanto para ella? ¿Se enamoró de su monitor? Si lo hizo, es evidente que fue un amor no correspondido. En ningún medio mencionaron nunca que el noruego tuviese una novia española.

Me salgo de la red de mi vecina antes de que se percate de que estoy husmeando en sus dispositivos. Es imposible obtener más información de ellos. He vuelto a confirmar que no tiene ninguna nube donde almacene otros archivos. A excepción de la del bufete,

en la cual comparte documentos con algunos de sus compañeros, no he encontrado rastros de cuentas en aplicaciones tipo OneDrive o similar. Me imagino que en su piso de Madrid tendrá memorias externas en la que irá volcando las fotos que hace con el móvil, como hacemos todos.

¿Quién no guarda instantáneas de sus momentos de ocio con amigos y familia captadas, o bien con las antiguas cámaras digitales o bien con ultra modernos teléfonos inteligentes? Antes, cuando solo podíamos hacer el número finito de capturas que marcaba el carrete, nos conteníamos más, pero ahora el mundo está lleno de fotógrafos que ven la vida a través de una lente en lugar de con sus ojos. Observan la realidad distorsionada por un filtro sin la compleja belleza de captarla en directo. Después, las miran un par de veces al regresar a sus hogares, para, a continuación, guardarlas en una carpeta virtual que lo más seguro es que releguen al olvido eterno.

Mi mente se queda en blanco, sin saber por dónde continuar mi particular investigación, hasta que unos breves retazos de la charla de ayer con Susana la activan de nuevo. Lo que nos contó despertó mi curiosidad. Voy a indagar un poco en internet. Digo yo que habrá noticias relacionadas con la desaparición de un chico llamado Hansen en esta zona. Encuentro un par de *links* que me llevan a la web del Ayuntamiento, en concreto, a un antiguo perfil de Facebook que no han actualizado desde antes de la pandemia. La foto de un chaval de unos veintipocos años me observa en silencio con la inocente alegría de la juventud.

Un rostro masculino sonriendo a la cámara en una pose desenfada, captada por sus padres antes de coger el autobús que le trajo a España, destaca sobre un fondo blanco rodeado de una franja roja donde se lee: desaparecido. Me imagino que confeccionarían ese cartel para recubrir las paredes de Nava del Conde y sus alrededores. Hay un par de *posts* convocando batidas por el monte, pero, durante el invierno, las inclemencias del tiempo interrumpieron su búsqueda. Resultaba peligroso aventurarse por terrenos escarpados con escasa visibilidad y suelo irregular. Deslizo

el dedo por el ratón, a fin de avanzar en las publicaciones del muro, y me topo con la convocatoria de una vigilia para rogar por el alma de difunto. Al parecer, el deshielo permitió encontrar sus restos tal y como nos explicó Susana.

«*Un desafortunado accidente*», reza el titular del artículo que confirma que la muerte de Hansen se debió a un desgraciado tropiezo con graves consecuencias.

Regreso a la web del Ayuntamiento y curioseo en ella, haciendo *clic* aquí y allá. Encuentro las pestañas habituales de información turística, eventos culturales, horarios de piscina, programas festivos y disposiciones municipales de diversa índole. Sin embargo, ninguna de ellas llama mi atención. Es mucho más interesante el muro del Facebook, por muy atrasado que este. Los *posts* eran originales y divertidos, creados para captar la atención de la gente. Supongo que hubo un cambio de rumbo político en alguna elección y decidieron prescindir de la persona que llevaba las redes o consideraron que la red social estaba desfasada. Quizá, simplemente, no les pareció útil continuar subiendo publicaciones.

Regreso a la última entrada que hallé sobre Hansen y sigo retrocediendo en la increíble máquina del tiempo que he descubierto. Reconozco caras rejuvenecidas de los habitantes de Nava del Conde posando sonrientes en las fiestas de agosto, en exposiciones o en la matanza invernal. ¡Qué bien se lo pasaban!

Aunque estoy en contra del maltrato animal, no voy a negar que un buen embutido, solo o en bocadillo, me resulta un manjar exquisito. Antaño se hacía una matanza del cerdo en cada granja, pero ahora se realiza una anual para todo el pueblo, con todos los controles sanitarios pertinentes. Nunca he visto una. ¿Cuándo será este año?

Lo tengo. El segundo fin de semana de enero. Se lo comentaré a José y a Pedro. Seguro que les apetece venir al pueblo con los críos a disfrutar de la fiesta. Incluso pueden quedarse a dormir en mi cabaña. No sería la primera vez que tiramos unos sacos en el suelo del salón y montamos una acampada. Luego les mandaré un

mensaje con el enlace a la página del consistorio. Me planteo comentárselo también a mis hermanas, pero ellas son demasiado urbanitas como para disfrutar de un fin de semana en la sierra a bajo cero. Además, mezclar a los niños de mis amigos, que suelen portarse bien, con mis sobrinos, unos kamikazes en potencia, sería una nefasta idea. Me destrozarían la casa.

Sigo curioseando en Facebook hasta que me topo con imágenes de Susana, Martina y otros jóvenes en lo que parece una reunión de las *peñas*[11] del pueblo. En la descripción a pie de foto, compruebo que las instantáneas fueron tomadas en el verano del 2003, durante una verbena celebrada tras el pregón que daba comienzo a los festejos. Mi vecina era una preciosa universitaria que ya destacaba del resto. Entonces no llevaba gafas, y el maquillaje que se aplicaba era bastante menos discreto que el que luce en la actualidad. Distingo destellos de purpurina en sus párpados pintados de rosa. Hay un chico a su lado que le pasa el brazo por los hombros en una actitud protectora en la que se intuye cierta actitud de posesión. Da la impresión de decir: «Es mía. Os da envidia, ¿eh?».

Las personas de las fotos están etiquetadas, de modo que puedo leer su nombre: José Ramón Cuadrado. Si lo introduzco en un motor de búsqueda, averiguaré cosas de él. ¿Seguirá viviendo en el pueblo? A lo mejor es de una población cercana o simplemente amigo de alguien de Nava del Conde. Quien sea, estaba bien integrado, porque luce la camiseta de la peña.

¡No! ¡Imposible! No me lo puedo creer. Es inaudito. ¿Otra casualidad? ¿Pura coincidencia?

Me pongo de pie y doy vueltas por la cocina como un león enjaulado. Me preparo una taza de café. Vale, es malísimo para los nervios y me va alterar más de lo que ya estoy, pero necesito algo fuerte y mejor la cafeína que el alcohol, que es lo que en realidad me apetece. Una copa de whisky de alta graduación, sin hielo, llena hasta los bordes, sería lo ideal. Si tuviera un paquete de tabaco, me lo fumaría entero.

Salgo al porche y contemplo durante un buen rato el jardín. No noto el frío, ni la falta de prendas para protegerme de él. El esfuerzo que hice esta mañana despejando la entrada fue fútil. La nieve ha comenzado a caer de nuevo. No sé desde cuándo. Absorbido por mis indagaciones, no me he dado cuenta. Los copos no son tan grandes como anoche, pero no me extrañaría que en breve fuesen mayores. Para colmo, se ha levantado un fuerte viento cuyas rachas azotan los árboles como si fueran de papel, a pesar del peso del manto blanco que las cubre.

Inspiro el gélido aire y regreso al calor de mi cabaña. Mis pies enfundados en unos confortables calcetines me llevan hasta el ordenador, y mis incrédulos ojos leen de nuevo la crónica que tanto me ha alterado.

> *«El Ayuntamiento ha decretado tres días de luto y la suspensión de las fiestas por el fallecimiento de José Ramón Cuadrado, un joven muy querido en la localidad.*
>
> *Las causas de su muerte permanecen bajo secreto de sumario, no obstante, según las fuentes consultadas por este periódico, se descarta que fuera un accidente o una ingesta excesiva de alcohol.*
>
> *Su cuerpo fue encontrado sin vida a primera hora de la mañana por su madre al ir a despertarlo…».*

No todos los medios de comunicación fueron tras discretos y compasivos con la familia. Aunque era una funesta noticia cuyos detalles deberían haber sido omitidos por la prensa a fin de preservar la intimidad del muerto y la de sus allegados, he hallado varios artículos en periódicos digitales, en los que explican que el joven se suicidó con una ingesta masiva de somníferos pertenecientes a su progenitora. Entonces no se protegían tanto los datos personales como en la actualidad, y muchos mal llamados

periodistas no tenían reparos a la hora de informar de lo que fuese con tal de captar lectores.

Cotejando las fechas del muro de Facebook del Ayuntamiento con las de las publicaciones, descubro que el suicidio fue justo la misma noche en que las instantáneas de la verbena en la plaza fueron tomadas. La pandilla sonreía feliz, ajena a lo que estaba a punto de acontecerle a uno de ellos.

¿Por qué querría quitarse la vida alguien tan joven con todo el futuro por delante? ¿Estaría deprimido? Nadie sabe lo que pasa en realidad por la mente de los demás. Podemos presentar una fachada de normalidad, cuando por dentro nos consumen las preocupaciones, el estrés y la ansiedad.

—¿Por qué Martina sale a su lado? ¿Era su novia igual que lo fue de Enrique y de Eric? ¿También lo sería de Hansen? —me pregunto en voz alta incapaz de asimilar las horribles implicaciones de mis razonamientos.

Capítulo 25

Martina

Domingo 20:00

Guillén ha estado demasiado silencioso durante la comida. ¡Maldita sea! No me di cuenta de que estaba detrás de mí mientras veía las noticias. Si lo hubiera sabido, habría fingido estar compungida. Se me da bien. La gente solo ve lo que quieres mostrarle. No rascan debajo de la superficie de las cosas. A veces, un puñado de barro seco esconde una pepita de oro, igual que una abogada prestigiosa puede ocultar bajo un rostro impasible un alma vengativa.

No soy una asesina. He tratado con muchos y yo no me parezco en nada a esos engendros de la naturaleza con la mente perturbada, que matan a sus congéneres por un ajuste de cuentas o bajo los efectos de alguna sustancia, bien sea alcohol o drogas. Tampoco soy una mercenaria a sueldo que dispare a un objetivo por dinero sin importarme qué ha hecho para merecer la muerte. Yo no actúo sin pensar. Conozco los motivos que me han llevado a acabar con la vida de cuatro hombres.

En mi caso, considero que he hecho un favor a la humanidad eliminando a determinados parásitos, egoístas, mezquinos e insensibles, que no dudan en burlarse de las mujeres a las que dicen amar. Una purga necesaria para evitar un mal mayor. Podría llamarlo selección natural por el bien de la especie. Solo con imaginarme que seres así esparzan su simiente, multiplicándose y expandiéndose como una enfermedad, me echo a temblar. El mundo está mejor sin ellos.

Enrique era un vulgar Casanova al que no le importaba el número de mujeres a las que destrozaba la vida. Sus amigos eran aún peores. El que se acostó con Almudena la noche que yo me lie con Enrique por primera vez, «la entretuvo» hasta que mi supuesto ligue tuvo un rato libre para echarle el anzuelo. La muy pánfila se creyó a pies juntillas que, en realidad, la que le gustaba era ella, pero él, como buen colega, se había hecho a un lado al ver el interés de su queridísimo amigo por sus encantos. Otro que se merece que le den

un escarmiento. Alguien lo hará tarde o temprano, estoy segura. Igual que yo le enseñé la lección a Enrique.

No supe que mi venganza había tenido lugar en el mismo sitio en el que se hallaban los restos de Eric hasta que escuché las noticias el otro día. En realidad, de él me deshice río arriba, en una zona desierta a la que solo acuden drogadictos a pincharse a altas horas de la madrugada. Ha sido la vez en que he corrido más riesgos. Demasiados potenciales testigos.

Eric Nilsen apareció una tarde en el gimnasio con su mirada indolente y su ficticia sonrisa en nuestra clase de zumba. Todas, incluidas Natalia, Almudena y yo, caímos rendidas a sus obvios encantos. En cuanto encendía el reproductor y sonaba la música, la rigidez de su cuerpo se evaporaba. Sus miembros cobraban vida al son de los acordes que llenaban la sala. Era un espectáculo verle bailar. Cualquiera que lo observara paseándose entre las máquinas de musculación, creería que allí era donde se entrenaba.

Sus músculos cincelados en mármol, bajo una piel que brillaba al cubrirse de una fina capa de sudor, arrancaban suspiros entre las que deseaban acariciarlos y los que soñaban con parecerse a él. ¡Ilusos! La genética y la práctica de ejercicio desde la niñez no pueden compensarse con un par de horas de entrenamiento tres veces a la semana.

Hijo de militar, desde bien pequeño supo que quería seguir los pasos de su progenitor. Sin embargo, sus mandos decidieron prescindir de él después de un par de misiones en las que su comportamiento dejó mucho que desear. Su carácter irascible y su falta de empatía en los destinos a los que acudía con sus compañeros por mandato de la ONU de forma humanitaria, le granjearon enemistades y varios expedientes disciplinarios. Sus padres le persuadieron de buscar ayuda psicológica antes de que causara más daño a los demás o a sí mismo. No sé por qué motivo, el terapeuta que lo trató consideró que el baile le ayudaría a desestresarse, pero el hecho es que logró curar a su paciente y enfocar su futuro profesional fuera del ejército.

Los centros deportivos se lo rifaban. Pocos como él compaginaban la doble vertiente de entrenador personal y profesor de baile. Atraía a hombres y mujeres por igual a sus clases por decenas, aumentando los ingresos del gimnasio en el que estuviera prestando sus servicios en aquel momento. Cuando sus ojos verdes se posaban en ti, te echabas a temblar. Sabías que corregiría los errores de tu postura o de tus pasos en voz alta, con un tono seductor y acerado a la vez, que te haría estremecer de placer y de vergüenza. Aunque solía disimular sus verdaderos pensamientos detrás de su sonrisa, a mí no me engañaba, puesto que yo he utilizado idéntica técnica en el trato con mis congéneres durante años.

Una tarde, al salir de una clase de zumba a la que había acudido sola, nos encontramos en las duchas. Eric me dedicó una mirada apreciativa antes de invitarme a tomar una copa. Su boca decía una cosa, pero sus ojos me indicaban otra. Ir a beber juntos a un bar no es lo que en realidad queríamos ni él ni yo. Cuando llegamos a la puerta de un pub cercano al centro deportivo, me volví hacia él.

«—Si quieres cenar algo, entramos, pero, si quieres algo más, conozco un hotel cerca de aquí con un excelente servicio de habitaciones».

Me miró con sorpresa durante un par de segundos, para, a continuación, decirme con su acento teutónico.

«—Sabía que no me equivocaba contigo».

Entonces, sonreí satisfecha. Pensaba que mi seguridad le había impactado y seducido a partes iguales. ¡Ilusa! Me había puesto en bandeja ante él con las piernas abiertas y un cartel de neón fluorescente apuntando a mi vagina. Claro, que eso no lo supe aquella noche. En la habitación del hotel se comportó como un buen amante, fogoso y complaciente, que buscaba satisfacerse a la vez que yo me corría. No como esos ligues eventuales de un bar a los que te dan ganas de decirles, cuando acaban de eyacular y te miran en plan gallito, orgullosos de haberte echado el supuesto polvo del siglo: *¿Ya has terminado? ¿Eso ha sido todo?*

Eric y yo aprovechamos que era viernes por la noche para retozar bajo las sábanas hasta bien entrada la madrugada. Sudorosa y felizmente agotada, me dormí en sus brazos. Al despertar a las diez el sábado, descubrí que estaba sola en la gran cama, sin rastro de Eric por ninguna parte.

El fin de semana no trabajaba en el centro deportivo, y no tenía su número de teléfono, así que tuve que esperar hasta el lunes para hablar con él. No me gustó que se marchara a la francesa, pero decidí comerme mi orgullo y darle una segunda oportunidad. Era un guapo macizorro que follaba bien. ¡A nadie le amarga un dulce!

No esperaba toparme con una mole de músculos fría y distante que me miraba en clase como si fuera un mosquito y que rechazaba cualquier tipo de acercamiento por mi parte. Noté en mi espalda las miradas satisfechas de las compañeras de zumba a las que él ignoraba a diario, a pesar de que le ponían morritos y las tetas bajo los ojos. ¡Estaba furiosa! ¿Qué se había creído aquel estúpido?

Fingí irme a casa al finalizar la sesión, y me despedí de Natalia hasta el día siguiente. Diez minutos después, regresé sobre mis pasos y aguardé dentro de mi coche a que Eric acabase su turno. Puse la radio. No recuerdo lo que escuché porque mi mente no estaba en el vehículo, sino en la puerta gris oscuro del gimnasio. A las nueve y media, vi salir a mi objetivo y me dirigí ligera hacia él.

«—¿Por qué me rehúyes? —le espeté rabiosa.

—No me gusta mezclar lo personal con lo profesional —me respondió tan pancho mientras intentaba esquivar mi cuerpo para largarse de allí.

—Eso no es lo que has estado haciendo estas dos semanas —alegué sin moverme ni un milímetro de mi posición—. Me has buscado con insistencia por los rincones, lanzándome indirectas e insinuaciones sin reparo. ¿Qué pasa? ¿Que una vez que lograste tu objetivo de llevarme a la cama te resulto tan molesta como una piedra en el zapato?

—No es eso, Martina —negó en un tono menos prepotente al darse cuenta de mi fingida sumisión. Supongo que tampoco deseaba

que sus jefes se enteraran de los particulares servicios que otorgaba a sus alumnas.

—Lo pasamos bien —digo de forma mimosa y seductora—. ¿No te apetece repetir?

—No sé…

—Prometo que después no te lo volveré a pedir —añadí tragándome la hiel que se formaba en mi garganta al implorarle—. Volveremos a ser profesor y alumna. Nada más. Te lo prometo».

Por supuesto que cedió. El sexo que tuvimos fue genial, no solo gracias a Eric, yo soy una leona en la cama y, por lo general, los hombres quieren repetir conmigo. Otra cosa es que yo quiera hacerlo. Eric me había humillado abandonándome en aquella habitación y lo iba a pagar.

Le persuadí de subirnos a mi coche e ir a un discreto motel de las afueras. Un par de horas de sexo desenfrenado y vuelta a la ciudad. Tras un leve titubeo, aceptó venir conmigo. Era una oferta demasiado golosa para ser rechazada.

«—Bonito coche. ¿En qué decías que trabajas?

—Soy abogada en un prestigioso bufete —respondí mientras le ofrecía una botella de una bebida isotónica que él cogió agradecido.

—Debes ganar mucho para permitirte un lujo como este. Mi sueldo como monitor es muy bajo. Por cierto, el motel tendrás que pagarlo tú, porque estamos a fin de mes y ando justo. ¿Por qué no vamos a tu casa? Sería más barato y así me la enseñas.

—Igual que a ti no te agrada mezclar el placer con el trabajo, a mí no me gusta llevarme los rolletes a casa —repliqué conteniendo mi enfado».

¿Cómo pude creer que Eric era un hombre que merecía la pena conocer? Lo que tenía de guapo lo tenía de lerdo. Ni loca lo llevaba a mi hogar y que me vieran los vecinos en su compañía. Para mis planes, aquello sería una desventaja.

«—Lo que tú quieras, pero ya te he avisado de que estoy pelado».

Continué conduciendo con la vista fija en la calzada, hasta alcanzar la salida que llevaba al motel. Sin embargo, aquel nunca fue mi verdadero destino. En la botella de refresco había disuelto tres pastillas del somnífero que me habían recetado para frenar mi insomnio. Me embotaban demasiado la cabeza, así que solo faltaban dos píldoras del envase. Había llegado el momento de darles otro uso. El punto ácido del limón que caracterizaba el sabor del líquido que le había ofrecido, disimuló el posible amargor del medicamento. Satisfecha, observé cómo a Eric se le cerraban los párpados a medida que trascurría el tiempo. A fin de asegurarme de que se quedaba dormido, di un pequeño rodeo para alargar el trayecto. No me hacía falta que se muriera en el coche, solo necesitaba que se adormeciera lo suficiente para poder trasladarle a su lugar de reposo final.

Salí de la circunvalación y me adentré en una zona poco recomendable para que una mujer en un coche como el mío circulase de noche. Mi jefe siempre dice que hay que tener amigos hasta en el infierno y he de darle la razón. Mis clientes habituales acostumbran a ser hombres trajeados que se han metido en un lío y quieren que les solucione el problema, pero hay ocasiones en que su forma de vestir no indica el volumen de su cuenta corriente. Mientras puedan pagar mis altos honorarios, son bienvenidos en mi despacho, de la misma forma que yo lo soy si visito su hogar o su negocio. Aquella noche fue el *Sombratriste* y sus colegas los que me ayudaron.

«—Buenas noches, abogada —me saludó cordial mi cliente, un hombrecillo enjuto de aspecto melancólico y poco dado a sonreír—. ¿Qué tal va lo de mi Josito? Es un buen chico.

—A otra con ese cuento, que es la cuarta vez que le trincan con los bolsillos repletos de bolsitas de coca —respondí dirigiendo una mirada fugaz por encima del hombro de mi interlocutor. Su hijo me contemplaba avergonzado por las palabras de su progenitor en compañía de otro tipo musculoso lleno de tatuajes—. Lograré que se

libre de ir a la cárcel, pero no habrá próxima vez. Los antecedentes son una pesada losa que arrastrará toda su vida.

—Abogada, aunque mi hijo ha aprendido la lección y no volverá a meter la pata, si lo hiciera, sabes que volverías a ayudarle, igual que yo sé que el rubiales grogui que me traes no verá la luz del sol mañana».

No se deben hacer pactos con el diablo, salvo que tú seas el demonio. *Sombratriste* nunca me traicionará. Conozco varios secretillos suyos que interesarían a la policía. Mi silencio me hace rica, porque ciertos temas no son aptos para ser tratados en un despacho. No todos los letrados se prestan a ello. Mis jefes no lo hacen y, por ese motivo, tras ocuparme de cierto asunto legal que inculpaba a *Sombratriste* en un feo tema de narcotráfico, me pidieron que no volviera a aceptar ningún caso suyo. Cumplí su orden. Mi peculiar cliente no volvió a asomar su aguileña nariz en las oficinas del bufete. Había muchos lugares discretos donde vernos con tranquilidad sin que los socios del despacho lo supieran.

Aquella noche fui yo quien solicitó el encuentro. Con mi segundo teléfono, ese que uso cuando no deseo dejar rastro de mis llamadas, contacté con él y le expliqué de forma somera lo que necesitaba. No hubo aspavientos ni reproches. Se limitó a asentir y concertamos hora y lugar para la furtiva reunión.

Cinco minutos después de nuestro encuentro, volví a poner mis manos en el volante y me dispuse a seguir las instrucciones de la montaña de músculos que ocupaba el asiento trasero al lado de un callado Josito. Fuimos hasta un puente cochambroso y lleno de pintadas, bajo el cual el cauce del río transcurría a gran velocidad.

«—Si lanzamos el cuerpo del rubiales por aquí, será arrastrado lejos de Madrid —aseguró el matón que llevaba colgado al hombro a un dormido Eric—. Ha llovido mucho estos días y continuará haciéndolo a lo largo de la semana.

—Sigue respirando —comenté observando al monitor de zumba.

—Eso tiene fácil arreglo —aseguró Josito hablando por primera vez desde que dejamos a su padre en el descampado».

Echó una carrera hasta donde había aparcado y, tras unos segundos mirando el suelo, cogió una piedra de considerable tamaño. Con ella, le asestó un buen golpe en la nuca a Eric con el beneplácito del hombre de *Sombratriste*. A continuación, lanzaron el cuerpo y la roca al río, sin temor de que Eric volviera en sí al entrar en contacto con el agua.

Al día siguiente, fui pronto al gimnasio y deposité en la mesa del gerente una carta con la supuesta renuncia de Eric a su empleo. Ingenuamente, pensé que sería la última vez que el alemán me importunase. Me equivoqué.

¿Qué probabilidades había de que las ramas y los troncos del lecho del río atraparan los restos del monitor y los depositaran justo en el mismo lugar donde años después me iba a deshacer de Enrique?

Ínfimas, escasas, pero, según han demostrado los hechos, la estadística no yerra al afirmar que no eran nulas.

Estoy segura de que en el infierno se han encontrado las almas de Enrique y de Eric y se han aliado en contra mía. No importa. Los tipos que me ayudaron a deshacerme del segundo no hablarán por la cuenta que les trae, y nadie más sabe que Eric y yo nos liamos. Ni siquiera mis amigas.

O, al menos, eso pensaba hasta hoy.

He venido caminando hasta la cabaña de Guillén. Los esquíes se han quedado apoyados en la pared del porche de mi chalet porque la nieve no está lo suficientemente dura como para deslizarme con ellos. Quizá debería haberlos traído. Aunque por la tarde subieron las temperaturas de forma temporal en toda España, y con el ascenso llegó la lluvia, ahora sopla el viento y comienza a nevar de nuevo. La mullida capa blanca se hunde con cada una de mis pisadas. Aunque el mono y las botas impermeables me protegen de la humedad bastante bien, no han podido impedir que un poco de agua helada se cuele por la zona donde se une el calzado con las perneras.

Mi intuición ha demostrado ser acertada una vez más. Sabía que mi vecino no se había quedado conforme con mis explicaciones.

Pude notar cómo se distanciaba de mí durante la comida. Antes de descubrirme viendo las noticias, era incapaz de mantener sus manos y sus labios lejos de mi piel. Después de despertarse, se ha retraído de forma instintiva cada vez que he disminuido la distancia entre los dos.

Estoy parada observando cómo teclea en su ordenador. En la pantalla logro vislumbrar imágenes de mi juventud, en las que aparezco celebrando las fiestas de Nava del Conde en compañía de mis amigos. En una de ellas estoy con Susana y su hermano. ¿De dónde las habrá sacado? Diría que es un perfil de Facebook. ¿La gente no sabe que una vez subida una foto a la red es casi imposible eliminarla del todo?

Ahora se ha detenido en un *post* que muestra el rostro de Hansen. Es el cartel que hicieron cuando organizaban batidas para encontrarlo. Guillén debe estar husmeando en las webs del Ayuntamiento. ¿Por qué tendrá que ser tan entrometido?

Es informático, y me da que utiliza sus habilidades para colarse en los ordenadores de quien no debe. Fijo que también ha hackeado mis dispositivos. Menos mal que me he deshecho de las instantáneas en las que retozaba en la cama con Eric, y he borrado los chats de las conversaciones que mantuve con él y con Enrique.

¡Qué pena! Lo nuestro podría haber funcionado. Ahora me veo obligada a silenciarle para siempre. No era mi intención. Guillén es el único responsable de su inminente muerte. Todos ellos lo fueron. Si me acorralan, me defiendo. Para su desgracia, cuando me llevan al límite soy letal.

Capítulo 26

Guillén

Domingo 21:00

El sonido del timbre me sobresalta haciéndome verter parte del contenido de mi vaso de agua sobre la encimera. Tengo los nervios tan alterados que un leve susurro provoca que me ponga en alerta. Lo que he leído sobre Martina y los hombres que fueron pareja suya me ha puesto el vello de punta. ¿Con quién me he acostado? ¿Qué esconde tras su atractiva fachada de abogada exitosa? ¿Es una mantis religiosa que acaba con los machos con los que se aparea?

Vuelven a pulsar el timbre de la entrada. Debo haberme dejado la cancela de fuera abierta. Regresé tan alterado del chalet que se me olvidó cerrarla. Camino hacia el recibidor con cautela. No puede ser nadie más que Martina. Dudo que cualquier otro vecino necesite algo de mí tan urgente como para venir hasta mi cabaña a las nueve de la noche. Ahora ha dejado de llover, pero hace frío y el mercurio sigue descendiendo en el termómetro.

Inspiro y me armo de valor antes de hacer girar la llave en la cerradura. Sería estúpido por mi parte fingir que no estoy en casa. Las luces del salón y de los faroles del jardín se deben ver desde la carretera. Además, no creo que una puerta de madera, por gruesa que sea, le impida a mi vecina acabar conmigo si ese es su deseo. Si mis sospechas son ciertas, no hay nada que pueda frenarla cuando se propone algo.

—Buenas noches, vecina —la saludo con una voz menos firme de lo que me gustaría.

Como acostumbra, está bellísima. Es increíble la forma en la que logra que un feo mono de esquí se adapte a sus curvas de la misma manera que lo haría un elegante vestido de satén.

—Hola, guapo —me contesta disminuyendo la distancia que nos separa hasta darme un beso que me hace estremecer y no solo de placer.

Basta un segundo para que mis labios respondan ansiosos al ósculo de Martina. Me venden sin importarles que mi cerebro esté

receloso y temeroso por la visita femenina. ¿Y si me he equivocado y las muertes que rodean a la mujer con la que estoy compartiendo el fin de semana no son más que meras coincidencias? Una sucesión de hechos aislados, fruto de una concatenación de sucesos ajenos a su voluntad. De ser así, en lugar de recelar de ella, debería apiadarme de su mala suerte. Hombre con el que inicia una relación, hombre que fallece en extrañas circunstancias.

—He pensado que podíamos cenar juntos y quizá algo más —susurra sugerente cerca de mi oído sin dejar de acariciar mi espalda.

—Por supuesto. Es una excelente idea —afirmo invitándola a entrar.

No puede evitar sentirme como las rubias tontas de las películas de terror que dejan pasar a los guapísimos vampiros que las seducen. Ya se sabe, una vez que les franquean la entrada, es cuestión de tiempo que les hinquen los colmillos en el cuello. Las protagonistas no hacen caso de las advertencias que les gritan los espectadores, igual que yo estoy ignorando lo que proclama mi intuición: Martina no es trigo limpio.

—Gracias. Mi despensa está bajo mínimos. Si mañana seguimos igual, y todo apunta a que va a ser así, tendré que arreglármelas para llegar hasta el pueblo. En esquíes, trineo o gateando sobre la nieve.

—Por lo que he oído, a lo largo de la noche comenzará a nevar con ganas otra vez. No te preocupes por la comida. Tengo suficiente para los dos. Estoy bien surtido —comento mientas me dirijo a la cocina.

Otro motivo para eliminarme: si me matase, todos mis alimentos serían para ella y podría sobrevivir en la sierra varias semanas sin precisar comprar nada. Una dieta a base de conservas y comida congelada no es lo más sano, pero, dadas las adversas circunstancias, no creo que se pusiera demasiado quisquillosa.

—Puedo freír unas croquetas y preparar una ensalada.

—¿Congeladas?

—Sí. Son de jamón. Ya sé que las hechas en casa son más sanas, pero ponerme a hacer la masa solo para mí no me compensa.

—¿Sabes hacerlas? —inquiere sorprendida.

—Sí. Las he hecho un par de veces de gambas siguiendo una receta de las que me sugiere *Alexa*. He de decir que me quedaron bastante buenas.

—Me encantaría probarlas.

—Otra vez que vengas, compro unos buenos langostinos y te las preparo —le prometo, pensando que para eso tendrá que perdonarme la vida. Muerto no podré cocinar para ella.

—¡Hecho! Ahora, mejor dame un cuchillo, que voy partiendo el pan y así te voy ayudando.

Mentiría si negase que se me han puesto de corbata al escuchar su petición. No me pasa ni la saliva por la garganta. Es que no puedo ni moverme del sitio donde estoy agarrando la sartén con una mano y la botella de aceite con la otra, valorando si golpearla con alguna de las dos en la cabeza y salir corriendo.

—En ese cajón de la derecha —logro decir con un hilo tembloroso de voz.

—¡Uy! ¿Te ocurre algo?

—Creo que me he acatarrado —digo improvisando una mentira creíble—. Lo de sudar quitando nieve a la vez que estás hundido en ella, no es buena combinación.

Martina arruga el entrecejo y me observa con ojo crítico durante unos segundos que se me hacen eternos. Al final, relaja la expresión y, de forma melosa, me recomienda tomar un ibuprofeno.

—O mejor una copa de vino. He asaltado la bodega de mi padre de nuevo. Ya le pediré perdón después. Hay que reconocer que el alcohol es una fantástica forma de entrar en calor. Te pongo un poco.

Ha dejado en la encimera, al lado de la fuente donde depositaré las croquetas según se vayan friendo, una copa de cristal llena de un tinto de color tan rojo como la sangre coagulada. Es muy oscuro, seguramente sea un crianza. Lo acerco a mis labios y lo huelo, como

acostumbro a hacer cuando pruebo un caldo nuevo. Es fuerte. Detecto aromas a frutas rojas: cerezas y ciruelas. Pero hay algo más. Una nota agria que no debería estar ahí.

—Rico, ¿verdad?

Aunque no tengo la más mínima gana de bebérmelo, me toca disimular y dar un sorbo.

—¡Excepcional! Mejor que no se entere tu padre de que nos lo hemos bebido o se enfadará —bromeo con falsa alegría—. Debe ser de los caros.

Parece que se ha tranquilizado, porque se ha dado la vuelta y se aleja hasta la tabla de madera donde va a cortar el pan. Ahora puedo verter el contenido en alguna parte. Tengo clarísimo que no pienso tomar nada que no haya preparado yo y que, por supuesto, no haya perdido de vista. ¿Dónde lo echo? Bueno, no es el mejor sitio, pero no veo otra opción. A la aceitera que va. Si salgo de esta, el menor de mis problemas será limpiarla mañana.

No sé ni lo que hago. Cada vez que escucho que hace una pausa con el cuchillo, imagino que se aproxima a mí de manera sigilosa para hundirlo en mi espalda. ¡Es desesperante! No hay ninguna superficie que sea capaz de reflejar lo que hay detrás de mí. Si se acerca, no me daré cuenta hasta que sea demasiado tarde.

—Va a empeorar el tiempo a lo largo de las próximas horas —comento para aligerar la tensión que se ha instalado en la cocina.

—Lo he oído —responde Martina desde la otra punta de la habitación.

¡Qué alivio! Creí que la tenía pegada a mi cogote.

—Dudan de si el miércoles se podrá restablecer el tránsito habitual de vehículos y el transporte público por la capital y las otras zonas afectadas de la comunidad —explico mientras frío una segunda ronda de croquetas e improviso una ensalada—. Una vez que pase el fin de semana, va a ser el caos.

—Del trabajo no me han dicho nada más, pero Natalia cree que esta semana no pisamos la oficina. Los jueces están aplazando las

vistas por si acaso. Resolveremos telemáticamente lo imprescindible y punto.

—Vacaciones adelantadas.

¡Lo sabía! El vino estaba adulterado. Al verter la copa, han quedado unos posos flotando en el fondo. Por el sabor ligeramente amargo, me inclino a pensar que es un narcótico. No me va a quedar más remedio que simular que me va entrando sueño y ver cómo reacciona. Con cautela, me he guardado en el bolsillo un pequeño cuchillo, de esos que llaman puntilla. Aunque no podré causarle grandes heridas, me será útil para defenderme de un ataque físico en caso de necesitarlo.

¡Dios mío! ¿En qué aciago momento he pasado de desear su compañía a repudiarla con terror? Si salgo de esta, no vuelvo a invitar a nadie a casa, incluidas bellas desconocidas por muy vecinas que sean. Las reuniones sociales en el pueblo, a la vista de testigos. Vale, que a lo mejor estoy haciendo una montaña de un grano de arena, pero estoy seguro de que Martina oculta algo. Tantos novios desaparecidos en extrañas circunstancias no es ni medio normal.

—No te creas. Lo que no resolvamos ahora, nos tocará hacerlo deprisa y corriendo antes de Nochebuena. En fin, ya me preocuparé cuando llegue a Madrid. ¿Cómo van esas croquetas?

—Listas para ser disfrutadas —respondo colocando la fuente en la mesa de la cocina, procurando controlar el temblor de manos.

—¿Dejas el aceite en la sartén?

—Sí —contesto nervioso. No se le escapa una. Mira que es observadora—. Es que ya lo he reutilizado un par de veces, y con los restos de rebozado no vale para más. Tengo un recipiente de cristal donde lo voy volcando y, cuando está lleno, lo llevo al punto limpio.

—No sabía que en Nava del Conde estábamos tan adelantados con el reciclaje.

—No hay una isla de contenedores en cada esquina como en las grandes ciudades, pero al menos tenemos un lugar donde deshacernos de la basura sin hacer daño al medioambiente.

—¡Qué considerado! Te pongo otra copa, que veo que te la has terminado.

—Me voy a pasar al agua, que hoy ya he bebido mucho alcohol —protesto apartando la copa de su alcance.

—¡Tonterías! —exclama arrancándomela de la mano. Está visto que mi diabólica vecina no acepta un no—. Nos iremos a dormir pronto. ¡Qué más da un poco más de vino! Mañana no vas a poder trabajar demasiado de todas formas.

—No te creas. Tengo mucho que hacer *online*. He puesto el despertador bien temprano para que no se me peguen las sábanas.

—La mayoría de las empresas no van a estar operativas estos días, así que difícilmente van a contactar los clientes contigo.

—Todo lo contrario. Si hay más teletrabajo, se utilizan más los equipos informáticos y dan más fallos. Seguro que no me deja de sonar el teléfono en todo el día.

Es inútil. Mis protestas son vacuas. La voluntad de Martina se impone y vuelvo a tener una rebosante copa de vino sobre la mesa. Ahora no tengo muchas opciones de tirar su contenido. Daré sorbitos y, cuando vea que se centra en su plato, chorrito para mis pantalones. Apestar a alcohol es un precio muy bajo a pagar por mi vida.

—Puff, menuda modorra me está entrando —digo como si tal cosa, esperando a ver su reacción.

¡Bingo! Mi astuta vecina sonríe satisfecha. Tal y como suponía, la finalidad de la droga que ha disuelto en la botella es dormirme. Me doy cuenta de que ella ni come ni bebe. Se limita a desmenuzar las croquetas en el plato y dar vueltas con el tenedor a la porción de ensalada que se ha servido.

Estoy poniendo el suelo perdido. Las servilletas de papel no empapan nada y ya se ha formado un reguero rojo a mis pies. Daré un trago. Espero que la ingesta sea tan mínima que la droga no me deje demasiado atontado. Disminuir el contenido de la copa es la única forma de hacer creíble el teatro que me dispongo a hacer. Allá voy.

—Guillén, Guillén, ¿qué te pasa?

Aunque escucho a la perfección cómo Martina grita mi nombre, me estoy haciendo el dormido. Lo malo es que mi cara ha quedado apoyada en el plato sobre dos croquetas que me están abrasando la mejilla. Vivo saldré, pero quemado también. He dejado caer al suelo la copa para que no pueda adivinar cuánto he bebido. Hay cristales por todas partes, y yo solo llevo unos calcetines de lana con puntos de goma antideslizante en la planta.

—¡Ya era hora! —exclama agitándome para intentar despertarme. ¡Qué difícil es permanecer inmóvil con el vinagre de la ensalada haciéndome cosquillas! Como estornude, la he cagado—. Creía que no te dormirías nunca, y eso que he puesto varias pastillas para asegurarme bien. Tres valieron con Eric, no iban a ser menos contigo. Él era más alto y musculoso que tú.

¡Mierda! Ya no hay duda. Se cargó al monitor y seguro que no fue al único que ha mandado al otro barrio antes de tiempo. Con la de personales normales y corrientes que hay por el mundo, y yo tengo la mala suerte de que una psicópata haya decido pasar el puente en la sierra. Como soy así de idiota, voy y me enrollo con ella.

—Es una lástima, Guillén. En serio, me gustabas. Lo nuestro podía haber sido algo genuino y diferente. Amor en estado puro. Sin embargo, tuviste que meter las narices donde no te llaman. Te he visto buceando por Facebook desde la ventana, y apuesto a que has usado tus dotes de hacker para colarte en mi teléfono y en mi portátil. ¿No sabes que la curiosidad mató al gato? Además, mientes fatal. La cara de susto que pusiste al descubrirme viendo las noticias en mi salón esta mañana era un poema. Te faltó poco para no salir corriendo por la puerta. Ahora soy yo la que va a husmear en tu ordenador.

No me atrevo a moverme ni un milímetro mientras Martina sale de la habitación y va hacia mi oficina. Escucho cómo corre la silla y se sienta. No he cerrado sesión, así que no va a toparse con ninguna

petición de contraseña. Un descuido que se ha convertido en mi salvación.

Capítulo 27

Martina

Domingo 23:00

He de reconocer que Guillén cocina bien. Hasta unas tristes croquetas congeladas y una ensalada resultan una sabrosa improvisada cena de domingo por la noche. Buen amante, más que aceptable cocinero, pero pésima pareja. No ha podido quedarse quietecito. Aunque es una lástima, me toca deshacerme de él.

Le he dejado durmiendo en la cocina, así me aseguro de que el narcótico le hace efecto. Si se despertase mientras le traslado, sería un engorro. Entonces tendría que clavarle un cuchillo, quizá el mismo con el que he partido el pan, y mi plan fracasaría. La copa vertida sobre su ropa ha empapado sus pantalones. Es un punto a mi favor. Cuando hallen su cadáver, la peste a alcohol les hará pensar que salió borracho al monte y se extravió.

Tendré que ponerle las botas, un abrigo y un gorro. Después, echaré mano de ese trineo que he visto en su garaje. Nunca lo había usado antes, por lo que la hipótesis de que un despiste fruto del adormecimiento causado por el vino y el frío fue la causa del fatal accidente será más creíble. Tardarán en hallar su cadáver, porque nadie en su sano juicio saldrá de la comodidad de su hogar en al menos veinticuatro horas. Solo tendré que empujar el trineo con el cuerpo inconsciente de Guillén tumbado sobre él, colina abajo, asegurándome de que impacta contra un árbol. Puede que hallen restos de medicamento en su sangre. No hay problema. He traído una caja con un blíster al que le faltan varías píldoras, que oportunamente encontrarán en el armarito del baño. Ese será el punto y final de la investigación.

No me preocupa que mis huellas estén por la cabaña. No hay nada de extraño en ello. Al fin y al cabo, me han visto con Guillén y les he hablado a mis amigas de mi vecino, del mismo modo que él habrá comentado cosas sobre nosotros a sus colegas. No negaré, cuando me interroguen los inspectores, que le conocía y que hemos compartido mesa, mantel y cama durante el largo puente de

diciembre. Eso sí, cuando termine con mis tareas nocturnas, no puede quedar ninguna evidencia de que esta noche Guillén preparó cena para dos. Yo nunca he estado aquí hoy. Además, he tomado la precaución de dejar mi móvil en el chalet con la televisión puesta. Si hacen una investigación para averiguar dónde se hallaba mi teléfono en el momento del fallecimiento del informático, los datos apuntarán a que no me moví de mi salón. Ningún fiscal podrá probar nunca mi implicación en los hechos.

Me va a costar mover a Guillén, pero no me queda otro remedio. Me pondré los guantes y el gorro de lana para no dejar huellas ni cabello sobre su cadáver. Cualquier contusión que le ocasione en el traslado pasará desapercibida entre las magulladuras y golpes que el choque del trineo contra el árbol le va a ocasionar.

—Vaya, has estado entretenido —digo en voz alta, como si Guillén pudiera oírme.

No tenía ni idea de que estas fotos estuvieran colgadas en Facebook. Creo que no guardo copias en papel de ninguna. Era habitual que en las fiestas alguien sacara el móvil y activara la cámara, mientas el resto posábamos divertidos en mayor o menor estado de embriaguez. WhatsApp comenzaba a funcionar en España, y los grupos de chat aún no eran tan populares como en la actualidad. Si queríamos pasarnos las instantáneas de unos a otros, debíamos volcarlas en un ordenador y enviarlas por correo electrónico o activar el *bluetooth*. Demasiadas molestias por unas imágenes que no volveríamos a querer ver en nuestra vida. Fijo que mi hermana todavía las guarda en una carpeta perdida en su ordenador. Siempre fue aficionada a atesorar recuerdos. Quizá me las descargue yo también cuando regrese al chalet. ¡Menudas pintas teníamos!

Nunca me han gustado las redes sociales. Tengo perfil con seudónimo en algunas de ellas, pero más por cotillear que por otra cosa. Nunca entenderé el afán por colgar cada detalle de tu vida privada en un muro que todo el mundo puede ver. ¿A quién le importa si has tomado tarta de chocolate o una copa un sábado de

fiesta? Pues está visto que a media humanidad. Mi hermana ha expuesto a su hijo más de lo necesario, publicando instantáneas de mi sobrino desde que era un bebé. En cuanto a mi amiga, su Instagram podría pasar por el de una agencia de viajes. «Recorra el mundo con Natalia» sería un nombre apropiado para su cuenta.

Por lo que veo, mi vecino no es de subir demasiado contenido, aunque sí que figura en las redes con su nombre verdadero. No me resisto a fisgar un poco. Hay fotos con sus amigos que él no ha publicado, pero en las que le han etiquetado. Por eso yo uso un perfil falso, así nadie puede mencionarme en sus muros. No voy a ser tan ingenua como para creer que en las fiestas de empresa o en las reuniones sociales nadie me ha fotografiado. He posado y soy consciente de que mis compañeros de trabajo y mis amigas han posteado al instante las capturas. Sin embargo, no estoy dispuesta a dar facilidades para que me identifique cualquiera.

¡Vaya! Un cartel con la cara de Hansen. No recordaba que se hicieran tantas batidas para encontrarlo. Tampoco estaba en Nava del Conde, así que no me enteré.

Aunque mis padres ya se habían mudado a Bruselas, nosotras continuábamos estudiando en España y compartiendo el piso familiar. Creo que nuestros progenitores albergaban la esperanza de que alguna siguiéramos residiendo para siempre en el que había sido nuestro hogar desde la más tierna infancia. Así lo hicimos hasta que Elvira y yo nos casamos. Entonces, lo convertimos en un piso de estudiantes que gestiona una inmobiliaria, lo cual permite que nos desentendamos de los problemas que puedan surgir, o de buscar nuevos inquilinos cuando se marchan los antiguos. Es una renta fija que cubre los gastos de ese piso y del chalet de la sierra. Más que suficiente.

El caso es que, una vez pasado el puente de diciembre, Hansen se quedó olvidado en un rincón de mi memoria. Procuro marginar en mi mente los recuerdos que no me hacen feliz y que no necesito. El alemán entraba en las dos categorías.

Lo conocí en la universidad cuando yo estaba en tercero de carrera. Él apareció un buen día por clase en compañía de otro par de chicos de Francia e Italia. Eran estudiantes del programa *Erasmus*, que llegaban a España con más ganas de fiesta que de estudiar. Los tres se integraron con facilidad en mi numeroso grupo de amigos y solíamos salir de copas. A mí me encantaba su desastrosa forma de chapurrear español. Según transcurrían las semanas, su pronunciación fue mejorando, pero no creo que en las clases comprendiera lo que explicaban mis profesores. ¡Ni los nativos lo hacíamos! Me imagino que les pasarían documentación sus tutores y estudiarían por ahí.

El caso es que nos enrollamos un par de veces y parecía que había cierta sintonía entre ambos. Sin darnos cuenta, llegó el mes de diciembre. Antes de que se fuera a su país a pasar las fiestas con su familia, decidí invitarle a disfrutar del puente en Nava del Conde. Una casa para nosotros solos, sin Elvira y sus ligues de por medio, era el mejor lugar para tener sexo a salvo de miradas indiscretas e interrupciones. No les dije nada a los amigos del pueblo. No quería que supieran que estábamos en el chalet para que no nos molestasen con interrupciones indeseadas o planes aburridos.

Por supuesto, Hansen aceptó y, con mi coche de segunda mano, nos vinimos a la Nava la noche del 5 de diciembre. La casa estaba helada, aún no teníamos instalado el sistema de calefacción programable a distancia, pero no nos importó, con el sexo entramos en calor en poco rato de manera satisfactoria. Fue después, durante la relajación postorgásmica, cuando el alemán me soltó la bomba.

«—Esta escapada a la sierra es una buena forma de despedirnos —afirmó Hansen mientras yo dormitaba con la cabeza apoyada en su pecho en la cama de mis padres, que en aquella época era la más grande del chalet.

—No es un «adiós», es un «hasta luego» —le recordé—. A primeros de enero estarás de regreso.

—No. He solicitado un cambio. Me voy a Inglaterra. Aquí hay demasiada fiesta y poca formalidad en las clases. No estoy

aprendiendo nada.

—Bueno, pero estoy yo —balbuceé con timidez.

—Eres un encanto. Aunque lo he pasado muy bien contigo, ya sabías que esto era algo temporal».

Me quedé callada sin ser capaz de expresar en voz alta el dolor que su afirmación me hacía sentir. Yo pensaba que lo nuestro era único y diferente. De hecho, mi intención era cursar el siguiente año en su país con una beca *Erasmus* y así continuar juntos. Incluso había empezado a mirar los Másteres que se ofrecían en su universidad. Mis padres vivían en Bruselas, de modo que un futuro trabajando en un organismo europeo era bastante seductor. Sin embargo, con sus palabras derribó de un plumazo el castillo de naipes que yo había construido.

«—¿Y desde cuándo sabes que te vas? —me atreví a preguntar».

Aquella decisión no se tomaba de un día para otro. Suponía una serie de trámites engorrosos con la administración universitaria que precisaban de tiempo y paciencia. Sibilinamente, había estado guardando silencio, sin importarle los sentimientos que germinaban en mi corazón.

«—¡Oh! Desde octubre. Lo tuve claro el primer mes de clases, pero era complicado trasladar el expediente con el trimestre empezado. He tenido que solventar muchos trámites.

—¿Te dejan cambiarte sin más?

—Mi padre es el rector de mi universidad. No es alguien al que le vayan a negar un favor —respondió como si aquello fuera de lo más normal».

Imaginé que, en su mundo, así era. Hansen había crecido rodeado de caprichos y comodidades. Hijo único de una influyente abogada de la que se hablaba como posible ministra de Interior, y del rector de la universidad más famosa de Alemania. Él solo tenía que abrir su boquita y pedir. Cualquier deseo le sería concedido en el acto.

Mantuve las formas en mi exterior sin dejar que la furia que me embargaba se hiciera evidente ante los ojos del zopenco con el que

acababa de follar. Aprovechando que Hansen se había ido al baño, corrí a la cocina, puesto que allí, sobre la encimera, habíamos dejado los móviles cargando. De un tirón, desenchufé el suyo y lo puse a reproducir vídeos en YouTube sin sonido. Para mis inminentes planes, necesitaba que se descargase la batería del dispositivo. De puntillas, regresé a la cama y fingí dormir. Ni muerta volvía a permitir que su verga se colara en mi vagina.

La mañana de aquel lejano 6 de diciembre amaneció fría, pero con el cielo despejado. Procuré levantarme antes que Hansen, a fin de conectar de nuevo su móvil a la luz y desactivar la geolocalización. Cuando él fue a consultar los mensajes que había recibido por la noche, apenado, descubrió que su batería solo estaba a un tímido veinte por ciento.

«—Tranquilo. El mío tampoco se ha cargado —mentí sin pestañear con cara de circunstancias—. Aquí la corriente falla a menudo. Estamos en la sierra.

—¡No hubo tormenta! No lo entiendo. En mi país esto no pasa.

—No hay motivo para preocuparse —negué encogiéndome de hombros—. Los dejamos cargando mientras damos un paseo y listo. Ya verás qué vistas desde el Mirador del Pastor. Vas a flipar».

A regañadientes, terminamos de desayunar, nos vestimos y salimos a caminar por el monte. Una vez en el jardín, volví a entrar en la vivienda con el pretexto de no estar segura de haber apagado el calefactor del baño. En realidad, lo que quería era coger el teléfono del alemán y guardarlo en uno de mis bolsillos.

El aire puro y el ejercicio relajaron la tensión de Hansen y el infeliz pudo disfrutar del paisaje. Le animé a subir hasta lo más alto de la sierra. Entonces, todavía no se había habilitado el sendero, por lo cual debíamos zigzaguear entre árboles y piedras en completa soledad. No nos cruzamos con ninguna persona en todo nuestro recorrido. En poco menos de dos horas, llegamos a un punto en el que la nieve ya había comenzado a acumularse.

«—Bonito, ¿verdad?

—Precioso —afirmó el idiota de Hansen.

—Acércate más al borde —le sugerí emocionada—. Sobre ese pico, se ve un nido de águilas.

—¿Dónde? —preguntó él situándose unos centímetros por delante de mí, para atisbar mejor el punto que mi mano señalaba a su izquierda».

No lo dudé.

Le di un fuerte empujón y su cuerpo salió despedido hacia el fondo del barranco. A continuación, extraje su móvil de mi abrigo, conecté la ubicación y para asegurarme de que, si hacían un posterior rastreo de la señal, la antena indicaría que aquel era el último punto en el que estuvo antes de morir, hice una búsqueda rápida de los sitios de interés turístico cercanos a Nava del Conde. Acto seguido, lo lancé con furia hacia el lugar donde se vislumbraba el cuerpo desmadejado de Hansen.

Nunca imaginé que fueran a tardar tanto en encontrarle. La nieve cubrió su cadáver y, hasta que no llegó el deshielo y la fuerza del agua lo sacó del hoyo donde se hallaba, arrastrándole hacia el pueblo, no se supo nada de él.

Aquel mismo día, metí mis pertenencias en el maletero y las de Hansen en una bolsa de basura que eché en un contenedor del extrarradio según regresaba a Madrid. Antes de irme, limpié el chalet a conciencia para que no quedase el más mínimo indicio de nuestra presencia en la vivienda. El resto del fin de semana salí varias veces con los compañeros de clase que no se habían ido de puente, a fin de que nadie pudiese negar a posteriori que yo había estado en la capital durante los festivos días.

Sin remordimientos, relegué el suceso, como si hubiese sido una mala pesadilla, a un rincón de mi memoria.

Allí ha permanecido, oculto y olvidado durante décadas, hasta que el puñetero Guillén lo ha vuelto a traer al presente.

Solo por eso, merece morir.

Continúo examinando el ordenador del informático. Tal y como había vislumbrado desde la ventana, ha entrado en las redes del Ayuntamiento y ha buscado los nombres de Eric, Enrique, Hansen y

hasta el del hermano de Susana. Aunque puedo borrar el historial del navegador, no sé si habrá hecho una copia y la tendrá guardada en alguna carpeta en «documentos». Si me pusiese a mirarlo con calma, la encontraría, pero son las once y aún debo deshacerme de él.

Bueno, pues no me queda otro remedio que tomar medidas drásticas. Alcanzo con mi mano derecha una botella de agua medio llena que reposa en una esquina del escritorio y la vierto en el teclado y sobre la CPU[12]. Suena un intenso pitido y, después, un sonoro «plof». La pantalla se ha fundido a negro, pero todavía hay alguna luz titilando en los dispositivos. Decido ir a por más agua a la cocina para asegurarme de que no hay posibilidad de recuperar datos del equipo.

—¡No! —grito enfurecida al descubrir que Guillén ya no está recostado sobre la mesa de la cocina—. ¿Dónde estás, malnacido?

La ventana de la cocina está abierta, y sobre la encimera se ven unas huellas rojas de unas pisadas. Son las de los calcetines manchados de vino de mi maldito vecino.

Aprieto los puños con fuerza. ¿Es que no va a parar de desbaratarme los planes?

Calma.

No puede haber ido muy lejos.

Le encontraré y acabaré con él de una vez. Ya ha colmado mi paciencia.

Capítulo 28

Guillén

Lunes 00:00

Está loca, pero loca de atar. No sé cómo ha conseguido engañar a todo el mundo hasta ahora. A mí me han bastado tres días para descubrir que es una psicópata asesina de hombres. Una mantis religiosa humana que ha pasado inadvertida ante su familia y sus compañeros de trabajo.

¿Cómo ha sido posible?

Creo que el homicidio de Enrique y el hallazgo casual de los restos de Eric terminarán con su detención. La policía atará cabos. Alguien hablará al ver las fotos de las dos víctimas en las noticias. Sus propias amigas se darán cuenta de que no puede ser una coincidencia que Martina fuera novia de ambos antes de ser asesinados. Sin embargo, para mi será tarde si no consigo llegar al pueblo y pedir ayuda.

He aprovechado que estaba distraída fisgando en mi ordenador para saltar por la ventana de la cocina. Me he tragado las dos macetas de barro que había pegadas al muro. El borde de la más grande ha rasgado mis pantalones y mi pierna, ocasionándome un arañazo profundo que he cubierto como he podido con un girón de tela. No es cuestión de ir goteando por el jardín sobre la nieve, dejando un sendero que ni Pulgarcito.

El problema es que estoy en la parte trasera de la cabaña y tendré que internarme en el bosque de detrás para no pasar por la fachada principal y que me vea Martina. Sé dónde hay una zona de alambrada suelta por la que podré salir de la propiedad y bordearla. No obstante, la teoría es una cosa y la práctica otra.

Voy en chándal y en calcetines gruesos, sin ninguna protección para el frío o la humedad, pero no era cuestión de pararme a ponerme el abrigo y las botas. Tenía que aprovechar que ella estaba entretenida. Los esquíes o el trineo me hubieran venido de perlas. En fin, tendré que arreglármelas sin ellos. Antes de escurrirme por el agujero, agarro una gruesa rama que alguna ráfaga de aire ha

partido de un árbol. Me valdrá de bastón y de arma defensiva llegado el caso.

La temperatura ha descendido y la nieve se ha congelado de nuevo, lo que dota de firmeza a la superficie blanca. Para mi sorpresa, no me hundo tanto al caminar sobre ella como ocurría esta tarde. Una capa firme de hielo ha solidificado el manto creado por la nieve.

Qué lejano parece el momento del desayuno, cuando, sentado a la misma mesa en donde Martina ha intentado asesinarme, bebía mi café tranquilo escuchando las noticias. Yo que me las prometía feliz por haber encontrado a una mujer atractiva, inteligente y desinhibida en la cama con la que creía compartir aficiones. ¡Ja! Comprendo que no se va a presentar diciendo: «Me llamo Martina, y soy una asesina», pero es que me ha engañado como a un tonto.

—¡Guillén! ¡Voy a por ti! —la escucho llamarme a gritos.

El terror que me provoca su voz hace que tropiece y me caiga al suelo. Ahora, además de congelado, estoy empapado de los pies a la cabeza. Cada vez hace más frío y me cuesta más avanzar. Voy chocándome contra los árboles y resbalándome. No veo por dónde camino, porque el cielo está encapotado y la luna no brilla en el firmamento. Por suerte, mis pupilas se van adaptando a la falta de luz y empiezo a vislumbrar lo que tengo delante.

Estoy rodeando mi jardín por el exterior. Voy pegado a la valla y sé que es imposible que Martina me vea desde las ventanas de la cabaña ni desde el porche. Aun así, tengo pavor. Solo puedo defenderme con la rama, la cual se va doblando por mi peso sin remedio. Ella puede haberse armado con un cuchillo de mi cocina, la pala con la que he estado retirando nieve o con una pistola. A estas alturas, me espero cualquier cosa, y ninguna buena, de mi vecina.

Si quiero llegar al pueblo, debo aproximarme lo más posible al sendero y seguir por el arcén. Hay tramos limitados por la vegetación. En ellos sería capaz, con mucho esfuerzo, de camuflarme entre los árboles, pero hay otros con muros de diversa construcción que vallan el acceso al resto de chalets de la zona. Por

desgracia, ninguno de ellos está habitado este fin de semana. La única ayuda está en Nava del Conde. Los escasos kilómetros de distancia entre mi cabaña y el pueblo, esta noche parecen haberse triplicado.

Se me saltan las lágrimas y no es por la helada que está cayendo sobre mí. Son de miedo, impotencia y frustración. Veo las luces al fondo del valle. Si alargo la mano, me da la impresión de que las puedo palpar, pero, en realidad, están tan lejos que nunca lograré acercarme lo suficiente como para estar a centímetros de ellas y gritar auxilio. El viento sopla con fuerza y me susurra al oído una sola palabra: «corre». Desesperado, intento imprimir más ritmo a mis pisadas. Es complicado, porque ha vuelto a ponerse a nevar y los copos comienzan a adquirir un espesor considerable.

De pronto, un dolor atraviesa mi omóplato derecho. El mango nacarado del cuchillo con el que trincho el pollo sobresale de mi espalda. A unos metros del lugar donde me encuentro, diviso a Martina encaramada a una roca, observándome con una sádica sonrisa bailando en esos labios que hace horas me deleitaba besando.

—Te veo un poco lento —me dice sacando unas tijeras de una bolsa que lleva colgada al hombro y que reconozco como la que utilizo para ir de compras al supermercado de Nava del Conde.

Es evidente que mi cruel vecina se ha armado en mi casa con todo lo que pueda lanzarme, clavarme o cortarme. Esta vez no va a poder hacer pasar mi muerte por un lamentable accidente. A ver cómo explica a la policía la hoja que tengo clavada en mi cuerpo, que me da que no va a ser la única. Me va usar como su particular alfiletero y no puedo hacer nada para impedirlo.

Haciendo un esfuerzo, con pulso tembloroso, apoyo en el hielo la rama que estoy utilizando como improvisado báculo. Me impulso hacia delante y doy un paso. No soy capaz de avanzar más, porque un intenso dolor me atraviesa el gemelo izquierdo cuando las tijeras que me ha lanzado Martina se hincan en mi carne. Si no fuera

porque me está matando, alabaría su certera puntería. La maldita psicópata es buena hasta asesinando a sus antiguos amantes.

Voy a morir. Aquí y ahora. Las lacerantes llamaradas de dolor me dejan sin respiración. Oigo cómo se aproxima hacia mí sobre sus esquíes. Se desliza con suavidad sobre la nieve. Lo hace lentamente. Las prisas la han abandonado. Sabe que no me voy a mover de donde estoy tendido. No me quedan fuerzas ni para respirar.

—Guillén, Guillén. ¡Qué más te daba mi pasado! Teníamos sexo gratificante, disfrutábamos compartiendo una buena comida mientras conversábamos, ¿por qué has tenido que estropearlo? —inquiere con genuina curiosidad.

—¡Estás loca! —exclamo sin creerme que todavía no se haya dada cuenta de la ironía de su pregunta—. ¿Yo soy el culpable de que me quieras matar?

—¡Por supuesto! Igual que lo fueron los otros. Ninguno supisteis valorar mis sentimientos.

Me gustaría decirle que la odio, que la que tenía que estar muerta es ella, que espero que se pudra en el infierno por los siglos de los siglos, que deseo con toda mi alma que tropiece en un escalón de su chalet y se parta la crisma, pero no puedo. Mientras hablamos, me ha clavado un picahielos en el pecho. Creo que la punta ha perforado mi pulmón. El poco aire que logro inhalar no es suficiente. Moriré tendido a los pies de Martina, cubierto por la nieve.

—Pobre. ¿Te cuesta respirar? —me pregunta sosteniendo entre sus dedos el cuchillo con el que suelo pelar las patatas.

Temo lo peor. Seguro que empieza a hacerme cortes para asegurarse de que me muero. Lo está acercando a mi rostro. Noto el filo hiriendo la piel de mi mejilla. Cierro los ojos. No quiero verla más. Solo deseo morir. No aguanto más dolor. Espero que la falta de aire y las bajas temperaturas hagan el resto. Una vez leí que morir congelado es una muerte dulce, porque te vas quedando dormido y no te enteras. En estos momentos, me parece una excelente forma de abandonar este mundo.

¿Quién se quedará con mi cabaña? Ojalá mi familia la venda. Dudo que quieran veranear enfrente del chalet de la mujer que me mató. No me extrañaría que los padres de mi vecina también se vean en la obligación de deshacerse de su propiedad. Los habitantes de Nava del Conde murmurarán a sus espaldas y les harán el vacío. Les culparán por no haber evitado que su hija se convirtiera en una psicópata. El escándalo también salpicará al bufete donde trabaja. Será el fin del prestigioso despacho de abogados.

Aunque puede que Martina salga indemne de la situación. Fijo que, en cuanto se asegure de que ya no respiro, regresará a mi casa, limpiará sus huellas y cualquier rastro de su presencia en ella, y luego se irá a dormir tan tranquila a su vivienda. Me he percatado de que lleva puestos guantes de lana, así que no hay riesgo de que se marquen las yemas de sus dedos en los mangos, o de que queden células de su piel en la mía, que puedan ser descubiertas en un posterior análisis forense. Incluso si es astuta, extraerá las láminas de acero de mi cuerpo, las lavará a conciencia y nadie sabrá nunca que me mató con mis cubiertos.

—¡Apártate de él!

¿De quién es esa voz? Parece de mujer. ¿Hay alguien más con nosotros? ¿A quién se le ha ocurrido subir a la montaña con semejante temporal? Intento enfocar la vista y diviso una figura embozada en un plumífero azul oscuro con pantalones a juego. Creo que lleva un gorro. Aunque no consigo ver su cara, su voz me es familiar.

—¡La que faltaba! —escucho que exclama Martina poniéndose de pie.

Sigo sin identificar a la recién llegada, pero, al menos, ha logrado alejar de mí la hoja metálica que mi vecina se disponía a clavarme en uno de mis globos oculares. Me he girado de lado buscando una posición más cómoda, algo harto difícil dada la profundidad de mis heridas y los mangos que asoman de las mismas.

—He dicho que te alejes de Guillén. ¡Ahora!

El ruido inequívoco de un arma al ser amartillada llega a mis oídos, traído por el viento que no ha dejado de ulular. ¿Por qué no la dispara ya? ¿A qué espera? Sea quien sea, no debe fiarse de Martina. La abogada es impredecible y traicionera. Puede lanzar el cuchillo y alcanzar a mi salvadora, hiriéndola de gravedad. Creo que, a estas alturas, a la psicópata que tengo a mi lado le importa bien poco matar a alguien más. Está fuera de sí. Hace tiempo que perdió la capacidad de raciocinio.

—Susana, no has debido de subir hasta aquí. Con lo bien que estarías durmiendo con tu apuesto maridito. Por cierto, ¿sabe él que le has cogido el fusil de caza? Se lo vas a estropear, y sería una pena, porque parece una buena arma.

—Álvaro tiene el sueño pesado. No se despertaría ni aunque cayese una bomba en nuestro dormitorio.

¿Está tonta? ¿Por qué le ha dicho eso? Era más seguro para ambos que Martina pensase que en cualquier instante podría aparecer el cocinero. Si continúan hablando, esto va a acabar muy mal para la dueña de mi restaurante favorito y para mí. Quizá ella salga con vida, pero la mía se me escapa en cada exhalación.

—¡Mataste a mi hermano! —asegura Susana con rotundidad. No le está preguntado, está haciendo una afirmación sin ningún género de duda—. Él te quería. No se suicidó. Fue cosa tuya.

—Puede, pero eso es algo que ya no podrás demostrar —responde Martina.

A continuación, comienza a reír. Sus carcajadas me hacen estremecer. Cualquier atisbo de cordura que quedase en su mente se ha evaporado.

—Estamos solas. Dame el gusto —insiste la recién llegada—. Explícame cómo lo hiciste.

—Fácil. Unas cuantas pastillas disueltas en su vaso de sangría fueron suficientes para mandarle al otro barrio. Sé que era tu hermano, pero tienes que reconocer que podía ser un poco absorbente.

—¡Te quería!

—¡Por favor, Susana! Yo estaba en tercero de carrera, y mis planes eran hacer un máster universitario, no formar una familia y venirme a vivir a este pueblo de mierda.

—José Ramón era noble y bueno. Su único pecado fue amarte. ¿No podías cortar sin más? Como hace la gente normal

—Eso hice, corté de raíz.

Desde donde me encuentro, tirado en la nieve sobre mi costado izquierdo, no puedo ver el rostro de Martina. Sin embargo, apostaría a que está sonriendo con ese de aire de suficiencia del que hace gala, segura de hallarse en posesión de la verdad absoluta, mientras que el resto somos demasiado mundanos para comprenderla.

De pronto, la fingida tranquilidad que nos rodea se ve interrumpida por una reacción de Martina que dudo que Susana esperase. La abogada ha saltado sobre mi cuerpo, pateando de paso con sus botas mis pobres costillas, lanzándose hacia delante. Ha caído sobre mi amiga con la mano en alto enarbolando el pela patatas. Estoy bastante seguro de que se lo ha clavado en el hombro. ¡Maldita sea! Debió dispararle cuando estaba a tiempo, antes de que se percatara de su presencia porque se hallaba distraída torturándome sin piedad.

Susana y Martina son dos bultos borrosos peleándose a un par de metros de donde me encuentro. Ruedan por el suelo y, de repente, suena un golpe metálico. Creo que ha sido el arma de la dueña del restaurante al chocar contra una piedra. Mi vecina se ha convertido en una alimaña que muerde, golpea y grita dispuesta a llevarse otra vida más por delante. No tiene conciencia del bien y el mal. Si algo entorpece su camino, sea una persona o una situación conflictiva, se deshace de ello sin importarle las consecuencias.

Hasta hoy se ha salido siempre con la suya. Ha logrado ocultar las huellas de sus actos o culpar a otros de sus acciones. Tiene una mente privilegiada, tan maquiavélica como perversa. Solo hay una verdad: la suya. El resto de los mortales somos vulgares títeres en sus manos.

Imagino que después de esta noche ya nada será igual. Es imposible que haga pasar por accidente mi muerte y la de Susana, porque, si de algo estoy seguro, es que ni ella ni yo veremos un nuevo amanecer.

Estoy cansado.

Me cuesta respirar y noto que mi cuerpo se va adormeciendo.

Han dejado de dolerme las heridas. Voy a cerrar los párpados un instante. Quizá no sea tan mala compañera la parca.

Epílogo

Susana

Un año más tarde

El restaurante está lleno. No hay una mesa libre hasta mitad de enero. Llevamos así desde febrero del año pasado, cuando salió a la luz el nombre de Martina Castillo como responsable de varios asesinatos. La gente es muy morbosa y da la impresión de que quieran conocer de primera mano los lugares donde ocurrieron los luctuosos hechos.

Siempre sospeché que ella era la culpable de la muerte de mi hermano, incluso cuando mis padres lloraban su supuesto suicidio y la gente decía que yo debía aceptar el fallecimiento de José y pasar página. ¿Cómo hacerlo cuando estaba segura de que Martina, su queridísima novia, era la única responsable de su fallecimiento?

Aquella tarde de agosto, mientras nos preparábamos para reunirnos con la pandilla y pasar la noche fuera de casa festejando la Virgen de agosto, José estaba exultante de felicidad. Me habló de sus planes de futuro. Quería pedirle a Martina, de la que siempre había estado enamorado hasta el tuétano, que formalizaran su relación. Sabía que ella deseaba terminar sus estudios de abogacía y él estaba dispuesto a esperarla. Al fin y al cabo, a José solo le restaba un curso para finalizar los suyos de ingeniero agrónomo.

Su sueño era ampliar y mejorar la granja de mi familia, transformándola en una empresa de alimentación competitiva gracias a los conocimientos que estaba adquiriendo y las técnicas más punteras en el sector. Era el momento de modernizar e industrializar los modos de explotación que habían permanecido inalterables desde la época de mis bisabuelos.

«—¿Tú crees que Martina va a querer vivir en Nava del Conde? —le pregunté a mi hermano después de que me contara sus sueños—. No la veo residiendo en el pueblo. Es demasiado urbanita.

—Sí, si tiene trabajo que la mantenga ocupada, y te garantizo que eso es lo que va a pasar —respondió seguro de su afirmación—.

No podré gestionar todo yo solo y su ayuda será esencial. Además, tendremos hijos que habrá que cuidar».

No quise pinchar su burbuja de felicidad. Se le veía tan contento que me dio pena. Sabía que Martina planeaba completar sus estudios en el extranjero, y eso muchas veces implicaba no regresar al país por un largo tiempo. Al curso de postgrado le seguirían prácticas o becas en alguna empresa de postín. Supuse que la futura abogada le contestaría con un rotundo «no»; él estaría algún tiempo triste, pero después conocería a alguna buena chica con la que hacer realidad sus grandes planes.

Por desgracia, me equivoqué.

Al mediodía, los gritos de mi madre me despertaron. Yo había regresado a las seis de la madrugada y aún dormía vestida tal y como salí de marcha horas antes. El alcohol y el cansancio se habían aliado con la pereza y no me molesté en ponerme el pijama.

«—Mi niño, mi niño —repetía entre sollozos una y otra vez».

Me arrastré con desgana fuera de mi cuarto y fui al de mi hermano. Se hallaba tumbado sobre la cama, inerte e inmóvil. Me aproximé hasta él e intenté encontrarle el pulso. No lo conseguí. Tampoco percibí ningún rastro de aire saliendo de su nariz. La colcha y parte del suelo estaban empapados de sangría. Un vaso de plástico descansaba junto a la pata derecha de la mesilla. José debía tenerlo en la mano, y lo soltó al perder el conocimiento. Cuando me volví, dos vecinas se hacían cruces desde el pasillo contemplando la trágica estampa. Habían irrumpido en la casa alertadas por los gritos de mi madre. En aquellos tiempos no cerrábamos las puertas con llave, y los amigos podían entrar y salir a su antojo, siempre bien recibidos por los ocupantes de las viviendas. Alguien avisó a mi padre y a la policía. No sé quién lo hizo. Los recuerdos de aquellos tres horribles días se mezclan en mi mente.

Sin embargo, una imagen se ha mantenido imborrable en mi cerebro desde entonces. La sonrisa satisfecha que se pintó en los labios de Martina cuando entró a ver a José Ramón en su féretro durante el velatorio. Ella creyó que estaba sola y no era así. Yo me

había refugiado en un rincón de la sala. Sentada en el suelo, me lamentaba por haberme olvidado de mi querido hermano la noche anterior para irme con un joven de Madrid que una chica nos había presentado como su novio. La vanidad de ligarme a aquel guapo universitario de la capital delante de las narices de su supuesta novia, pudo más que el afecto filial. No me preocupé de José en ningún momento, absorbida por mi propio placer y mis deseos de fiesta.

No dije ninguna palabra al ver la expresión de Martina. Me limité a mantenerme en silencio, demasiado aturdida para comprender lo que mis ojos captaban.

Unas semanas después, en el piso que compartía con otras tres chicas en Madrid, rememoré aquella extraña forma de despedirse del que había sido su pareja de modo intermitente en los últimos años. De acuerdo que durante el invierno quedaban con menos frecuencia, pero, al llegar el verano, retomaban su amor de forma empalagosa e intensa. Había algo extraño en la ausencia de lágrimas en sus mejillas. ¿Sonreía porque el proverbial suicidio le había evitado el mal trago de dar calabazas a José? ¿O se las había dado y mi hermano no soportó la pena de ser despechado?

¿Cómo iba a saber entonces que los somníferos con los que todos creían que José se había suicidado no eran de mi madre, sino de Martina?

No había nada que pudiese hacer ya para volver a traer a la vida a mi hermano, así que decidí olvidar y huir de Nava del Conde. Quería ser actriz y lo iba a intentar con todas mis fuerzas. La inesperada pérdida me hizo darme cuenta de lo corta que era nuestra existencia. Y, desde luego, no tenía intención de malgastarla ordeñando vacas.

¡Qué tonta fui! Me creí excepcional y no fui más que una más del montón de jovencitas tontas que llegan a la capital esperando conquistar el mundo y terminan estrelladas. A mis veintitrés años, incluso era mayor para según qué trabajos, en los que buscaban caras aniñadas de adolescentes. Un cazatalentos me la jugó igual

que lo hizo con otras. Me engatusó con zalamerías y regalos para llevarme a la cama. No obstante, a mí me costó mi futuro o, al menos, el que yo imaginaba que era mi destino.

Me había quedado embarazada.

Volví a Nava del Conde, humillada y con un bombo del que murmuraban las vecinas en cuanto me veían. Mis padres me recibieron con los brazos abiertos. Ahora que soy madre, comprendo lo que para ellos supuso que yo me marchase a Madrid: nos perdieron a los dos de golpe, uno por suicidio y otra por ambición y falta de cordura.

Ellos fueron unos abuelos orgullosos que paseaban y cuidaban a su nieto y a su díscola hija con la cabeza bien alta. Al ver que sus ofensas no nos afectaban, las vecinas dejaron de susurrar sobre nosotros y se pusieron a chismorrear sobre otras personas.

La vaquería suponía demasiado trabajo y esfuerzo para mi padre, que ya pasaba de los sesenta. Sin José a su lado, se veía incapaz de afrontar la modernización que requería la granja. Un vecino le hizo una buena oferta por ella y, tras discutirlo con mi madre, aceptó el dinero.

Poco después, Serafín puso en venta su bar. Yo quería ser útil y ganar mi propio sustento y el de mi hijo. Fue mi madre la que persuadió a mi padre de pagar el traspaso y quedárnoslo. Ella me ayudaría en la cocina hasta que pudiese permitirme contratar a alguien. De ese modo, me convertí en la flamante propietaria de *El rincón de Susana*.

Céntimo a céntimo, logré recaudar lo que me prestaron mis progenitores y devolvérselo. Aunque no querían aceptarlo, insistí porque van siendo mayores y necesitarán ayuda en casa en breve. Además, ahora tengo a mi lado a Álvaro.

Me conquistó con su tranquilidad y sus modales tiernos hacia mi pequeño. Por muy cansado que estuviera, cada vez que traspasaba la puerta del bar tenía un gesto dulce y un regalo para mi niño. No importaba que fuera una concha recogida en una playa de una lejana ciudad. Mi hijo atesoraba sus obsequios como el mayor de los

tesoros. Cuando una noche de agosto, desbordada por la afluencia de clientes, se puso el mandil y tomó el mando de la cocina, los dos supimos que aquello no sería algo ocasional. Transcurridos tres meses nos casamos, decidimos ampliar el negocio y nos convertimos en una feliz familia.

Tenía todo lo que podía desear, o casi. La sonrisa ladina de Martina seguía reconcomiéndome. Cada vez que venía al restaurante con su familia, me planteaba esperarla en una esquina y enfrentarme a ella. Preguntarle por la noche en que mi hermano supuestamente se suicidó. Ansiaba saber cuáles habían sido los últimos pensamientos de José.

Martina tenía la culpa de todo. Mi venganza sería demostrarlo. ¡Quería justicia!

Hace un año, supe que estaba pasando el puente de diciembre en el pueblo ella sola, en su gran chalet de la montaña. Aprovechando que Álvaro era el encargado de cerrar el bar, yo me escabullía hasta su propiedad para espiarla. Una noche me colé en el jardín, pero no pude ver nada porque las ventanas de su dormitorio estaban en el primer piso. Valoré darle un susto y romper un cristal con piedras. Al final no lo hice. Se impuso la cordura.

Una tarde, la seguí hasta el Mirador del Pastor. Sus gritos destemplados, fingiendo una valentía que no ocultaban sus temblores, fueron patéticos. Si no hubiera aparecido Guillén, la habría vacilado un rato. Se había ganado a pulso que me mofase de ella.

El nuevo vecino de la cabaña se hizo su amigo. Creo que a él le gustaba la abogada. No había más que percatarse de los corazones que se pintaban en sus ojos en cuanto ella pestañeaba o le dedicaba una mirada. Paradójicamente, su continua presencia fue lo que evitó que hablase con Martina antes. Cuando logré hacerlo, ya era tarde.

Ver morir a Guillén sin poder ayudarle ha sido una de las peores situaciones que he experimentado nunca. Siempre pensaré que en mi mano estuvo evitar que se convirtiese en la quinta víctima de la Castillo. Mientas peleaba con la arpía de su asesina, a él se le

escapaba la vida en cada suspiro. Los sanitarios me dijeron después que no hubiera podido hacer nada por salvarle. El picahielos que le perforó el pulmón fue el culpable de su fallecimiento. El resto de cuchilladas no tocaron órganos vitales y, con un poco de suerte, aún seguiría pedaleando con su bicicleta por la montaña.

Por poco le acompaño en su último paseo con la muerte. Martina me estaba golpeando la cabeza con una piedra y no lograba quitármela de encima porque tenía una hoja afilada clavada en el hombro. Si Álvaro no me hubiera seguido, alarmado al verme salir con su escopeta de caza, ahora mi hijo no tendría madre.

El temporal nos obligó a quedarnos en casa y no abrir el bar. Esa noche nos habíamos acostado temprano. Sin embargo, yo era incapaz de dormirme. Desde que comenzaron a hablar de los cadáveres encontrados en Madrid, estaba intranquila. No sé explicarlo, pero una creciente desazón me carcomía por dentro. Si conseguía conciliar el sueño, las pesadillas me atormentaban. La imagen etérea de mi hermano, levantándose de su cama y articulando sus labios sin emitir sonidos mientras me miraba sin pestañear, me hacía despertarme sudando y con el corazón latiendo desbocado.

Decidida a no permitir que Martina regresase a Madrid sin obtener respuestas a mis preguntas, cogí el arma y unos esquíes, y subí a su chalet dispuesta a enfrentarla. No llegué a mi destino. Antes, me topé con Guillén tendido en la nieve, y con ella enarbolando un cuchillo junto a su rostro.

Creo que la adrenalina que recorría su cuerpo la dotó de una fuerza y una astucia increíbles. Cuando quise darme cuenta, me había desarmado y me atizaba golpes sin parar. No daba la impresión de importarle asesinar a dos personas. Luego supe que no seríamos sus primeras víctimas, pero entonces lo ignoraba y no era capaz de imaginarme hasta dónde podía alcanzar su maldad.

Álvaro la agarró del brazo y la obligó a soltar la piedra. Consiguió inmovilizarla y, con el cinturón de su pantalón, le ató las manos.

—Ve al pueblo y pide ayuda —me instó a la vez que se sentaba sobre las piernas de Martina para que no pudiera levantarse.

—Pero…

—¡Corre!

No le hice caso. No iba a irme sin averiguar si Guillén seguía vivo. Me acerqué hasta él y le cogí la mano.

—¡Guillén! ¡Guillén! Ya terminó. Todo va a salir bien —le prometí entre lágrimas aun sabiendo que era mentira.

—Ella… —dijo con un hilo de voz intentado levantar sus párpados, pero el pobre no tenía fuerzas ni para eso.

La sangre había comenzado a manar de su boca y estaba segura de que aquello no podía ser bueno.

—No te esfuerces. Tranquilo. Voy a la Nava a pedir una ambulancia. Álvaro se queda contigo.

Me percaté de que escribía algo en la nieve con uno de sus dedos manchados de sangre. Eran números y letras sin sentido. Por si acaso, les hice una foto con el móvil y volví a poner mi palma sobre su mano. Al cabo de un segundo, expiró. No dejé de sollozar hasta horas después, cobijada en los amorosos brazos de mi marido.

Luego resultó que Guillén, con su último aliento, me había dado la contraseña para acceder a la nube donde guardaba copia de sus archivos más importantes. Entre ellos se hallaba todo lo que había averiguado sobre Martina y sus asesinatos. Ignoro si intuyó que la abogada iba a destrozar su ordenador vertiendo agua sobre sus dispositivos o fue mera precaución por su parte. Desde luego, el fiscal tiene mucho que agradecerle a él y a los investigadores de la Guardia Civil que lograron descifrar la verdad entre la maraña de documentos que el informático había atesorado.

Un juez dictaminó que, sin lugar a dudas, Martina era culpable de los crímenes de Enrique, Eric y Guillén, los únicos para los que encontraron pruebas concluyentes.

Sé que la familia de Hansen ha contratado a un importante abogado de su país y no cejarán en su empeño hasta que se abra el caso de nuevo. Por desgracia, tuvo que haber una nueva muerte en

la nieve para que se descubriese que el universitario no sufrió un accidente mortal.

Mis padres y yo preferimos dejar las cosas como están. Saber que José Ramón no se suicidó es suficiente para nosotros.

Cada vez que subo por el sendero que conduce al Mirador del Pastor, no puedo evitar sentir pena al pasar por el lugar donde mi querido amigo Guillén murió. Acostumbro a depositar una flor en su recuerdo. Su cabaña, al igual que el chalet de los Castillo, permanecen cerrados a cal y canto y en venta. Tendrá que ser alguien ajeno a Nava del Conde quien los adquiera, porque ningún vecino querría que un conocido o un familiar comprara las propiedades.

Dentro de unos años, la gente olvidará lo sucedido, pero yo no lo haré ni permitiré que mi hijo lo haga. Guillén perdurará en nuestros corazones.

FIN

Nota de autora

No es un secreto que me gusta leer novelas de misterio y adoro las series de intriga escandinavas. Sus oscuros argumentos, su ritmo pausado, sin los aderezos de las películas americanas, me resultan atrayentes. Son historias negras, con mucho componente psicológico, que me subyugan como lectora y espectadora.

Deseaba situar una de mis novelas en un lugar lo suficientemente recóndito como para que la trama solo fuera sustentada por dos personajes sin interferencias del exterior. Además, quería jugar con la idea de que uno de los protagonistas supiera que el otro es un asesino y tuviera que mantener las formas delante de él para retrasar el desenlace fatal.

Espero haber logrado crear esa tensión inquietante que yo experimento leyendo a Camilla Lackberg o a Steffen Jacobsen por poner dos ejemplos.

No puedo terminar sin agradecer a mi correctora, Tamara López, y a mi portadista, Adyma Design, su ayuda para conseguir que mi manuscrito se convierta en el libro que tienes en las manos.

A ti, lector, muchas gracias por haber escogido mi novela entre la inmensa oferta literaria que se publica cada mes. Si tienes unos minutos, agradecería que dejaras tu opinión en Amazon, Goodreads o alguna de mis redes.

Vuestros comentarios son vitales para los autores.

Biografía

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine, el teatro y las series de intriga, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre. Encuentra la inspiración recorriendo las calles de su ciudad y atravesando los puentes que cruzan el río Tormes.

Tiene cinco cuentos infantiles publicados:

Buky (junio 2016)
María y la tienda de Antigüedades (enero 2017)
Los Sombreros Verdes (noviembre 2018)
El cuadro del general (diciembre 2020)
Broli, Breta y Los Sombreros Verdes (enero 2020)

Y varias novelas de intriga, amor y suspense:

Pasado imperfecto (julio 2017)
Recuerdos olvidados (febrero 2018)
Un té con amor
Un té verde con jazmín (octubre 2018)
Arándanos con mandarina (enero 2019)
Canela y miel (mayo 2019)
Los casos de Marina Altamirano
Nadie es lo que parece (mayo 2018)
La ciudad Oculta (marzo 2019)
Asesina otra vez (septiembre 2019)
Nunca es tarde para el amor
Un candado en el corazón (marzo 2020)
Cuando me miras así (abril 2020)
Contigo en Nueva York (septiembre 2020)
¿Y qué hago yo con este muerto? (agosto 2020)
Los hombres de mi vida
Un nórdico en mi vida (enero 2021)

*Un inglés en mi vida (*febrero 2023*)*
Amor en reformas (mayo 2021)
Las intrigas de Sofía
El diamante blanco (mayo 2020)
Las perlas de Sabrina (octubre 2021)
El vestido azul (noviembre 2022)
La tumba del highlander (mayo 2021)
El fuego de la memoria (mayo 2022)
Quiero morir (mayo 2023)
Niños de otoño (septiembre 2023)
Te encontré en la playa (enero 2024)
Arrésteme, señor highlander (mayo 2024)

Sus Redes Sociales son:
https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/
https://www.instagram.com/marpzabala/
https://twitter.com/marawen2003
Tik Tok @marpzabala
En ellas podrás descubrir más cosas sobre la autora y sus inquietudes.

[1] *Grinch*: se puede traducir como gruñón en español. Es un adjetivo que se aplica a las personas a las que no les gusta la navidad y protestan por la algarabía que inunda cada rincón durante esas festivas semanas.

[2] ERE: Expediente de Regulación de Empleo. Es un despido colectivo que debe ser autorizado por la administración. Es un procedimiento que utilizan las empresas en situaciones de crisis financieras.

[3] Tempranillo: la uva tempranillo es la uva tinta más cultivada en España. Su nombre hace referencia a que la uva madura más pronto que otras uvas tintas españolas.

[4] Generalife: es una villa con jardines que, en el pasado, era habitada por los reyes nazaríes cuando la utilizaban como lugar de descanso en Granada. Se ubican dentro de La Alhambra.

[5] DGT: Dirección General de Tráfico es el organismo del Gobierno que se encarga de regular la circulación por las vías de titularidad estatal de España.

[6] San Ginés: mítica chocolatería madrileña fundada en 1984, abierta las 24 horas y famosa por su chocolate con churros.
[7] Scout: El movimiento Scout se centra en la formación en valores humanos mediante la práctica de actividades al aire libre.
[8] Gusano informático: Es un *malware* que se replica para propagarse a otras computadoras. Suele aprovechar los fallos de seguridad en el dispositivo de destino para colarse en él.
[9] Erasmus: es un programa de movilidad de estudiantes universitarios y personal docente entre los 28 Estados miembros de la Unión Europea, más cuatro países de la Asociación Europea de Libre Cambio, que entró en vigor en enero de 2014.
[10] *Filomena*: Fue una borrasca profunda denominada así por la Agencia Estatal de Meteorología española que afectó a España entre el 6 y el 11 de enero de 2021. El centro peninsular se llevó la peor parte, especialmente Madrid, Guadalajara y Toledo.
[11] *Peña*: es una agrupación de jóvenes típica de los pueblos y ciudades de España, que se reúnen para celebrar juntos las fiestas de su municipio. Se visten de forma similar y cuentan con una sede donde hacen comidas y cenas. Algunas mantienen encuentros a lo largo de todo el año e incluso sus miembros siguen perteneciendo a ellas con el transcurrir del tiempo, convirtiéndose en verdaderas familias.
[12] CPU: Unidad Central de Procesamiento. Es la columna que alberga el hardware de un ordenador.